

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE CIENCIAS HISTÓRICAS

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE HISTORIADOR

**“EL PROCESO DE ELABORACIÓN Y CONTROVERSIA DE LA HIPÓTESIS SOBRE
EL ORIGEN TRANSPACÍFICO DE LA CULTURA VALDIVIA EN EL ECUADOR
(1954-1979)”**

FRANCISCO EDUARDO URRUTIA JIMÉNEZ

DIRECTOR(A): DRA. ELISA SEVILLA PÉREZ

QUITO, 2017

“El tema de la relación entre arqueología y política ha sido siempre hablado en voz baja, olvidándose que nada escapa a la política y mucho menos la arqueología, que por definición es una disciplina histórico social”

Luis Lumbreras, 1981.

Agradecimientos

Es necesario reconocer que la ciencia es, más que nada, un producto netamente colectivo, es decir, que demanda el aporte y participación de un conjunto de personas que ofrecen su tiempo y esfuerzo hacia una causa conjunta. En este caso, ese producto se ejemplifica con la presente tesis de licenciatura en historia, la cual es el resultado de la cooperación de varios profesionales, familiares, amigos, inclusive, indirectamente, de aquellos autores que reposan en los libros y fuentes, quienes trascienden al ceder un legado de inmenso valor que nos corresponde a nosotros continuar. De todos ellos, yo simplemente soy su portavoz, tratando de generar opciones y apertura hacia nuevas formas de pensamiento y reflexión, que usualmente son silenciadas por la monotonía y violenta prisa de la sociedad actual.

En este esfuerzo, de ver más allá y de superar las limitaciones ideológicas, doy gracias a mi familia por brindarme una educación crítica pero, por encima de todo, consciente y humana, ante la constante deshumanización y mecanización de los individuos. A mi padre Eduardo y mi madre María, por brindarme incondicionalmente su herencia material y, más que todo, los valores y fortaleza para enfrentar toda adversidad. A mi hija Emiliana, por recordarme siempre esa inocencia pura que todos tenemos y que ha sido pisoteada injustamente por la ambición y el abuso de poder. A Natalia, mi compañera de vida, que me ha enseñado a reencontrarme conmigo mismo y a levantarme después de las caídas. A mis hermanas, por ser mis guardianas y consejeras incondicionales. A mis amigos que, aunque pocos, siempre están ahí a pesar de los años y los bruscos cambios de la vida.

No sé expresar la sentida gratitud hacia el extenso y desinteresado apoyo recibido por parte de Elisa Sevilla, la directora del presente trabajo, por varios años de guía y consideración, también por haberme brindado sus amplios conocimientos para el sustento teórico y metodológico de esta investigación en una tendencia historiográfica poco trabajada en el Ecuador. Finalmente, mi gratitud hacia los lectores de esta disertación, María Elena Bedoya y Juan Andrés López, cuyos consejos y correcciones no fueron solamente oportunos y de inmensa utilidad, sino que posibilitaron el descubrir la dicotomía entre ciencia y política que ha permitido demostrar que la ciencia, fuera de los anhelos e ideales de objetividad y científicidad, es un producto y construcción de la sociedad humana y de su acción cotidiana.

Resumen

La historia de la ciencia arqueológica desarrollada en el contexto ecuatoriano es estudiada desde un enfoque sociológico y constructivista sobre los procesos, debates y fenómenos sociales que conforman el pasado de esta disciplina. Mediante la revisión de las fuentes históricas pertenecientes a la época de mediados de siglo XX, se evidencia la construcción social de un proceso propio de la ciencia que es la creación de una hipótesis. Los científicos luchan en sociedad para que sus propuestas puedan llegar a ser aceptadas como verdades y explicaciones válidas, y no ser rechazadas como mitos o ficciones. Este trabajo se centra en el caso de una de las hipótesis más controversiales de la historia local; la propuesta sobre el **origen transpacífico de la cultura Valdivia**.

Su creador, el guayaquileño Emilio Estrada Ycaza, en asociación con los científicos del Instituto Smithsonian de Washington, Betty Meggers y Clifford Evans, fueron quienes lucharon por lograr el reconocimiento y validación de su hipótesis difusionista dentro la comunidad de arqueólogos local e internacional. Durante varios años, esta explicación sobre el origen de la cultura más antigua de Ecuador fue la mejor existente, hasta que surgieron nuevos descubrimientos y empresas científicas que se encargaron de derribar sus fundamentos. Esto ocasionó que, a finales de siglo XX, la teoría de Estrada fuera rechazada como falsedad y reemplazada por una mejor opción, pues se presentaron las circunstancias científicas y sociopolíticas para que su legitimidad y autoridad científica paulatinamente disminuya. Demostrando así que la ciencia se construye desde la sociedad y es el resultado de un conjunto de disputas, debates, discusiones, competencias y obstáculos que determinan la supervivencia de los productos científicos.

Durante la construcción de dicho proceso se visualizan varios elementos de carácter sociológico como la formación de alianzas, la evolución de los discursos científicos, la difusión académica de los productos, la representación institucional, la conformación de expediciones y grupos científicos, el desarrollo de rivales y todos aquellos elementos que exhiben una traducción de intereses entre los actores involucrados. En conjunto, todos estos elementos humanos y no humanos son identificados y entrelazados para estructurar una compleja red científica desarrollada en el Ecuador, la cual posibilitó la expansión y dominio de una ciencia de alcance paradigmático.

Índice - Tabla de Contenido

	Página
Introducción.....	1
Hipótesis central.....	4
Objetivos	5
Preguntas y Problemática	6
Justificación, límites y alcance de la investigación	10
Metodología de la investigación.....	13
El tratamiento de fuentes históricas	16
Los Cuadernos de Historia y Arqueología del Núcleo del Guayas de la CCE	19
La prensa de las localidades de Guayaquil y Quito, perteneciente a mediados de siglo XX.....	20
Capítulo I.....	22
1. Un marco teórico para el abordaje histórico de la arqueología ecuatoriana. El contexto, debate historiográfico y antecedentes vinculados al tema de estudio.	22
1.1 Un estudio de la ciencia desde la teoría de Bruno Latour: La red científica, la elaboración de hechos y la controversia	23
1.1.2 Una distinción entre teoría, hipótesis y paradigma fundamentada en la obra de Thomas Kuhn.	28
1.2 Contextualización espacio-temporal: El posicionamiento geopolítico de los Estados Unidos sobre Ecuador y su relación con la arqueología local.....	33
1.3 Estado de la cuestión: La historiografía arqueológica ecuatoriana de las últimas décadas.....	39
1.3.1 La perspectiva positivista en la arqueología ecuatoriana puesta en cuestión.....	43
1.4 Antecedentes históricos y científicos de la arqueología de mediados de siglo XX.....	48
1.4.1 Época de la arqueología historicista: La arqueología como ciencia auxiliar de la historia.....	48
1.4.2 El Nacionalismo: Una motivación política dentro del discurso arqueológico.	51
1.4.3 La teoría difusionista científica.....	55
1.4.3.1 El desarrollo de la arqueología histórico-cultural y difusionista en el Ecuador....	58
Capítulo II.....	66
2 La creación de una red científica arqueológica en el Ecuador a mediados de siglo XX. Las instituciones y actores que posibilitaron el desarrollo de la teoría transpácifica.....	66
2.1 El nacimiento del Museo “Víctor Emilio Estrada” y su relación con la arqueología ecuatoriana.	67
2.2 La visita de Emilio Estrada al Museo Nacional de los Estados Unidos. Su asociación con los Dres. Evans.....	72

2.2.1 Los científicos del Instituto Smithsonian de Washington.	74
2.2.2 Primeras expediciones de los Evans en la Amazonía y en la Costa ecuatoriana.	77
2.2.3 Investigaciones arqueológicas en la región del Litoral.	82
2.3 La sociedad del Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.....	85
2.3.1 Carlos Zevallos Menéndez y el “Grupo de Guayaquil”.	87
2.3.1.1 Francisco Huerta Rendón y Olaf Holm: Su relación con el debate transpacífico.	91
2.3.2 La Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana.....	93
2.3.2.1 Las ponencias presentadas durante el coloquio.....	96
Capítulo III.....	100
3 El proceso de elaboración y comprobación científica de la hipótesis difusionista sobre el origen asiático de la cerámica Valdivia.	100
3.1 Las innovaciones científicas que transformaron la arqueología ecuatoriana a mediados de siglo XX.....	102
3.1.1 La introducción del método de James Ford	105
3.1.2 El desarrollo de una cronología relativa y absoluta para la prehistoria local: La necesidad de un método unificador.	108
3.2 Revelación de la cerámica más antigua de suelo americano: El descubrimiento de la cultura Valdivia y su efecto en la cultura nacional.	113
3.2.1 Especulaciones sobre influencias asiáticas en la prehistoria americana.	117
3.2.2 Datos científicos relacionados a la antigüedad de la cultura local.....	122
3.2.3 El nacionalismo en el discurso arqueológico ecuatoriano	124
3.3 Creación de la propuesta transpacífica de Emilio Estrada y su lucha por reconocimiento científico.....	129
3.3.1 El enigma del “origen” asiático de la cerámica Valdivia.	133
3.3.2 Algunos datos generales sobre el descubrimiento.....	135
3.4 El viaje de los Evans al Japón y la comprobación científica de la hipótesis	137
3.4.1 Huerta Rendón y su defensa de la teoría asiática	139
Capítulo IV	143
4 La etapa de controversia y la búsqueda del verdadero origen de la cultura Valdivia	143
4.1. La cúspide de la teoría transpacífica en contexto ecuatoriano	149
4.2 La contrapropuesta de Carlos Zevallos Menéndez.	152
4.2.1 El descubrimiento de elementos agrícolas pertenecientes a Valdivia	153
4.2.2 Difusionismo vs procesualismo	159
4.3 De vuelta al debate de la controversia: El descubrimiento de ocupaciones valdivianas de mayor antigüedad.....	162
4.3.1 Las primeras excavaciones en los sitios Loma Alta y San Pedro	164

4.3.2 La Misión Antropológica de la Universidad de Illinois	168
4.3.2.1 El desarrollo de la empresa.....	171
4.3.2.2 Los resultados de la investigación y las innovaciones teórico-metodológicas de la empresa interdisciplinaria.....	174
4.4 La crisis del difusionismo y la etapa de profesionalización de la arqueología en el Ecuador.	180
4.4.1 Las discusiones desarrolladas durante el Coloquio Internacional de la UNESCO ...	183
5. Conclusiones y recomendaciones	188
5.1 Recomendaciones.....	194
6. Bibliografía	196
6.1 Fuentes primarias publicadas y no publicadas:.....	196
6.2 Fuentes bibliográficas secundarias:	199
7. Anexos	209
7.1 Tabla de anexos.....	209
7.2 Artículos de prensa, revistas y fuentes de archivo	215

Introducción

La arqueología es una ciencia relativamente joven en el país. Su etapa de profesionalización y especialización dentro del campo académico es bastante reciente. A mediados de los setenta, aparece como carrera universitaria en la Sección de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), y también a inicios de los ochenta en la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL). En esta época surge lo que se ha denominado como arqueología patrimonial y de rescate (Yépez , 2000), la misma que responde a amplios intereses estatales por la conservación del patrimonio arqueológico, ante la constante amenaza de destrucción y deterioro de la riqueza cultural del país.

Desde un aspecto social, antes de dicho periodo de profesionalización e institucionalización, la arqueología ecuatoriana tuvo que transitar por varios momentos de conflicto y lucha política. Su trayectoria local la ha definido como una ciencia madura y autónoma que ha sabido responder efectivamente a las necesidades de la colectividad y cultura ecuatorianas. Esta disciplina, que estudia el pasado por medio de objetos de épocas remotas, ha sido construida y estructurada en base a modelos, tendencias y parámetros científicos generales durante su proceso de desarrollo. Estos elementos se manifiestan en constante conflicto, y entran en una clara disputa durante las competencias y debates teóricos sucedidos dentro de una comunidad científica, a lo largo de la historia. Desde la metodología sociológica, que es aplicada por el autor del presente trabajo, se evidencia la manifestación de un conjunto de factores y elementos sociopolíticos en la búsqueda de legitimación y validación de los productos científicos relacionados a esta disciplina ecuatoriana.

La construcción de la ciencia es un proceso evidentemente colectivo, pero también es competencia de cada científico e investigador lograr la aceptación y perfeccionamiento de todas sus creaciones, inventos, artefactos y proyectos. Sus hipótesis y propuestas, desarrolladas a partir de la experimentación, evidencia y comprobación, esperan a ser un día transformadas en verdades irrefutables y no ser rechazadas como mitos o ficciones que obstaculicen la búsqueda de conocimiento objetivo. La lucha social que se presenta durante el proceso de creación de los productos científicos, es un aspecto que puede ser abordado desde una visión histórica y dentro de un contexto adecuadamente enmarcado.

Partiendo de esta premisa, el estudio histórico de caso estará dedicado a la reconstrucción sociológica del proceso de la elaboración de una hipótesis arqueológica, antes de ser reconocida en sociedad como una teoría válida o, en términos de Bruno Latour, como *hecho científico* o *fact*¹. Analizar la relación existente entre ciencia y sociedad es uno de los principales retos y objetivos de la historia de la ciencia. En la presente investigación se estudia la hipótesis sobre el *origen transpacífico de la cultura Valdivia*, desarrollada a inicios de los sesenta por el arqueólogo guayaquileño Emilio Estrada Ycaza, en asociación con los científicos norteamericanos Betty Meggers y Clifford Evans. Este proceso se manifiesta dentro de una *red* científica que fue conformada por varios actores y elementos involucrados en su desarrollo. Dicha red se caracterizó por posibilitar, implantar y difundir una nueva forma de arqueología en el país, en diálogo con otras transformaciones significativas de la arqueología mundial que sucedieron de forma sincrónica.

Al estudiar la creación de la hipótesis transpacífica² y su contexto de producción se podrá evidenciar que la construcción de la ciencia arqueológica es el resultado de las relaciones sociales más minúsculas, así como del papel desempeñado por cada actor involucrado en esta lucha política y científica. El análisis histórico de este proceso permitirá seleccionar los elementos y conceptos que estén relacionados a la teoría del *Actor/Red*, extraída de las obras del sociólogo de la ciencia Bruno Latour (1992, 2008), además de varios aspectos extraídos de la obra del historiador Thomas Kuhn, (1962). De igual manera, se hará referencia a varias nociones generales, teóricas y técnicas pertenecientes a la disciplina arqueológica que serán analizadas desde la metodología propuesta.

¹ En la obra “Ciencia en Acción” de B. Latour (1992), la expresión *hecho científico* sería traducida al inglés con el término “*fact*” que en el idioma anglosajón conlleva un significado más adecuado que en español: La traducción real de *fact* vendría a ser una afirmación incuestionable o una verdad científica difícil de refutar. Un hecho científico consiste en un producto final del proceso de creación de la ciencia (Latour, 1992, pág. 15).

² En relación al término “transpacífico”, éste se refiere, en arqueología, a la difusión o intercambio de elementos culturales por medio de un contacto o viaje por vía marítima, efectuado través del Océano Pacífico, el cual conecta a las regiones o continentes separados por esta extensa distancia oceánica. Pueden existir varios tipos de vínculos transpacíficos como entre Asia y América, Oceanía y América, y viceversa. En el trabajo presente, se empleará este término solo al referirse a la teoría arqueológica que plantea un contacto precolombino entre las culturas pertenecientes al continente asiático (China y Japón), y las culturas americanas. Las culturas asiáticas vendrían a ser núcleos desde los cuales se origina el contacto como regiones emisoras, y los pueblos del continente americano vendrían a ser regiones receptoras de la influencia cultural.

La relación de Emilio Estrada y los arqueólogos norteamericanos, sumada a las expediciones efectuadas en la década de los cincuenta por el Instituto Smithsonian de Washington, fueron hechos que posibilitaron el trascendental descubrimiento de las culturas más antiguas de la prehistoria local. También trajeron varios avances técnicos y metodológicos innovadores para la época, entre ellos, la técnica del Radiocarbono 14 (C14)³, el establecimiento de una secuencia cronológica relativa y absoluta, la introducción del método de seriación fordiana y otros elementos que serán discutidos durante la disertación. Estas herramientas sirvieron para desarrollar los argumentos necesarios para la defensa de la propuesta de Estrada y sus colegas norteamericanos. El *difusionismo* fue la escuela teórica puesta en práctica por dichos arqueólogos, la cual, junto al evolucionismo unilineal fue una de las teorías más representativas de la arqueología universal y local desde finales de siglo XIX. Una época crucial para la prehistoria ecuatoriana se manifestó en los cincuenta, en la que se dieron los presuntos descubrimientos⁴ de algunas de las culturas formativas más antiguas de suelo americano como Valdivia, Chorrera, Machalilla, Bahía, Milagro, entre otras, que posicionaron a la arqueología de la Costa ecuatoriana como foco principal de irradiación cultural americana.

Dichos hallazgos, que fueron posibles gracias a las innovaciones científicas revolucionarias mencionadas, vinieron a renovar el pasado de la nación que hasta entonces estaba representado netamente por una precaria prehistoria cultural Inca, carente de fechas tempranas e indicios temporales anteriores a la Era Cristiana. A la práctica arqueológica ecuatoriana que apareció a mediados de siglo XX se la ha denominado de varias maneras en la historiografía local, por ejemplo; “Periodo de la arqueología científica-moderna” (Gartelmann, 1985, pág. 14), o de la “arqueología difusionista” (Salazar, 1995). Durante esta temporalidad, surgieron varios de los más afamados arqueólogos ecuatorianos y ecuatorianistas, entre ellos, los Evans, Emilio Estrada, Carlos Zevallos Menéndez, Francisco Huerta Rendón, Julio Viteri Gamboa,

³ La datación absoluta gracias a la aplicación del C14, que posibilita a los arqueólogos descubrir las fechas exactas de los vestigios, fue un fundamento principal para las hipótesis difusionistas y fue una herramienta crucial al momento de generar comparaciones y secuencias cronológicas fundamentadas en relaciones y vínculos entre culturas, como ejemplo será analizado el Método de análisis de James Ford.

⁴ Se plantea que el término “descubrimiento arqueológico”, característico de la época de los precursores, es una categoría ciertamente política, dirigida a atribuir mérito a un solo individuo, a pesar de que otras personas hayan realizado la misma hazaña anteriormente, o que más individuos hayan estado vinculados en el proceso. Ciertamente, se trata de un discurso de poder científico que es utilizado hasta la actualidad.

Olaf Holm, Presley Norton, Donald Lathrap, Pedro Porras Garcés, Jorge Marcos Pino, quienes tuvieron amplia participación en la red científica local y en el debate sobre el origen de Valdivia.

De manera específica, Estrada y sus colegas extranjeros defendieron la existencia de un contacto precolombino, efectuado hace 3000-2000 años a.C., entre el asentamiento epónimo Valdivia ubicado en plena zona costera, denominado G31 -descubierto por Estrada en 1956- y la fase formativa japonesa conocida como *Jomón*. Plantearon así un origen asiático de la cultura ecuatoriana y americana, partiendo de las impresionantes similitudes entre las formas cerámicas de ambas sociedades prehistóricas, sumado a una particular coincidencia y sincronía temporal relacionada al periodo Formativo Temprano.

Hipótesis central

Partiendo de los hechos históricos presentados y de la metodología planteada, surge la hipótesis principal de la investigación, direccionada hacia la reconstrucción de un proceso histórico conformado por uno de los debates más significativos pertenecientes a la historia de la arqueología ecuatoriana. Este fue sobre el origen transpacífico de la cultura Valdivia de la Costa. En este sentido, la hipótesis que será introducida en esta disertación parte de una problemática histórica, así como también se deriva de un planteamiento metodológico. Se propone que por medio de la estructuración de un entretejido social se posibilitará un viaje al pasado de la ciencia ecuatoriana, por medio de la memoria colectiva, para recuperar uno de los debates arqueológicos más controversiales de la historia.

Según Matthew Johnson (2000), una hipótesis en ciencias humanas y de manera general, consiste en la “predicción sobre las relaciones entre variables” (Johnson, 2000, pág. 236). La hipótesis central de la que parte la presente investigación propone que, mediante la estructuración sociológica de una red científica manifestada en un contexto local, se podrá reconstruir el proceso de elaboración de la hipótesis sobre el origen transpacífico de la cultura Valdivia. Dicho proceso científico y social, manifiesta al Ecuador de mediados de siglo XX como eje y escenario primordial. Aunque también involucra a otros contextos, países y localidades que participaron en su desarrollo. La teoría aplicada para el tratamiento del problema planteado es la del *constructivismo social*, corriente histórica y sociológica que percibe a la creación de la ciencia como una

construcción o producto implantado desde la sociedad. Según Johnson: “Los debates científicos se deciden mediante procesos que están profundamente penetrados de relaciones sociales y en absoluto desligados de la sociedad” (Johnson, 2000, pág. 65).

Para Latour (2008), la expresión sociológica de “red”, la cual es esencial para el desarrollo de la hipótesis planteada, hace referencia a la construcción de una serie de elementos entrelazados, asociaciones y movimientos. Incluye la ambivalencia entre elementos humanos y no humanos como actores activos en el proceso, puesto que unifica los elementos técnicos y materiales con los sujetos y sus acciones, es decir, es una perspectiva que equipara las relaciones entre los objetos y las personas, según su papel en sociedad. Entonces, una red científica es un conjunto de actores que están entrelazados en una estructura social que se presenta, no como estática, sino como constantemente dinámica, accionaria y reaccionaria. Al seguir el rastro que dejan las fuentes históricas sobre la trayectoria de una hipótesis arqueológica específica, sus motivaciones sociopolíticas, el papel de sus creadores y su proceso de legitimación, se espera evidenciar la construcción, expansión y conformación de la red científica que posibilitó el auge de la escuela o corriente difusionista en el Ecuador, y logró la reconstrucción del pasado cultural y de la identidad nacional por medio de la práctica arqueológica.

Objetivos

Objetivo general:

Desarrollar la construcción social del proceso de elaboración y controversia de la hipótesis difusionista sobre el origen transpacífico de la cultura Valdivia, mediante la estructuración de una red científica arqueológica en el Ecuador.

Objetivos específicos:

- 1) Explicar la conformación sociológica de la red arqueológica ecuatoriana que posibilitó las relaciones y vínculos científicos entre los actores involucrados en el proceso.
- 2) Analizar el momento de creación de la hipótesis difusionista de Emilio Estrada, su efecto social y etapa de comprobación como una teoría científica válida.

- 3) Identificar la etapa de controversia y debate científico que culminó con el rechazo de la teoría transpacífica y la tendencia difusionista en la comunidad científica.

Preguntas y Problemática

Una cierta hipótesis o afirmación es legitimada y reconocida como científica gracias a que se adapta a las exigencias de un modelo o paradigma dominante. La teoría del difusionismo transpacífico de Estrada pudo ser aceptada como la mejor explicación en sociedad en torno al origen de Valdivia, puesto que sus defensores lucharon por demostrar su validez según los parámetros y técnicas preponderantes de la época. La pregunta principal de la presente investigación y que se presenta como objetivo general es: ¿cómo se efectuó la conformación de la red científica ecuatoriana que posibilitó la creación de la hipótesis difusionista sobre el origen transpacífico de la cultura Valdivia?

La creación de dicha propuesta no fue un hecho aislado y sin trascendencia social, pues constituyó una de las hipótesis arqueológicas más importantes y controvertidas del siglo XX, tanto en el contexto nacional como internacional. Su difusión trajo como consecuencia una extensa controversia y discusión sobre los verdaderos orígenes culturales de la nación, en la cual, se generaron contrapropuestas, descubrimientos y teorías que refutaban ésta afirmación inicial. Existió una intensa competencia entre tendencias enfrentadas y entre laboratorios arqueológicos que luchaban por defender sus posturas. Los discursos desarrollados dentro de este conflicto parten de motivaciones y causas de diversa índole como científica, académica, institucional, particular y política (nacionalismo y patriotismo)⁵.

Surgen varias preguntas con este cuestionamiento inicial, primordialmente, sobre el marco temporal del caso histórico estudiado. Según los límites temporales de la investigación se propone que el proceso inicia desde 1954, con la primera expedición de los arqueólogos del Instituto Smithsonian de Washington, que trajo por primera vez al Ecuador los parámetros de una arqueología moderna, básicamente, desde una tendencia difusionista norteamericana. El proceso culmina a finales de los setenta durante la época

⁵ Los ideales políticos que partían del oficio arqueológico estaban reflejados en fines institucionales y culturales. Entre estos aspectos están las organizaciones patrimoniales y de protección de bienes culturales como los museos, colecciones, universidades, laboratorios, etc. estos fines eran traducidos en ideales nacionalistas o patrióticos que en conjunto manifestaban los intereses políticos que eran mediados por la ciencia arqueológica de la época. Por eso, se vincula a la ciencia con sus fundamentos políticos desde la sociedad.

de la introducción de la corriente de la Nueva Arqueología, la profesionalización de la disciplina, así como del surgimiento de una arqueología patrimonial y de rescate en el ámbito nacional. En 1974, se efectuó la introducción de la teoría arqueológica procesual mediante la expedición de la Universidad de Illinois al Ecuador -el procesualismo se oponía de manera radical e intensa a la teoría difusionista-, rechazando drásticamente la propuesta transpacífica del grupo de Estrada.

Fue la etapa de un hecho crucial para la arqueología; la profesionalización de esta ciencia en el país, motivada por el Coloquio Internacional de Arqueología Andina, presentado por la UNESCO en 1979. Este suceso final marcaría la culminación del proceso estudiado, puesto que serían replanteados los parámetros generales de la disciplina, posibilitando las circunstancias científicas y sociales para el rotundo rechazo de la teoría transpacífica y la corriente difusionista, por parte de la comunidad de arqueólogos americanos y americanistas. La problemática principal de la presente investigación histórica plantea la necesidad de reconstruir un debate y proceso que ha sido poco estudiado por la historiografía local, tanto desde la arqueología como desde la historia, el cual es la creación y controversia de la hipótesis transpacífica sobre el origen de Valdivia.

En relación a la contextualización histórica y social, se topa el tema sobre la época de modernización en el Ecuador sucedida desde finales de siglo XIX, hasta mediados del XX. Las diversas actividades y dinámicas económicas desarrolladas en el Litoral ecuatoriano a causa de los diversos auges agrícolas y comerciales (cacao y banano), habían alertado a los arqueólogos nacionales e internacionales en torno a la preservación y protección del patrimonio arqueológico -por eso se crean organismos internacionales como la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)-. Las distintas prácticas de explotación de recursos efectuadas en territorio ecuatoriano, como la construcción de carreteras y modernización urbana durante los auges de explotación agrícola a mediados de siglo, el tráfico ilícito y la “huaquería” (Meggers & Evans, 1955), entre otros problemas similares como la extracción petrolera⁶

⁶ En los ochenta, y poco antes de esta fecha, surge un importante auge en la economía hidrocarbúrica nacional, y la explotación de yacimientos petroleros aparece como una potencial amenaza sobre el patrimonio arqueológico nacional. La intención de protección y rescate estaba principalmente vinculado a las áreas de extracción que tenían la misma ubicación de los yacimientos arqueológicos de la Costa -como fue el caso de los complejos Valdivia en Sta. Elena-. Sobre este tema se hablará en el último capítulo,

desde los setenta (Marcos P., 1986), han sido condiciones sociales de alto riesgo para el patrimonio arqueológico que se han mostrado como una de las motivaciones o causas más importantes en el desarrollo de empresas y expediciones arqueológicas.

Desde mediados de siglo XX, en el país se cimentó una red o entretejido social que iba ampliándose con las diversas organizaciones, expediciones y proyectos científicos, generando grupos de asociados y escépticos, cada cual con su respectiva representación institucional. No sería posible hablar de un proceso sociológico en el cual la ciencia es vista como una construcción social, sin tomar en cuenta primero el papel de la colectividad científica en la producción de hechos y teorías. Por ende, la pregunta que da forma al *Capítulo II* se direcciona a definir cuáles fueron los actores y elementos sociales que conformaron la estructura de la red arqueológica local en la temporalidad estudiada, sus discursos científicos, las instituciones y alianzas que participaron en la elaboración de la propuesta difusionista sobre Valdivia. Después de haber definido los elementos, las asociaciones y los actores involucrados, es decir, la estructura de la red arqueológica como escenario, en el tercer capítulo se procederá a responder a la incógnita de: ¿cómo se efectuó la creación, comprobación y validación de la hipótesis sobre el origen asiático de la sociedad valdiviana y qué papel jugaron sus autores en este proceso? Para esto, se considera que el *descubrimiento* de Valdivia, en 1956, fue un hecho de gran efecto e importancia científica, cultural y política que desencadenó una fuerte controversia y una ola nacionalista⁷ en el Ecuador, y que el mismo fue posible gracias a los avances técnicos de la arqueología.

A partir de estas innovaciones científicas fue también posible, a inicios de los sesenta, comprobar la validez de la propuesta de Estrada partiendo del modelo de la arqueología norteamericana, un tarea ejecutada por los arqueólogos del Smithsonian luego del fallecimiento del guayaquileño. Se desarrollará la explicación de cómo se efectuó la

puesto que existe una conformación institucional y estatal en torno a la riqueza arqueológica y su conservación.

⁷ El discurso nacionalista de la época fue desatado por el descubrimiento de las culturas más antiguas de suelo americano, y que se encontraban específicamente en el Ecuador. El fenómeno científico y arqueológico provocó el fortalecimiento de la identidad nacional y el replanteamiento de los orígenes culturales, que hasta entonces estaban fundamentados en un precario pasado incaico. También se trataba de derribar el mito tradicional del “indio salvaje” precolombino, que carecía de sociedades complejas en el Ecuador.

denominada fase de *comprobación científica*⁸, antes de ser admitida como una teoría válida dentro de la colectividad arqueológica. La hipótesis transpacífica fue una explicación socialmente aceptada para un problema científico durante tiempo limitado, antes de ser rechazada como falsedad. Llegó a ser pensada como un hecho o verdad científica pero solamente de forma provisional. Se debe determinar la condición del proceso como estrictamente ecuatoriana, al contrastar su efecto social con otros contextos y épocas para delimitar y establecer el alcance de la investigación actual.

Al responder las preguntas sobre el ciclo de desarrollo de una hipótesis arqueológica, se hace cada vez más visible dicho efecto y consecuencia en sociedad. Por ende, en el *Capítulo IV* esto direcciona hacia el cuestionamiento final sobre: ¿cómo se desarrolló la fase de debate y controversia teórica que culminó con el rotundo rechazo de la hipótesis de Estrada en la comunidad científica. Con esta última cuestión se espera demostrar los factores sociales, científicos y políticos que generaron un conflicto entre aliados y escépticos, entre modelos y discursos opuestos, y posibilitaron reunir los argumentos necesarios para derribar las bases de la teoría transpacífica como respuesta hacia el origen de Valdivia.

Esta hipótesis fue considerada como obsoleta y sustituida por una mejor explicación, la cual, defendía una procedencia autóctona o netamente americana. Esta nueva opción para refutar los planteamientos de Estrada y los Evans, surgió a mediados de los setenta por parte de los miembros de la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois, los cuales practicaban una arqueología revolucionaria al ser de un carácter procesual, social, ecologista, interdisciplinario y profesional. Ellos se sirvieron de otros descubrimientos efectuados a inicios de los setenta, los cuales negaban un origen asiático de Valdivia, realizados por diferentes arqueólogos en varios complejos de la Costa, como el sitio de Loma Alta por parte de Presley Norton, el sitio San Pedro descubierto por Julio Viteri Gamboa y Henning Bischof, el sitio San Pablo por los miembros del Núcleo del Guayas de la CCE, y el sitio de Real Alto descubierto por

⁸ En esta disertación se considera a la *comprobación científica*, no como un hecho o logro final de alcanzar una verdad absoluta e irrefutable (ley), sino a la etapa o fase de validación de una hipótesis en base a las normas, leyes y parámetros vigentes de la ciencia arqueológica. Puesto que ninguna teoría es cien por ciento cierta y siempre tiene su contradicción, el enfoque parte netamente sobre la legitimación y aceptación social de una verdad provisional como proceso histórico delimitado, más no como un hecho establecido del pasado; no es de interés demostrar si la propuesta transpacífica es o fue una verdad absoluta, lo cual es netamente una tarea arqueológica.

Jorge Marcos Pino y estudiado por el norteamericano Donald Lathrap (radical rival de los Evans).

Otro de los hechos de inmensa importancia para el establecimiento de una nueva forma de arqueología y para el rechazo generalizado de la teoría difusionista fue el Coloquio Internacional de Arqueología Andina, efectuado en el Perú en 1979, llamado “Críticas y Perspectivas de la Arqueología Andina” (Lumbreras, 1981). A este evento, asistieron los arqueólogos más representativos de la comunidad arqueológica americana e internacional para reformular los parámetros y normas del oficio vinculado a la prehistoria andina en todas sus manifestaciones. Dicho coloquio influyó drásticamente en la arqueología ecuatoriana al incentivar su profesionalización y el rechazo de prácticas tradicionales. Estos hechos científicos y políticos se combinaron para superar y concluir la discusión sobre la hipótesis transpacífica, disminuyendo su credibilidad y apoyo social. Al carecer de recursos para su defensa la propuesta arqueológica de Estrada fue transformada en un mito o ficción de la ciencia, carente de validez y aceptación social, situación que se ha mantenido hasta el tiempo presente.

Justificación, límites y alcance de la investigación

En la historiografía arqueológica universal han existido varios aportes recientes que han tratado de vincular a la ciencia arqueológica con sus fundamentos sociales y políticos (Ejemplo: Anderson, 1983; Díaz-Andreu, 1996; Johnson, 2000). Sin embargo, se ha evidenciado la ausencia de estudios similares en la historia de la arqueología ecuatoriana, por lo cual, se puede afirmar que existen amplias posibilidades para el desarrollo de un estudio histórico sobre esta ciencia en el país. La contribución de esta investigación hacia los estudios históricos actuales parte de abordar un caso de estudio particular relacionado a la historia de la arqueología ecuatoriana, desde una perspectiva constructivista y sociológica. Para justificar esta afirmación el trabajo se ha apoyado en las investigaciones recientes de algunos arqueólogos ecuatorianos, quienes han desarrollado una visión histórica sobre su propia disciplina y la necesidad de un abordaje sociológico. Alden Yépez, arqueólogo de la PUCE, expresa un pertinente ejemplo y referencia para este problema, en la cita siguiente:

Abordar el problema del desarrollo de la arqueología en la Amazonía ecuatoriana interrelacionando los logros de esta disciplina y el contexto social en que han sido producidos, requiere de una cierta perspectiva histórica para comprender la

producción del conocimiento científico, pero también requiere de una mirada más objetiva acerca de la coherencia interna y los planteamientos específicos de las teorías actuales o pasadas sobre la problemática que persigue esta disciplina (...) Puesto que existe una estrecha relación entre la producción científica y los roles que cumplen los intelectuales como sujetos sociales, es importante tener en cuenta que los personajes, e incluso la personalidad de los arqueólogos (...) han ido configurando diferentes perspectivas teórico-metodológicas, y también comprender que los cambios en la interpretación del registro arqueológico está sujeto a las representaciones mentales de los investigadores (Yépez , 2000, pág. 19).

Se hace uso de terminología en torno a aspectos como el contexto social de producción de la disciplina, la necesidad de una perspectiva histórica y el análisis de factores sociales para la comprensión de la evolución del pensamiento arqueológico. Estos han sido temas de índole sociológica escasamente tratados por la historiografía arqueológica local. Con el análisis bibliográfico efectuado en obras similares se ha logrado comprobar que existe la clara ausencia de un acercamiento conceptual hacia a los fenómenos sociales la ciencia. Por lo visto, en la mayoría de los casos se vuelve a caer en un estudio histórico lineal, panorámico y netamente referencial, es decir, como una breve revisión de las reseñas más significativas para la evolución, progreso y perfeccionamiento de la disciplina. No se ha llegado a proponer una aproximación teórica, crítica y alternativa sobre los hechos, procesos y debates del pasado de la arqueología, la cual posibilite el estudio minucioso y sustentado de un caso histórico delimitado.

Como ejemplos principales de esta perspectiva tradicional se han utilizado y analizado los aportes de algunos arqueólogos ecuatorianos, quienes hablan sobre la historia de su profesión y también realizan un juicio sobre la hipótesis del origen asiático de Valdivia: Alden Yépez con su trabajo “Arqueología Particular y Arqueología de Rescate: Análisis Bibliográfico de La Investigación Arqueológica en la Región Amazónica Ecuatoriana”⁹ (2000), Jaime Idrovo Uriguen con su “Panorama Histórico de la Arqueología Ecuatoriana” (1990), José Echeverría con su trabajo dedicado a la arqueóloga del Smithsonian “Betty J. Meggers: Personalidades y Dilemas en la Arqueología

⁹ Aunque Yépez desarrolla una visión histórica de su profesión, y la efectúa en torno a su propuesta amazónica. Según conversaciones con el arqueólogo y lector de esta tesis, Juan Andrés López, la arqueología de la Amazonía ecuatoriana parte de fundamentos teóricos opuestos a la arqueología de la Costa, por lo cual sale del marco temático planteado. Sin embargo, Yépez sirve como un ejemplo ideal de una perspectiva histórica tradicional que plantea ciertas cuestiones sociológicas.

Ecuatoriana”(1996), Florencio Delgado con su trabajo “Método y teoría en la arqueología ecuatoriana” (2008), y la obra un tanto escéptica de Ernesto Salazar “Mitos de Nuestro Pasado” (1988). De igual forma, se ha revisado la obra de historiadores de profesión que han trabajado la historia arqueológica ecuatoriana pero que han optado por una investigación de carácter *biográfico* y sobre las reseñas más significativas de los precursores.

Dentro de esta última categoría, se encuentra la tesis de la historiadora de la PUCE Fanny Patricia Falconí (1990), titulada “Aporte de Emilio Estrada Ycaza a la Arqueología Nacional”¹⁰. Falconí manifiesta en su trabajo la intención de introducir a los representantes de la arqueología local dentro de un escenario social que toma como eje principal la trayectoria de un solo personaje. Esta perspectiva biográfica provoca, inevitablemente, sobresalir un protagonista sobre los demás involucrados dentro de una comunidad, resaltando la figura del científico como héroe o mito. También se concentra en unificar demasiados aspectos de la vida de un solo actor, sin llegar a relacionar el discurso científico del personaje con los factores sociopolíticos externos e internos de la ciencia.

Sin embargo, varios avances se han logrado con estas contribuciones historiográficas y se han extraído datos importantes para el estudio de la ciencia arqueológica en el Ecuador. No se escatima en resaltar algunos de estos aspectos, que han sido de enorme beneficio para esta disertación: 1) La separación en etapas o periodos secuenciales de las tendencias y tipos de arqueología de los últimos siglos. Dicha división cronológica secuencial ha permitido diferenciar formas de hacer ciencia y compararlas entre sí, así como contrastarlas con otros contextos. 2) La definición de los principales debates teóricos provocados en relación a hechos de importancia como los descubrimientos arqueológicos, invenciones técnicas e innovaciones teórico-metodológicas. 3) La presentación de los principales representantes y precursores de esta ciencia, las relaciones o asociaciones desarrolladas entre ellos y las instituciones culturales, académicas y científicas que fomentaron el progreso de la disciplina arqueológica ecuatoriana.

¹⁰ Esta tesis fue dirigida por el Padre Pedro Porras Garcés, quien conoció personalmente a Estrada y a sus colegas del Smithsonian.

A pesar de los aportes mencionados, no se ha evidenciado la intención de desarrollar una metodología histórica que permita el estudio de un caso específico del pasado, solamente se ha desarrollado estudios panorámicos de extensiones de tiempo considerables –el recorrido durante un siglo, por ejemplo- y se redunda en los aspectos generales, ya conocidos, de los debates pertenecientes al pasado de la disciplina arqueológica. Si se ha dado el caso de brindar mayor importancia a un elemento o temática en particular ha sido con la sola intención de beneficiar a una investigación arqueológica contemporánea, o como un apoyo discursivo para una hipótesis arqueológica vigente. Este uso cientificista del dato histórico –brindar mayor o menor valor a un hecho según su vigencia o aceptación científica actual- provoca caer inevitablemente en una perspectiva anacrónica, descontextualizada y referencial de la historia.

Para dar cuenta de estos inconvenientes es necesario, simplemente, fijarse en las múltiples similitudes existentes entre las obras anteriormente citadas. El recurso ideal para poder separar e independizar un proceso histórico de la arqueología local, es la correcta definición de una temática monográfica, de los límites contextuales y del eje principal de la investigación. Esta aproximación hacia un estudio de caso ha sido posible durante esta investigación gracias a la teoría sociológica y constructivista, sobre la elaboración de hechos científicos, el Actor/red y las revoluciones científicas.

Metodología de la investigación

Es de gran importancia aclarar los fundamentos metodológicos de los cuales parte esta visión histórica, para diferenciarla de una aplicación arqueológica. No debe confundirse el abordaje de los conceptos y debates entre ambas disciplinas, puesto que, el tratamiento del tema no busca, en realidad, demostrar ni emitir juicios de valor científico sobre ninguno de los temas y problemáticas planteados. En lo concerniente a esta investigación, esta se limita netamente a una narración del proceso enmarcado en los términos contextuales, por lo cual, será útil la lectura y análisis de su primer capítulo, donde será aclarado el enfoque y marco teórico utilizado. La metodología sociológica y constructivista ha permitido al autor de esta disertación superar varios obstáculos y desventajas que se han presentado, principalmente, en relación al estudio, disponibilidad y selección de las fuentes históricas, así como por la extensa temporalidad planteada que reúne cerca de treinta años (1954-1979).

Según Umberto Eco (2001), uno de los principales inconvenientes con las tesis de doctorado y licenciatura, especialmente las de historia, surge en relación a su generalidad, temática y alcance. Cuando un trabajo se aleja del estudio de un caso en particular, este tiende a presentarse como el análisis panorámico de una gran cantidad de temas especializados. Aquí se presenta la diferencia entre una tesis panorámica y una tesis monográfica: La primera, se caracteriza principalmente por ser realizada por gente de vasta experiencia académica, quienes pueden reunir extensas temporalidades y todos los aspectos relevantes sobre un cierto tema extenso y general. Por ejemplo; “La historia de la arqueología en el Ecuador” o “La historia de los debates arqueológicos locales”, etc. En un sentido práctico, usualmente, estos investigadores tienen la experiencia, conocimientos, recursos y accesibilidad (acceso a fuentes, herramientas, financiamiento, representación institucional, etc.) suficientes como para abordar todos los aspectos de un panorama completo.

El principal inconveniente es que los profesionales “amateur” muchas veces tienden a caer accidentalmente en estas generalidades y abarcar demasiado en un primer intento. Por eso, en respuesta, surge el segundo tipo de investigación que es la “monográfica”, en la cual, la temática particular y su especificidad direccionan su alcance y profundidad (Eco, 2001, pág. 26). Un ejemplo de tesis monográfica puede ser “El efecto que tuvo la creación de la institución del Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana dentro de la sociedad guayaquileña” (1951-1966). En esta última, se observa que una temática, contexto y temporalidad concretos determinan todos los aspectos de importancia para la investigación como metodología, fuentes, teoría, hechos, personajes, lugares, etc. Una tesis puede hallarse, en distinto grado, entre estos dos extremos, lo cual, va a determinar su nivel de objetividad, claridad, profundidad, dominio y especialización sobre la temática.

Este ha sido uno de los mayores inconvenientes durante la tesis presente, la cual, aborda una extensa temporalidad y, de cierta manera, aparece como una propuesta panorámica. Cuando una investigación no encaja en ninguna de las dos categorías, siempre los lectores van a tener la sensación de que algo importante se está dejando de lado, lo que puede resultar en la impresión de falta de conocimiento o esfuerzo académico. Para solucionar este problema se ha planteado una metodología adecuada, que permita seleccionar todos los elementos necesarios para reconstruir un proceso de larga duración en base a un eje primordial. Cuando se establece un eje o elemento principal, en

relación a la construcción de un proceso, esto es lo que permite seleccionar los elementos útiles o necesarios para una investigación, logrando justificar la exclusión e inclusión de cierta información importante para la tradición académica local.

En la aplicación presente, cabe mencionar que se trata de un primer intento o aproximación, puesto que no se han trabajado temas o tratamientos similares en la historiografía local. En el caso actual, la metodología del constructivismo social permite seleccionar todos los elementos y datos que tengan relación con el proceso de elaboración de la hipótesis sobre el origen de la cultura Valdivia. Muchas veces me han reclamado por qué he excluido o tomado preferencia a ciertos personajes, hechos, instituciones, localidades, etc. si no son las más importantes para la historia oficial o tradicional. También me han reclamado de considerar como importantes hechos que pueden ser o no de interés general. Me han cuestionado dar lugar y significación a personajes que han sido olvidados para la ciencia local, lo cual, provoca que el lector sienta que se está ignorando o desconociendo una parte importante de lo que se intenta plantear.

Según Eco, con la herramienta monográfica: “se estudian muchos autores pero sólo desde el punto de vista de un tema específico” (Eco, 2001, pág. 27). El mismo juicio puede aplicarse para los demás elementos que forman parte de la disertación, como las fuentes, hechos, personajes, temporalidad, conceptos, etc. Por ende, cabe aclarar desde el inicio que todos los elementos que conforman la investigación y que han sido incluidos son aquellos que estrictamente giran en torno y cumplen algún rol dentro del proceso estudiado y son necesarios para su debida reconstrucción. Aquellos elementos, fuentes o datos que no estén relacionados no se los va a tomar en cuenta, más que desde una curiosidad crítica y referencial, a pesar de que parezcan esenciales o básicos para la época estudiada, disciplina o contexto desarrollados, o bien, sean importantes para el lector de estas páginas.

La selección de los elementos útiles ha sido desarrollada durante varios años, de manera minuciosa y en sustento con la metodología sociológica y constructivista aplicada. El eje y temática principal del presente trabajo, inclusive en relación a la estructura de la red científica, está determinado solamente por el proceso de elaboración de la teoría transpácífica y el debate sobre el origen de Valdivia, sus aspectos científicos y sociopolíticos, más no necesariamente por los límites temporales o por el contexto de su

desarrollo, como puede ser el caso de otras investigaciones históricas. En este caso, la metodología sociológica es la que define la estructura, contenido y límites de la actual tesis de licenciatura, en la que la base primordial parte de razonar a la ciencia como un producto o construcción de la colectividad que se sirve de ella.

El tratamiento de fuentes históricas

Cuando una hipótesis arqueológica es retornada a su contexto de producción y devuelta a las manos de sus creadores, sólo entonces es posible penetrar en su proceso original de elaboración. Es necesario regresar al momento en el cual una afirmación todavía es un simple enunciado u opinión especulativa, que espera a ser transformada, perfeccionada y aceptada como verdad. Esta es **la primera regla del método** en el estudio de hechos científicos (Latour, 1992, pág. 15). Las instituciones desarrolladas en el contexto analizado, sean científicas, culturales, privadas, estatales o extranjeras, son las herramientas sociopolíticas para la consolidación y legitimación de prácticas científicas. Los consensos colectivos sobre la aceptación de prácticas y parámetros son desarrollados por los miembros de una comunidad, en pacto con las exigencias sociales. Dichos acuerdos son logrados mediante acontecimientos generadores y difusores de transformaciones científicas como eventos académicos, congresos, coloquios, expediciones, mesas redondas, proyectos y convenios que permiten validar y formalizar diversas tendencias teóricas y prácticas.

Gracias a estos factores de poder científico y político es que se logra transformar una simple opinión en una verdad irrefutable o en una teoría científica funcional al paradigma dominante. En el caso de la arqueología ecuatoriana, el papel de estas entidades y sus miembros será evidenciado gracias a la revisión de fuentes públicas e institucionales de la época estudiada, como artículos de prensa, revistas científicas, boletines institucionales, publicaciones, informes, folletos, etc. que reflejen la creación de vínculos, intereses políticos, proyectos y la aglomeración de gremios científicos; un aspecto denominado como “traducción de intereses” (Latour, 1992, pág. 106). Los hechos y discursos científicos estudiados han sido seleccionados desde fuentes verdaderamente dispersas que, por su carácter y naturaleza, han respondido a otros fines en la época de su producción. Son documentos que, por sí solos, no logran dilucidar las distintas relaciones, grupos y asociaciones participantes en el proceso, pero que en conjunto narran la construcción y expansión de una compleja red o entretejido social en

el Ecuador. Estas fuentes han sido encontradas en archivos, reservas documentales y bibliotecas de instituciones culturales y académicas locales, como el Archivo histórico y Fondo documental del Ministerio de Cultura y Patrimonio, el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC), la Biblioteca/Hemeroteca Aurelio Espinosa Pólit y la Pontificia Universidad Católica de Quito.

Una de las grandes ventajas y realidades de la utilización del recurso constructivista es que no ha sido aplicado en relación a la historia local, es decir, en el Ecuador no se han producido obras que partan de esta metodología y que estudien a una ciencia específica como una construcción social. No se ha dado ni en el caso de la arqueología, ni de ninguna de las ciencias locales. Al ser una propuesta metodológica, también aparece como una forma diferente de abordar las fuentes tanto bibliográficas como históricas, puesto que la distinción parte de la calidad de datos e información recolectada. La información reunida de las fuentes no suele ser la que tradicionalmente interesa en la academia local, la cual, busca solamente los productos finales y una ciencia legitimada. Los datos recogidos durante este trabajo parten de su naturaleza social, institucional, científica, política, discursiva, teórica, y todos aquellos aspectos que hablen de una ciencia en constante cambio y transformación mediante la acción de los individuos. Se busca una ciencia inmadura, inestable, frágil y caótica que manifieste los principales problemas y obstáculos de su creación. Por eso es que, usualmente, estas fuentes, principalmente las primarias, yacen olvidadas en las bibliotecas y archivos, sin mayores consultas realizadas.

La dualidad ambigua ente ciencia y política es una de las directrices para la selección de información. Se ha evidenciado con las fuentes estudiadas que los productos científicos planteados en informes, libros, publicaciones y escritos, contienen tanto un aspecto científico técnico como un aspecto político e institucional. Por eso, son reunidos todos los párrafos y referencias bibliográficas que manifiesten el desarrollo de las relaciones sociales que posibilitan la producción de la ciencia, también se sigue el rastro del producto científico según los pasos que toman sus creadores dentro de la sociedad. Para esto, ha sido verdaderamente esencial lograr una correcta especialización, tanto del aspecto sociopolítico y la estructura social del tema, así como ha sido necesario instruirse en los aspectos básicos de la disciplina estudiada, la cual, es la ciencia arqueológica. Es importante señalar que no se puede hacer historia de una ciencia que se desconoce o no se profundiza. No es posible abordarla de forma superficial, puesto que

debe existir una cierta “apropiación” de sus fundamentos básicos. Por ende, la aplicación del recurso del constructivismo no es tarea sencilla, pues requiere de la comprensión especializada de los procesos, fenómenos sociales y científicos como objeto de estudio. Al ser una temática y metodología nulamente practicadas en el país, se propone este primer aproximamiento hacia un caso particular, junto con las imperfecciones, obstáculos e inconvenientes que el mérito ha presentado.

Como *fuentes primarias* principales, las que fueron complementadas por la bibliografía arqueológica, teórica e historiográfica, se han revisado aquellas que manifiestan tanto el aspecto sociopolítico de los actores y asociaciones investigadas, así como también las fuentes que logren presentar cada etapa de la evolución y debate de la teoría sobre Valdivia, sus componentes científicos y teóricos. Dos tipos de fuentes han sido tomadas como eje principal de la investigación y han servido para guiar el proceso histórico analizado: El primer tipo parte de un aspecto científico e institucional y son las revistas de las sociedades culturales de la época. Como se verá posteriormente en el contexto de la ciudad de Guayaquil, las revistas y publicaciones eran consideradas como medios de sociabilidad de la elite modernizadora. Por eso, se plantea que la serie de boletines periódicos de la sociedad del “Núcleo del Guayas” de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, llamada “Cuadernos de Historia y Arqueología Ecuatoriana”, cumplió con este fin durante el tiempo de su producción. Fue una forma o espacio para la sociabilidad del grupo cultural de los historiadores, arqueólogos y politólogos de la ciudad de Guayaquil, a mediados de siglo XX, mismo rol que sería cumplido por la Academia Nacional de Historia de Quito y otras colectividades de intelectuales.

Uno de los principales obstáculos en relación al estudio y recolección de material histórico y bibliográfico, ha sido la imposibilidad logística de un viaje a la ciudad de Guayaquil. Se sugiere para futuras investigaciones ampliar la búsqueda incluyendo los fondos y reservas documentales de esta ciudad, para complementar la investigación actual y reunir más datos que puedan ampliar la construcción del proceso. De todas formas, las fuentes primarias y secundarias que han sido accesibles en la ciudad de Quito, también con la herramienta práctica del internet, han sido más que suficientes para desarrollar el proceso según la metodología, así como han permitido lograr los objetivos y planteamientos propuestos, puesto que muchas de las fuentes referentes a esa localidad se encuentran también resguardadas en las reservas documentales de la capital.

Los Cuadernos de Historia y Arqueología del Núcleo del Guayas de la CCE

Se ha evidenciado durante la investigación que esta fuente primaria, cuyos números reposan en la biblioteca del Ministerio de Cultura y Patrimonio, sede Quito, ha sido nulamente trabajada e investigada por la historiografía local, tanto en un ámbito de la arqueología así como de la disciplina histórica. Ha sido generalmente desconocida y poco analizada, a no ser, como una mera referencia o curiosidad bibliográfica general sobre el pasado de la Costa ecuatoriana. Tampoco ha sido abordada desde una metodología apropiada en su estudio y análisis, ni difundida mediante investigaciones académicas

Se trata de una revista institucional creada y publicada en la ciudad de Guayaquil desde inicios de los cincuenta, que estuvo a cargo del director de la institución, Carlos Zevallos Menéndez y fue organizada por el danés nacionalizado Olaf Holm. Las revistas institucionales creadas durante la época de modernización y progreso de la ciudad de Guayaquil (1890-1960), consisten en espacios de sociabilidad para la elite letrada de la época. Siguiendo la tesis de Ángel Emilio Hidalgo (2011), al carecer de espacios e instituciones culturales y académicas a inicios de siglo, las sociedades de intelectuales pertenecientes a una sociedad modernizada, giraban en torno a la prensa, las revistas y publicaciones, como se expresa en la cita siguiente:

En el proceso de constitución de nuevas sensibilidades culturales que trajo consigo la modernidad, sostengo que la prensa jugó un papel decisivo en crear condiciones de posibilidad para la existencia de un campo literario autónomo, porque viabilizó la presencia de redes y espacios que acrecentaron la opinión pública. La formación de los grupos letrados y su intervención en la prensa implicó la institucionalización de microsociedades –las revistas pueden ser consideradas micro espacios sociales o “estructuras de sociabilidad intelectual”– donde se enriqueció el intercambio creativo entre los literatos, quienes empujaron proyectos de reconocimiento sociocultural en la esfera de su especialización. Como dice el sociólogo Osmar Gonzales, estas empresas literarias nacen, por lo general, de iniciativas particulares de amigos que coinciden en determinados espacios y deciden involucrarse en procesos asociativos de producción y gestión cultural, muchas veces desde la experiencia de trabajar en salas de redacción de periódicos o revistas (Hidalgo, 1994, pág. 44).

Este fue el caso de los arqueólogos e historiadores de la ciudad de Guayaquil, que a mediados de siglo XX, con la creación de la Casa de la Cultura, adquieren espacios de legitimación y sociabilidad cultural. Ellos, mediante la práctica arqueológica e histórica,

buscaban descubrir un nuevo pasado que sustente el progreso y modernización de la nación ecuatoriana. Por ende, esta revista de la época es una fuente primaria de gran importancia para entender la conformación, ideales y estructura de la red científica arqueológica de mediados de siglo, la cual, estuvo liderada por el conocido “grupo de Guayaquil” unificado por el Núcleo del Guayas de la CCE. La actual investigación gira en torno a los diversos números anuales de este suplemento institucional –revisados desde Diciembre 1951, hasta Diciembre 1975- que exhiben temáticas de gran utilidad en torno a los miembros de la red arqueológica de la época¹¹. Entre estos temas de interés, están: las investigaciones y proyectos vigentes, las distintas asociaciones y grupos de científicos, la situación de la ciencia y patrimonio en el país, las diversas expediciones y visitas de especialistas extranjeros, los eventos y congresos más representativos, etc. Específicamente, ha sido de gran ayuda en el rastreo de todo el proceso y evolución social de la teoría de Estrada, Meggers y Evans.

La prensa de las localidades de Guayaquil y Quito, perteneciente a mediados de siglo XX.

La prensa de la época perteneciente al contexto del Litoral y, en menor parte, de la Sierra, como es el caso de los periódicos más difundidos y populares de la época; “El Comercio” de Quito, también “El Telégrafo” y “El Universo” de Guayaquil, con sus publicaciones revisadas desde mediados de los cincuenta, hasta mediados de los sesenta, han sido de inmensa ayuda como una fuente primaria indispensable para desarrollar el aspecto político y el contexto de los años estudiados. Sus artículos de carácter local, relacionados a la circunstancia y contexto de la arqueología de la época estudiada, permiten definir con mayor precisión las relaciones sociales y conflictos científicos que no aparecen en las publicaciones institucionales. La prensa de la localidad de la ciudad de Guayaquil ha permitido un acercamiento hacia la estructura social de la época y la construcción de un contexto regional adecuado. La prensa también brinda testimonio de hechos y opiniones vigentes en relación a la paulatina construcción de la ciencia arqueológica en el Ecuador. Posibilita ver otros aspectos de la vida de los actores, los

¹¹ Cabe aclarar que los arqueólogos ecuatorianos de mediados de siglo no tenían la misma formación que los de la actualidad, por lo cual no eran arqueólogos o científicos desde la formalidad. Usualmente, eran considerados como investigadores, historiadores, gestores de patrimonio y hasta aficionados, a diferencia de los arqueólogos científicos de formación académica como los extranjeros. Esta carencia de legitimidad profesional fue consecuencia de la ausencia de una arqueología profesional en el país hasta finales de siglo XX, y fue una de las causas de las radicales disputas teóricas desarrolladas en la comunidad.

cuales se han considerado como ajenos al oficio científico pero que, desde una perspectiva sociológica, pueden ser razonados como importantes. Este contraste trae como resultado la dualidad entre *ciencia y política*, que es uno de los objetivos teórico-metodológicos del presente trabajo.

Otras fuentes primarias utilizadas son los documentos de archivo, los cuales han servido como complemento para ilustrar el proceso sociológico de la teoría sobre Valdivia. Estos fueron obtenidos en el Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio de Quito. De los diversos fondos documentales con los que cuenta dicha institución, se han revisado el Fondo Jacinto Jijón y Caamaño, así como la reserva documental del Museo del Banco Central del Ecuador, los cuales tienen relación con la arqueología local del periodo histórico estudiado. Estas son fuentes primarias que no han sido trabajadas desde esta metodología, y que han posibilitado la confirmación y aclaración de ciertos datos históricos importantes sobre relaciones, investigaciones y hechos principales. Han sido de inmensa ayuda para confirmar la etapa de auge y de posesión de la teoría difusionista como un discurso de autoridad en la cultura ecuatoriana, así como el fortalecimiento de un discurso nacionalista local fundamentado en los hallazgos e interpretaciones arqueológicas, como se verá en el desarrollo de los siguientes capítulos.

Capítulo I

1. Un marco teórico para el abordaje histórico de la arqueología ecuatoriana. El contexto, debate historiográfico y antecedentes vinculados al tema de estudio.

En el presente capítulo se realiza el desarrollo del marco teórico en el cual va a estar enfocado este trabajo para dar comienzo al proceso histórico de la creación de una hipótesis arqueológica. Es el resultado y reorganización de varios de los acápites pertenecientes al anteproyecto o plan de tesis aprobado por la Escuela de Ciencias Históricas de la PUCE. Está dividido en varias secciones en las que se desarrollan los conceptos referentes a la vertiente de la Historia de la Ciencia, perspectiva desde la cual se efectúa un estudio del pasado de la arqueología local. Las premisas y planteamientos de representantes como el sociólogo de la ciencia Bruno Latour y el historiador Thomas Kuhn serán adaptados para su aplicación en un caso concreto, puesto que son esenciales para establecer la estructura, alcance y límites del proceso. También será ampliada una adecuada contextualización espacio-temporal de las localidades y lugares a los cuales se hace referencia, como el Ecuador, la región Litoral ecuatoriana -específicamente la ciudad de Guayaquil-, y las relaciones geopolíticas locales con potencias extranjeras, como es el caso de los Estados Unidos a mediados de siglo XX.

Una de las discusiones y problemáticas puestas en cuestión describe un significativo debate, evidenciado en torno a la historiografía arqueológica ecuatoriana de las últimas décadas. Usualmente, han sido los arqueólogos profesionales quienes se han enfocado en desarrollar y difundir una perspectiva sobre su pasado, mientras que la disciplina histórica se ha mantenido distanciada del estudio de los procesos y debates internos de dicha ciencia. Por ende, se presenta el análisis de varios ejemplos de bibliografía historiográfica –principalmente la que trata temas relacionados sobre Valdivia, difusionismo, etapas de la historia de la arqueología, etc.- para exhibir dos tipos de posturas contrastantes: la *positivista*, que caracteriza a la visión histórica tradicional, propia de esta ciencia en contexto local. Y, por otro lado, se presenta en la presente investigación una propuesta desde la teoría constructivista y sociológica, discusión la cual será aclarada en la parte de Estado de la Cuestión. Se ha considerado importante distinguir ambas posturas contrastantes para desarrollar un ejercicio crítico sobre los juicios emitidos comúnmente en torno a los hechos y procesos del pasado de las ciencias. Desde el cientificismo positivista, las teorías, hipótesis y paradigmas pasados

son considerados como discusiones superadas o productos científicos obsoletos, que no es necesario volver a reconsiderar, a no ser que sean de interés al paradigma funcional vigente o al progreso científico actual.

Se debe insistir en que la producción de la ciencia es un proceso netamente colectivo y social, lejos de resaltar la imagen del “científico iluminado” la cual promueve la incompreensión de un fenómeno social e histórico. Por ende, no es intención de este trabajo caer en una perspectiva biográfica de los actores involucrados. Cuando se habla del papel social del científico no se hace referencia a la trayectoria de una figura individual, sino a la acción colectiva y conjunta de un grupo de actores, las relaciones forjadas a partir de un interés común, también la reacción y el efecto que estas producen dentro de una comunidad. Es preciso identificar a los actores involucrados con ciertas instituciones o grupos, y determinar las relaciones y roles a ser cumplidos por parte de ellos dentro de un proceso delimitado. Estos límites permiten categorizar y ubicar las tendencias, recursos, propuestas y discursos científicos que ellos manejaban para observar cómo se construye, evoluciona y se expande la red. Esto se logra mediante el estudio de las fuentes históricas pertenecientes a la época en la cual su forma de hacer ciencia se hallaba aún en vigencia.

1.1 Un estudio de la ciencia desde la teoría de Bruno Latour: La red científica, la elaboración de hechos y la controversia

Comúnmente, la ciencia es percibida como un elemento absoluto y ajeno a las intenciones de los individuos. La visión de este filósofo francés posibilita entenderla como el resultado de las relaciones humanas más minúsculas y de la acción de los científicos dentro de un escenario social. En el estudio de la elaboración de teorías y hechos es necesario un acercamiento hacia el papel del científico como creador, así se logra retornar hacia el contexto original en el cual nacen los productos científicos. Sin embargo, uno de los principales fundamentos de Latour es que su construcción es un proceso netamente colectivo, como explica en la cita siguiente:

Para no confundirnos, debemos distinguir el reclutamiento de aliados, con el objeto de construir colectivamente un hecho o una máquina, de las atribuciones de responsabilidad a aquellos que hicieron la mayor parte del trabajo. Por definición y de acuerdo con nuestro primer principio, puesto que la producción de hechos es colectiva, cada uno es tan necesario como cualquier otro. Sin embargo es posible, a pesar de esta necesidad, lograr que todos acepten unas pocas

personas, o incluso una sola, como la causa principal de su trabajo colectivo (Latour, 1992, pág. 109).

La expresión ambigua de “red”¹² hace referencia a la construcción de una serie de elementos heterogéneos entrelazados, que se expresan mediante asociaciones y movimientos, los cuales permiten que esta red avance. Va más allá de la simple idea de comunidad científica al incluir elementos no humanos como actores activos, puesto que unifica y equipara los elementos técnicos y materiales con los sujetos y sus quehaceres (materialismo activo). Por eso, la teoría del actor-red elimina esta dualidad contradictoria convirtiéndola en una unidad inseparable. Una red científica es un conjunto de actores que están entrelazados en una estructura social que se presenta, no como estática, sino como dinámica, accionaria y reaccionaria. Partiendo de esta premisa, el enfoque actual se concentra en la acción y en el proceso de la ciencia, es decir, en el movimiento, más no en los hechos o estancias estáticas, aisladas, establecidas e inamovibles, como explica la cita siguiente:

La palabra “red” es tan ambigua que debimos abandonarla hace tiempo. Y sin embargo la tradición en cuyo marco la usamos sigue siendo clara y definida pese a su posible confusión con otras dos líneas. Una es por supuesto la de las redes técnicas; electricidad, trenes, cloacas, internet, etc. La otra es utilizada en la sociología de la organización para introducir una diferencia entre organizaciones, mercados y Estados (Boyer, 2004). En este caso, la red representa una manera informal de asociar agentes humanos (Granovetter, 1985). Cuando Castells (2000) usa el término, los dos significados se fusionan, ya que red se vuelve un modo privilegiado de organización gracias a la extensión misma de la tecnología informática. Pero la otra tradición, que siempre hemos tomado como referencia, es la de Diderot, especialmente en su *Le rêve de d'Alembert* (1769). Aquí se puede encontrar una variante muy especial de materialismo activo y distribuido del que Deleuze, a través de Bergson, es el representante más reciente. Un ejemplo de esta cita resulta claro que *reseau* no tiene que ver en absoluto con lo social tal como se lo concibe normalmente, ni tampoco se limita a los vínculos humanos (Latour, 2008, pág. 188).

Dentro de la categoría de *actor o sujeto social* pueden encontrarse varios tipos, ya sean *humanos* (Científicos, aficionados, académicos, burócratas, y asociados), o *no humanos* (Teorías, tecnología, laboratorios, objetos de estudio, instituciones, leyes, descubrimientos e inventos) y todo tipo de elementos involucrados, directa o

¹² La palabra “red” es aplicada por su autor mediante la expresión inglesa “Network”, que hace referencia en gran proporción a su aplicación técnica en el campo informático reciente, la cual es adaptada a un campo sociológico.

indirectamente, en la producción y elaboración de la ciencia, tomando en ambos casos la misma prioridad e importancia de sus asociaciones y vínculos. Esta premisa está sustentada en el *tercer principio* de la teoría de Latour: “Nunca nos enfrentamos a la ciencia, la tecnología y la sociedad, sino a una gama de asociaciones, más o menos, sólidas; por lo tanto, entender qué son los hechos y las máquinas es lo mismo que entender quiénes son las personas” (Latour, 1992, pág. 123). La categoría de “actor” nunca está desligada, ni se ubica independientemente de su vínculo con la construcción social a la que pertenece y, más que referirse a un individuo en particular, se refiere a la acción, papel o tarea que este debe desempeñar, como expresa la cita siguiente:

Un "actor", tal como aparece en la expresión unida por un guion actor-red, no es la fuente de una acción sino el blanco móvil de una enorme cantidad de entidades que convergen hacia él. Para recuperar su multiplicidad, la solución más simple es reactivar las metáforas implicadas por la palabra "actor", que he utilizado hasta aquí como ocupante no problemático de un lugar. No es accidental que esta expresión, como la de "persona", provenga del teatro (...) Usar la palabra "actor" significa que nunca será claro quién y qué está actuando cuando actuamos, dado que un actor en el escenario nunca está solo en su actuación (Latour, 2008, pág. 173).

Todos estos elementos sociales son las herramientas y recursos que posibilitan la creación de hipótesis, el perfeccionamiento de métodos y técnicas, así como también posibilitan la legitimación de una cierta forma de quehacer científico. En palabras de Latour, para legitimar una cierta afirmación o hecho se produce una etapa de debate dentro de las comunidades científicas, que se desarrolla en relación a cualquier invento, artefacto o afirmación que se encuentre en pleno proceso de elaboración. En esta etapa, su creador debe llegar a convencer a toda una comunidad científica sobre la validez y eficacia de su invento o teoría. A esta fase o nivel de la creación teórica se la llama “controversia” (Latour, 1992, pág. 18).

Es un momento en el cual los científicos utilizan sus mejores armas de defensa de las cuales depende la supervivencia de su creación. Por mencionar algunas de ellas, están las referencias académicas para apoyar sus argumentos, las relaciones y vínculos entre los actores, el patrocinio y difusión de una teoría y el fortalecimiento de un discurso técnico y especializado. Lo que inicia como una simple opinión especulativa luego, gracias al filtro social, puede convertirse en un enunciado incuestionable. Pero para llegar a este punto los científicos deben participar en una lucha ciertamente política por

alcanzar su “cientificidad”. Como afirma el filósofo: “Los débiles se alían con los fuertes para defenderse ante la controversia modificando los argumentos pero sin desviarse del objetivo frente a sus oponentes. Se trata de combinar intereses con los de los demás” (Latour, 1992, pág. 109).

Mientras se desarrolla la controversia existe una gran inestabilidad en la dinámica colectiva que se traduce en la constante transformación de enunciados, teorías y contrapropuestas de los defensores y oponentes. Este aspecto político se relaciona con la importancia del uso de la *retórica* como medio de defensa. Se trata de un instrumento de persuasión social, que evoluciona de una retórica débil hacia una más fuerte, según va adhiriéndose a argumentos y premisas de mayor peso científico. Existe la contraposición entre verdad científica y *ficción*, ambas son formas de discurso que distinguen dos momentos o niveles en la creación teórica. Un “argumento de autoridad” se identifica por ser de un carácter más técnico y estar lleno de referencias académicas: “un enunciado puede acercarse más a ser un hecho o un artefacto en la forma en que se inserte en otros enunciados” (Latour, 1992, pág. 25). Surge otro recurso que es la “literatura científica”, que incluye artículos, ensayos y publicaciones, es decir, productos finales que hayan tenido apoyo y patrocinio institucional. Esta literatura es la perfecta manifestación de un discurso dominante, ya que hablan de una forma de ciencia elaborada que es incuestionable y está sustentada por una comunidad científica y académica. El apoyo institucional hace que sea prácticamente imposible cuestionar las afirmaciones prácticas, por eso es que durante un debate es muy común que una de las principales armas sea citar a aliados “ausentes” o hacer referencia de trabajos pasados, y así fortalecer las teorías de forma acumulativa.

Una propuesta que no encuentre su apoyo en una comunidad está destinada a desaparecer, ya que lo que se busca como producto final no es una ley absoluta, sino la explicación que más se acerque a la verdad, es decir, será vencedora la propuesta más aceptada socialmente. La formación de asociaciones entre sujetos consiste en otra forma de defensa distinta a las referencias literarias, y es fundamentada en la traducción de intereses (convenios, proyectos, financiamiento, representación, difusión, trabajos conjuntos, etc.). La gente es la que contribuye a la expansión y difusión de las cajas negras, como se expresa en la cita siguiente:

En la introducción de este capítulo vimos que se necesitan dos cosas para construir una caja negra: en primer lugar, es preciso enrolar a los demás para que crean en ella, la compren y la difundan en el tiempo y el espacio; en segundo término, es necesario controlarlos para que lo que adoptan y difunden siga siendo, más o menos, lo mismo. Si la gente no está interesada, o si convierten la afirmación en algo completamente distinto, la difusión del hecho o de la máquina en el tiempo y espacio no tendrá lugar (Latour, 1992, pág. 118).

Este sociólogo, en sus estudios sobre ciencia, tecnología y sociedad, desarrolla la expresión “Caja Negra” (Latour, 1992, pág. 79), concepto extraído básicamente de la informática para ejemplificar la complejidad de los hechos científicos. En este contexto, una “Caja Negra” es un elemento necesario para el desarrollo de una investigación, pero que no es cuestionado en su funcionamiento o validez científica. Por ejemplo, una computadora sirve para procesar datos pero, a pesar de que es utilizada como herramienta para dichos fines, no se llega a discutir o a poner en duda su funcionalidad o la razón de su existencia. No se reviven dichas cuestiones, ya que se retomaría un debate demasiado complejo perteneciente al pasado, y que acarrearía una considerable controversia o discusión innecesaria. En síntesis, es un elemento o factor legitimado por una ciencia dominante, un componente prácticamente incuestionable y completamente funcional a otros fines prácticos. Puede consistir en un artefacto, una teoría, una técnica, una afirmación, etc., que sea totalmente funcional y útil para los objetivos de un paradigma dominante.

En el caso de la arqueología, entre las entidades sociales encargadas de la difusión y legitimación de teorías o hechos se nombra a las instituciones científicas, centros culturales, universidades, academias, museos, organizaciones patrimoniales y laboratorios arqueológicos. Estos espacios facilitan los recursos y herramientas para el desarrollo de investigaciones y están conectadas entre sí. De igual manera, son lugares de aglomeración de individuos practicantes que apoyan, fortalecen y mantienen una cierta tradición científica. La perspectiva sociológica posibilita retornar al momento de creación de un hecho, así el historiador se distancia de la descontextualización histórica en la cual una afirmación es incuestionable, para así abrir la Caja Negra y descubrir sus momentos de caos e inestabilidad. Para lograr este cometido, el investigador debe ubicarse en el contexto específico donde ocurren por primera vez las especulaciones científicas iniciales, y las primeras aproximaciones que todavía no han sido, si quiera, comprobadas o validadas según los parámetros de un modelo vigente.

Para Latour: “La ciencia tiene dos caras: una que sabe, y la otra que todavía no sabe”. Esta investigación debe ocuparse exclusivamente de la segunda, ya que solo en este momento es que aparece la imagen y papel del científico creador (Latour, 1992: 4). Se aleja totalmente de lo que podría ser el estudio de un producto final elaborado o una afirmación legitimada, y así enfocarse en una ciencia joven, controversial, caótica y generadora de cambio. Para lograr percibir a la ciencia de esta manera se debe rastrear los pasos de su actor principal. ¿Cuál es el papel de los científicos como actores sociales? ¿Cuál es su intención y su lucha política dentro de una comunidad? ¿Cómo consiguen que una simple opinión o hipótesis pueda transformarse en una teoría irrefutable?

1.1.2 Una distinción entre teoría, hipótesis y paradigma fundamentada en la obra de Thomas Kuhn.

Existe una confusión generalizada entre las palabras “teoría” e “hipótesis” que es necesario aclarar, puesto que son empleadas en la presente investigación en torno a la problemática principal. En el uso cotidiano y coloquial ambos términos suelen aplicarse como sinónimos, refiriéndose a una afirmación carente de comprobación o validez científica, es decir, se tiende a limitarlos a la instancia de una simple propuesta, interpretación o especulación subjetiva. Por otro lado, desde un dialecto científico o perteneciente a una disciplina académica, el término “teoría” engloba mucho más que una hipótesis. Una muestra de la magnitud del concepto puede provenir de ejemplos como la Teoría de la evolución, Teoría de la relatividad, Teoría del Caos, etc.

También existe una gran diferencia entre teoría y lo que significa un hecho o *ley científica*, si bien ambos conceptos tienen relación con las hipótesis como precedentes directos. Un hecho/ley es una afirmación o enunciado incuestionable, algo que no admite duda, ni está sujeto a interpretación alguna (Ejemplo, la ley de la Gravitación Universal de Newton. Que “el cielo es azul” es un hecho que no requiere de explicación alguna). En este sentido, Latour (1992) utiliza el término “hecho científico” como una verdad incuestionable resultado de un complejo proceso de perfeccionamiento. En contraste a este concepto, una “teoría” es una explicación aceptada como válida en relación a las observaciones de un problema o fenómeno específico. Un hecho y una teoría son elementos de naturaleza distinta y, sin embargo, tienen una relación y un nivel de importancia similar para las ciencias. De todas maneras, se propone que en esta

investigación y en casos similares, el proceso de creación de una teoría puede ser abordado de la misma manera en la cual Latour aborda la elaboración de hechos científicos. Pero para que sea posible entenderlo de esta manera, debe primero aclararse la diferente naturaleza entre ambos, y esto es posible gracias al uso y aplicación del concepto de teoría realizado por Thomas Kuhn.

Habiendo aclarado que los hechos y leyes de la ciencia quedan fuera de la investigación presente, se procederá a explicar de mejor manera aquellos que sí se va a utilizar, comenzando por el de *hipótesis*. Desde mediados de siglo XX, y posiblemente décadas antes, la arqueología adopta el modelo positivista de hipótesis-comprobación para la legitimación de las afirmaciones y el fortalecimiento de su cientificidad, como expresa la cita siguiente:

La Nueva Arqueología puede ser identificada claramente con el positivismo, intentó hacer generalizaciones, y adoptó el modelo hipotético-deductivo-nomológico de comprobación de hipótesis; su proyecto fue el mismo que el de Comte, conducir a la arqueología por el mismo sendero que las ciencias de la naturaleza, para convertirla en una disciplina madura, rigurosa y auto-crítica. (Johnson, 2000, pág. 61).

El cientificismo adoptado por esta ciencia trajo el modelo de comprobación para que las propuestas e interpretaciones arqueológicas puedan convertirse en explicaciones científicamente aceptadas. Por esta razón, la problemática presente se centra en describir un proceso de elaboración, no de lo que fue una verdad absoluta, sino de una explicación sobre el origen de la cultura Valdivia que se posicionó como la mejor existente. Una hipótesis consiste en una proposición o solución provisional y exploratoria de un conjunto de datos y observaciones que conforman un fenómeno en particular. Pero una hipótesis, por sí sola, no tiene utilidad alguna, y es en este punto que se introduce el trabajo del científico profesional, quien mediante el desarrollo de pruebas, experimentos y una recolección minuciosa de información, tiene el deber y habilidad de validar su propuesta o de invalidarla. Los resultados de esta comprobación son concluyentes y determinantes, pues, si la propuesta original y su esencia sobreviven todo el conjunto de obstáculos necesarios, aumenta su solidez y fiabilidad. Los experimentos deben ser repetibles puesto que las hipótesis y sus explicaciones deben ser reproducibles en cualquier momento, si fuese necesario, y deben generar predicciones para futuros casos de estudio (Hernández, 2008).

Aunque nunca se tendrá total seguridad de la eficacia o exactitud de la explicación -lo cual no sucede en el caso del hecho o ley porque tienen validez absoluta e incuestionable- una hipótesis legitimada siempre será la mejor explicación conocida o vigente sobre un problema, aunque esta pueda ser sustituida por una mejor en el futuro. En este nivel, al pasar el filtro de la experimentación y comprobación, es que esta se transforma en una “teoría científica”. En resumidas cuentas, una teoría es la mejor explicación conocida y la duración de su funcionalidad determina su existencia y supervivencia en sociedad. Por ende, la naturaleza de la teoría es dinámica a diferencia de una ley o hecho los cuales son más estáticos y constantes. La teoría siempre se ve amenazada por nuevos inventos y descubrimientos, sufre numerosos cambios, modificaciones y transformaciones. En un momento es aceptada como un modelo ideal y al otro puede ser rechazada como mito o ficción.

Para que una teoría sea considerada como tal debe cumplir con ciertas características que la diferencian de su estado especulativo: 1) Debe resistir numerosas pruebas y experimentos que hayan intentado derribar sus bases. 2) Es la mejor explicación existente para el conjunto de observaciones que trata, superando a sus competidoras. 3) Debe ser capaz de realizar predicciones sobre fenómenos similares que puedan comprobarse mediante los mismos recursos y métodos. 4) Debe encajar con el resto de conocimientos científicos que la suportan (leyes, hipótesis, teorías, experimentos, etc.). 5) Siempre es temporal y provisional puesto que la ciencia es un proceso continuo y constante, puede ser reforzada o reemplazada en el futuro por otra mejor. 6) Debe ser aceptada políticamente como verdad por la comunidad científica (Hernández, 2008).

En efecto, no es nada fácil alcanzar el nivel de teoría científica y es un grado muy diferente al de una simple hipótesis. Una teoría puede contener una o más hipótesis para apoyar su validez, también puede reunir un conjunto de hechos, leyes y argumentos para sustentarse. Por eso, no se podría afirmar con exactitud que una teoría es un estado anterior de un hecho o ley, puesto que son diferentes e igual de importantes para la ciencia (una es de naturaleza relativa la otra de naturaleza estática, probada lógicamente y matemáticamente). Sin embargo, desde la perspectiva de la ciencia existe un proceso vinculado a los niveles de desarrollo interno de las explicaciones, en el cual una teoría viene a reemplazar a una hipótesis cuando esta última es probada como verdadera. ¿Pero qué es lo que reemplaza a una teoría o cuál es su nivel superior? El conjunto o acumulación de hipótesis comprobadas y de teorías sirven para crear y sustentar

modelos científicos o, en términos de Thomas Kuhn, crean y sustentan la estructura de los “paradigmas”. La teoría histórica de las revoluciones científicas confirma que las hipótesis son un estado anterior al de una teoría, como expresa la cita siguiente:

Sin embargo, con frecuencia el descubrimiento que se produce, no corresponde absolutamente al anticipado por las hipótesis especulativas y de tanteo. Sólo cuando el experimento y la teoría de tanteo se articulan de tal modo que coincidan, surge el descubrimiento y la teoría se convierte en paradigma (Kuhn, 1962, pág. 106).

Al aplicar la perspectiva histórica de Kuhn se puede observar un proceso de evolución de la hipótesis hacia la teoría, que luego culmina con el paradigma. Aunque las opiniones sobre este tema pueden ser variadas, en la presente investigación se mantendrá esta estructura puesto que este filósofo de la historia presenta todos los niveles de dicha evolución como etapas relativas o temporales que son válidas durante un lapso de tiempo, para luego ser derribadas y reemplazadas. Incluso, los paradigmas llegan a ser derribados para ser sustituidos por otros que logran adaptarse de mejor manera a la sociedad. Una de las facultades principales de todos estos niveles es su relatividad, puesto que siempre van a existir competidores, excepciones o explicaciones contrarias que buscan derribar las bases y fundamentos de la teoría vigente, como explica la cita siguiente:

El éxito que tuvo al hacerlo proporcionó el más efectivo de los argumentos para convertir su teoría en un paradigma, aunque éste todavía no podía explicar todos los casos conocidos de repulsión eléctrica. Para ser aceptada como paradigma, una teoría debe parecer mejor que sus competidoras; pero no necesita explicar y, en efecto, nunca lo hace, todos los hechos que se puedan confrontar con ella (Kuhn, 1962, pág. 44).

Siempre va a existir una adversidad, una postura escéptica o una constante competencia, lo cual también distingue a una teoría de una ley, puesto que, como se mencionó antes, nunca va a ser una explicación cien por ciento verdadera. Incluso el paradigma se mantiene en su posesión solo durante un periodo limitado en la historia. Un ejemplo de paradigma en arqueología podría ser, siguiendo la propuesta de Matthew Johnson (2000), la arqueología histórico-cultural, la Nueva Arqueología, o la Arqueología Procesual. A continuación, la definición de paradigma propuesta por dicho arqueólogo:

Paradigma. Conjunto de creencias o presunciones que sustentan la manera correcta de hacer <<ciencia>>. El término fue inventado por Kuhn, quien sugirió

que la ciencia se caracterizaba por experimentar largos periodos de estabilidad salpicados por <<cambios paradigmáticos>> revolucionarios, por ejemplo, entre la física de Newton y la física de Einstein. Se ha debatido abundantemente acerca de si el diagnóstico de Kuhn era correcto o no. Si así fuera, la Nueva Arqueología (o la arqueología postprocesual) marcaría un verdadero <<cambio paradigmático>> (Johnson, 2000, pág. 239).

Aunque en la problemática sobre la hipótesis del origen transpacífico de Valdivia no se llegará al nivel del estudio de los “cambios paradigmáticos” y revoluciones científicas en la historia, debido a su generalidad -cuestión que será dejada para posteriores investigaciones-, sí se tratará de determinar el proceso de elaboración y alcance que tuvo la teoría sobre el origen de Valdivia. Dicha propuesta difusionista nació como una hipótesis de Emilio Estrada, quien no fue un científico, formalmente hablando, sino un investigador autodidacta. Fue llevada al nivel de teoría luego de la etapa de comprobación y legitimación científica, labor cumplida por parte de los científicos del Instituto Smithsonian de Washington. Durante un tiempo fue aceptada como la mejor explicación sobre el origen del Formativo ecuatoriano, solo hasta el momento en que surgieron nuevos descubrimientos, hipótesis y teorías contrarias que lograron el rechazo final de la teoría transpacífica. En ciencia y sociedad, las teorías y paradigmas permanecen en pie siempre y cuando no sean modificados o sustituidos por nuevos datos. Son definitivamente de una naturaleza provisional, puesto que se mantienen en una constante contradicción y competencia (Johnson, 2000, pág. 66).

La metodología de la historia determina este proceso según un estudio de caso para poder narrar la evolución de una propuesta científica desde una perspectiva sociológica y constructivista. Mediante el presente estudio se trata de reafirmar la problemática histórica en que la propuesta del grupo de Estrada partió de un nivel de hipótesis que luego culminó en teoría científica. Este proceso histórico logrará ser reconstruido gracias a la aplicación de la teoría sociológica de Bruno Latour y la histórica de Thomas Kuhn. Ambas son complementarias y han sido adaptadas a un estudio de una ciencia local como es el caso de la arqueología ecuatoriana. Cabe aclarar que, al haber sido rechazada por la comunidad de arqueólogos, la hipótesis sobre el origen transpacífico de Valdivia no tiene una validez y vigencia actual, es decir, dejó de ser una teoría científica reconocida desde hace décadas. A la historia de la ciencia no le concierne demostrar si una teoría es o no aceptada como verdad en el presente (cuestión que es exclusivamente labor arqueológica), sino que es competencia determinar qué factores científicos y

sociales llevaron a considerarla como una teoría legítima en el contexto y tiempo de su elaboración.

1.2 Contextualización espacio-temporal: El posicionamiento geopolítico de los Estados Unidos sobre Ecuador y su relación con la arqueología local.

En el presente subtema se procederá a desarrollar un contexto histórico y social dedicado a los planos locales y globales que son abordados en esta tesis. La época de mediados de siglo XX se caracterizó por presentar cambios políticos y socioeconómicos de importancia histórica para la nación ecuatoriana, que habían venido desarrollándose durante las décadas precedentes. Esta época se caracterizó por el nacimiento de proyectos modernizadores característicos de una sociedad progresista, los cuales influyeron de gran manera sobre la región del Litoral, y en relación a su principal ciudad y puerto comercial, Guayaquil. La influencia geopolítica ejercida por los Estados Unidos y los países del primer mundo, después de la Segunda Guerra Mundial, sobre Latinoamérica, fue consecuencia de la dependencia e intereses comerciales y políticos, que también se conjugaron en un plano cultural y social. Estas naciones del primer mundo, principalmente la norteamericana, se presentaron como modelos ideales de la utopía modernizadora aparecida a causa del considerable desarrollo socioeconómico de la nación.

El proceso de modernización de Guayaquil a finales de siglo XIX, fue trascendental y transformador. La significativa expansión de una economía de exportación agrícola motivó a un rápido crecimiento urbano, cuando se convierte en una de las principales regiones cacaoteras del mundo. Simultáneamente, el adelanto de la industrialización se extendía en Estados Unidos y Europa, y la demanda mundial de materia prima aumentó de manera beneficiosa para el Ecuador. Guayaquil y su región lograron responder a las exigencias de un mercado mundial como puerto comercial internacional. Se presentó como el escenario adecuado para el aprovechamiento de una agricultura potencial y fértil, beneficiada por vías comerciales naturales como las redes fluviales. Estas circunstancias favorables direccionaron la economía nacional hacia un evidente segundo auge cacaotero. Después de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos aumentó de gran manera su demanda, reemplazando la de los demás compradores de occidente, hasta el desarrollo de la crisis de los años veinte (Pineo, 1994, pág. 254).

Socialmente hablando, el incremento del capital trajo consigo un desarrollo de la elite local y un incremento de las migraciones interregionales, lo cual distanció de gran manera los sectores económicos de la población. Las elites estaban vinculadas al crecimiento de la banca, las exportaciones e importaciones, la hacienda, las fábricas y microindustria, etc. Un sector social en el cual influía un fuerte componente extranjero gracias a la dinámica comercial, lo cual provocaría la implantación del modelo progresista que también marcó una clara discrepancia e inequidad entre las clases sociales. No se desarrolla una industrialización compleja en Guayaquil, puesto que surge una dependencia hacia la producción extranjera, por lo cual, se mantuvo siempre una economía fundamentalmente agrícola y de materias primas. Se efectuó una división geográfica, económica e ideológica que separaba a la Sierra de la Costa, generando un profundo regionalismo que distanciaba culturas, tradiciones, religiones, etnias, etc. “Dadas estas circunstancias el “nacionalismo” tuvo poco significado” (Pineo, 1994, pág. 276). Ni siquiera la construcción del ferrocarril en 1908, pudo superar estas radicales diferencias, desigualdades y barreras sociopolíticas, puesto que primaron intereses locales más que nacionales.

Es importante profundizar en la compleja dinámica socioeconómica y de modernización del Litoral que fue desarrollada durante los auges cacaoteros. De igual manera, el crecimiento de las haciendas de plantaciones azucareras de los ingenios industriales, posibilitó la apertura de nuevas vías de acceso hacia el poblamiento y colonización de las áreas rurales costeras y tropicales. Deler (1994), pone como ejemplo los sectores productores de cacao y de caña de azúcar de las localidades de Babahoyo y Manabí (Bahía, Manta, Machalilla, Manglaralto). Las haciendas de estas zonas estaban ubicadas, generalmente, cerca de las redes fluviales¹³, puesto que se servían de ellas como rutas de transportación comercial, de comunicación entre poblados y como sitios de agricultura lucrativa (Deler, 1994, pág. 299). Todos estos sectores, que tuvieron apertura gracias a la dinámica económica expansiva, son los mismos en los cuales se desarrollaron importantes descubrimientos de yacimientos arqueológicos, usualmente ubicados en las haciendas, ingenios y terrenos de la élite local. Ejemplos como los de las culturas Chorrera, Valdivia, Milagro, tienen complejos vinculados a estos sitios

¹³ Generalmente, el proceso de urbanización de la Costa fue distinto al de la Sierra, puesto que obedecía a patrones de producción y económicos, lo cual, posibilitó su expansión y su colonización a casusa de migraciones internas y, en menor grado, extranjeras. En la sierra la dinámica urbanizadora partió, principalmente, de intereses coloniales.

económicamente productivos, lo cual, muestra una clara relación entre la práctica arqueológica y la historia de la hacienda en el Litoral a finales del siglo XIX, e inicios del XX. Por eso, los arqueólogos nacionales tenían relación o acceso particular a estos yacimientos, puesto que estos terrenos estaban, usualmente, custodiados por el sector de la elite guayaquileña, posicionando al coleccionismo y práctica arqueológica como una actividad tradicionalmente vinculada a la alta sociedad costeña.

Siguiendo a Ángel Emilio Hidalgo (2011), los procesos socioeconómicos de la época mencionada, conocida como la “primera modernidad ecuatoriana”, acarrearón el desarrollo de una sociabilidad moderna organizada, consecuencia del progreso y consolidación del sector burgués. Existieron dos formas de acceder y lograr la anhelada modernidad cultural en la sociedad porteña; una fue mediante el desarrollo y expansión urbanística que experimentó la ciudad hasta 1920, y otra fue mediante la reproducción de las ideologías del progreso en la sociedad guayaquileña mediante planes de higiene y desarrollo social. Surge la noción de “civilidad” dentro del marco sociopolítico impuesto por el liberalismo, en la cual era esencial para los grupos populares organizados, la instrucción letrada de sus miembros.

Citando a Hidalgo: “Construir una institucionalidad en torno a la cultura, a través de la formación de círculos y sociedades intelectuales, implica “civilizar la nación” desde el saber letrado, afán que perseguían los sectores medios ilustrados de la época, no solo en Ecuador, sino en toda América Latina” (Hidalgo, 2011, pág. 12). Esta realidad social da a entender el contexto en el cual surgen las primeras sociedades de coleccionistas, historiadores y arqueólogos, los cuales estaban vinculados a grupos culturales letrados. En la región Costa, por ejemplo, es el caso Carlos Zevallos Menéndez y Francisco Huerta Rendón, quienes tenían relación con los círculos de intelectuales, después consolidados con la institución de la Casa de la Cultura Ecuatoriana¹⁴. Por ende, la idea de cultura ecuatoriana surge a la par con dicho concepto de civilidad y progreso, en

¹⁴ La fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en 1944, durante el gobierno de José María Velasco Ibarra, con sus respectivos núcleos provinciales consolidaría la identidad cultural que se iba forjando gracias a las dinámicas socioeconómicas y políticas del país. De igual manera, esta entidad -sobre la cual se profundizará en el segundo capítulo-, proveía los permisos y autorizaciones necesarios para la investigación de la prehistoria ecuatoriana. La realidad de la cultura y el patrimonio local, sería reglamentada y establecida con la instauración de la Primera Ley Ecuatoriana de Patrimonio Artístico y Cultural, el 10 de agosto de 1944, que incluía la protección de los vestigios arqueológicos (Holm, 1957, pág. 242).

torno a una clase burguesa en ascenso y, al mismo tiempo, una dinámica socioeconómica que exigía cada vez más la implementación de una burocracia educada. El ideal de modernización social se fundamentaba en la utopía que tomaba como referencia a Europa, principalmente, a Francia como modelos. La “vulgaridad” se refiere a lo opuesto a la “civilidad” letrada, como algo que no responde las necesidades públicas de reforma social.

Luego de una extensa temporada de crisis económica, y a partir de la época de postguerra mundial, el auge bananero cambió la situación del país. Los efectos sociales fueron similares al de la economía cacaotera; un acelerado proceso de urbanización, la migración masiva interregional y el fortalecimiento del Estado. El principal mercado fue el norteamericano, y en Europa, la demanda principal provino de Alemania (Larrea, 1987, pág. 41). La etapa de auge bananero, que duró desde 1948 hasta 1965, marcaría un nuevo inicio del proceso de modernización de la urbe guayaquileña. La elección de alcaldes y representantes de la Costa, en los años siguientes, motivó a la construcción y reconstrucción de varias carreteras, así como la apertura de nuevas vías importantes de comunicación. Estos hechos, fundamentales para la economía del Litoral y nacional, llevaron al accidental descubrimiento de una gran cantidad vestigios arqueológicos y complejos precolombinos inexplorados, lo que se conoce tradicionalmente como “Época de oro” de la arqueología ecuatoriana. El momento de la vinculación de Emilio Estrada a la política local como alcalde de la ciudad de Guayaquil, cuando, simultáneamente, se dan sus comienzos como coleccionista y aficionado a la prehistoria ecuatoriana.

En ese entonces, el Estado local ya tenía un cierto grado de preocupación sobre la conservación de vestigios arqueológicos, pero en la práctica no había demasiado control sobre el tráfico ilícito (huaquería). El Litoral ecuatoriano y su dinámica productiva, motivada por un auge comercial y agrícola, y con ello el fortalecimiento del sector bancario, posicionaron a esta región como una potencia que abastecía a la economía nacional. En consecuencia, la atención y recursos estatales se enfocaban en la Costa como eje del progreso de la nación. Desde una cuestión política, marcaron fuertemente la dinámica social de la época los conflictos bélicos tanto en un ámbito nacional como internacional. El problema limítrofe con el Perú en la guerra de 1941 y las negociaciones territoriales con la firma del protocolo de Río de Janeiro, generalmente estuvieron mediadas por los Estados Unidos y el Gobierno de Washington,

fortaleciendo y afianzando las relaciones políticas del país con Norteamérica, sumado a las relaciones económicas y comerciales ya existentes. Sin embargo, el apoyo externo poco o mucho había hecho para solucionar el conflicto limítrofe con el Perú (Bruce, 1999, pág. 97).

Los intereses norteamericanos sobre el Ecuador surgieron principalmente durante las guerras mundiales, cuando hubo cooperación para la construcción de una base militar estratégica en la región costera. Ecuador esperaba que esta cooperación tuviera efectos favorables en su proceso de desarrollo económico y modernización, así como en su defensa ante los intereses territoriales peruanos. Este momento en la historia representa el punto más alto en la convergencia de intereses entre estas naciones, y esta realidad se manifiesta también en la prensa guayaquileña de la época, en la cual, el Ecuador toma como referencia, eje y modelo primordial de progreso social a Estados Unidos, así como se manifiesta con una postura política favorable durante la época de guerra. Estados Unidos comienza a poner atención sobre nuestro país en relación a su importancia geográfica y estratégica -como era el caso de las Islas Galápagos, vinculada a la amenaza durante la guerra sobre el Canal de Panamá- dándose cuenta de la verdadera importancia de afianzar relaciones y recibir el apoyo ecuatoriano. Según Lauderbaugh: “En efecto, al autorizar a Estados Unidos la construcción de bases aéreas y navales en Salinas y en la Isla Seymour del Archipiélago de Galápagos, Ecuador se aseguraba, en cierta medida, el hecho de que la presencia militar de Estados Unidos disuadiría a Perú de reanudar operaciones militares en su contra” (Lauderbaugh, 2009, pág. 267).

De igual forma, el país recibiría apoyo económico para el fortalecimiento de su modernización tanto en un ámbito militar como civil. Luego de la Primera Guerra Mundial, el Ecuador había recibido una importante ola de migrantes alemanes a causa de la crisis económica en su lugar de origen, muchos de los cuales habían entrado en conflicto con la presencia norteamericana años después, principalmente los de una ideología afín al partido nazi¹⁵. La lucha ideológica en el país surgió por parte de los norteamericanos, para contrarrestar el efecto de “la amenaza nazi” en un plano económico, cultural y psicológico por medio de programas educativos y culturales.

¹⁵ El partido nazi se manifestó en el Ecuador desde los cuarenta difundiendo su ideología en la prensa local, el de mayor influencia nazi fue el Universo de Guayaquil, mientras el Telégrafo, y el Comercio de Quito, se mantuvieron neutrales. Existieron casos excepcionales de alemanes que estaban en contra del nazismo de su país de origen, por lo cual fueron tomados en cuenta por el gobierno nacional (Lauderbaugh, 2009).

Ellos estaban decididos a ganarse la cooperación y el apoyo de los latinoamericanos durante los conflictos bélicos: “El Comité de Coordinación para Ecuador era el centro de distribución de propaganda norteamericana. También organizaba campañas culturales, educativas y de salud para ganar los corazones y mentes del común de los ecuatorianos” (Lauderbaugh, 2009, pág. 284). La situación se estableció durante la presidencia de Carlos Arrollo del Río, con la expulsión de varios migrantes instalados en el Ecuador, beneficiando el plan norteamericano a inicios de los cuarenta. A fin de cuentas, tanto política como ideológicamente, Estados Unidos resultó ser más importante para Ecuador que Alemania y cualquier otra nación desarrollada, realidad que se mantendría hasta tiempo después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Estas relaciones geopolíticas determinarían de gran manera el destino y conformación de la identidad nacional ecuatoriana que había quedado fragmentada a causa del regionalismo, los conflictos territoriales y la presencia extranjera, así como por el modelo de modernización que sería adoptado por la población en general. Esta situación marcó una etapa esencial en el desarrollo de la disciplina arqueológica y el coleccionismo como los medios necesarios para fortalecer y reencontrar las raíces, identidad y el patriotismo perdido de los ciudadanos ecuatorianos. En otros aspectos, la creación de la UNESCO en 1945, influiría de gran manera en las directrices culturales del Ecuador. La UNESCO surgió como una entidad que formulaba las regulaciones generales sobre la ciencia arqueológica y el patrimonio cultural de las naciones. La introducción de la dicha entidad dentro de contexto ecuatoriano, motivada principalmente por la nación norteamericana, fue esencial para el desarrollo y regularización de la ciencia, la cultura y el patrimonio local. Según el periódico “El Telégrafo” de julio de 1957, esta organización internacional había desarrollado un plan para “armonizar” y regular las actividades educativas, culturales y científicas de todos los estados miembros (La asistencia técnica: Función de la Unesco, 1957).

Se plantea que la realidad geopolítica y socioeconómica del país, que es presentada en el contexto proyectado, pudo haber posibilitado las circunstancias adecuadas para el desarrollo de importantes cambios y transformaciones en la ciencia arqueológica local. De igual manera, la dinámica económica y política, y su vinculación hacia otras naciones desarrolladas y del primer mundo, direccionaron a la cultura ecuatoriana hacia la evidente necesidad de nuevas formas de identidad. La visión hacia el pasado

prehistórico surgió fundamentada en un ideal de progreso y modernización social nacido como consecuencia de los últimos auges y crisis económicas, lo cual motivó a la necesidad de implantación de nuevas formas de nacionalismo locales, aspecto que será profundizado en temas posteriores. El fortalecimiento y evolución de la práctica arqueológica surge para responder a una necesidad de identidad cultural y progreso, para reafirmar las bases de la utopía moderna, que tuvo como foco principal a la Costa ecuatoriana, el centro económico más importante para la nación en aquella época.

Se puede afirmar que en el Ecuador se generó una transformación radical en las formas de hacer arqueología a mediados de siglo XX, y este hecho es reconocido por la historiografía local en general. La práctica arqueológica y una serie de descubrimientos prehistóricos, fueron luces importantes de identidad cultural para toda una población americana. Gracias a la mencionada construcción de nuevas vías y carreteras, se dio el descubrimiento de varias de las culturas más antiguas de suelo americano como Valdivia, Chorrera, Machalilla, entre otras, que competían en antigüedad con las culturas más importantes del Perú y de Mesoamérica. Todos los hechos que son desarrollados en el contexto histórico presentado, han sido estudiados desde diferentes perspectivas por parte de la historiografía local general. A continuación, se analizará estas distintas posturas para aclarar la que es aplicada en la presente investigación, y así desarrollar una postura crítica ante las perspectivas históricas tradicionales sobre la arqueología ecuatoriana.

1.3 Estado de la cuestión: La historiografía arqueológica ecuatoriana de las últimas décadas.

El desarrollo del Estado de la Cuestión, que forma parte del marco teórico presente, propone un análisis de la bibliografía, autores, corrientes, opiniones e historiografía que han abordado el tema planteado, ya sea desde el campo de la historia como de la arqueología. Aquí se determinan las diversas líneas de investigación existentes o que han sido trabajadas para el desarrollo de una visión sobre la historia de la arqueología ecuatoriana y sus principales debates científicos. Dicho análisis se presenta como una comparación o contraste efectuado de forma crítica, entre las líneas o corrientes de investigación tradicionales y los lineamientos propuestos en este trabajo, para poder determinar de manera clara y concisa la perspectiva teórico-metodológica aplicada.

La época de profesionalización de la disciplina arqueológica, durante las últimas décadas de siglo XX, trajo varios hechos de importancia para esta ciencia, el patrimonio y la cultura local como la creación del museo del Banco Central del Ecuador en 1969, la elaboración de la primera Ley de Patrimonio arqueológico en 1979, el surgimiento de varias entidades culturales y académicas como la ESPOL, PUCE, INPC, y el desarrollo de una arqueología interdisciplinaria. Este es el escenario de varios académicos nacionales que en su obra desarrollan una visión histórica sobre la arqueología ecuatoriana. En torno a dicha tendencia se cita autores como Alden Yépez (2000), José Echeverría (1996), Jaime Idrovo (1990), Ernesto Salazar (1988), entre otros, quienes no solamente han debatido sobre la hipótesis o propuesta de Estrada, Meggers y Evans, sino que también han cuestionado radicalmente la funcionalidad y legitimidad de la teoría difusionista. Estos expertos recientes han generado diversas propuestas e investigaciones en las que realizan un juicio sobre los aportes de sus precursores y modelos científicos pasados, partiendo básicamente dos posturas contrastantes:

Primeramente, está la postura *escéptica* que percibe a las aproximaciones pasadas como elementos que no llegan a cumplir con los requisitos paradigmáticos vigentes. Se las percibe usualmente como obstáculos obsoletos o mitos que perduran innecesariamente en la sociedad actual. Por otro lado, están los arqueólogos que, de forma contraria, ven a estos aportes del pasado (teorías, investigaciones, hipótesis, propuestas, etc.) como un importante legado de sus precursores, el cual ha fortalecido el desarrollo de su propia disciplina. Estos dos juicios de valor, ya sean favorables o negativos, son realizados por arqueólogos que buscan resaltar el progreso de su disciplina, así como también se empeñan en mostrar el extenso recorrido que ha transitado hasta convertirse en la ciencia de hoy. Ciertos aportes, como es el caso de la hipótesis transpácífica de Valdivia, han sido tildados de obsoletos o vistos como discusiones científicas ya superadas, que no tendría sentido volver a retomar, enterrándolos en el profundo abismo del olvido. En este sentido, la ciencia del pasado se convierte en *mito* o, en términos de Latour, en una “Caja Negra” difícil de penetrar o reabrir.

A este tipo de ciencia se la puede denominar como *positivista* o *cientificista* por su postura radicalmente crítica y excluyente hacia elementos que salgan del alcance del modelo funcional. Según la propuesta de Matthew Johnson (2000), la arqueología positivista trata de sobresalir la evolución y progreso de las disciplinas según su

cientificidad, así los elementos que no puedan ser comprobados o salgan del dominio de la ciencia, no tendrían ningún valor práctico, como expresa la cita siguiente:

Para los positivistas lógicos, cualquier afirmación que no pueda comprobarse, no sólo queda fuera del dominio de la ciencia sino que no tiene absolutamente ningún valor. En ese sentido, el positivismo era cientificista. Cientificismo es creer que el pensamiento científico es inherentemente superior a cualquier otra forma de pensamiento (Johnson, 2000, pág. 61).

Desde mediados de siglo XX, y posiblemente desde sus orígenes, la arqueología adopta una postura positivista lógica y auto-crítica. A partir de entonces, esta disciplina se ubica en la delgada línea que separa a las ciencias humanas de las demás disciplinas duras: “Las ciencias del hombre y de la sociedad se esfuerzan por imitar el exitoso modelo de las ciencias naturales” (Horkheimer, 1974, pág. 225). La visión sobre su pasado, tradicionalmente, ha sido derivada de este mismo modelo de pensamiento positivista. Lo que define a las ciencias humanas y, en este caso, a la arqueología como práctica científica es que están enfocadas en el estudio de fenómenos que son observados en el presente, pero que son interpretados en términos de procesos y acontecimientos de un pasado lejano. Efectivamente, son ciencias maduras ya que su objeto de estudio se manifiesta en el presente, aunque la arqueología siempre ha tenido, junto con las ciencias de la sociedad, serios problemas de interpretación y este ha sido uno de los inconvenientes que las separan de las ciencias exactas o naturales.

La objeción más seria en contra del positivismo en las ciencias de la sociedad es que tiende a presentarse, no simplemente como una teoría o práctica socialmente legitimada, sino, más bien, como un mito o como un “modelo ideal” de la filosofía científica, pero que en la práctica resulta un poco fraudulento. Por esta razón, surge el siguiente cuestionamiento dentro del presente análisis: ¿si el positivismo es solamente la búsqueda de una utopía de las ciencias o de un modelo científico ideal, entonces, cómo se puede revivir el valor real de las manifestaciones científicas de épocas pasadas? Este cuestionamiento remite a que la ciencia es definida por circunstancias y consensos sociales, que son manifestados en un cierto momento histórico. Y en este punto aparece la definición de ciencia, que ha sido extraída de la teoría del constructivismo social y la sociología de la ciencia.

La postura constructivista y sociológica que es aplicada en la presente investigación se opone claramente a la definición positivista de la historia de la arqueología. Según el

constructivismo social¹⁶, ciencia tiene que ver con la acumulación racional de conocimiento y, en cierto modo, no hay necesidad de entablar una discusión sobre si los arqueólogos del pasado han de ser o no científicos, como se manifiesta en la cita siguiente:

Si ciencia tiene que ver con acumulación racional de conocimiento, evaluada de forma rigurosa y sistemática qué duda cabe que todos (arqueólogos) somos científicos. (Como mínimo todos queremos ser considerados científicos, aunque a nuestros oponentes siempre les parece que estamos faltos de rigor, sistema o método). La ciencia, entendida de esta forma tan amplia, viene recogida por el término alemán *senschaft*. Entendida de esta manera, probablemente aceptarían considerarse como verdaderos científicos incluso los más fervientes enemigos de la arqueología como ciencia (Johnson, 2000, pág. 58).

El contraste existente entre estas dos posturas radica en que cada una de ellas es una forma distinta de ver e interpretar el pasado. Arqueólogos, antropólogos, sociólogos, psiquiatras, médicos, etc. consideran útil el juzgar su propio pasado desde una concepción o paradigma del presente, a beneficio de su oficio y progreso científico. Por eso, también se puede denominar a esta postura como *anacrónica*. La perspectiva positivista es una característica intrínseca del proceso de evolución de las ciencias en general, y brinda la posibilidad de evidenciar los obstáculos, límites y posibilidades de su propia disciplina. Sin embargo, a la Historia de la Ciencia no le concierne llegar a definir si una práctica pasada es o no considerada como “científica” en el presente, sino que trata de explicar por qué la misma fue aceptada como válida en el tiempo de su producción, como afirma Thomas Kuhn (1962), en la cita siguiente:

Simultáneamente, esos mismos historiadores se enfrentan a dificultades cada vez mayores para distinguir el componente "científico" de las observaciones pasadas, y las creencias de lo que sus predecesores se apresuraron a tachar de "error" o "superstición". Cuanto más cuidadosamente estudian, por ejemplo, la dinámica aristotélica, la química flogística o la termodinámica calórica, cuanto más seguros se sienten de que esas antiguas visiones corrientes de la naturaleza, en conjunto, no son ni menos científicos, ni más el producto de la idiosincrasia humana, que las actuales. Si esas creencias anticuadas deben denominarse mitos, entonces éstos se pueden producir por medio de los mismos tipos de métodos y ser respaldados por los mismos tipos de razones

¹⁶ Johnson (2000), realiza esta división para dos formas de hacer ciencia o de ver a la ciencia. Por un lado, existe el positivismo o positivismo lógico que parte del método científico, al comprobar proposiciones y después generar explicaciones sobre un fenómeno. Por otro lado, muestra los denominados enfoques “no científicos” en los que se presenta al realismo y el constructivismo social.

que conducen, en la actualidad, al conocimiento científico. Por otra parte, si debemos considerarlos como ciencia, entonces ésta habrá incluido conjuntos de creencias absolutamente incompatibles con las que tenemos en la actualidad (Kuhn, 1962, pág. 22).

Hay varios filósofos que se citan a menudo en los trabajos no positivistas sobre ciencia, uno de los más importantes es Thomas Kuhn, quien sostiene que la historia no es la simple narración del éxito y expansión continuada e ininterrumpida de un método universal, sino la historia de varios momentos de transformación radical, revoluciones y sucesión de paradigmas. En este sentido, la historia de la ciencia no es de naturaleza progresiva, objetiva y acumulativa sino que es una construcción o estructura fundamentada en el accionar de fuerzas sociales y políticas. Esencialmente, el constructivismo cuestiona la objetividad idealizada del conocimiento científico interpretándolo como el resultado del accionar de los individuos en sociedad. Corresponde a otra forma o versión de ver a la ciencia, sin llegar a negar, separar, excluir o reducir otras formas de conocimiento (Johnson, 2000, pág. 68). Como ejemplo de esta perspectiva constructivista, es claro que los arqueólogos de hace cien años se consideraban a sí mismos como científicos, de igual forma los de mediados y finales de siglo XX. Esta *identidad* era definida por su distinción y competencia con otros modelos contemporáneos, y también por la sociedad que agregaba valor a sus prácticas y parámetros, los cuales, igualmente eran derribados y reemplazados por otros revolucionarios.

1.3.1 La perspectiva positivista en la arqueología ecuatoriana puesta en cuestión.

La visión positivista en la historia de la arqueología nacional, tradicionalmente, ha implantado una mirada cronológica y progresiva para resaltar la evolución de la ciencia arqueológica. Los autores que muestran esta postura sobre el pasado han desarrollado una historia de la arqueología ecuatoriana dividida en etapas sucesivas. El arqueólogo ecuatoriano, José Echeverría, presenta un claro ejemplo de cronología ecuatoriana¹⁷, en la cita siguiente:

¹⁷ Es curioso evidenciar que la división desarrollada para la historia de la arqueología tiene una estructura, terminología e indicadores similares a los aplicados en una cronología prehistórica, partiendo de un método arqueológico historicista. Elementos como los periodos, factores tecnológicos, así como una perspectiva evolutiva y secuencial, muy similares a los de la secuencia de la periodización de Pre-

En Ecuador, el desarrollo profesional de esta disciplina ha sido bastante lento y tardío, un poco a la zaga del desenvolvimiento de la misma a nivel continental y mundial. En líneas generales, el quehacer arqueológico en Ecuador presenta, siguiendo a Idrovo (1990:9-11), tres períodos bien marcados: 1) Período de los precursores-arqueología descriptiva, ubicado desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1945; 2) Período de las innovaciones teóricas y técnicas de la arqueología descriptiva-interpretativa, de 1945 hasta 1970 y 3) Período de profesionalización-arqueología interpretativa, desde 1970 hasta la actualidad (Idrovo en Echeverría, 1996, pág. 59).

Gracias a la división citada se ha logrado situar al proceso de elaboración de la teoría del origen de Valdivia dentro de la etapa denominada como “Periodo de las innovaciones teóricas y técnicas de la arqueología descriptiva-interpretativa”, que va desde mediados de siglo hasta los setenta. La visión histórica de Echeverría (1996), se enfoca en reconocer el trabajo y labor de arqueólogos como Betty Meggers, en relación al progreso de la disciplina. Resalta la importancia de contribuciones como la implantación de métodos y técnicas revolucionarias (Echeverría, 1996, pág. 8).

El arqueólogo resalta la importancia de estas modificaciones en el desarrollo de la arqueología como ciencia social, aunque las presenta de forma evolutiva como las reseñas más significativas a beneficio de esta disciplina. Afirma que la creación de la teoría sobre Valdivia, independientemente de la controversia que trajo, sirvió como la motivación e inspiración de un conjunto de investigaciones posteriores. También asegura que el desarrollo de la teoría transpácífica fue consecuencia de la ideología evolucionista heredada desde el tiempo de Jacinto Jijón y Caamaño, dentro de una forma de pensamiento que manifestaba una “simpatía por lo indígena”, puesto que el difusionismo no permitía un total acercamiento al desarrollo autónomo de una cultura, sino que siempre debían estar ligadas a un origen externo. Señala que los *difusionistas* también rechazaban o no hacían uso de recursos pertenecientes a la corriente social de la arqueología, como el estudio de los procesos socio-económicos de las culturas derivados de la teoría marxista (Echeverría, 1996, pág. 88).

El autor narra que, posteriormente a la propuesta del contacto transpácífico, hubo una reacción pasiva por parte de los demás arqueólogos, pero poco después se generaron varias contrapropuestas importantes como el “difusionismo amazónico” de Donald

cerámico, Formativo, Desarrollo Regional, etc. Coincidencia ocurrida, posiblemente, por la aplicación y adaptación de una perspectiva evolucionista y periódica para la historia de la ciencia arqueológica local.

Lathrap o el de Pedro Porras Garcés. Estos últimos, hallaban como núcleo cultural y de difusión al Oriente ecuatoriano (Salazar, 1995, pág. 14). Según el arqueólogo ecuatoriano Presley Norton¹⁸, Donald Collier (1982) divide a la historia de la investigación arqueológica ecuatoriana en cuatro etapas similares. Primero, el Periodo Pionero (1878-1899), de Desarrollo (1900-1934), de Transición (1935-1952), y finalmente el Floreciente, que va desde 1953 hasta el presente (Norton en Gartelmann, 1985, pág. 13), etapa que curiosamente inicia con la relación desarrollada entre Estrada y los Evans, como expresa en la cita siguiente:

El Periodo Floreciente inicia en 1953 con dos hechos que darían el comienzo real a la arqueología científica moderna en el Ecuador: el primero, el perfeccionamiento del método de datación del Carbono 14, y el segundo, la irrupción de Emilio Estrada Icaza en la disciplina arqueológica (Norton en Gartelmann, 1985, pág.12).

El “Periodo Floreciente” de la arqueología ecuatoriana, inicia con las innovaciones técnicas y el aporte de Estrada. Como se observa en el extracto anterior, Collier y Norton designan al tipo de práctica perteneciente a este periodo como “arqueología científica moderna”, aunque aquí no se hace referencia a su evidente carácter difusionista. Por otro lado, Ernesto Salazar (1988) sí realiza esta caracterización para dicho periodo, en relación al carácter general de las investigaciones de los arqueólogos de mediados de siglo. Esta opinión es útil para aclarar las bases y fundamentos de la teoría difusionista desde una opinión un tanto escéptica¹⁹, pero oportuna y generadora de debate, la cual es presentada en la cita siguiente:

La arqueología de los años 60 tenía una respuesta fácil para estas eventualidades. Simplemente, cuando en el registro arqueológico aparecía un objeto nunca antes visto se explicaba su presencia por “difusión” desde otro lugar. El difusionismo es en el fondo una teoría de la dependencia; presupone que solo ciertos pueblos inventan cosas, que luego las “difunden” o transfieren a aquellos que no inventan nada. No era pues extraño que los arqueólogos mencionados se lanzaran por el

¹⁸ El arqueólogo ecuatoriano Presley Norton Yoder, según un artículo del diario “El Telégrafo” de 1957, fue un importante empresario guayaquileño, antes de dedicarse al oficio arqueológico (Telégrafo, 1957). Formó parte del Núcleo del Guayas de la CCE, desde inicios de la década de los 70 (Estrada Y., 1975).

¹⁹ Salazar busca defender y rescatar la idea de culturas aborígenes que inventan y crean elementos, sin la necesidad de “copiar” rasgos y costumbres de otras procedencias externas. Las investigaciones de este arqueólogo, surgieron más o menos por la década de los ochenta. Para ese entonces, en la academia dominaban tendencias distintas al difusionismo como la escuela marxista, procesual y social.

mundo en busca de los inventores de la cerámica valdiviana (Salazar , 1988, pág. 34).

Para lograr caracterizar a la arqueología desarrollada durante el debate ecuatoriano presentado, se combina la terminología de Salazar con la propuesta por Collier para determinar que la manifestación inicial puede ser denominada como *difusionismo científico*, para diferenciarlo del difusionismo especulativo de inicios de siglo. Esta terminología engloba tanto los avances técnico-metodológicos revolucionarios, así como la tendencia practicada en la comunidad arqueológica ecuatoriana desde mediados de siglo XX, sin dejar de tomar en cuenta las posibles variantes luego desarrolladas con la tendencia procesual y social. La mayoría de arqueólogos de la época estudiada, hasta finales de los setenta, mostraron un marcado pensamiento difusionista y procesual, ambas tendencias globales son derivaciones o estadios de la arqueología norteamericana y, en menor proporción, de la arqueología occidental. Según Johnson, el procesualismo consiste en un estado de madurez científica, mientras, en contraste, el difusionismo sería un estadio temprano de desarrollo científico (Johnson, 2000, pág. 239), aunque esta perspectiva es claramente progresista puesto que la teoría difusionista ha sobrevivido hasta la actualidad.

Otra visión de la historia arqueológica local fue propuesta por el arqueólogo ecuatoriano Alden Yépez (2000). En éste caso, se evidencia la necesidad de enfocarse en los debates científicos dentro de un contexto nacional y de visibilizar cómo los aportes teóricos de los actores han llevado a la profesionalización y desarrollo de la arqueología. Yépez habla del difusionismo como una forma de pensamiento heredada del evolucionismo europeo. También brinda su opinión, refiriéndose a Meggers, sobre la teoría del origen asiático de Valdivia en base a su impacto ideológico-social, así como topa sus limitaciones prácticas: “Aunque ha sido ampliamente cuestionada tanto por las implicaciones ideológicas de sus principios como por los límites prácticos de su propuesta transpácífica (véase Salazar E., 1987), la autora ha insistido en su propuesta difusionista (1971b; 1987), que a mi modo de ver resulta extrema” (Yépez , 2000, pág. 75). Según este autor, tres corrientes teóricas de la arqueología tuvieron una fuerte influencia en nuestro país durante el último siglo: 1) La practicada por académicos como González Suarez y Jijón y Caamaño, que también es denominada como arqueología positivista o empirista, en relación a su enfoque historicista de la arqueología. Esta fue heredada en parte por la arqueología del Padre Porras. 2) La

Nueva Arqueología con su rama de la *Ecología Cultural*. 3) Y la última corriente, que se manifestó de forma más tardía, es la derivada de la teoría marxista del materialismo histórico y, de igual manera, la teoría procesual y social (Yépez , 2000, pág. 28).

Existe una extensa gama de prácticas y aplicaciones teórico-metodológicas dentro del contexto estudiado, que surgían de la coalición de una diversidad de tradiciones científicas locales y globales. Por ejemplo, la tendencia difusionista ha existido en la arqueología ecuatoriana desde los comienzos de la disciplina, puesto que es una forma de pensamiento heredada del occidentalismo europeo que ha estado siempre presente en las investigaciones locales y en la búsqueda de los orígenes culturales de la nación. Fue bastante común, al menos durante el último siglo, el caso de arqueólogos que perfeccionaron su quehacer científico, modificando su tendencia con el pasar del tiempo para adaptarse a las revoluciones y nuevos paradigmas. Se habla de una dinámica social de la ciencia que está totalmente alejada de determinismos innecesarios e inflexibles, debido a su carácter más bien caótico. Las categorizaciones, etiquetas y generalizaciones no permiten hacer visible el aspecto sociológico y dinámico de una arqueología ecuatoriana en movimiento, solo hablan de una ciencia estática. Johnson explica de mejor manera esta postura, en la cita siguiente:

No existe la especie del <<arqueólogo postprocesualista>>. Cuando en la literatura arqueológica leo la expresión <<los postprocesualistas>> me pongo en guardia a la espera de generalizaciones abusivas sobre determinadas posiciones teóricas a seguir, y raramente no sucede así. Del mismo modo que la Nueva Arqueología reunió un grupo de gente con ideas y preocupaciones muy diversas en torno a la arqueología, que coincidan en algunos criterios fundamentales, el término postprocesual encubre a una gran diversidad de puntos de vista y de tradiciones (Johnson, 2000, pág. 134).

La introducción de un modelo norteamericano globalmente dominante dentro de un contexto ecuatoriano, despliega numerosas manifestaciones y aplicaciones teórico-metodológicas que son ciertamente variadas, según cada circunstancia específica y cada grupo de actores. La expresión “tradición arqueológica” reúne un conjunto de creencias, modelos y prácticas locales que sobreviven a pesar de las transformaciones paradigmáticas. En el caso de la presente investigación, estos elementos son reunidos en los antecedentes históricos presentados a continuación, los cuales exhiben aspectos y tradiciones que se han mantenido en la ciencia arqueológica como el difusionismo, el

nacionalismo, el historicismo, entre otros aspectos de importancia para el estudio constructivista.

1.4 Antecedentes históricos y científicos de la arqueología de mediados de siglo XX.

La época de la arqueología descriptiva-especulativa (Idrovo, 1990: 09), también denominada “arqueología tradicional” (Johnson, 2000: 39), se manifestó en el Ecuador a finales del siglo XIX y a inicios del XX. Fue la misma etapa del nacimiento de la arqueología como una práctica científica que superó el oficio de los pasados anticuarios, quienes embutían extensas colecciones de objetos, sin tener en cuenta su valor cultural, científico y patrimonial real. Fueron los primeros intentos de desarrollar una disciplina sistemática y metódica. En ese entonces, se había logrado el perfeccionamiento de varias técnicas y recursos de inmensa importancia práctica, como la excavación estratigráfica, la arqueología comparada o la clasificación cultural dentro de una secuencia cronológica relativa.

Sin embargo, no se lograba desarrollar técnicas que posibiliten unificar los datos reunidos por los arqueólogos dentro de un esquema general, pues no se podía todavía fechar los vestigios descubiertos con una exactitud cuantitativa, lo cual daba gran cabida a interpretaciones especulativas y a un individualismo teórico. Solo se lograban hacer meras suposiciones y conjeturas en relación a la edad de los vestigios arqueológicos, en base a la información recogida de las fuentes escritas disponibles, la medición estratigráfica y trabajo de campo²⁰. La dependencia hacia los documentos históricos, como medio para comprobar sus contemplaciones, fue uno de los obstáculos principales en el proceso de emancipación de esta ciencia como una práctica autónoma y madura.

1.4.1 Época de la arqueología historicista: La arqueología como ciencia auxiliar de la historia.

Desde la época de los famosos anticuarios, así como de la arqueología clásica, como explica la historia del pensamiento arqueológico (Trigger, 1994), se pensaba que solamente los escritos provenientes del dialecto occidental podían dar explicación a los orígenes de los objetos y yacimientos antiguos encontrados. Los elementos de culturas ancestrales, por sí solos, no podían brindar ninguna información sustentable sobre el

²⁰ A este procedimiento para determinar dataciones probables se lo conoce como datación o secuencia cronológica relativa, un recurso heredado de la concepción evolucionista de la prehistoria.

pasado, a menos que fuesen interpretados con documentos históricos y etnográficos (Larrea C. , 1971, pág. 53).

Esta situación provocó que la práctica arqueológica dependiera de las limitaciones, mitos y verdades heredados de la historia occidental, sin mencionar, las inevitables interpretaciones colonialistas, etnocentristas e ideas preconcebidas sobre las características de culturas carentes de memoria histórica, que tanto cegaron el juicio de estudios pasados. El historicismo significó una descomunal desventaja para la arqueología americana y de las colonias globales, en contraste con la arqueología europea²¹, la cual estaba plagada de información hasta las épocas más tempranas. Ante los ojos de la historia tradicional, el Nuevo Mundo aparecía como un territorio oscuro de poblados salvajes, mitos, utopías y asentamientos humanos dispersos, a excepción de las culturas madres de América como los mayas, olmecas, incas, etc. que eran vistas como los núcleos principales de irradiación cultural. Dicho problema se manifiesta en la cita siguiente:

El más serio obstáculo en el establecimiento de una cronología relativa de los tiempos prehistóricos, y por tanto en la adquisición de un conocimiento más sistemático de los más tempranos desarrollos humanos, fue la creencia de que los artefactos y los monumentos meramente ilustraban los acontecimientos históricamente registrados sobre el pasado. Este hecho estaba basado en la creencia compartida por los arqueólogos clásicos de que el conocimiento histórico podía ser adquirido exclusivamente a través de documentos escritos o tradiciones orales mínimamente fiables y que si no se disponía de ellos no era posible conocer los tiempos más antiguos (Trigger, 1994, pág. 76).

En la época de los primeros coleccionistas ecuatorianos, durante las primeras décadas del siglo XX, fueron perfeccionados sistemas de clasificación que utilizaban datos geográficos y geológicos, la medición estratigráfica para determinar una cronología relativa, también en base a indicadores comparativos materiales o tecnológicos (método comparativo). Se empezaba a suponer que había épocas en las cuales el desarrollo de las civilizaciones tuvo sus particularidades y que podían ser divididas en etapas prehistóricas sucesivas que marcaban una evolución secuencial, por ejemplo; Edad de piedra, Edad de bronce y Edad de hierro (Fagan, 1994, pág. 6). Las pruebas

²¹ El concepto de “Pre-historia”, y su relación con la dependencia hacia las fuentes escritas, hacía que la arqueología americana, al ser mucho más próxima y de igual manera extensa, se mantuviera durante mucho tiempo en la oscuridad científica.

arqueológicas son tan importantes como las etnográficas para sostener la uniformidad general del cambio evolutivo, así es como surge la división de la Edad de piedra en Paleolítico y Neolítico para detectar rasgos de la evolución (Belleli, 2001, pág. 139).

A pesar de estos avances en la cronología y la medición temporal, se mantenían ciertos mitos que obstaculizaban la visión objetiva del estudio de la prehistoria. Por ejemplo, desde los anticuarios europeos de siglos pasados se creía que el mundo, en su totalidad, se originaba desde los 4000 años a.C., una creencia heredada de una perspectiva religiosa y bíblica de la historia (Johnson, 2000, pág. 32). Uno de los mitos históricos que más tiempo perduró fue el no poder pensar en la existencia de culturas más antiguas o contemporáneas que las narradas en la biblia y que sobrepasaran los 3000 a 2000 años a.C. Un mito más reciente, derribado gracias a las innovaciones tecnológicas revolucionarias, es el de no aceptar la existencia de civilizaciones americanas complejas más antiguas que la maya, inca u olmeca, estudios que habían dependido, en gran magnitud, de las fuentes históricas coloniales. Los poblados anteriores a los incas eran considerados como menos desarrollados o como simples cazadores recolectores. Finalmente, uno de los mitos más trascendentales desde mediados de siglo XX, fue el de no aceptar la existencia de un contacto transoceánico entre América y el Viejo Mundo anterior a la conquista europea. Dentro de esta categoría, entran los debates transpacíficos de contactos difusionistas entre Asia, Oceanía y América, discusiones que han sobrevivido hasta la actualidad.

Las extensas distancias temporales presentadas por la prehistoria de las colonias fue un serio obstáculo para la arqueología científica naciente, puesto que los objetos, por sí solos, no brindaban ninguna información sobre su pasado. Como explica Díaz-Andreu (1998): “a medida que se retrocedía en el tiempo, sin embargo, los problemas sobre el conocimiento eran mayores, y estos llegaban a ser casi insuperables en lo concerniente a la prehistoria. Dado que la Biblia se consideraba la referencia histórica básica, lo poco que se sabía sobre el pasado más remoto se intentaba explicar según el texto sagrado” (Díaz-Andreu, 1998, pág. 193). Debido a estas carencias científicas se ignoraba la importancia real de los objetos que, más bien, era medida por su valor material o estético tomando como referencia los cánones occidentales (fetichismo). En este sentido, la arqueología tradicional era la ciencia que estudiaba las obras de arte o reliquias, en otras palabras, se enfocaban más en las manifestaciones artísticas, estéticas y materiales del pasado. Por eso, la disciplina estuvo siempre vinculada a la Historia del

Arte y en los museos y colecciones los vestigios eran exhibidos como “arte aborigen”, junto al arte religioso católico colonial (Trigger, 1994, pág. 46).

Se restaba importancia a los objetos de carácter cotidiano como la cerámica, alfarería, utensilios, tiestos y objetos utilitarios de material sin un alto valor económico o representativo, que lejos estaban de competir con los hallazgos monumentales²² repartidos en todo el mundo. El primer intento de separarse de las fuentes históricas se dio con la implementación de la ya mencionada *cronología relativa*. Una de las principales motivaciones hacia este avance fue el debate generado, desde mediados de siglo XIX, en relación al difusionismo y el evolucionismo, con la estrenada propuesta del *Origen de las especies* de Charles Darwin. La arqueología del Paleolítico se había vinculado a los debates relacionados al origen del ser humano a mediados de siglo XIX, por lo cual fue necesario el desarrollo de una perspectiva evolutiva (Trigger, 1994, pág. 80).

Con los debates arqueológicos aparecidos a finales de siglo XIX, se intensificaron los móviles políticos que inspiraron la práctica de los arqueólogos tradicionales como el *patriotismo* y *el nacionalismo*, los cuales serán introducidos en temas siguientes al hablar de la escuela histórico-cultural y la presencia del difusionismo. Se intentará brindar una explicación de la relación existente entre difusionismo y nacionalismo dentro del discurso arqueológico, la cual se traduce en la búsqueda de los orígenes culturales de las naciones elementos políticos que respondían a la naciente utopía de progreso en las sociedades modernas o modernizadas.

1.4.2 El Nacionalismo: Una motivación política dentro del discurso arqueológico.

El *nacionalismo* y el concepto político de nación, son factores de las sociedades que ha existido desde, aproximadamente, el siglo XVIII, después de la Revolución Francesa. En esta época, toma gran importancia el estudio del pasado de los pueblos a beneficio de la construcción de una identidad cultural en torno al ideal de progreso social. Fue modificado, desde entonces, el concepto de nación que partía de una sociedad

²² Ha sido una clara tradición fetichista medir el valor del desarrollo cultural aborigen según la arquitectura monumental. Estudios arqueológicos relacionados al ecologismo atribuyen estos avances a la relación hombre/naturaleza con el entorno ambiental que exigía dicho desarrollo. Por ende, ahora se sabe que la ausencia de construcciones de gran magnitud de ninguna manera refiere a una precaria evolución, por el contrario, puede significar la eficaz adaptación de un poblado a una circunstancia ambiental.

monárquica por aquel que incluye la unidad espiritual e imaginaria de la totalidad de un pueblo. Explica Díaz-Andreu que si no existe una arqueología que no sea política, entonces, se puede afirmar que la principal influencia en su desarrollo debería ser, nada más y nada menos que, el nacionalismo (Díaz-Andreu, 1998, pág. 194).

A esta facultad política, evidenciada en la historia del pensamiento arqueológico (Trigger, 1994, pág. 145), se la puede considerar desde dos perspectivas opuestas: La primera es la ya mencionada postura *positivista*, que percibe al nacionalismo como un elemento ajeno o influencia externa a la ciencia, o una forma de pervertir y politizar la objetividad de los discursos científicos. La otra postura es la constructivista, en la cual el nacionalismo es una fuerza política intrínseca que define, direcciona y motiva el desarrollo de una forma de hacer ciencia. Estudios recientes sobre historia de la arqueología han tratado de desarrollar una postura que logre demostrar los orígenes de la disciplina arqueológica como acontecimientos inspirados en conceptos y fundamentos sociopolíticos. No se limita simplemente a una influencia externa y enajenable, sino que el nacionalismo se encuentra profundamente incrustado en el propio concepto de arqueología. Según Díaz-Andreu, sin el elemento nacionalista la arqueología nunca habría podido llegar a ser legitimada como una ciencia, como expresa la cita siguiente:

La aparición del nacionalismo simuló la creación misma de la arqueología como ciencia, y fundamentó no solo la información del saber arqueológico, sino de su propia infraestructura. Sin la existencia del nacionalismo, la arqueología o el estudio del pasado nunca habrían avanzado más allá del estatus de hobby o pasatiempo. Esta profunda conexión entre ideología política y disciplina científica necesita ser reconocida por los profesionales de la disciplina en orden de ser capaces de entender y contextualizar nuestro trabajo (Díaz-Andreu, 1998, pág. 3). -Traducción: Autor-

Según Benedict Anderson (1983), el nacionalismo es un elemento que forma parte de la imaginación colectiva, ya que no está basado en un contacto o relación directa entre sus practicantes, como sucedería en el caso de comunidades pequeñas, sino que existen factores unificadores invisibles. Emergió en los países del Nuevo Mundo como una herencia de los modelos sociales occidentales que luchaban en contra de las monarquías absolutistas, y fue un recurso para incluir a las clases medias y bajas dentro de la vida política republicana. Desde la formación de las nuevas repúblicas americanas independientes, las naciones del nuevo mundo habían adoptado un sistema social,

económico y político, similar y paralelo al de las metrópolis europeas. Por ende, el nacionalismo americano surgió a la par con el de occidente (Anderson, 1983, pág. 103).

Se presume que el nacionalismo republicano se desarrolló como una facultad propia y natural de los estados, y fue manifestado como un fenómeno expansivo de carácter global. Se abandona la idea de un colonialismo para reconocer el carácter propio de su proceso de implantación en los pueblos americanos. Se percibe como una práctica cultural de cada nación que, de cierta manera, vino a reemplazar el imaginario colectivo que antes era cubierto por la religión (Perinetti, 1975, pág. 50). Es verdaderamente complejo llegar a vincular al nacionalismo nacido entre los siglos XVIII y XIX en ambos continentes, con las motivaciones de una floreciente práctica arqueológica. Anderson explica que en Europa, gracias al aporte de los franceses en la época de Luis XIV, se había desarrollado un modelo en el cual las tradiciones de cada nación se empezaban a considerar a la par con las culturas antiguas, como expresa la siguiente cita:

En el curso del siglo XVI, el “descubrimiento” por parte de Europa de grandiosas civilizaciones hasta entonces vagamente insinuadas – en China, Japón, el sudeste asiático, y el subcontinente indio- o del todo desconocidas – el México de los aztecas y el Perú de los incas- sugerían un pluralismo humano irremediable. La mayoría de esas civilizaciones habíase desarrollado enteramente por separado en la historia conocida de Europa, la cristiandad y la Antigüedad; en efecto, el hombre y sus genealogías se encontraban fuera del Edén y no podían asimilarse a él (Anderson, 1983, pág. 150).

La época de los descubrimientos de las civilizaciones antiguas y contrarias a la tradición occidental, fue la misma del desarrollo de las utopías progresistas de las naciones republicanas. Estas hablaban de paraísos perdidos y de sociedades imaginarias²³, pero en correspondencia al desarrollo de las sociedades y metrópolis contemporáneas. Los orígenes de las naciones se fundamentaban en genealogías vinculadas con descubrimientos arqueológicos reales y monumentales, por eso la historia era la fuente por excelencia que dio vida a los objetos del pasado, pero solo de ciertos pueblos privilegiados. El siglo XVIII, fue la época que dio luz a una gran variedad de lenguas y dialectos que se alejaban de las tradiciones europeas. Se abandonó la importancia interpretativa de lenguas de legado occidental como el latín o el griego, que fueron equiparadas a los dialectos antiguos no occidentales. Se produce una cierta

²³ Se relaciona con la creación de mitos como la Atlántida, El Dorado, el Paititi, etc.

“desacralización” del lenguaje tradicional para reconocer la herencia cultural de la humanidad. La Filología²⁴ fue el recurso principal para vincular las naciones con su pasado cultural (Anderson, 1983, pág. 109).

La propagación del nacionalismo, en todos los casos, estuvo vinculada a la expansión de una sociedad letrada. Solamente ciertas clases sociales instruidas y “cultas” como la burguesía, podían acceder al privilegio de empaparse de sus herencias culturales. Por eso el nacionalismo y la arqueología, tradicionalmente, han sido prácticas y facultades de las clases aristócratas dominantes: “Las clases dominantes entraron en un verdadero frenesí coleccionista: los reyes y príncipes financiaban expediciones para hacer estudios de ciencias naturales (en este área se incluía la recolección de piezas arqueológicas) en los más lejanos puntos del globo” (Belleli, 2001, pág. 138). Sin embargo, este concepto en su aplicación política, no parte solamente de los ideales liberales de una clase en particular, sino que se traduce también en los ideales populares de desarrollo y modernización sociocultural. Los fenómenos culturales como la imprenta, el alfabetismo y el descubrimiento de otras lenguas antiguas son hechos que inspiraron la invención del nacionalismo. El lenguaje es inclusión, y la idea de nación se traduce en la posibilidad de acceso a una identidad de las clases sociales antes excluidas y de los pueblos que se mantuvieron bajo el nombre de “colonias europeas”.

Las naciones modernas debían remitirse a un pasado secular y a una *narración de identidad*, para poder impedir el olvido de los hechos históricos que conforman el pasado de las civilizaciones. En este punto es que nace la importancia social de la arqueología, y el significado de los objetos que remiten a un pasado nacional, pues las sociedades progresistas no tienen un principio y un fin totalmente definidos, como explica la siguiente cita:

Las naciones no tienen nacimientos claramente identificables y sus muertes, si ocurren, nada son naturales. Y como no hay un autor, la biografía de la nación no se puede escribir evangélicamente “a lo largo del tiempo”, pasando por una larga cadena procreadora de engendramientos. La única alternativa es “remitirla al tiempo”: hacia el hombre de Pekín, el hombre de Java, el rey Arturo, por donde quiera que la lámpara de la arqueología lanza su caprichoso rayo (Anderson, 1984: 285).

²⁴ La arqueología, desde sus inicios, se ha servido de los recursos lingüísticos y etimológicos como herramientas para lograr entender el proceso de evolución cultural.

Según Díaz-Andreu, el nacionalismo perteneciente a cada nación posee particularidades y determina el tipo de arqueología que es practicada, pues la narración e interpretación de la historia y la prehistoria siempre se desarrolla desde distintos criterios según el contexto (Díaz-Andreu, 1998, pág. 192). Los móviles políticos como el nacionalismo y la búsqueda de orígenes culturales, en la práctica científica, heredaron de la teoría evolucionista una perspectiva progresiva y secuencial del desarrollo de las naciones a través de las épocas. Este método cronológico demuestra la importancia de la disciplina histórica para las civilizaciones modernas. Estas tres vertientes fundamentales del conocimiento arqueológico: el nacionalismo, evolucionismo e historicismo, se confabularon para el desarrollo y evolución de un discurso científico que servía a los propósitos de fortalecer la identidad de las naciones progresistas, partiendo del estudio de objetos de importancia ancestral. Se ratifica que este discurso inicial fue el difusionismo en arqueología (Trigger, 1994, pág. 148), el cual superó los alcances del evolucionismo positivista y el fracaso del progreso netamente occidental, puesto que eran ignoradas las identidades nacionales de las sociedades no occidentales (Bellelli, 2001, pág. 140).

1.4.3 La teoría difusionista científica

La teoría difusionista, en términos generales, es la tendencia a generar hipótesis sobre relaciones, contactos y filiaciones entre las culturas aborígenes para encontrar un origen en común. Se refiere a una explicación idónea para la propagación de ideas entre grupos culturales mediante el examen de objetos arqueológicos (Johnson, 2000, pág. 234). Los enfoques son efectuados en base al análisis comparativo y tipológico de vestigios dentro de una cronología cultural evolutiva. Se dejan de lado factores que manifiesten un avance autónomo, como aspectos económicos o sociales internos. Según Echeverría: “En la explicación del desarrollo de los grupos locales predomina la difusión; se niega la posibilidad de una invención independiente” (Echeverría, 1996, pág. 65).

Siguiendo el hilo de los antecedentes históricos, la ilusión de progreso ininterrumpido de finales de siglo XIX, fue desmentida por las crisis mundiales y el auge de nacionalismo en las sociedades europeas. Los objetos del pasado surgieron como artefactos de identidad étnica según su distribución geográfica y los pueblos a los que pertenecían. El determinar la procedencia y vínculo entre elementos culturales de similares características para explicar su expansión fue la base para la teoría

difusionista, la cual, habiendo nacido desde 1880, se fundamentaba en la búsqueda de orígenes culturales de las naciones. La arqueología, en base a un interés histórico, reunía los elementos semejantes agrupándolos en “culturas”, entendiendo muchas veces este término como sinónimo de civilización (Bellelli, 2001, pág. 140).

Se efectuaron detalladas clasificaciones de artefactos dentro de secuencias cronológicas regionales, y dicho enfoque teórico-metodológico dio origen al paradigma histórico-cultural del cual se enfatizó en párrafos anteriores. La cultura arqueológica como signo de civilización, sumado a un materialismo naciente, dieron cabida al nacimiento de la práctica coleccionista, fortalecida por minuciosos sistemas de clasificación y tintes políticos nacionalistas. Fueron perfeccionados los procedimientos de recolección y excavación de vestigios, y dicho paradigma dominó de manera universal hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. La búsqueda de los orígenes fue uno de los cambios fundamentales de la teoría difusionista, como explica la cita siguiente:

Durante este período se hicieron cuidadosas excavaciones en ciudades de la India, se conoció la cultura minoica en Creta; en Mesopotamia se excavó la ciudad de Ur, en Egipto se hicieron meticulosos trabajos que culminaron con el descubrimiento de la tumba de Tutankamon. Arqueólogos norteamericanos comenzaron las investigaciones científicas en Perú, donde se estableció una cronología para las ocupaciones costeras y sentaron las bases de la arqueología maya (Renfrew y Bahn 1993). En Estados Unidos, Boas había reaccionado contra el evolucionismo dando inicio a la corriente conocida como particularismo histórico. Sus postulados teóricos aplicados a la arqueología dieron origen al "enfoque histórico directo" que trataba de seguir la pista de todo tipo de artefacto utilizado por los indígenas de la época hasta encontrar sus orígenes en el pasado (Bellelli, 2001, pág. 141)

El difusionismo es una forma de pensamiento heredada en Europa y América por el representantes como Friedrich Ratzel (1844-1901) y Franz Boas (1858-1942), etnólogos alemanes quienes se opusieron a la idea del evolucionismo cultural y trasladaron sus ideas a Norteamérica (Trigger, 1994, pág. 147). El enfoque histórico-cultural trajo consigo uno de los debates difusionistas más significativos, sobre la antigüedad de la especie humana en América, el cuál será abandonado a mediados de siglo debido a su alta tendencia a la especulación. Se efectúa el surgimiento de orientaciones más ambientalistas, económicas y marxistas, las cuales paulatinamente mostraron una mayor atención hacia los procesos de organización social de las culturas, las relaciones sociales y de producción.

Entrando a mediados de siglo XX, Se puso un mayor énfasis hacia el factor humano en arqueología, por lo cual el enfoque materialista iba perdiendo fundamento. Estas ideas surgieron principalmente del aporte de Gordon Childe, mediante la “arqueología ambiental” que apareció con las ideas de los primeros antropólogos sociales (Bellelli, 2001, pág.143). Con la obra de Julian Steward –quien en sus inicios tuvo gran influencia sobre el evolucionismo de Meggers- junto con el pensamiento de Leslie White, surgió el enfoque de la “ecología cultural” en los cincuenta, fundamentado en una idea de adaptación cultural al medioambiente y a las condiciones impuestas sobre los grupos humanos (Yépez , 2000, pág. 78). Steward, exhibe un pensamiento difusionista que luego fue modificado con el transcurso de los años, como explica la cita siguiente:

Con la publicación del Handbook of Southamerican Indians (1946) Julian Steward aplica el concepto de área cultural y propone 6 áreas culturales para la cuenca amazónica. Para no entrar en detalles con cada una de ellas, baste señalar que las semejanzas culturales fueron explicadas a partir del difusionismo. Sin embargo, a medida que evolucionó el pensamiento de Steward, rechazó el difusionismo y definió una serie de tipos culturales en Sudamérica, basándose en las condiciones ecológicas del medio ambiente (Yépez , 2000, pág. 77).

Un cambio realmente significativo a beneficio de la escuela ecologista, fue el desarrollo del fechaje absoluto por medio del radiocarbono, por lo cual esta teoría toma fuerza y logra romper definitivamente con el paradigma pasado. Estados Unidos fue una potencia científica que había ganado la misma confianza de la Europa del siglo XIX, por lo cual surgió con fuerza los postulados de la llamada “Nueva Arqueología” o “arqueología procesual”. El trabajo de Betty Meggers en los sesenta, primordialmente en la región amazónica, logró manifestar una aplicación de la ecología cultural, lo cual se diferenció en gran manera con el método difusionista en relación al caso de Valdivia. Es importante aclarar que dentro del paradigma histórico-cultural existieron dos momentos diferentes de la teoría difusionista, es decir, no es lo mismo hablar del difusionismo de inicios de siglo que del manifestado posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. El segundo, al cual perteneció la arqueología de los Evans en el Ecuador, procedente principalmente de la ciencia estadounidense, fue de un carácter mucho más técnico y científicista, abandona su historicismo y dependencia a las fuentes históricas para hacer uso de las técnicas de fechaje inventadas.

Así fueron perfeccionadas las secuencias cronológicas que contaban ya con una datación exacta, laboratorios de medición y, en general, aplicaban todos los recursos y

herramientas de una ciencia moderna. A esta segunda clase de difusionismo, para diferenciarla de su antecesor, se la denominará *difusionismo científico* en la presente investigación. Por otro lado, al primero se mantendrá como “difusionismo historicista”, especulativo o histórico cultural. Si bien, ambos tipos parten de una teoría sobre las correlaciones y conexión entre culturas, y niegan la invención independiente, su metodología, técnica y aplicación son considerablemente incompatibles. Partiendo de esta distinción, la relación entre los científicos del Smithsonian y la etapa de la Nueva Arqueología es realmente incierta, más bien, su ciencia pertenece o es encasillada en una fase tardía de la escuela histórico-cultural norteamericana.

1.4.3.1 El desarrollo de la arqueología histórico-cultural y difusionista en el Ecuador.

Varios representantes de la historia de esta disciplina en el Ecuador, tanto nacionales como extranjeros, han logrado abrir paso hacia la posesión de la teoría difusionista. Se debe mencionar, brevemente, los primeros aportes que dieron inicio a esta práctica y al estudio de la prehistoria ecuatoriana. Estos surgieron desde los tiempos del Padre Juan de Velasco en el siglo XIII, quien presentó su obra icónica “Historia del Reino de Quito” (1789), en la cual combina fuentes históricas de crónicas y leyendas para proponer un primer intento de unificar una prehistoria tardía con la historia oficial local. En el mismo siglo, llegó a las costas ecuatorianas la Primera Misión Geodésica, una expedición de la Academia de Ciencias en Francia representada por Charles Marie de la Condamine, en la que se descubrieron varios sitios arqueológicos monumentales como Ingapirca.

El Arzobispo Federico González Suárez, casi un siglo después durante la época modernizadora y progresista en el Ecuador, trata de reconstruir la historia nacional en base a hallazgos arqueológicos, principalmente monumentales, lo cual lo convierte en el primer arqueólogo del país. Él aplicó un estudio sistematizado de la información y fue autor de la primera obra de arqueología ecuatoriana denominada “Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos pobladores de la Provincia del Azuay en el Ecuador” (1878). Luego apareció su obra más conocida “Historia general de la República del Ecuador” (1890-1903) (Echeverría, 1996, pág. 61). Fue fundador de la Academia Nacional de Historia, como explica la cita siguiente:

“El 24 de junio de 1909, en el Palacio Arzobispal, se realizó la firma del acta de establecimiento de una de las primeras sociedades de investigación histórica de la ciudad de Quito. Impulsados por la figura de Federico González Suárez, se creó oficialmente la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos (...), Jacinto Jijón y Caamaño se encargó de la subdirección, declarándole director oficial en la promovida Academia Nacional de Historia a partir del año 1920” (Bedoya, 2008, pág. 15).

La época de inicios de siglo XX es considerada como la *Edad de Oro* de la arqueología europea, y se manifiesta directamente con su influencia en las ciencias americanas (Díaz-Andreu, 1998, pág. 196). En el Ecuador, este auge europeo toma forma con el nacimiento de sociedades culturales de claro tinte historicista, conservador y occidentalista, como la Academia Nacional de Historia, institución influenciada por otras del viejo mundo como la Real Academia de Historia de España. De esta sociedad de inmensa importancia para la cultura y ciencia del país, nacieron dos representantes y discípulos significativos para el proceso estudiado, ambos de clara tendencia difusionista y, en un aspecto político, conservadora: El primero fue Carlos Manuel Larrea, y el segundo, Jacinto Jijón y Caamaño. Para este último, la tradición nacional era representada por España, concepción en que la conquista y el cristianismo habían impulsado el desarrollo genuino de la nación (Bedoya, 2008, pág. 26). Mediante su obra póstuma “Antropología Prehispánica del Ecuador” (1952), logra establecer el primer intento por clasificar y poner en orden cronológico y secuencial el saber arqueológico sobre las culturas prehispánicas del país. Sin embargo, no presentó fechas anteriores a la Era Cristiana (De Saulieu & Rampón, 2006, pág. 13).

El avance metodológico de Jijón y Caamaño en la arqueología ecuatoriana fue establecer una clasificación para la cerámica de cada fase arqueológica, y la secuencia de las ocupaciones dentro de la prehistoria aborígen local. Estableció la primera cronología relativa de la prehistoria ecuatoriana, conformada por interpretaciones difusionistas de las influencias culturales entre Ecuador, Centroamérica y los Andes centrales, la cual estaba conformada por distintas fases como Proto-Panzaleo, Panzaleo, Tuncahuán y Puruhá (Yépez, 2000, pág. 70). Esta periodización “historicista” fue la base para el desarrollo de la cronología utilizada luego por Estrada y sus colegas, aunque con ciertas variaciones de interpretación (Salazar, 1994, pág. 8). Según Echeverría, el difusionismo de arqueólogos como Jijón y Caamaño fue consecuencia del predominio del nacionalismo europeo del siglo XIX, mediante el cual no cabía pensar a

los pueblos aislados o lejanos como desarrollados, sino como grupos carentes de historia. Solamente, eran consideradas como civilizadas aquellas sociedades que encontraban su origen y evolución en la herencia cultural occidental. La propuesta de Emilio Estrada, afirma Echeverría, sería apreciada como el clímax de éste pensamiento difusionista europeo al buscar los orígenes culturales ecuatorianos en contextos no americanos (Echeverría, 1996, pág. 89).

La inicial influencia de un difusionismo ecuatoriano nació del legado de varios científicos extranjeros. Eruditos americanistas como Otto Von Buchwald, con sus monografías sobre lingüística y arqueología ecuatoriana, realizadas entre 1908 y 1919, influyeron de gran manera en los trabajos de Emilio Estrada, principalmente en lo referente al estudio y análisis de la lengua de culturas precolombinas como Milagro-Quevedo (Holm, 1983, pág. 9). Según la biografía de su bisnieto, Gustavo Costa Von Buchwald (2012), el alemán llegó al Ecuador en 1887, tuvo contactos con Eloy Alfaro y el presidente Leónidas Plaza G. Sus trabajos, colecciones y bienes materiales se vieron fuertemente afectados por los incendios en la ciudad de Guayaquil. Su etnología y etnolingüística estuvo influenciada por científicos como Humboldt y Ratzel, derivados de la tendencia del evolucionismo, el difusionismo, la teoría de los centros culturales y la migración -Kulturkreis- (Costa, 2012, pág. 35). Se incorporó como socio a la Sociedad de Estudios Históricos Americanos en 1918, donde fue autor de numerosos artículos y colaboraciones. Se involucró en varias obras civiles del Litoral y tuvo contacto con científicos como Teodoro Wolf. Trabajó las culturas del Perú y del Ecuador, enfocado principalmente en las migraciones sudamericanas. Compartió con Max Uhle que la influencia cultural de la Costa provino de Centroamérica y del Oriente sudamericano (Costa, 2012, pág.115).

Otro de los más representativos, en tratar las relaciones difusionistas de las culturas locales, fue el arqueólogo alemán Max Uhle, conocido como el “padre de la arqueología andina”, quien habría fallecido en 1944 (Marcos P., 1998). Uhle sistematizó los complejos cerámicos del área andina y sus variantes regionales en Sudamérica. Desde la segunda década del siglo XX, llegó al Ecuador por invitación de su cercano amigo, Jijón y Caamaño, y así pudo investigar las ruinas incaicas de Tomebamba. También tuvo gran interés sobre la Costa ecuatoriana, y sus planteamientos difusionistas partieron de una influencia maya sobre las civilizaciones sudamericanas. Utilizó para sus definiciones el método cultural-histórico, creado en Alemania por Ankerman,

Graebner, Wilhelm Schmidt y otros (Marcos P., 1998, pág. 200). Trajo por primera vez a América el método de excavación por corte estratigráfico o de niveles (Larrea C. , 1971, pág. 201). Las teorías sobre los contactos mesoamericanos y de los Andes centrales dentro del contexto local, vienen desde las primeras décadas del siglo XX, como expresa Echeverría en la cita siguiente:

Como parte de los trabajos de la Segunda Misión Geodésica Francesa en América del Sur, René Verneau y Paul Rivet hicieron observaciones en la Sierra ecuatoriana, especialmente de prácticas funerarias, de monumentos arquitectónicos y de colecciones de material cultural. Estos científicos dieron también importancia al difusionismo, en sus inferencias sobre la cultura prehispánica ecuatoriana determinan que ésta fue influenciada por culturas amazónicas, de los Andes Centrales (Perú) y de Mesoamérica. La publicación de “*Ethnographie Ancienne de l’Equateur*” (1912 y 1922) de Verneau y Rivet se convirtió en un clásico de la literatura arqueológica, pese a conservar los lineamientos teóricos y metodológicos tradicionales de la época (Echeverría, 1996, pág. 65).

Después de la visita del antropólogo francés Paul Rivet, miembro de la Segunda Misión Geodésica, el país recibió a Marshal Saville, quien emprendió trabajos de campo en las Provincias de Manabí y Esmeraldas. Fue miembro de “The George G. Heye Expeditions” de New York y descubrió objetos de cerámica y piedra como las famosas sillas en forma de “U”, pertenecientes a la cultura Manteña. En los treinta, un geógrafo inglés, Geoffrey H. S. Bushnell, efectuó una serie de excavaciones en la Península de Sta. Elena, respaldado por la Academia Nacional de Historia de Quito y por The School of American Research de Nuevo México, Estados Unidos.

Su obra fue publicada años más tarde con el título “*Archaeology of the Santa Elena Peninsula in Southwest Ecuador*” (1951). Fue un precursor directo de la obra de Estrada al estudiar la cultura Engoroy que forma parte de Chorrera, y fue el primero en analizar la cultura Guangala (Falconí, 1990, pág. 67). Una misión fue realizada, en 1940, por el arqueólogo Edwin Ferdon, de la Universidad del Sur de California, introdujo la cultura “Tolita” como un asentamiento de primer orden y también trajo al Ecuador la perspectiva ecologista que surgía en Norteamérica. A inicios de los cuarenta, se ejecutó la misión representada por los arqueólogos Donald Collier y John v. Murra, corresponsales de la Universidad de Chicago, con su estudio de la cultura Cerro Narrío, la cual un par de décadas después sería identificada como perteneciente al periodo

Formativo de la Sierra. De igual forma, hallaron ejemplares de las culturas Machalilla y Chorrera, pero sin haber determinado su edad remota (Falconí, 1990, pág. 68).

Partiendo de un aspecto metodológico, desde la época de González Suárez, se produjeron los primeros descubrimientos arqueológicos prehispánicos de carácter monumental. En sus diversas explicaciones sobre el pasado se evidencia un intento de clasificación detallada del material cultural y de los vestigios hallados. Se incluye objetos de calidad monumentalista, cerámica, lítica, entre otros, pero se ignora una arqueología de la vida cotidiana (De Saulieu & Rampón, 2006, pág. 13). Sus investigaciones carecían de un método de clasificación sistematizado o de un enfoque en los procesos culturales. Una arqueología orientada más en la historia que en la antropología, puesto que eran ignorados los factores sociales de la prehistoria. Era aplicado un método netamente empírico y descriptivo de los elementos, razón por la cual se lo ha llamado también asistemático (Trigger, 1994, pág. 61). La procedencia de los objetos arqueológicos, usualmente, encontraba su explicación en la teoría difusionista, la cual mediante el estudio de particularismos culturales y un enfoque interpretativo sobre la función de los objetos. Se alejaba de las generalidades de un evolucionismo unilineal y buscaba relativizar el desarrollo cultural (South, 1977, 8). La intención de encontrar similitudes culturales se fundamentaba en el estudio comparativo de los objetos prehistóricos y de material cultural para determinar correlaciones, como expresa la cita siguiente:

Durante este primer período (1878-1945), el trabajo arqueológico fue eminentemente personalista, especulativo y difusionista; predominó una asistemática selección de yacimientos y de manera muy acentuada, un afán por conseguir piezas museables. Prevalció la excavación de tumbas y trabajos de corto plazo en sitios muy puntuales, generalmente, sin un enfoque regional. La corriente arqueológica que predominó fue la llamada “arqueología tradicional”, aquella que no responde a un proyecto de investigación previamente elaborado, y que enfatiza en la descripción del material cultural en base a un método inductivo estrecho. Tiene una orientación histórica o histórico-cultural, con una actitud no interdisciplinaria, resalta el estudio de lo exótico, de fenómenos particulares no recurrentes y atiende principalmente a las “cualidades” de los restos arqueológicos (Echeverría, 1996, pág. 65).

Esta cita habla del método de clasificación “cualitativo” y tipológico que era utilizado por los arqueólogos historicistas al enfocarse en indicadores materiales, geográficos y tecnológicos, en oposición al método de seriación “cuantitativo” y estadístico

desarrollado a mediados de siglo XX. Se habla de un tipo de arqueología tradicional que manifiesta una tendencia “fetichista” y no antropológica, es decir, que estaba centrada en el valor material de los objetos más que en estudiar a los pueblos que los creaban: “las tipologías de la cerámica parecía que funcionaban solas, ajenas a los seres humanos que las produjeron” (Johnson, 2000, pág. 39). Se manifiestan los primeros intentos de estudiar y lograr explicar la diversidad cultural mediante recursos como la lingüística o el método etimológico para la comparación de las distintas formas de dialectos o lenguas. Se presenta una primera secuencia entre periodos históricos, basada en una cronología relativa (*Paleolítico, Neolítico*), la cual era extraída del método estratigráfico y que además distribuía geográficamente las culturas (Childe, 1973, pág. 24). Estos recursos metodológicos generales posibilitaron el desarrollo de una interpretación difusionista y evolucionista de la prehistoria ecuatoriana, como se observa en la siguiente cita:

La muerte del arzobispo coincidió con el robustecimiento de la ya fundada Academia Nacional de Historia, la cual aunó dos tipos de pensamiento uno de tipo evolucionista en el sentido clásico, y el otro, que le sucedió al primero, de tipo difusionista. En cuanto a figuras el último de los pensamientos fue representado más tarde en la figura de Jijón y Caamaño (Yépez , 2000, pág. 67).

Esta práctica en el Ecuador se basó en dos tipos de fundamentos para la identificación e interpretación de las culturas precolombinas: 1) Se consideraba que los elementos que las conformaban provenían o tenían origen en otros pueblos, ya que los rasgos adoptados eran consecuencia de migraciones y contactos culturales. 2) El desarrollo de las culturas partía de su relación con las circunstancias naturales, en una suerte de adaptación al medio en el que se manifiesta. Según Yépez: “Esta tendencia por establecer filiaciones culturales a partir de los vestigios arqueológicos indica la importancia que tuvo durante las primeras décadas de siglo ésta variante del pensamiento histórico-cultural” (Yépez , 2000, pág. 68). El historiador guayaquileño, José San Andrés Tovar (1951), muestra un ejemplo de la clasificación historicista desarrollada durante el periodo de la arqueología tradicional y permite evidenciar desde qué parámetros se estudiaba la prehistoria ecuatoriana antes de las innovaciones técnicas, lo cual es mostrado en la cita siguiente:

Es la Arqueología Comparada la que va a servirnos para sacar importantísimas conclusiones luego de la experiencia, de la técnica de campo y de laboratorio. El éxito de todo arqueólogo consiste en leer los manuales escritos sobre diversos

puntos de la ciencia y visitar monumentos y museos con alguna intención para comprobar prácticamente la exactitud de las doctrinas leídas, pues, leer un hecho no es lo mismo que presenciarlo, sin embargo, hay gente que lee mucho pero que observa muy poco. Cuando por primera vez se ofrece un objeto a la vista de un arqueólogo, este debe averiguar su origen, pensamiento artístico realizado en él, procedimientos materiales empleados para la ejecución, significación, el fin a que respondía y sin fecha cierta o probable. Esta es la tesis de la clasificación. Para llegar a un resultado mejor, se debe hacer prácticas escrupulosas y largas experiencias, de orden técnico. El arqueólogo debe examinar los hechos aislados pero sin perder de vista la evolución histórica, las conclusiones, no olvidar el medio social en que la obra se produjo ya que ahí está el secreto de la fisonomía de los monumentos y objetos. De lo expuesto inferimos que la Arqueología es una ciencia que no debe cultivarse desde los escritos y bibliotecas. El día que los arqueólogos viajen en vez de rebuscar noticias en los archivos y bibliotecas, confundiendo lastimosamente la curiosidad histórica con la Arqueología, seguramente habrán dado un paso decisivo en pro de esta ciencia (San Andrés, 1951, pág. 11).

Este escrito exhibe los parámetros y problemas que acontecía una arqueología tradicional tardía en el Ecuador. Muestra algunos indicios de las transformaciones y revoluciones que se avecinaban, también exhibe la metodología y teoría de la que se servían los arqueólogos histórico-culturales. Para desarrollar de manera más detallada los aspectos observados en el discurso de Tovar, se pueden enumerar los siguientes puntos: 1) Refiere a la aplicación de la *Arqueología Comparada* como método para encontrar relaciones culturales e identificar procesos históricos evolutivos. Esto tiene relación con la importancia que debió tener la perspectiva difusionista durante aquella época para la obtención de datos. 2) Menciona la importancia de doctrinas y escritos al momento de confirmar las especulaciones y para entender la historia de las culturas. Por eso hace referencia a los *arqueólogos de biblioteca* que carecían de un trabajo práctico o de campo para, en su lugar, enfocarse en las fuentes escritas. 3) Expresa la necesidad de laboratorios arqueológicos donde la teoría logre ponerse en práctica y enuncia la carencia de datos exactos sobre fechas. 4) Resalta la tarea del arqueólogo de hallar los orígenes de las culturas, también expresa un aspecto interesante que es el *pensamiento artístico* para determinar los contextos de producción de un objeto prehistórico. El aspecto artístico de los vestigios como la cerámica, la lítica, la alfarería, etc. servían como base para comparativa la definición de una secuencia relativa y para una clasificación material y cualitativa de los objetos, lo cual es denominado “tesis de

clasificación”. 5) Habla de la “evolución histórica” para referirse al medio en el cual una obra fue producida, en una suerte de adaptación darwiniana.

Con este análisis del presente capítulo y de los antecedentes históricos presentados, y sin la intención de caer en generalizaciones, se presume que este paradigma arqueológico estuvo sustentado en la historia como medio primordial y final de comprobación científica. La función cumplida por las fuentes escritas para la arqueología luego sería reemplazada por la tecnología y los inventos, elementos que posibilitaron una cierta autonomía de esta ciencia. Prontamente, las hipótesis habrían de ser comprobadas mediante recursos técnicos, datos cuantitativos y estadísticos similares a los de las ciencias naturales. En consecuencia, su dependencia hacia las fuentes históricas pasa a un segundo plano, aunque de cierta manera se mantuvieron algunos aspectos como la cronología relativa, el difusionismo, el análisis estratigráfico, el método comparativo, entre otros recursos, que formaban parte de una tradición sobreviviente.

La arqueología moderna de mediados de siglo XX se generalizó de forma consensuada e institucional gracias al desarrollo de una comunidad de arqueólogos. Este escenario social posibilitó la creación de la teoría transpacífica y el descubrimiento de las culturas más antiguas de suelo ecuatoriano en una etapa verdaderamente revolucionaria de la arqueología local. El tema sobre la conformación de una red científica local, que se presenta a continuación, es ideal para direccionar esta investigación hacia la teoría sociológica del *Actor/Red* de Bruno Latour, que habla sobre la construcción colectiva de la ciencia.

Capítulo II

2 La creación de una red científica arqueológica en el Ecuador a mediados de siglo XX. Las instituciones y actores que posibilitaron el desarrollo de la teoría transpácifica.

Luego de haber realizado una breve aclaración sobre el marco teórico, contexto, estado de la cuestión y los antecedentes históricos del caso, se empezará a narrar los hechos que conforman el proceso de construcción de la hipótesis de Emilio Estrada. Aunque este guayaquileño es tomado en cuenta como un actor primordial, al ser el creador de dicha propuesta difusionista, no es el único individuo ni elemento de importancia, puesto que el concepto sociológico de red reúne a varios componentes humanos y no humanos que interactúan entre sí. Todos ellos serán introducidos en este capítulo de la disertación, así como también se profundizará en las diversas causas y motivaciones de sus asociaciones y relaciones, las cuales, se presume, pueden surgir a partir de una traducción de intereses políticos y científicos.

Todos los actores, según su protagonismo, giran en torno al elemento principal que es la hipótesis asiática sobre Valdivia. Una hipótesis vendría a ser el ejemplo de un actor no humano que está en constante cambio y movimiento. Otro elemento esencial que se presenta como actor no humano son las instituciones que, en el caso de la arqueología, funcionan como laboratorios y centros de aglomeración de individuos. Entre las instituciones que están involucradas y que sirven de representación para los grupos de científicos, se encuentran el Museo Víctor Emilio Estrada, el Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y, desde un ámbito internacional, el Instituto Smithsonian de Washington. La historia de estas organizaciones o espacios de ciencia está cercanamente vinculada a las bases y motivaciones políticas de cada uno de sus miembros, cuyos intereses, ideales y objetivos se traducen en planes institucionales. Por eso, se sustenta la idea de que los actores y la red a la que ellos pertenecen forman una unidad inseparable, puesto que la acción de uno se convierte en la acción del conjunto.

En términos de Latour: “Una cadena es tan fuerte como el más débil de sus eslabones” (Latour, 1992, pág. 118). En base a los intereses y objetivos de los involucrados se generan las negociaciones y surgen los aliados u oponentes, así es como se forman los grupos de interesados por alcanzar un fin en común. Por eso, las instituciones cumplen un papel representativo y político para cada uno de sus miembros, puesto que el apoyo

científico es una de las armas más efectivas de legitimidad. Otra de las tareas de los aliados -ya que el tema de los oponentes se topará en capítulos posteriores- es la de difundir, perfeccionar y transformar el producto científico. Se habla de un trabajo colectivo que unifica intereses, recursos, herramientas, criterios y discursos. Este producto, según la materia estudiada, puede ser un invento, un artefacto, un hecho, una ley o, en este caso, una hipótesis arqueológica que busca ser comprobada y legitimada. Todos los actores y elementos que serán tratados en la presente investigación tienen alguna relación o papel en la elaboración de la hipótesis sobre Valdivia, desde su creación hasta su respectivo rechazo como teoría obsoleta. Una de las maneras en que las instituciones funcionan como entidades políticas y de poder expansivo es mediante recursos sociales como las expediciones científicas, conferencias internacionales, misiones dirigidas a investigación, convenios con otras entidades, la creación de eventos para difundir avances y productos asociados, y coloquios o congresos para generar acuerdos y consensos sobre los parámetros, cánones y normas generales que rigen a una ciencia.

En el caso ecuatoriano, todos los actores que efectúan una acción dentro de la red posibilitaron que se logre la posesión de un tipo de arqueología, a mediados de siglo XX, esta fue la escuela o teoría del difusionismo, derivada principalmente de una tradición norteamericana. Luego del establecimiento de la red arqueológica en el país, fue posible la elaboración de la hipótesis difusionista sobre el origen de Valdivia y se efectuó el proceso sociológico de su producción colectiva y controversia. A continuación, se iniciará la narración de dicho proceso con la introducción de su creador, Emilio Estrada Ycaza, es decir, uno de los actores más fundamentales, así como se profundizará en las primeras relaciones y hechos que posibilitaron el inicio de la tendencia difusionista científica en el país.

2.1 El nacimiento del Museo “Víctor Emilio Estrada” y su relación con la arqueología ecuatoriana.

Emilio Estrada Ycaza nació en Guayaquil el 22 de junio de 1916, hijo del banquero y empresario Víctor Emilio Estrada Sciacaluga y nieto de Emilio Estrada y Carmona -este último fue Presidente de la República del Ecuador en 1911- (Lara, 2006, pág. 2). Obviando ciertos matices de su vida como empresario, político y apasionado deportista, este arqueólogo provino de una importante familia aristócrata, aspectos sociales que

dieron forma al retrato de Emilio Estrada y que lo incluyeron dentro de la alta sociedad guayaquileña, posicionándolo como una figura pública de enorme trascendencia social. Su estilo de vida elitista demuestra que contaba con los recursos políticos y socioeconómicos necesarios que le permitirían financiar y sustentar su afición por la práctica arqueológica, consecuencia de su afán por coleccionar objetos de carácter precolombino, los que recogía en sus distintos viajes de cacería, pesca deportiva y excursiones.

De todas las caras de una vida multifacética, es competencia de este trabajo de investigación centrarse en el Emilio Estrada *científico*²⁵, más que el empresario o político. Aunque, cabe reflexionar, que su vida pública facilitó de gran manera su quehacer arqueológico. Su interés sobre la prehistoria local surgió en la época en que era una práctica privilegiada. Según la editorial de “El Universo” de Guayaquil, del jueves 20 de diciembre de 1954, Estrada fue nombrado Alcalde de la ciudad de Guayaquil²⁶, relevando el cargo del Sr. Pedro J. Menéndez Gilbert, quien pasó a formar parte del Ministerio de Defensa Nacional. Al año siguiente comenzaron las elecciones en el Litoral, por lo cual Estrada buscaba su reelección para ejercer el cargo de manera oficial y definitiva (Don Emilio Estrada, Nuevo Alcalde, 1954, pág. 8).

Durante las elecciones los postulantes se empeñaban en ganar votos, por lo cual empezaron las obras públicas, principalmente de construcción y reconstrucción de carreteras y vías, en beneficio de las actividades económicas, comerciales, agrícolas y urbanizadoras para la modernización de la ciudad. Estrada se concentró en esta labor para lograr su victoria como candidato, sin embargo, la construcción de carreteras brindó al político la inesperada oportunidad de ser el autor de increíbles hallazgos arqueológicos en la región del Litoral. Por su reconocible popularidad ganó su reelección el 7 de Noviembre de 1955, periodo de alcaldía que duró hasta 1957 (Emilio Estrada habría sido reelecto Alcalde, 1955). No cabe duda que su realidad política fue beneficiosa para poder introducirse en la ciencia arqueológica, en una época en la cual

²⁵ Con el adjetivo “científico”, en el caso de Estrada, se hace referencia a su aporte y obra que giraron en torno a la ciencia arqueológica. En lo que respecta a su formación autodidacta, esta careció de la inscripción a una institución o instrucción académica formal. Se ha determinado que su oficio se vincula más al del investigador erudito, es decir, aquel individuo que sin poseer un conocimiento científico o formal sobre un área de estudio, puede indagar críticamente y generar hipótesis que logren plantear problemas significativos para la sociedad. Estrada también fue reconocido por la comunidad arqueológica local e internacional como un investigador con amplios aportes a la arqueología americana y andina.

²⁶ Véase: Anexo 8.

era más una afición que una profesión académica. La práctica coleccionista y el trabajo de campo requerían de un amplio financiamiento, y de la asociación con las instituciones culturales ecuatorianas y los dueños de los terrenos en los que se hallaban los yacimientos. A este tipo de arqueología, el día de hoy se la conoce como “arqueología de fin de semana”, ya que los aficionados debían dedicarse a otros oficios para poder solventar sus investigaciones particulares.

Se carecía de una institución que posibilitara la instrucción formal en materia arqueológica o que impartiera conocimientos especializados en prehistoria. Al no existir una carrera universitaria relacionada a esta ciencia auxiliar, solamente se la ilustraba como una rama complementaria de las cátedras de Historia y Geografía -fue introducida por el alemán Max Uhle como materia en la Universidad Central del Ecuador, en 1925- (Larrea C. , 1971, pág. 53). Sus practicantes debían desarrollar una planificación particular y privada, muy alejada de una iniciativa institucional, interdisciplinaria o estatal (Echeverría, 1996, pág. 63). Por estas circunstancias, el aporte arqueológico de Estrada es realmente sobresaliente debido a su experiencia autodidacta, su autofinanciamiento y por los vínculos científicos forjados desde su propia aspiración e iniciativa. Uno de sus primeros vínculos fue desarrollado con el profesor Francisco Huerta Rendón, quién cumpliría un papel esencial en el proceso estudiado.

En 1953, nace su interés por buscar una explicación sobre el significado de los objetos coleccionados en su preliminar museo/colección. Por ende, decide consultar al Profesor Huerta Rendón, un arqueólogo guayaquileño que tuvo una profunda influencia de su tío, Pedro José Huerta, un historiador y profesor dedicado a coleccionar objetos arqueológicos²⁷ desde las primeras décadas del siglo XX. Huerta Rendón realizó excavaciones e investigaciones en la Provincia de Manabí y aportó con publicaciones culturales para el diario “La Nación” desde 1950, cargo que lo llevaría a conocerse con Estrada. A finales de los cuarenta, fue el descubridor de la cultura “Chorrera”²⁸ que se extiende por el territorio de la Costa, en la provincia de Manabí, cerca del río Babahoyo.

²⁷ Antes del desarrollo de leyes y regulaciones patrimoniales, fue costumbre de la aristocracia local la creación de colecciones privadas, ya sea de arte occidental, fondos documentales o elementos culturales de carácter prehistórico (Vargas, 1953, pág. 85).

²⁸ El arqueólogo extranjero Geoffrey H. S. Bushnell, de la Universidad de Cambridge en Inglaterra, había explorado este complejo arqueológico sin llegar a definir su exacta antigüedad. Este había enviado una muestra de la cerámica encontrada a orillas del Río de la Chorrera, en el Cantón Babahoyo, al célebre Jacinto Jijón y Caamaño, poco antes de su fallecimiento el 17 de Agosto de 1950. Jijón intentó definir un

También había trabajado previamente la cerámica del complejo²⁹ perteneciente a esta cultura del Formativo ubicada en territorios de hacendados, manteniendo comunicación con Jacinto Jijón y Caamaño (Caamaño, 1936-1940). Existen varias versiones que atribuyen este descubrimiento a los arqueólogos de Washington, Betty J. Meggers y Clifford Evans, ya que ellos realizaron en 1954 la excavación estratigráfica de la zona, profundizando así los estudios sobre dicha fase (Falconí, 1990, pág. 30).

Por recomendación de Huerta, los arqueólogos de Washington habían iniciado sus estudios y excavaciones sobre el sitio Chorrera, entre los años 1954 y 1957 (Estrada, 1962, pág. 63). En ese entonces, el “Núcleo del Guayas” de la Casa de la Cultura era la organización pública que expedía los permisos necesarios para la ejecución de excavaciones arqueológicas del Litoral, en una época del auge de descubrimientos de yacimientos conocida como la “Época de oro” de la arqueología ecuatoriana (Echeverría, 1996, pág. 65). Con estos primeros vínculos científicos y académicos, Estrada comenzó a introducirse en la comunidad de arqueólogos, unificando criterios norteamericanos con nacionales y forjando sus primeras alianzas. Aunque debe mencionarse que la arqueología ecuatoriana se mantenía todavía dependiente de una tradición histórico-cultural, que también influenció los inicios de este aficionado guayaquileño.

Gracias a la inicial guía de Huerta Rendón, el interés de Estrada sobre la bibliografía arqueológica fue intenso y creciente. Según Falconí: “Una vez introducido en la arqueología, le fue muy difícil dar marcha atrás, Estrada aprendió con una rapidez fantástica, devoraba libros, evolucionando en una forma sorprendente. Estudió una y otra vez su documentación relacionándola con sus investigaciones; consultó toda duda con sus amigos de la Smithsonian Institution de Washington, Betty Meggers y Clifford Evans” (Falconí, 1990, pág. 39). Sin minimizar la rápida evolución en sus estudios autodidactas, al ser un hombre de negocios, sus actividades e investigaciones debían limitarse, por lo tanto recibió el apoyo de colegas guayaquileños cercanos que, al igual

fechaje de estos vestigios, aunque no se contaba con la tecnología para obtener con exactitud tales datos (Necrología: Don Jacinto Jijón y Caamaño, 1953).

²⁹ El término “complejo” en arqueología, según el libro “Ecuador” (1966) de Betty Meggers, está explicado como el conjunto de caracteres cerámicos, o de otros materiales que se atribuyen a una cierta cultura. También puede referirse a la ubicación y distribución geográfica de los lugares y restos arqueológicos (Meggers, 1966). Es una percepción netamente materialista del concepto de cultura manejado por los científicos difusionistas.

que él, incursionaron en la disciplina arqueológica. Un claro ejemplo de este soporte fue su colaborador Julio Viteri Gamboa, quien también se asoció a los estadounidenses desde 1954 para profundizar en la prehistoria de la Costa.

Viteri participó en el descubrimiento y excavaciones de las culturas Valdivia, Machalilla, Milagro, entre otras, y dedicó su vida profesional al estudio de las culturas formativas de la Cuenca del río Guayas, hasta su fallecimiento en 1986. Tuvo una larga trayectoria que le permitió perfeccionar su quehacer científico, a diferencia de Estrada quien murió en 1961, a la pronta edad de 45 años (Lara, 2006, pág. 3). La cultura “Milagro-Quevedo” de la provincia de Manabí, es uno de los ejemplos de la asociación con Viteri quien desde 1953 se encargó de realizar y tutelar las investigaciones y excavaciones bajo la dirección de Estrada. Este último fue quien dio su nombre a esta cultura, pues fue el primer arqueólogo en definir sus características culturales, por ejemplo; las tolvas, su cerámica, sus tumbas, los objetos de metal, su orfebrería y sus comparaciones entre los dos polos extremos del territorio, Quevedo hacia el norte y en el centro Milagro, con una datación dentro del Periodo de Integración (Holm, 1983, pág. 9).

Gracias a su colaboración y supervisión en las excavaciones, y una sistemática recolección de tuestos y ejemplares arqueológicos, nace el museo “VÍctor Emilio Estrada” en el mismo año, nombrado así en honor al padre del ilustre guayaquileño. Ahí trabajaron colegas cercanos como el Sr. Walter Molina, quien también brindó su apoyo en las exploraciones de los científicos extranjeros. Su esposa y compañera, Gloria Estrada Avilés, siempre estuvo involucrada en el quehacer del guayaquileño (Meggers, Evans , & Estrada, 1965, pág. 7). Este espacio, que almacenaba los miles de vestigios recolectados por Estrada, también funcionó como laboratorio para las investigaciones extranjeras y locales posteriores, así como posibilitaría una serie de publicaciones bibliográficas para la difusión del conocimiento prehistórico (Viteri, 1961). Esta colección privada, desde mediados de los cincuenta, abre sus puertas al público junto al Museo de Orfebrería prehispánica del Núcleo del Guayas, en 1957. Ambos fueron algunos de los más importantes centros arqueológicos del Litoral y del país en aquel entonces (Viteri, 1961).

El guayaquileño, en sus obras escritas, rindió homenaje a estas cercanas amistades, igualmente reconoció el legado de los esposos Evans, pues en sus investigaciones

propias aplicó constantemente sus enseñanzas (Larrea C. , 1954, pág. 290). La creación y apertura de su museo es un claro ejemplo del ejercicio colectivo de la ciencia, también es una muestra de los espacios en los cuales se enfrenta el conocimiento humano con la naturaleza y su objeto de estudio en el proceso de elaboración de hipótesis. Gracias a la exhibición de una creciente colección arqueológica, el apoyo del grupo de científicos, la difusión de las investigaciones y los recursos privados aportados por el guayaquileño, fue posible el establecimiento una de las instituciones más importantes en el proceso. Su funcionamiento y consolidación facilitó la posesión de la tendencia difusionista en la arqueología ecuatoriana moderna, básicamente, desde la primera expedición desarrollada por los norteamericanos.

2.2 La visita de Emilio Estrada al Museo Nacional de los Estados Unidos. Su asociación con los Dres. Evans.

Antes de profundizar en el papel desempeñado por estos actores dentro del proceso de elaboración de hechos científicos, es necesario aclarar su procedencia y trayectoria profesional. El Dr. Clifford Evans y la Dra. Betty J. Meggers, arqueólogos estadounidenses nacidos en Washington a inicios de siglo y casados en 1946, fueron representantes del Departamento de Antropología del Instituto Smithsonian de Washington y del Museo Nacional de los Estados Unidos, así como fueron quienes investigaron, desde 1954, las culturas de la Cuenca del Guayas. Junto a Estrada implementaron la primera secuencia cronológica absoluta de la prehistoria local en 1961, con fechas exactas medidas con el método de Radiocarbono 14 (C14). Analizaron las relaciones o filiaciones culturales de las culturas de Mesoamérica y el Perú, con las del Formativo local. Realizaron estudios de fases pertenecientes a la Amazonía ecuatoriana a mediados de siglo XX, como las investigaciones sobre la fase Marajó del río Napo, entre otros inmensos aportes teóricos y metodológicos que transformaron la ciencia local (Meggers & Evans, 1968).

Pero el aspecto que vincula a estos personajes con la presente investigación, es su participación como coautores de la teoría sobre el contacto transpacífico de la fase Valdivia. Estos científicos unificaron esfuerzos y recursos, combinando sus facultades académicas y experiencia investigativa, también recibieron el apoyo de importantes museos y laboratorios de distintos países para defender y luchar por la legitimación de su hipótesis transpácifica. Estrada fue el creador de la tesis inicial, pero ellos fueron

quienes comprobaron la validez de la hipótesis según el modelo científico vigente. El mismo año en que nació su amistad con Huerta, Estrada hizo planes para visitar Washington y el Museo Nacional de los Estados Unidos. En esta ocasión, le fue posible conocer personalmente a los arqueólogos estadounidenses, quienes estaban seriamente consternados por la amenaza arqueológica causada por la ejecución de trabajos en las carreteras del Litoral ecuatoriano, consecuencia por el progreso económico expansivo y urbanizador. Este, entre otros temas como la falta de atención por parte de la arqueología universal sobre la importancia prácticamente desconocida de la prehistoria ecuatoriana, fueron las causas que motivaron su proyecto de visitar el país en una misión científica con fines arqueológicos (Meggers & Evans, 1955, pág. 309).

Según una publicación del periódico “El Universo” del 23 de noviembre de 1961, como autor Julio Viteri Gamboa, el guayaquileño Emilio Estrada Ycaza llegó a la ciudad de Washington para visitar el Museo Nacional de los Estados Unidos, en otoño de 1953. Este viaje fue motivado por sus nacientes intereses en la arqueología de la Costa ecuatoriana y por el hallazgo de algunos vestigios de la cultura “Milagro”. Este hecho también significaría el inicio de una extensa asociación científica con los arqueólogos estadounidenses Betty Meggers y Clifford Evans, investigadores asociados al Instituto Smithsonian de Washington (Viteri, 1961). La llegada de Estrada a los Estados Unidos no fue con intenciones de turismo o mera curiosidad, sino para probar que la historia precolombina del Ecuador se hallaba en la oscuridad absoluta, como explica Viteri en la cita siguiente:

Para los directivos del museo, el visitante era un investigador que buscaba los centros de mayor cultura, los laboratorios en los cuales podría encontrar la ayuda científica suficiente, con la cual probaría cuán equivocada era la historia-precolombina de su Patria y por ende tal vez de América toda (Viteri, 1961).

La primera expedición de los Evans trajo al país un tipo de ciencia revolucionaria, desde un ámbito técnico-metodológico y práctico. Estas directrices fueron adoptadas luego por Estrada y la comunidad de especialistas nacionales y, de igual manera, fue difundida globalmente por organizaciones científicas de renombre internacional como el Smithsonian. Esta organización estadounidense, históricamente, ha desarrollado estrechos vínculos científicos con los países de Latinoamérica y, particularmente, con el Ecuador, relaciones que tuvieron amplio protagonismo en el surgimiento de una

arqueología moderna, y que complementaban la influencia política económica y cultural ejercida tradicionalmente por los Estados Unidos en el Ecuador.

2.2.1 Los científicos del Instituto Smithsonian de Washington.

Según Paulina Ledergerber³⁰ (2007), el Smithsonian Institution es una entidad científica que cuenta con cerca de 29 centros de investigación, especializados en las diversas ramas de la ciencia. Su sede central se encuentra ubicada en la ciudad de Washington, en los Estados Unidos de América. A lo largo de la historia del instituto, 20 de sus centros han estado involucrados con el Ecuador en sus investigaciones, creando así una extensa relación científica entre ambos países. La importancia que ha ganado el Ecuador en los estudios culturales globales, ha sido gracias a la vinculación con instituciones globalmente reconocidas. Este es el significativo papel que cumplen dichas entidades al momento de legitimar, generar y difundir conocimiento.

El Smithsonian se inició gracias al legado del científico James Smithson (Francia 1765-1825), quien, en su testamento, solicitó a un sobrino, al cual heredó todas sus posesiones, que si este último no tuviese descendencia debería donar su fortuna completa a los Estados Unidos de Norteamérica. Su herencia fue destinada a la creación de una entidad dedicada a incrementar la sapiencia de los hombres, y así es como el Smithsonian abre sus puertas el 10 de agosto de 1846 (Ledergerber, 2007, pág. 12). Algunos años después, aparecen las primeras publicaciones científicas en un compendio titulado “Contribuciones del Smithsonian al Conocimiento”. También fueron representadas bajo el nombre de dicha institución las publicaciones de afamados ilustrados como Alexander Von Humboldt, las cuales fueron la base para las primeras investigaciones meteorológicas realizadas sobre el Ecuador. A mediados de siglo XIX, fueron patrocinadas varias expediciones hacia los territorios del Amazonas, que atravesaron los territorios del Perú, Ecuador y Brasil. Estas fueron desarrolladas con fines de investigación biológica, astronómica, geográfica y etnológica.

Este centro científico habría sufrido las consecuencias de un incendio que consumió gran parte de su acervo documental y colecciones, en la segunda mitad del siglo XIX. En 1867, se da la primera gran expedición interdisciplinaria del Smithsonian hacia el

³⁰ Ledergerber fue una arqueóloga ecuatoriana, colega y cercana amiga de Betty Meggers, durante los últimos años de vida de la norteamericana. La ecuatoriana perteneció también al Instituto Smithsonian de Washington, en las décadas finales del siglo XX (Ledergerber, 2007).

Ecuador, que contó con la participación de científicos naturalistas como el literato naturalista y estadounidense, James Orton (1830-1877), quien con tribuyó de gran manera a la sapiencia de Sudamérica y de la Cuenca del Amazonas. Ellos llegaron a Guayaquil para luego dirigirse a las inhóspitas tierras de la Amazonía, como presenta la cita siguiente:

La expedición será estricta y puramente científica, e incluirá los departamentos de geografía física, geología (inclusive paleontología), mineralogía, protozoología y zoología, etnología, astronomía y botánica. Intentamos hacer una extensa colección y observaciones, como nuestros recursos lo permitan. Luego de nuestra prospección de los volcanes de Quito, nos proponemos visitar los Andes de Perú y luego descender por el Amazonas (Ledergerber, 2007, pág. 15).

A inicios del siglo XX, se da la creación del Departamento de Antropología del Smithsonian, que tiene más de un siglo de aportes y colaboraciones, en relación al estudio de las culturas prehistóricas del Nuevo Mundo y de la América andina. A esta rama de la institución pertenecieron los arqueólogos que revolucionaron la disciplina ecuatoriana: Betty J. Meggers surgió como especialista en arqueología, en una época en la cual se consideraba un oficio principalmente masculino. Fue reconocida experta en estudios arqueológicos, ecológicos, etnológicos, lingüísticos, etc. Junto a su esposo, Clifford Evans, ha realizado un conjunto de investigaciones sobre la evolución y adaptación de las culturas precolombinas del Nuevo Mundo. Su labor en el Ecuador es ciertamente incomparable, como expresa la cita siguiente:

La revolución que ellos producen en la arqueología sudamericana no tiene precedentes. Ilustramos como ejemplo lo que ella con su esposo Clifford Evans realizaron en el Ecuador (...) Se unen a Emilio Estrada y ponen a este país en un muy alto nivel científico internacional. Ellos son quienes procesan mejor los datos arqueológicos de la Costa, al darnos las bases científicas más sólidas de nuestra arqueología y nuestra nacionalidad, en las décadas de los años 50s y 60s (Ledergerber, 1999, pág. 38).

En consecuencia, la prehistoria local alcanza una fama mundial, la misma impulsó a la expansión de una extensa producción científica, expediciones y descubrimientos efectuados desde entonces. Según Ledergerber, “Estrada, Evans y Meggers directa o indirectamente incentivaron a arqueólogos y antropólogos a que en lugar de ir a los países vecinos a trabajar, éstos se enfoquen a investigar profundamente las culturas ecuatorianas” (Ledergerber, 2007, pág. 24).

En solo un par de décadas, fueron publicadas decenas de tesis y artículos profesionales de universidades internacionales. La evolución de una arqueología historicista, etnocentrista y occidentalista hacia a una antropológica, procesual y autóctona, fue uno de los principales retos de la arqueología norteamericana a mediados de siglo XX (Renfrew, 1985, pág. 4). Se formalizó la división entre dos principales vertientes arqueológicas: Por un lado, estaban los que estudiaban arqueología desde la vertiente histórico-cultural o desde una metodología historicista, enfocada mayormente en una extensa tradición europea. Y por otro lado, surgieron los arqueólogos que estudiaban al Nuevo Mundo, y a las colonias europeas, desde una perspectiva antropológica, dejando de lado el etnocentrismo tradicional, entre estas corrientes estaba la Nueva Arqueología angloamericana (Johnson, 2000, pág. 48). Se puede decir que los Evans tomaron un poco de ambos, generando una arqueología difusionista e histórico cultural, “la vieja escuela”, por así decirlo, que se sirvió de métodos y técnicas modernas para lograr explicar la prehistoria.

La arqueología moderna norteamericana fue una de las primeras escuelas que luchó realmente por la conservación y protección de los vestigios arqueológicos de América, ya que por el extenso progreso económico capitalista de varias regiones americanas y el desarrollo en sus modos de producción, es que el patrimonio arqueológico se veía fuertemente amenazado. Cabe aclarar, que solo en los Estados Unidos se contaba con los recursos, tanto técnicos como institucionales, para que una nueva forma de arqueología sea expandida con una fuerza y alcance global, ya sea desde un plano institucional o como nueva potencia científica. Pero, como cualquier teoría revolucionaria, no se manifestó de una forma ordenada, sino más bien dispersa y caótica, con numerosos desacuerdos y discordia entre tendencias (Johnson, 2000, pág. 53).

La arqueología antropológica naciente en Norteamérica buscaba romper con la visión occidental del pasado, para enfocarse en el estudio del “otro”, es decir, en las culturas aborígenes del Nuevo Mundo. Es preciso reflexionar que las ramas y tendencias de la arqueología norteamericana como la difusionista, historicista, ecologista, procesual, etc. nacidas principalmente de la iniciativa occidental y antropológica, comúnmente, son presentadas de forma bien delimitada y ordenada pero, en la práctica, las manifestaciones no se dieron de esa forma, sino más bien, de manera caótica y circunstancial. En sus inicios locales existió una fuerte tendencia hacia las explicaciones

difusionistas, pero luego evolucionaría la perspectiva procesual para reemplazar a la anterior, como expresa la cita siguiente:

Hay otra razón que justifica el lugar que la arqueología moderna ocupa en el mundo actual. La arqueología tradicional solía explicar las cosas en términos de "difusión" de la cultura. En los años últimos algunos estudiosos han comprendido que éste era a veces un punto de vista más bien colonialista para el cual las novedades interesantes se producían únicamente en unos cuantos centros privilegiados. Hoy comprobamos que, para comprender los cambios históricos y sociales, tenemos que conocer los procesos que se producen localmente en la zona estudiada (Renfrew, 1985, pág. 6).

La tendencia difusionista de los Evans suele ser considerada como perteneciente a una etapa histórica cultural tardía, aun así cumple con los elementos y requisitos de una ciencia moderna, técnica y alejada en muchos aspectos de una práctica tradicional. Los Evans no practicaron en nuestro país una arqueología procesual o de un carácter estrictamente antropológico, como se dio con las posteriores expediciones de la Universidad de Illinois o la Universidad de Cambridge en los setenta, o bien, de manera netamente historicista como se acostumbraba en Europa y, en el caso local, con los representantes de la Academia Nacional de Historia. La arqueología de los miembros del Smithsonian fue más bien de un carácter claramente técnico, difusionista, tipológico, evolucionista y ecologista (determinismo ecológico, aplicado estrictamente para el caso de los estudios amazónicos). Se evidencia una constante negociación entre la arqueología local tradicional y una arqueología moderna de fuerza y alcance paradigmático. En el subtema siguiente se definirá, con mayor detalle, la tendencia arqueológica de los arqueólogos del Smithsonian, de la manera en que fue desarrollada en el Ecuador.

2.2.2 Primeras expediciones de los Evans en la Amazonía y en la Costa ecuatoriana.

En 1954, los Dres. Evans llegaron al país por primera vez, invitados por su nuevo colega ecuatoriano, para realizar investigaciones en la región Amazónica y las primeras aproximaciones de las fases Chorrera y Milagro del Litoral. La cultura Chorrera, perteneciente al periodo Formativo Tardío americano, fue descubierta entre los años 1936 y 1940, e investigada a profundidad a inicios de los cincuenta por el Profesor Francisco Huerta Rendón. Él había registrado varios vestigios cerámicos en las haciendas "la Compañía", propiedad del Sr. Fernando Ponce Luque, "la Chorrera",

propiedad del Sr. Juan Agustín Gutiérrez y “el Tejar”, localizadas a orillas del río Babahoyo, en la Provincia de los Ríos (Meggers & Evans, 1955, pág. 311).

Según narra una correspondencia hallada en el Archivo histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio (MCP), emitida entre Jacinto Jijón y Caamaño y Francisco Huerta Rendón. El primero había sido puesto al tanto de los descubrimientos efectuados en el río Babahoyo, hacienda “Buena Esperanza”, por Huerta, quien había regalado varios ejemplares arqueológicos para el museo de Jijón, por lo cual este último había realizado correlaciones difusionistas casi dos décadas antes que los extranjeros del Smithsonian. A continuación, se presenta un extracto de la carta de Jijón y Caamaño dirigida a Huerta:

Pero en el dibujo serpentiforme y complicado como en este, es inconfundible y claramente perteneciente al estilo de Chavín. Tal cual se encuentra en la alfarería de la Costa del Perú (...) No es este el único objeto de estilo Chavín clásico que se conoce del Ecuador. En el museo del Colegio Merchán, rejuntado por los salesianos, en Cuenca, hay uno, que perteneció al de Durán, que fue publicado por Collier y Murra pero cabía la duda de que no fuera ecuatoriano (Caamaño, 1936-1940, pág. 11). -Transcripción del autor-

Jijón, como se ha explicado en el capítulo primero, fue el primer arqueólogo en desarrollar una secuencia cronológica relativa de la prehistoria ecuatoriana. Al parecer relacionó los vestigios facilitados por Huerta para vincular su estilo al Chavín del Perú, correlación difusionista que fue confirmada por Meggers y Evans en 1954, como se verá posteriormente. Estas aproximaciones temporales y estilísticas relativas entre las fases fueron obtenidas por Jijón gracias a los datos estratigráficos y al método comparativo, por lo cual fue posible establecer un lugar dentro de su secuencia desarrollada. La distinción principal con las investigaciones de los Evans, es que ellos contaban con un fechaje exacto de C14 para las culturas del Perú, por lo que pudieron precisar con una mayor exactitud la edad relativa de Chorrera. De este fragmento se extrae dos deducciones y confirmaciones particulares: Primero, que Jijón implantó la base para la cronología relativa posteriormente desarrollada por Estrada, aunque el primero fundamentaba su datación netamente en el método estratigráfico, carente de datación absoluta. Segundo, que tanto los Evans como Jijón extraían sus conclusiones formales y temporales partiendo también de correlaciones difusionistas para poder ubicar las fases dentro de un cuadro cronológico.

Las referencias más significativas de las cuales parten las futuras interpretaciones difusionistas, surgieron de las culturas peruanas o mesoamericanas que eran consideradas como núcleos de difusión cultural. Con los científicos del Smithsonian y gracias a las técnicas de datación absoluta, las culturas ecuatorianas como Chorrera y Valdivia surgen como focos principales de irradiación cultural, no solamente como culturas receptoras. Los primeros complejos culturales pertenecientes a la fase Milagro, que fueron estudiados por Estrada, estuvieron ubicados en los terrenos de la hacienda azucarera del Sr. Edmundo Valdez, Gerente de Ingenio Valdez. Estos hacendados cedieron el permiso para la realización de excavaciones arqueológicas en sus terrenos, que fueron realizadas por los norteamericanos en asociación con los miembros de la red local. Estrada fue su asociado más cercano y los permisos oficiales para los trabajos fueron facilitados por los directivos del Núcleo del Guayas³¹.

Los propósitos primordiales de los Evans en su primera visita al país, fueron los siguientes: 1) Establecer una secuencia cronológica del desarrollo cultural en la Costa ecuatoriana que logre unificar los datos dispersos sobre su prehistoria. 2) Realizar una demostración práctica a los colegas ecuatorianos sobre las técnicas para coleccionar y preservar especímenes arqueológicos. 3) Dedicar su corto tiempo de estancia a excavaciones arqueológicas. Análisis de mayor complejidad serían dejados para posteriores investigaciones, debido al poco tiempo y al arduo trabajo que tenían entre manos, como expresa la siguiente cita:

Habiéndose enterado de que nosotros proyectábamos asistir al XXXI Congreso Internacional de Americanistas, que se celebró en San pablo (Brasil), en el mes de Agosto de 1954, el Sr. Estrada nos invitó a que, al regresar a los E.E.U.U., lo hiciéramos por vía del Ecuador, quedándonos unas seis semanas, en ese país, dedicados a excavaciones arqueológicas en la región Costa (...) Las excavaciones, descritas, brevemente, en este informe, se realizaron del 8 de Septiembre al 17 de Octubre de 1954, y si hemos podido hacer tanto, en tan poco tiempo, lo debemos, enteramente, a la magnífica cooperación, al entusiasmo e interés de todos los ecuatorianos con los que entramos en contacto (Meggers & Evans, 1955, pág. 311).

³¹ El informe referente a las primeras investigaciones de los estadounidenses fue difundido por el Núcleo del Guayas en 1955, bajo el título de: "Informe preliminar sobre las investigaciones Arqueológicas realizadas en la Cuenca del Guayas, Ecuador", traducido del inglés y comentado por Francisco Huerta Rendón (Meggers & Evans, 1955).

Los estadounidenses habían realizado estudios arqueológicos de la Amazonía, al norte del Perú, en 1949. En ese entonces, sus exploraciones estaban enfocadas en las complejidades de la cultura Marajó, ubicada en la ruta del río Napo. Como resultado de estos estudios, concluyeron que el recorrido de origen de esta fase provenía de la zona de Ecuador y Colombia, y su difusión culminaba en el Perú (Porras, 1971, pág. 136). Esta investigación precedente posibilitó definir una secuencia cultural peruana y posteriormente contrastarla con la prehistoria ecuatoriana, para así precisar una temporalidad relativa de las fases Chorrera, Valdivia, entre otras. Durante el desarrollo de estas primeras aproximaciones amazónicas no habían visitado todavía el territorio ecuatoriano.

Sus estudios en el Oriente los llevaron a vincularse con un afamado arqueólogo, especialista en la prehistoria de dicha región, el padre jesuita Pedro Porras Garcés. Este ecuatoriano, que recién se incursionaba en los estudios arqueológicos, al parecer tuvo gran influencia de los esposos Evans en su trayectoria, por lo cual su testimonio es de inmensa utilidad. Porras fue miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador desde marzo de 1971, y perteneció a la “Sociedad de Amigos de la Arqueología” de Quito desde inicios de los sesenta. Esta última, fue una organización académica fundada en la ciudad de Quito, el 12 de diciembre de 1960, que logró unificar a representantes nacionales e internacionales. Entre sus miembros fundadores están Carlos Manuel Larrea, Pedro Porras, Constanza Di Capua, Jorge Salvador Lara, Hernán Crespo Toral, quienes, de igual manera, fueron los responsables de la fundación del Museo del Banco Central y se comprometieron a superar las grandes diferencias ideológicas en beneficio de esta ciencia nacional. Buscaban también recuperar la importancia de la región sierra en el ámbito arqueológico y patrimonial (Salazar, 2015). Porras presenta las investigaciones de los Evans en un boletín de la Academia, que se cita seguidamente:

Los Dres. Evans y Meggers los mismos que en el año 1949 hicieron cuidadosas excavaciones en el delta del Amazonas, especialmente en la isla del Marajó, famosa por su cerámica prehistórica de calidad superior, publicaron una extensa obra titulada: “Investigaciones arqueológicas en la boca del Amazonas”, Washington 1959 (Porras, 1971, pág. 137).

Según este arqueólogo, existían dos tipos de corrientes o escuelas en la arqueología ecuatoriana de los años cincuenta, y esta era la base de los desacuerdos teóricos que tenían un tinte claramente difusionista. Unos eran los llamados partidarios de la teoría

“centrífuga”, es decir, que la difusión o las “corrientes culturales” debían venir de Oeste a Este, desde los Andes septentrionales al Oriente ecuatoriano. Otros arqueólogos seguían la teoría “centrípetas” que era de Este a Oeste, por lo cual la influencia cultural no vendría de los Andes sino de la Amazonía. Los Dres. Evans eran partidarios de la primera, y esto se acentuaría con sus estudios del Litoral y sobre las culturas del Formativo como originarias de las demás repartidas en territorio andino. Porras reconoce su vínculo cercano con los Evans y la influencia de las corrientes arqueológicas norteamericanas en su quehacer, como se presenta en la cita siguiente:

Asesorado por los doctores Evans y Meggers, primero, y en asocio a los mismos, luego he venido realizando prospecciones arqueológicas sistemáticas a lo largo de la Ceja de Montaña. Me resultaron muy útiles los cursos regulares seguidos en la Universidad de Oklahoma, y el tiempo -casi dos años- que tuve la suerte de trabajar bajo la dirección de los estudiosos Dres. Evans y Meggers en el Instituto Smithsonian, en donde bondadosamente me trataron con las consideraciones debidas, no a un alumno, sino a un científico visitante (Porras, 1971, pág. 140).

Su trayectoria en la disciplina arqueológica no iniciaría sino hasta finales de los cincuenta, por lo cual su amistad con los esposos Evans tuvo que haberse desarrollado en la misma época. Los Evans habían explorado la región amazónica hasta finales de los cuarenta, desde la vertiente del río Napo hasta la frontera con el Perú, pero la primera posibilidad de realizar trabajos arqueológicos y excavaciones en dicho complejo no se presentó sino hasta 1956, gracias a la influencia política de su colega ecuatoriano.

En 1954, conocieron al Coronel de las Fuerzas Armadas del Ecuador, Jorge V. Gortoire, quien les brindó valiosa información sobre la región oriental, por lo cual volvió su interés por explorar la Amazonía. Su primera visita no duró más de seis semanas y, posteriormente, realizaron una serie de planes y regresaron nuevamente en Octubre de 1956, para retomar su trabajo de campo. También se contactaron con el Coronel Rafael Andrade Ochoa, en ese entonces, Comandante General de las Fuerzas Aéreas, quien garantizó los permisos correspondientes para volar hacia la base militar de Tiputini, en la provincia de Orellana, cerca del río Yasuní. Estrada les ayudó a ponerse en contacto con las personas indicadas para poder acceder a dichos permisos (Meggers & Evans, 1968, pág. 6).

Los resultados de sus investigaciones fueron publicados por el Instituto Smithsonian en 1968, dos años después de haber culminado todas sus prospecciones y excavaciones

relacionadas a las fases o sitios arqueológicos de Yasuní, Tivacundo, Cotacocha, Napo y Marajó. En esta publicación se exhibe una serie de formas cerámicas, así como se presenta el análisis de la complejidad jerárquica de las fases de la Amazonía. Su teoría, como fue explicado, hablaba de una influencia o ruta de difusión andina sobre las culturas del oriente, postura que sería debatida por arqueólogos posteriores al criticar que los Dres. Evans no consideraban a la región oriental como un entorno que facilite el desarrollo de civilizaciones y asentamientos culturales complejos (De Saulieu & Rampón, 2006, pág. 13). Por esta razón, las investigaciones que abrieron una gama de posibilidades para el difusionismo de los arqueólogos del Smithsonian y la ampliación de su esquema cultural americano, fueron las relacionadas a la región del Litoral.

2.2.3 Investigaciones arqueológicas en la región del Litoral.

En octubre de 1956, los Evans habían regresado al Ecuador para concluir sus investigaciones en el río Napo y también a causa del reciente descubrimiento de la cultura Valdivia por parte de Estrada, como explica un artículo del periódico “El Universo” de Guayaquil, del 18 de marzo de 1957, titulado: “Culturas prehistóricas en Ecuador tuvieron influencia en desarrollo cultural de Perú y Valle de Amazonas antes de llegar Españoles”³² (1957). En este fragmento se confirman sus recientes investigaciones en la Amazonía, las cuales duraron cuatro meses desde su llegada a finales de 1956. Estas fueron desarrolladas en asociación con el “Núcleo del Guayas” de la Casa de la Cultura, así como bajo el financiamiento y colaboración del Museo “Víctor Emilio Estrada”. Esta fue una de las primeras noticias de prensa que hablaban públicamente sobre el descubrimiento de Valdivia y la cultura Chorrera, aunque en ésta época todavía no se medía la antigüedad exacta de dichos complejos arqueológicos por medio de la técnica del C14. Únicamente, se habían efectuado aproximaciones especulativas, cómo expresa la cita siguiente:

El Smithsonian Institution anunció hoy que descubrimientos arqueológicos hechos recientemente en el Ecuador revelan que las culturas prehistóricas de ese país tuvieron amplia influencia en el desenvolvimiento cultural del Perú y el Valle del Amazonas (...) Los trabajos estuvieron a cargo de Clifford Evans, síndico asociado de la división de arqueología del Museo Nacional de E.E.U.U.; Betty Meggers, investigadora del Smithsonian y Emilio Estrada, Director del Museo Víctor Emilio Estrada de Guayaquil (...) Dice también las investigaciones dejaron de manifiesto dos culturas cuyas características tienen estrechas

³² Véase: Anexo 11.

similitudes con las primeras culturas de México y Perú. “Esta ha sido llamada cultura Valdivia” dice el informe (...) Otra cultura anterior pero con características diferentes ha sido llamada cultura Chorrera (...) “Como en la cultura Valdivia, la cerámica ecuatoriana se parece más a la expresión mexicana que a la peruana (...) indicando en este caso que el movimiento fue de norte a sur. Esta cultura data de mil quinientos años antes de Cristo” (Culturas prehistóricas en Ecuador, 1957, pág. 3).

Meses después, los miembros del equipo del Museo Víctor E. Estrada, procedieron a explorar otros asentamientos arqueológicos de la cuenca del río Guayas, lo cual les llevaría a la definición y difusión de la cultura denominada por Estrada Milagro-Quevedo (500 a.C. a 1500 d.C.), en 1957, la cual fue estudiada desde inicios de los cincuenta (Estrada, 1957, pág. 232). De igual forma, se efectuaría el descubrimiento de la cultura Machalilla, en 1958, que junto a las principales culturas como Valdivia y Chorrera, completarían el cuadro del Periodo Formativo ecuatoriano (Falconí, 1990, pág. 89).

Los últimos escritos de Emilio Estrada -bajo el nombre de la editorial del Museo de su propiedad- fueron publicados por familiares cercanos después de su fallecimiento, dado en 1961. Estas publicaciones finales muestran la sistematización última del esquema cultural precolombino, sus secuencias temporales, localizaciones geográficas, así como también las dataciones absolutas correspondientes a cada periodo y complejo descubierto hasta ese momento. Independientemente de las obras difundidas bajo el nombre del Smithsonian, estas son consideradas las primeras publicaciones de arqueología moderna ecuatoriana por varias razones. Entre ellas: 1) La puesta en práctica de las innovaciones técnicas para medir con una gran precisión la antigüedad de los vestigios. 2) La aplicación de una cronología absoluta y relativa de los asentamientos de la Costa. 3) La excavación por cortes estratigráficos. 4) La seriación cuantitativa de los tipos cerámicos, según el método de James Ford para el desarrollo de un esquema histórico cultural. 5) Y la reconstrucción interpretativo-comparativa de las formas cerámicas para su estudio y conservación.

Todos estos avances técnico-metodológicos eran practicados en los museos e instituciones vinculados a la red. Se trata de laboratorios especializados en el análisis, conservación y restauración de vestigios. Entre algunos espacios de renombre internacional, dedicados al análisis técnico y estadístico de vestigios, se incluyen el Laboratorio de la Universidad de Michigan, el Laboratorio de Baja Frecuencia

Radioactiva del Instituto Smithsonian para la datación temporal, y el Laboratorio Geológico de los Estados Unidos de América, además de algunas universidades y museos. En el contexto local, estaban el Museo Víctor Emilio Estrada, que fue uno de los laboratorios primordiales para el análisis comparativo y formal de vestigios arqueológicos, y el Museo de Orfebrería Precolombina del Núcleo del Guayas, creado en 1957. Estos espacios, diversificados según su labor, facilitaron la periodificación y clasificación de las culturas locales, como explica la siguiente cita:

A pedido de Emilio Estrada vuelven al Ecuador para efectuar investigaciones en varios sitios de la Costa, entre los que Valdivia ocupará un lugar privilegiado. Los trabajos realizados con Estrada aclararán la secuencia de una larga serie de ocupaciones en el litoral y darán lugar al surgimiento de una cronología basada en fechamientos de carbono 14 para todo el país. Estrada había propuesto que se aplique el marco general de la periodificación americana formulada por James Ford y luego depurada por Willey y Philips (1958) y con ello se arma el esquema del enfoque histórico cultural que Meggers definirá, más claramente en su libro “Ecuador”, para el estudio del proceso evolutivo de la arqueología nacional (Valdez, 2010, pág. 10).

El esquema cultural desarrollado por el grupo de Estrada fue conformado en una secuencia cronológica, desarrollada desde una percepción evolutiva -muy similar al esquema historicista- partiendo desde la cultura más antigua hasta la más tardía (Marín & del Pino, 2005, pág. 37). Inicia con la cultura Valdivia de la Costa central (3000 a 2500 a.C. aprox.), seguida por la cerámica de alto nivel de la fase Machalilla (1800 a.C. a 1000 a.C.) en Manabí, Los Ríos y Guayas. Luego Chorrera (1500 a.C. a 500 a.C.), al sur de la región Sierra, que junto a la fase Guangala, de la misma locación, conformarían un periodo de transición hacia la Era Cristiana (500 a.C. a 500 d. C.). Lo que daría lugar al desarrollo de las fases Bahía, Jama- Coaque, Esmeraldas y Cojimíes, que entraron en contacto con los primeros conquistadores españoles. Al sur de Bahía de Caráquez, en la isla Puná, se definió a la cultura denominada como Manteña, caracterizada por el uso de la piedra en esculturas y edificaciones. Y la última civilización prehistórica de la Costa, fue llamada Milagro-Quevedo (500 d.C. a 1500 d.C.), esta fue la que llevó a Estrada a relacionarse con los arqueólogos de la red en 1953 (Falconí, 1990, pág. 137).

No se realiza esta revisión para sobresalir los aportes de este grupo de científicos, sino para resaltar el esquema cultural y la cronología absoluta propuesta, partiendo de los

recursos de un difusionismo científico moderno. Continuando, ahora con el tema de las instituciones que formaron parte de la red arqueológica local, otra entidad cultural, estatal en este caso, iba fortaleciéndose con la influencia de las expediciones e innovaciones científicas, también nació para generar un espacio de sociabilidad y legitimidad para el círculo de arqueólogos ecuatorianos. Se trata de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, principalmente en relación a su Núcleo en la Provincia del Guayas. A diferencia de los núcleos existentes en otras provincias, este estaba particularmente dedicado al estudio científico de la arqueología e historia ecuatoriana, debido al claro auge de descubrimientos arqueológicos provenientes del Litoral.

2.3 La sociedad del Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

El Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, establecido en la ciudad de Guayaquil, fue creado en 1945, un año después de la fundación de su centro principal en la capital (Vargas, 1953: 80). Lo que hizo de este núcleo un importante espacio para la creación de vínculos científicos y la legitimación de prácticas, fue la participación de expertos nacionales y extranjeros de vasto reconocimiento en las áreas sociales. Su lucha por hacer de la arqueología una ciencia madura se manifestó en su victorioso intento de crear y expandir una sólida comunidad de especialistas e intelectuales, que luchaban por descubrir las verdaderas raíces culturales del país. Gracias a su legado se consiguió la creación y ejercicio de leyes de protección y conservación del patrimonio arqueológico, prácticamente inexistentes en épocas anteriores³³.

Las fuentes históricas primarias que han sido utilizadas para el estudio de esta organización cultural son los ya mencionados “Cuadernos de Historia y Arqueología”, publicación periódica del núcleo, iniciada en 1951. Las investigaciones anteriores a esta fecha se destruyeron a causa de un incendio sucedido la noche del 27 de abril del mismo año. En ese entonces, el local del Núcleo funcionaba en la calle Pichincha de la ciudad de Guayaquil. Estos libros fueron reimpresos en los Talleres Gráficos del Núcleo en 1971. En el primer número de la serie de publicaciones se puede evidenciar la lista de

³³ Se había logrado ciertas reformas legales para la protección de bienes patrimoniales a inicios de siglo gracias a la labor de los miembros de la Academia Nacional de Historia, quienes fueron los primeros en luchar por una arqueología reconocida por el Estado ecuatoriano. El 13 de octubre de 1916, se promueve desde la academia una ley que prohibía la salida del país de las “reliquias históricas”, que también incluían a los objetos de la época colonial, todos los cuales estaban destinados a los museos (Bedoya, 2008, pág. 17).

miembros activos, los fundadores y aquellos que abandonaban la sociedad (De vuelta en el camino, 1951).

Otra de las fuentes que brindaron mayor información sobre la fundación de esta organización, fueron los datos biográficos del historiador Rodolfo Pérez Pimentel, miembro del núcleo desde inicios de los setenta, por lo cual es una fuente de primera mano sobre la conformación de dicha sociedad científica (Estrada Y., 1975). A lo largo del periodo histórico analizado, fueron miembros activos varios académicos de renombre, como Carlos Zevallos Menéndez, Francisco Huerta Rendón, Olaf Holm, Emilio Estrada Ycaza, Carlos Manuel Larrea, Presley Norton, María L. Castro Tola, Pedro R. Chambers, Julio Estrada Ycaza, Jorge Marcos Pino, el Dr. Jorge Villacrés Moscoso, entre otros historiadores, politólogos y arqueólogos (Pérez , 1987, pág. 375).

Algunos de los primeros miembros fundadores de dicha institución, fueron el Dr. Pedro José Huerta, en ese entonces profesor del Colegio Vicente Rocafuerte, su sobrino, el Sr. Francisco Huerta Rendón, el Dr. Abel Romero Castillo, el Mons. Silvio Luis Haro, el Sr. Rafael E. Silva, el Lic. Julio Pimentel Carbo y el Sr. Jorge Pérez Concha. Su primer director y presidente designado fue el Profesor Carlos Zevallos Menéndez (Núcleo del Guayas, 1951). La creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, como entidad estatal, fue una iniciativa impulsada por el célebre Dr. Benjamín Carrión para la protección de patrimonio histórico, arqueológico y cultural. Fue establecida durante el gobierno de José María Velasco Ibarra por el Decreto Ley 707, el 9 de agosto de 1944 (Vargas, 1953: 82). Vinculados a esta institución estaban la Biblioteca, Museo y Archivo Nacionales, también se desarrollaron editoriales para la difusión de libros y revistas sobre investigaciones de ciencia y arte. El objetivo inicial de la Casa de la Cultura fue la implantación de la primera Ley de protección, conservación y restauración de Patrimonio Artístico Nacional, que fue puesta en vigencia el 10 de agosto de 1944 (Holm, 1957, pág. 242).

Dentro de esta categoría patrimonial reglamentaria se encontraban los objetos arqueológicos, las ruinas, los templos, edificios prehispánicos y coloniales. Junto a dicha reforma legislativa vino la tarea estatal de formar museos arqueológicos, que estarían resguardados por profesionales especializados. Como área responsable de este cargo estaba la sección de “Historia y Geografía”, que servía como mediadora en la adquisición de colecciones, las cuales eran adicionadas a la reserva de la institución. La

Casa de la Cultura expidió, el 9 de agosto de 1945, el acuerdo para la creación y funcionamiento de los núcleos en cada provincia principal del Ecuador, como manifestaba el “Decreto 11” de su reglamento interno: “Los Núcleos Provinciales ejercerán, con Relación a la Ley de Patrimonio Artístico Nacional, todas las funciones que determine el Reglamento especial de esa Ley” (Vargas, 1953, pág. 84).

Los núcleos implantados en Guayas y Azuay se ocuparon principalmente de incrementar la reserva del Museo Municipal de Guayaquil, que en gran parte era de carácter arqueológico y estaba bajo la dirección de Carlos Zevallos Menéndez. Según Carlos Manuel Larrea, representativo de la sede central en Quito: “Los Núcleos Provinciales de la Casa de la Cultura deberían ser agentes de propaganda y delegados para reunir materiales para los museos, documentos para los archivos y materiales de todo género, útiles para los fines del instituto” (Larrea C. , 1971, pág. 14). La fundación y correcto funcionamiento del Núcleo del Guayas fue compromiso inicial de dos guayaquileños que, de manera precoz, se formaron en la disciplina arqueológica ecuatoriana, estos fueron Zevallos Menéndez y Huerta Rendón. En el siguiente punto, se hablará sobre el papel de estos investigadores y su vinculación científica con Emilio Estrada Ycaza.

2.3.1 Carlos Zevallos Menéndez y el “Grupo de Guayaquil”.

Nacidos a finales de 1910, los contemporáneos Huerta y Zevallos fueron compañeros desde su juventud en la secundaria del Colegio “Vicente Rocafuerte” de Guayaquil. Mantuvieron una cercana amistad, así como también compartieron su afición por la prehistoria. Fueron educados como intelectuales inspirados por las lecturas sobre historia y arqueología que se hallaban en los boletines periódicos de la “Sociedad de Estudios Históricos Americanos”. En una época en la cual la arqueología internacional y del Viejo Mundo sobrepasaba la importancia de una americana, estos jóvenes deciden incursionarse en dicha disciplina (Rivadeneira B., 2013, pág. 34), pues una de las motivaciones más representativas de la arqueología nacional a lo largo del siglo XX, fue dar a conocer y reconstruir la mundialmente abandonada memoria arqueológica e histórica del Ecuador. Este ideal surgió en los intelectuales guayaquileños a causa del desarrollo de una sociedad progresista que fundamentaba su modernización social y cultural en el descubrimiento de su pasado y origen nacional.

El historiador Pedro José Huerta fue profesor de ambos en el colegio Rocafuerte, quien influyó de manera significativa en los comienzos arqueológicos de dichos jóvenes. Luego de sus estudios secundarios se vincularon a la Escuela de Bellas Artes y se apasionaron por lo que, en ese entonces, se conocía como “Arte prehistórico”. Especialmente Zevallos, quien realizaba exposiciones y creaciones artísticas basadas en la cerámica precolombina. La habilidad de este último por la estética aborígen fue bien reconocida, por lo cual, ganó la posibilidad de una beca para efectuar sus estudios en el extranjero. Por los años treinta, Zevallos había estudiado la orfebrería de la Cuenca del río Guayas, que luego sería definida por Estrada como perteneciente a la cultura Milagro-Quevedo. Durante esta época, realizó sus excavaciones más trascendentes vinculadas al sitio Cerro-Narrío (2000 a.C. a 500 d.C.), en el Cañar; un importante centro comercial de ubicación estratégica que conectaba Costa-Sierra-Amazonía. En él se encontraron algunos de los vestigios de metalurgia precolombina, posteriormente definidos como unos de los más antiguos de América, pertenecientes al Formativo de la Sierra, que databan mediante el C14, del 1978 a.C. También inició sus estudios sobre la cultura Huancavilca en la Isla Puná, y en 1942 fundó el Museo de Arqueología del Colegio Rocafuerte, en el cual fue también profesor (Pérez , 1987, pág. 375).

En 1943, viajó becado a los Estados Unidos, ciudad de Albuquerque, Nuevo México. Estudió en su universidad y se especializó en un curso de Arqueología y Museología, para posteriormente poder ejercer su cargo como primer Director del Núcleo del Guayas, mientras ocupó el mismo cargo en el Museo Nacional de Guayaquil. Más que director, fue el principal fundador del núcleo, inclusive participó y estuvo presente en la construcción de su primer edificio (Swett, 2008, pág. 16). A pesar del inmenso aporte de este arqueólogo, él reconocía sus limitaciones al tratar de especular sobre la antigüedad de los objetos precolombinos, pues no existían aún las técnicas para obtener datación absoluta. Por eso, Zevallos limitaba su labor a la excavación, estudio y clasificación de vestigios, basándose en su ubicación geográfica, rasgos materiales y su relación con la historia. Su quehacer arqueológico estuvo presente en sus muestras museográficas y en las colecciones que resguardaba, así como en sus excavaciones y trabajo de campo (Pérez , 1987, pág. 377).

Desde el inicio de su vida profesional siempre estuvo involucrado a una labor museística. Aplicaba elementos de su familiaridad con el arte aborígen, pues él tuvo importante reconocimiento como experto en plasmar en dibujos las formas y estilos de

la prehistoria, mostrando la habilidad de un verdadero artista para generar símbolos de un imaginario prehistórico que logren fortalecer la identidad nacional, como explica la cita siguiente:

En 1931, dentro de la primera exposición de la Sociedad Promotora de Bellas Artes "Alere Flammam", el arqueólogo guayaquileño Carlos Zevallos Menéndez exhibió unos dibujos en tinta china, con estilizaciones geométricas y motivos zoomorfos -inspirados en objetos que encontró en la isla Puna-, los que fueron presentados al público bajo el nombre genérico de "arte decorativo puna" (...) El interés arqueológico se reviste aquí de la necesidad de buscar símbolos regionales de afirmación identitaria, empresa que encarna los impulsos de una academia de arqueólogos con sede en la Costa (el "grupo de Guayaquil"), que está escribiendo una genealogía colectiva, cuyos orígenes se remontan a las culturas preincásicas costeras. Según Silvia Álvarez, se fomenta "el orgullo regional que exalta lo prehispánico como "cuna de la identidad nacional" (la cultura Chorrera como leyenda oficializada de foco fundacional de la que sería capital de la Audiencia del país (el mito de Quitumbe) o como prestigio de resistencia "frente a la invasión extranjera" incaica" (Álvarez, Bedoya, & Hidalgo, 2004, pág. 47).

Sus investigaciones arqueológicas y trabajo de campo estuvieron, comúnmente, ligados a dicha tradición académica y a la influencia política de sus cargos públicos. No siempre gozaría de un pleno reconocimiento social, pues existieron ocasiones en las cuales fue tildado de "dictador", al no haber cedido su puesto de autoridad durante varias décadas. Estos conflictos sociales se manifestaron a inicios de los sesenta, durante el gobierno de Carlos Julio Arosemena, época en la cual la Casa de la Cultura y el Núcleo del Guayas habían sufrido fuertes protestas populares, que alegaban que era una institución al servicio de la oligarquía (Grupo de estudiantes se posesionó del edificio de la Casa de la Cultura, 1961, pág. 7).

La disciplina histórica y arqueológica, que consistían en prioridades culturales de la nación, eran usualmente prácticas exclusivas de una aristocracia local y el oficio secundario de varias personalidades de importancia social, conocidos actualmente como "arqueólogos de fin de semana". El caso de Emilio Estrada es uno de los ejemplos más significativos de una producción cultural y científica absorbida por la elite local. La inserción de las clases altas ilustradas en la afición por la prehistoria, trajo como consecuencia la falta de interés estatal sobre otras manifestaciones culturales, forjadoras de identidad, que fuesen de un carácter más popular. No cabe duda que una de las actividades más representativas de la vida de Zevallos fue la arqueología, en la cual

invirtió recursos profesionales, sociales y hasta institucionales, traduciendo intereses estatales con personales. Por más de treinta años, los planes y proyectos del “grupo de Guayaquil” de la CCE, giraron en torno a dichas disciplinas sociales y del pasado nacional. Esta realidad quedaba impregnada en las publicaciones, boletines y revistas de la institución que daban una prioridad a estas ciencias, y en la inclusión del total de los miembros activos, quienes en su mayoría eran historiadores, arqueólogos y politólogos; extranjeros y nacionales (Estrada Y., 1975).

Estos factores muestran a un núcleo cultural que monopolizaba los fundamentos de una cultura nacional moderna, partiendo de los aportes de un grupo menor de practicantes. La cultura en su concepto tradicional, y el nacionalismo derivado, siempre han sido vinculados a la civilidad y modernización de las clases más doctas e ilustradas³⁴. La mayor parte de los arqueólogos que conformaron la red científica pasaron a ser miembros de esta institución, puesto que fue un filtro administrativo y político necesario para la práctica y trabajo de campo. Se cuestiona, desde la época de mediados de siglo, por parte de sus más fervientes opositores, que Estrada, Meggers y Evans aprovecharon su ventaja al contar con varias técnicas desconocidas en el Ecuador, por lo cual fueron los “descubridores” oficiales de varias culturas que, de cierta manera, ya habían sido antes estudiadas por otros arqueólogos aficionados o coleccionistas, pero que no sabían, con exactitud, el valor real de los objetos. Sin los recursos norteamericanos y la tecnología desarrollada por esta potencia científica, no habrían podido ser descubiertas las culturas formativas más antiguas de suelo ecuatoriano (Gartelmann, 1985, pág. 14).

Con el paso del tiempo, y a causa de la influencia del conjunto de expediciones extranjeras, el discurso científico de Zevallos logró adaptarse a los nuevos parámetros científicos de la época. Consiguió perfeccionar una retórica de un carácter más técnico y una metodología de tendencia más procesual y social. Aunque no tuvo una realidad tan privilegiada como la de Emilio Estrada, fue reconocido por su extensa experiencia técnica, académica, práctica y metodológica, sumada a su trayectoria política y administrativa. Su tendencia y formación profesional fue verdaderamente distinta a la de Estrada, puesto que éste último fue un aficionado sin formación académica que evolucionó desde una influencia norteamericana, hasta ganarse su título de científico y reconocimiento social como tal.

³⁴ Véase: pág. 54

Fuera de los límites establecidos por una arqueología moderna naciente, Zevallos había sido el descubridor de varias culturas locales y su trayectoria en la disciplina arqueológica fue realmente amplia, a diferencia de su colega Huerta Rendón, quien tuvo una vida académica de circunstancias más limitadas.

2.3.1.1 Francisco Huerta Rendón y Olaf Holm: Su relación con el debate transpacífico.

Huerta Rendón fue el descubridor de culturas como Chorrera y Bahía, y cumplió un papel esencial en el proceso de elaboración de la teoría transpacífica y en la expansión de la escuela difusionista científica en el país. A finales de los años veinte, viajó para instalarse en la ciudad de Quito. Este sobresalió profesionalmente por sus habilidades de escritor y poeta, pues desde joven participó con publicaciones de la Revista del Colegio Vicente Rocafuerte.

A diferencia de Zevallos, Huerta no pudo viajar al exterior para perfeccionar sus estudios, por lo cual le fue difícil especializarse en la disciplina arqueológica. En su lugar, se vinculó al mundo artístico, relacionándose con gente de la Academia de Bellas Artes. Sin embargo, su interés por la arqueología y la prehistoria, al ser motivado por su tío historiador, no se extinguía. A inicios de los treinta, realizó excavaciones en la provincia de Manabí y las cercanías de las localidades de Bahía y Manta. Se concentró en excavar los yacimientos arqueológicos de la Costa que fueron, tradicionalmente, considerados como pertenecientes a asentamientos humanos precarios y aislados, sin construcciones monumentales ni objetos de alto valor material (Pérez , 1987, pág. 183). Una vez más surge la motivación de dar a conocer una prehistoria ciertamente ignorada por la ciencia global. A finales de la misma década, se enfoca en el estudio de los restos de la cultura Chorrera, apoyado por especialistas locales como Jijón y Caamaño (Caamaño, 1936-1940) Además de haberse dedicado al oficio de escritor y periodista en los medios de comunicación locales, durante los cuarenta, según narra Pimentel, surge el producto de sus investigaciones efectuadas en Manabí con el trabajo "Una civilización precolombina en Bahía de Caráquez" (Huerta, 1940). En 1945, se une al Núcleo del Guayas, y desde 1950 se vinculó como redactor al diario "La Nación" donde realizó una extraordinaria labor de difusión cultural. En sus días finales, Huerta había dejado de existir a causa de un infarto, el 15 de noviembre de 1970 (Pérez , 1987, pág. 184).

Es necesario hacer una reflexión sobre las distintas trayectorias científicas que tuvieron los arqueólogos de la red local para entender las probables causas sociales de los conflictos teóricos producidos durante la controversia. Las carreras profesionales de Zevallos y de Huerta (principalmente del primero), surgieron partiendo de un interés artístico y estético sobre la arqueología. Esta perspectiva fue desarrollada por su relación con las Bellas Artes y la museología. Su trabajo arqueológico partió de un interés institucional, público y estatal, por lo cual, ellos fueron ciertamente gestores patrimoniales dedicados a la conservación de la herencia aborigen para la recuperación de la identidad nacional. En contraste, la trayectoria de Estrada fue informal, privada e independiente, se concentraba más en el desarrollo de un trabajo autónomo y autodidacta, guiado por el modelo de sus asociados estadounidenses. Estos caminos profesionales opuestos y contrastantes fueron leves al inicio, pero con el tiempo se intensificarían para llevarlos a adoptar tendencias opuestas y propuestas teóricas contrarias.

Otro arqueólogo, miembro fundador del Núcleo del Guayas, quien tuvo amplia participación en el debate difusionista, fue el danés nacionalizado, Olaf Holm, quien tuvo una extensa relación con Estrada y los Evans, así como con sus colegas de la Casa de la Cultura. Participó en las investigaciones sobre Valdivia efectuadas por el núcleo, en las que Holm y Zevallos Menéndez habían descubierto el sitio del complejo San Pablo en 1948. Sin embargo, quien supo dar a conocer internacionalmente a esta cultura fue Emilio Estrada y sus colegas del Smithsonian. Existe un importante debate en la época de su revelación sobre quién “descubrió” realmente la fase Valdivia de la Costa (Cordero, 2007: 169), competencia que pudo haber motivado la controversia estudiada.

Olaf Holm Holm nació en Dinamarca, en la ciudad de Aarhus, en febrero de 1915. Viajó al Ecuador como cónsul agregado de su país mientras se desataba la Segunda Guerra Mundial, manifestando una posición neutral para afianzar las relaciones económicas y comerciales entre Europa y Ecuador. Llegó a Guayaquil el 11 de enero de 1940, y a partir de entonces se dedicó a aportar sus conocimientos sobre marítima y fabricación de barcos, que sirvieron durante la época de los conflictos con el Perú y la firma del Protocolo de Río de Janeiro. Su interés por la arqueología y la prehistoria local surgió cuando fue recibido como miembro del Núcleo del Guayas en 1953. En 1961, se asoció a la Academia Nacional de Historia y en 1964 a la Sociedad de Amigos de la Arqueología. A pesar de no haber sido arqueólogo de profesión, su obra ha sido

siempre bien reconocida por el círculo local de especialistas, especialmente la que gira en torno a su labor patrimonial y museística (Cordero, 2007, pág. 62).

Su amistad con Estrada lo llevó al compromiso de completar y perfeccionar la periodización cultural que el primero dejó como legado luego de su fallecimiento. Estrada era cuestionado por el danés al ser demasiado apresurado en sus conclusiones. Afirmaba que su colega, descubridor de la cultura Valdivia, intentaba dejar para los futuros investigadores la obtención de datos más precisos dentro del marco arqueológico ecuatoriano. Holm mantendría una posición neutral sobre los contactos transpacíficos de las culturas de la Costa con el Asia, como el caso de Valdivia y Bahía. Parece ser que debido a sus amplios conocimientos marítimos y a su extensa relación con los difusionistas, el danés acabó aceptando la posibilidad de un contacto transpacífico a finales de siglo XX, aunque su postura no fue expresada de forma pública, sino en mensajes internos que intercambió personalmente con Betty Meggers (Cordero, 2007, pág. 160).

Los actores pertenecientes a la red que estaba en proceso de formación, los cuales han sido introducidos en este trabajo, asistieron en 1957 a un congreso sobre arqueología efectuado en Guayaquil para discutir la situación general y parámetros de la disciplina ecuatoriana. Durante el evento, se presentaron por vez primera los nuevos avances revolucionarios que serán profundizados en el siguiente capítulo, entre los cuales estaba el desarrollo técnico y metodológico, la introducción de una cronología relativa de la Cuenca del Guayas, entre varias investigaciones difusionistas de la época. Este acontecimiento social fue la “Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana”, en la que se logró implementar los acuerdos teóricos y técnicos para la evolución e innovación de la disciplina local en la transición hacia una arqueología moderna y de un carácter, evidentemente, difusionista.

2.3.2 La Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana

En febrero de 1957, se efectuó en Guayaquil este primer coloquio internacional de arqueología por iniciativa del Presidente del Núcleo del Guayas, Dr. Carlos Zevallos Menéndez, al cual asistieron los miembros y asociados del museo Víctor E. Estrada, entre otros invitados de importancia para la disciplina³⁵. La revista “Cuadernos de

³⁵ Véase: Anexo 1.

Historia y Arqueología” publicó una reseña de este histórico acontecimiento, en diciembre del mismo año, escrita por Olaf Holm (Holm, 1957). La trascendental importancia de este evento radica en ser la ocasión en la que arqueólogos de varias instituciones, locales y extranjeras, sentaron acuerdos teóricos y metodológicos para el desarrollo y legitimación de una arqueología moderna en el país (Gartelmann, 1985, pág. 14). Durante este evento, fueron presentadas las investigaciones de cada grupo en relación a la prehistoria andina.

Simultáneamente, se había realizado por parte del núcleo y de Zevallos, la fundación del “Museo de Orfebrería Prehispánica”³⁶, en julio de 1957, el cual posteriormente sería conocido popularmente como el “Museo de Oro” de Guayaquil. Carlos Manuel Larrea, en un artículo de prensa del mismo mes, elogia la creación de dicho museo como una obra de “verdadero patriotismo y de impulso a la ciencia arqueológica”, y un hecho que posicionó a la arqueología ecuatoriana como una de las manifestaciones más importantes del pasado americano (Larrea C. , 1957, pág. 6). Claramente, Larrea expresa un nacionalismo de la época que se filtraba en el discurso de esta ciencia joven. En estas fechas, Estrada fue admitido como miembro oficial del Núcleo del Guayas hasta el día de su fallecimiento.

En una publicación del Núcleo, de 1956, se dio a conocer un informe sobre el reciente descubrimiento de la fase Valdivia, considerando este hecho como un aporte de enorme trascendencia para la ciencia ecuatoriana. Tal noticia traería como consecuencia la urgente necesidad de una reunión científica en el siguiente año, por lo cual surgió el proyecto de mesa redonda. No se podría hablar del desarrollo de dicho coloquio internacional sin hacer referencia a la importancia del descubrimiento de Estrada, a pesar de que todavía no se definían las fechas exactas de la antigüedad de Valdivia (Holm, 1957, pág. 230). Fue un hallazgo revolucionario, que revivió debates difusionistas de épocas pasadas sobre los contactos con Mesoamérica y el Perú, inspirados en los planteamientos e investigaciones realizados desde 1954 por los Evans. Durante el evento salieron a luz varias hipótesis sobre las rutas de esparcimiento cultural que unificaban a varios países americanos y sus asentamientos formativos, en base a las similitudes tipológicas en los elementos culturales de norte y sur, tomando a

³⁶ Véase: Anexo 10.

la reciente Valdivia como ruta intermedia. Por esta razón, la temática difusionista fue preponderante en las discusiones presentadas durante el referido coloquio.

Los miembros que asistieron y expusieron sus investigaciones sobre arqueología ecuatoriana fueron Emilio Estrada Ycaza y los representantes del Instituto Smithsonian, Betty J. Meggers y su esposo Clifford Evans. También los acompañaron, en esta ocasión, otros expertos de Washington que visitaban el país, el Dr. Mathew W. Sterling y su esposa Marlon Sterling, quienes compartieron y promocionaron sus investigaciones sobre la aplicación de las técnicas de datación innovadoras, adaptadas al estudio de contactos con Mesoamérica. Antes de venir al Ecuador, los Evans asistieron al XXXII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Sao Paulo-Brasil en 1954, en el cual expusieron sus investigaciones sobre la Amazonía, las cuales también fueron exhibidas y compartidas en Guayaquil (Echeverría, 1996, pág. 7).

Otro miembro invitado, de esencial participación, fue el Dr. Pedro Armillas, delegado de la UNESCO ante el gobierno ecuatoriano, quien fue encargado para las tareas de restauración de monumentos arqueológicos, así como para establecer estudios culturales comparativos en América y visitar los varios museos locales, especialmente del Litoral. Armillas se vinculó a la Casa de la Cultura para el desarrollo de una conferencia efectuada unos meses antes sobre “La presencia de similitudes entre las culturas antiguas de México y de la Costa del Ecuador”, introduciendo la problemática difusionista sobre contactos mesoamericanos, como una de las principales inquietudes de la UNESCO durante aquella época. Armillas también opinó sobre las técnicas modernas que habían innovado la investigación arqueológica ecuatoriana, aunque todavía no se generalizaba el uso del C14, como explica la cita siguiente:

El señor Pedro Armillas dijo que en Ecuador, los arqueólogos empleaban técnicas modernas de excavación, campo y gabinete, que les ha permitido esclarecer, en parte, la época prehistórica ecuatoriana, siendo ella una de las más adelantadas de América (Visita del delegado de UNESCO, 1957).

La participación de un representante de la UNESCO³⁷ fue esencial para determinar el nivel arqueológico del país a finales de los cincuenta, según las exigencias y normas de la ciencia global. Un informe escrito por Hernán Crespo Toral, designado, en 1960, técnico museólogo, responsable de la conformación del Museo del Banco Central del

³⁷ Véase: Anexo 9.

Ecuador (Chiriboga, 1966, pág. 1), dirigido al Gerente general, Guillermo Pérez Chiriboga, habla sobre la experiencia del tan importante representante internacional:

Recordará, que el experto Pedro Armillas, Técnico de la Unesco en la rama de Museos y Monumentos, estuvo aquí en el año de 1958 (*1957). Su labor fue la de despertar la conciencia del país, sobre la conservación del patrimonio cultural, que iba desapareciendo apresuradamente por la desidia de los gobernantes, por la incapacidad de los organismos encargados de preservarlo, y por la famélica y rapaz acción de los comerciantes, sean estos los llamados anticuarios o los simples “huaqueros” que vendían sus hallazgos al mejor postor, que generalmente resultaba ser un extranjero (Torral, 1965, pág. 1).

Se contó también con la presencia y participación activa de algunos de los miembros fundadores del Núcleo del Guayas, como Zevallos Menéndez, Huerta Rendón, quien ese entonces cumplía las funciones de Director de la Sección de Ciencias Históricas y Geográficas, y Olaf Holm, Director de los “Cuadernos de Historia y Arqueología”. La primera sesión de conferencias fue celebrada en la “Sala de Reuniones” de las instalaciones del núcleo.

2.3.2.1 Las ponencias presentadas durante el coloquio

El Dr. Pedro Armillas presentó una exposición detallada de sus estudios sobre la ergología y ecología de Mesoamérica. Realizó comparaciones de esta zona con los hallazgos más tempranos del Litoral peruano. Fue un trabajo enfocado en los movimientos migratorios de Norte a Sur que posiblemente tuvieron que pasar por la ruta del Ecuador³⁸ -como señal de esa influencia están casos como el de Valdivia y Chorrera-. El complicado factor climático peruano había hecho insostenible el desarrollo de análisis ecológicos debido al deterioro del material, obstruyendo así el estudio de los modos de subsistencia y otros factores socioeconómicos³⁹ de las culturas formativas.

El tema principal del coloquio, el cual logró unificar las opiniones, teoría e hipótesis de los investigadores, fue sobre los contactos y migraciones difusionistas entre las culturas

³⁸ La teoría surgió con el descubrimiento de Valdivia y Chorrera, en base a la similitud con el formativo peruano y mesoamericano, sobre una ruta de difusión cultural desde el norte. Esto significaba la existencia de un contacto entre culturas separadas por extensas distancias, propuesta también desarrollada por los arqueólogos del Smithsonian, y al parecer por el delegado de la UNESCO.

³⁹ Claramente el Dr. Armillas presenta los recursos de una arqueología que tiende hacia el estudio de procesos culturales y al desarrollo de una perspectiva ecológica. Sin embargo, la metodología no está del todo perfeccionada por lo cual se opta por las interpretaciones difusionistas.

andinas con las mesoamericanas. Dentro de esta categoría del debate fue expuesta la propuesta del arqueólogo del Smithsonian, Clifford Evans, que hablaba sobre un contacto Chorrera-Perú, cuyos argumentos estaban fundamentados en las claras similitudes existentes en las formas y estilos cerámicos. Conjuntamente, su esposa, Betty Meggers, compartió el resultado de sus estudios efectuados en la Amazonía sobre la cultura Marajó y Napo. En base a sus resultados, Meggers demostraba la existencia de una ruta de difusión que provenía desde el noroeste de Sudamérica (Colombia), hacia el Ecuador y que luego llegaba hasta el norte peruano por vía fluvial (Meggers, 1957, pág. 241). Se presenta un caso de difusionismo vinculado a la región Amazónica, aunque, usualmente, los problemas relacionados a este entorno eran tratados desde el enfoque del “determinismo ambiental”, en el cual el medioambiente determina el desarrollo de las sociedades humanas.

Los Dres. Mathew y Marlon Sterling desarrollaron una propuesta técnico-metodológica, verdaderamente revolucionaria para la práctica ecuatoriana. Ellos esbozaron que las hipótesis sobre contactos mesoamericanos consistían en problemas sumamente factibles para la ciencia arqueológica moderna, al existir la disponibilidad de nuevas técnicas para medir con gran exactitud los asentamientos y migraciones culturales. Estas mediciones eran realizadas en base a la examinación de elementos arqueológicos y el análisis de sus componentes orgánicos, refiriéndose básicamente al método de radiocarbono o carbón radioactivo (C14), desarrollado por el norteamericano Willard Libby, en 1947, para medir la antigüedad, por lo cual este ganó el premio Nobel de Química en 1960 (Libby, 1970). Los arqueólogos extranjeros consideraban que el futuro de las investigaciones arqueológicas debía estar dirigido a descifrar dichas relaciones entre culturas separadas por distancias geográficas considerables, pero desde la aplicación de herramientas modernas. Así fue como se dio apertura local a un soporte científico y técnico para las hipótesis difusionistas, que antes estaban fundamentadas en especulaciones conjeturales.

La elaboración de planteamientos sobre vínculos, correlaciones y migraciones culturales fue complementada por las técnicas y métodos desarrollados en aquella época, para comprobar y validar las nociones de manera objetiva. En otras palabras, la arqueología difusionista, por primera vez en la historia, encuentra su sustento científico al contar con datos exactos y cuantificables. Los arqueólogos ecuatorianos del Núcleo del Guayas también aportaron con sus teorías mesoamericanas y difusionistas; Zevallos compartió

su tesis sobre la importancia de la navegación aborigen como eje fundamental de esparcimiento cultural. Presentó a la “balsa precolombina” como el elemento principal de los contactos marítimos entre la Costa ecuatoriana y los países del norte. En este caso, se enfatizaba en los contactos de movilidad marítima para explicar la transferencia de rasgos culturales entre poblaciones separadas por largas distancias. Una tesis que brindaría importantes fundamentos para luego justificar un viaje precolombino desde el Asia.

Francisco Huerta Rendón expuso sus investigaciones sobre los elementos culturales conocidos como los “Apoya-nucas”, pertenecientes a fases como la Bahía del Litoral. También propuso un origen mesoamericano u oceánico (transpacífico)⁴⁰ de dichos objetos. Por último, Olaf Holm exhibió sus escritos sobre un aspecto nuevo de los “Juegos pre-colombinos” del Ecuador (Holm, 1957, pág. 230). Se observa que Huerta fue uno de los primeros ilustrados en hacer especulaciones difusionistas sobre una posible influencia oceánica en las culturas de la Costa ecuatoriana. Probablemente, tal dato demuestra que este investigador, ciertamente, influyó en las futuras hipótesis transpacíficas desarrolladas por Emilio Estrada. Aunque esta es una mera hipótesis, no cabe duda de que Huerta siempre apoyó y estuvo a favor de la tesis de un contacto entre Valdivia y el Japón, lo cual será aclarado en el próximo capítulo.

Otro de los aportes innovadores exhibidos en este congreso fue la propuesta de una “Cronología relativa de la Cuenca del Guayas”, para dividir la secuencia de las culturas locales descubiertas. Emilio Estrada Ycaza presentó, después del descubrimiento de la fase Valdivia, su cronología relativa y secuencia cerámica de los periodos y fases de la arqueología del Litoral⁴¹, que mostraba la evolución desde la cultura más temprana de la Costa hasta la más tardía. Y este último aporte terminaría la introducción de los parámetros de una arqueología moderna, que sirvieron como base para el desarrollo de estudios científicos difusionistas, partiendo de una ciencia unificada y hegemónica en el Ecuador.

Para concluir éste capítulo, sobre la formación de la red arqueológica local y la innovación científica, se puede afirmar que, básicamente, tres grupos de científicos se

⁴⁰ Estos elementos “apoyanucas” serían mencionados en 1960 por Estrada para explicar las impresionantes similitudes entre Bahía y la China presentadas en su teoría transpacífica asiática. Parece ser que años antes Huerta ya había desarrollado esa hipótesis pero en relación al continente oceánico.

⁴¹ Véase: Anexo 2.

habían conformado hasta finales de los cincuenta, dentro del contexto ecuatoriano. Las agrupaciones iniciales, con sus respectivas instituciones, que vivieron la etapa de transformación en la arqueología ecuatoriana, fueron las siguientes: 1) El equipo de los Evans, Estrada y Viteri Gamboa y otros asociados, representados por el nombre del Museo y laboratorio “Víctor Emilio Estrada” de Guayaquil. 2) El grupo de Zevallos, Huerta, Holm, y demás miembros del Núcleo del Guayas, organización que paulatinamente iba incrementando sus miembros y evolucionando sus prácticas científicas. 3) La sociedad de mayor antigüedad, que funcionó desde inicios de siglo, fue la Academia Nacional de Historia de Quito (antes Sociedad de Estudios Históricos Ecuatorianos), de la que fueron miembros reconocidos eruditos como Carlos Manuel Larrea, el P. Pedro Porras, quien a mediados de siglo acababa de iniciarse en la arqueología moderna.

También se incluyen figuras influyentes como Federico González Suárez, Jijón y Caamaño, Uhle, Neville, Bushnell, Von Buchwald, entre otros, que partían principalmente de la escuela histórico-cultural, y que dejaron un importante legado y tradición científica heredada por los próximos profesionales ecuatorianos. 4) Desde inicios de los sesenta, se desarrollaría en la Sierra, principalmente en la capital, el grupo inspirado por la “Sociedad de Amigos de la Arqueología”, los cuales tomarían representación gracias al Banco Central del Ecuador, reemplazando la importancia estatal, arqueológica y patrimonial que antes tenía la Academia Nacional de Historia y la Casa de la Cultura.

En el presente capítulo se han exhibido los actores, sociedades y hechos que conformaron una red arqueológica en el país, también se ha evidenciado la formación de una comunidad de arqueólogos que fue unificada por la importancia de los recientes descubrimientos prehistóricos y por las reformulaciones técnico-metodológicas del nuevo modelo de ciencia. Este fue el escenario social en el cual se efectuaría, poco después, la creación de la teoría sobre el origen asiático de la cultura Valdivia. En el siguiente capítulo, se dará paso a presentar el proceso de elaboración de esta hipótesis, sus motivaciones sociopolíticas y su fase de comprobación efectuada según las herramientas técnicas y metodológicas norteamericanas, ahora aplicadas en beneficio de la prehistoria ecuatoriana.

Capítulo III

3 El proceso de elaboración y comprobación científica de la hipótesis difusionista sobre el origen asiático de la cerámica Valdivia.

En el presente capítulo será desplegado el proceso de creación de la hipótesis de Estrada, luego de haber introducido los elementos, actores e instituciones que conforman la red estudiada. En ciencia, la secuencia de las etapas o niveles por los cuales debe transitar una afirmación científica van a la par con el proceso social de legitimación de la ciencia, esencialmente, en relación a la tarea del científico, quien debe luchar por validación y aceptación de sus propuestas por parte de una comunidad. Para esto, debe perfeccionar sus argumentos mediante herramientas como la experimentación, el examen y la comprobación de sus premisas, según las normas establecidas por un modelo dominante o paradigma. Usualmente, los niveles del desarrollo de una hipótesis específica son la creación, experimentación y comprobación, lo que posibilitan que se convierta en teoría científica, es decir, en la mejor explicación existente para un problema específico. Uno de los inconvenientes que presenta el estudio de la ciencia es que dicho proceso se muestra, usualmente, como ajeno e independiente del accionar de los individuos, dejando de lado el conjunto de fenómenos sociológicos que se esconden debajo de la elaboración de los productos científicos.

Los mismos niveles que son aplicados para explicar la evolución de una teoría, pueden ser estudiados y rastreados como fenómenos sociales e históricos. En el presente capítulo se trata de responder a la pregunta de cómo fue creada y legitimada la hipótesis de Emilio Estrada., sumado al efecto social que tuvo este hecho. Existieron varios niveles o etapas que la teoría transpacífica de Valdivia tuvo que transitar antes de ser reconocida como una verdad difícil de cuestionar. Serán analizados y narrados, en esta parte del trabajo, dos niveles anteriores a la etapa de debate y controversia social. Estos niveles son la creación y la fase de comprobación de dicha hipótesis difusionista, la cual nace como un simple supuesto u opinión, para llegar, luego de varios años de trabajo colectivo, a ser aceptada como una teoría reconocida globalmente. Se presume que el logro de Estrada y su grupo fue conseguir que, durante un lapso de tiempo, su hipótesis fuese transformada en un argumento de autoridad dentro de la comunidad de arqueólogos o, en términos de Latour, en un hecho científico. Este logro fue el producto de un procedimiento metodológico propio de la disciplina, pero también fue el resultado

de un conjunto de circunstancias sociales, históricas y políticas que se conjugaron para posibilitar su predominio y auge.

El difusionismo ecuatoriano había existido varias décadas antes de Estrada como una de las principales tendencias teóricas junto al evolucionismo unilineal, pero como una corriente científica y reconocida por un círculo de investigadores e instituciones, solo ha constado desde la etapa de desarrollo técnico metodológico a finales de los cincuenta. Esta tradición arqueológica fue complementada por las herramientas innovadoras que fueron introducidas en el país⁴² posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el avance científico más notorio fue la adopción del método de hipótesis y comprobación para la interpretación del dato arqueológico, como explica la cita siguiente:

Los arqueólogos de este nuevo tipo tratan de comprender por qué cambian las cosas, lo que significa buscar explicaciones a través de una voluntad de generalización. Es pues necesario construir teorías, exactamente igual que hace el científico cuando trata de comprender la naturaleza. Esas teorías se evalúan después y a veces se las confronta con los hallazgos arqueológicos (Renfrew, 1985, pág. 7).

La cronología cultural desarrollada por Estrada y sus colegas gracias a estas innovaciones, fue fundamentada por vez primera en datos de fechas exactas, muchas de las cuales no han podido ser refutadas hasta la actualidad. Sin este nuevo esquema de la prehistoria local no se habría podido contradecir el pasado andino predominantemente inca⁴³, y así dar a conocer mundialmente las culturas de la Costa ecuatoriana. Estos fueron algunos de los principales objetivos revolucionarios de la red estudiada (Ledergerber, 2007, pág. 24). La trayectoria científica lograda por el grupo del Museo Estrada avanzó intensamente durante casi una década hasta el fallecimiento del guayaquileño. En el próximo subtema se procederá describir y aclarar a profundidad cuáles fueron las herramientas técnicas y metodológicas introducidas desde la expedición del Smithsonian, que revolucionaron la ciencia ecuatoriana, posibilitaron el

⁴² Según Colin Renfrew, gracias al perfeccionamiento del radiocarbono las zonas que carecían de historia escrita pueden ahora poseer su cronología exacta (Renfrew, 1985, pág. 6), es decir, que pueden ser estudiadas independientemente de las directrices de la historia occidental tradicional.

⁴³ Emilio Estrada trató de desmitificar el pasado inca con el descubrimiento de culturas de mayor antigüedad en el Ecuador. Antes de la revelación de las culturas del Formativo, existía el mito de un pasado precolombino dominado por el Reino de Quito y, en el caso de la Costa, una prehistoria principalmente Huancavilca, como las sociedades precolombinas más significativas (Estrada, 1962).

descubrimiento de Valdivia y el perfeccionamiento de la teoría sobre su origen asiático. Cómo afirma Salazar en la cita siguiente:

Muy importante ha sido la influencia de Evans y Meggers en el desarrollo de la arqueología ecuatoriana. A ellos se les debe la formación científica de Estrada y otros arqueólogos ecuatorianos, y la introducción de métodos de datación como el carbono 14 y la hidratación de la obsidiana, la técnica de análisis cerámico conocida como "seriación fordiana" y los instrumentos metodológicos de la reconstrucción arqueológica. Bien podría decirse que con Evans y Meggers comienza la arqueología contemporánea del Ecuador (Salazar, 1994, pág. 8)

La contribución final de este grupo fue el desarrollo de la teoría sobre el origen asiático de la cerámica Valdivia, en el año de 1960. Esta propuesta hablaba sobre una supuesta relación transpacífica con la cultura contemporánea Jomón del Japón, basada en el impresionante parecido con los rasgos cerámicos y estilísticos de una fase del Formativo Temprano en el Ecuador. Se presume que el proceso de elaboración de la hipótesis transpacífica tuvo su inicio desde el descubrimiento de esta fase arqueológica de la Costa, pues Valdivia se consideraba la manifestación cultural americana más temprana (Estrada, 1962, pág. 10). Este título generó la incógnita o enigma sobre un precedente o núcleo de irradiación cultural, por lo cual se efectuaría el desarrollo de nuevas presunciones difusionistas en la búsqueda de los verdaderos orígenes de la cultura ecuatoriana y del continente. Es necesario iniciar el presente capítulo con la presentación de los inventos y avances científicos que brindaron las herramientas adecuadas para la medición, clasificación y definición objetiva del dato arqueológico.

3.1 Las innovaciones científicas que transformaron la arqueología ecuatoriana a mediados de siglo XX.

En lo que respecta a la arqueología posterior a la Segunda Guerra Mundial, surge una nueva potencia científica que fue Estados Unidos. Este país dispuso de los autores de las principales técnicas revolucionarias que fueron inventadas secuencialmente en la historia del siglo XX. Se dio el invento del *Radiocarbono 14* (1947), la *Hidratación por Obsidiana* (1960), y la *Medición por Termoluminiscencia* (1970), que extendieron las posibilidades del estudio de los objetos del pasado, viabilizando la obtención de fechas precisas, análisis cuantitativos y estadísticos, así como la inclusión de asentamientos y zonas carentes de información o fuentes históricas. La revolución técnica y tecnológica motivó a la ciencia norteamericana a reformular los parámetros tradicionales que regían

a la ciencia en tiempos pasados, por lo cual nace el paradigma de la “Nueva Arqueología” angloamericana (Johnson, 2000). La técnica del C14 fue descubierta y desarrollada en 1947 por los norteamericanos J. R. Arnold, E. C. Anderson y W.F. Libby, para medir la radioactividad de material orgánico y así determinar una datación absoluta para la época de su producción. Desde la década de su creación, hasta la época de Estrada, solo era practicada en escasos lugares como Washington (Ledergerber, 1999, pág. 38), por lo cual, la asociación del guayaquileño con los arqueólogos del Smithsonian facilitó de gran manera el acceso a estos recursos y tecnología, ubicando su caso en una circunstancia privilegiada.

La técnica de la datación por termoluminiscencia fue implantada por el científico Martin Aitken en 1964, para medir la radioactividad de los restos cerámicos. Desde los setenta, se la empezó a contrastar con el C14 para la obtención de datos más precisos. Finalmente, el método de datación por hidratación de artefactos de obsidiana fue desarrollado por los científicos norteamericanos, expertos en geología, Irving Friedman y Robert Smith, en 1960. Este último invento, sumado al de termoluminiscencia, servían para medir la antigüedad mediana, por otro lado, el C14 era aplicado para extensiones de tiempo mayores o distantes. La hidratación de la obsidiana era analizada en laboratorios especializados, pero era complementada por componentes e información geológica, estratigráfica y geográfica, para así lograr un mayor rigor en las fechas. Con el pasar de los años, todas estas técnicas se generalizaron y volvieron mutuamente complementarias, sumado a otras inventadas en las décadas siguientes (Larrea C. , 1971, pág. 84).

La escuela histórico-cultural, que seguía teniendo fuerte impacto en el Viejo Mundo por la extensa disponibilidad de datos históricos, encontraba sus espacios de producción científica dentro de los museos y colecciones, en las bibliotecas, archivos y acervos documentales, y en el campo, donde se efectuaban las excavaciones y estudios estratigráficos. Por otro lado, el eslogan principal de la arqueología moderna norteamericana era “tenemos que ser más científicos”. Dicha corriente se apropió de las técnicas recientemente descubiertas para mejorar el carácter científico y antropológico de su práctica. Surge el problema de la especialización, es decir, que los arqueólogos debían dominar los procedimientos del manejo elemental de estos nuevos recursos y las disciplinas relacionadas (Johnson, 2000, pág. 56). Este tipo de arqueología técnica y moderna nació como consecuencia de la adaptación de la comunidad arqueológica ante

los nuevos avances y por la insatisfacción ante la “inmadurez” del quehacer tradicional, como se expone en la cita siguiente:

En primer lugar, la elaboración de nuevas técnicas de datación, particularmente con radiocarbono, ha permitido fechar con seguridad, sin recurrir a la historia escrita, los hallazgos arqueológicos de todas las partes del planeta. Y gracias a la aplicación de otra serie de técnicas tomadas de las ciencias, unidas al perfeccionamiento de los métodos de excavación, el arqueólogo dispone de un arsenal de instrumentos y de métodos que puede utilizar para investigar la economía, la tecnología y los sistemas sociales del pasado (Renfrew, 1985, pág. 4).

Al contar con instrumentos técnicos y metodológicos de diferente naturaleza a los tradicionales, se modificaron, de manera radical, los centros, espacios e instituciones arqueológicos funcionales, los cuales ahora surgen con el nombre de *laboratorios*. De igual manera, son alteradas las corporaciones que representan y financian a este tipo de arqueología naciente. Fueron logrados los objetivos surgidos desde finales de siglo XIX, de posibilitar una datación exacta y absoluta para los restos arqueológicos, dejando de lado las especulaciones inconcluyentes, y alejarse de una práctica historicista y etnocentrista, limitada por las fuentes escritas para explicar la naturaleza y procedencia de sus elementos (Larrea C. , 1971, pág. 80).

La principal facultad de una arqueología científica madura es su autonomía técnica, tecnológica y teórica, por eso estos avances cumplen con los requisitos de una ciencia moderna al dejar de lado viejas dependencias que limitaban la obtención de datos objetivos y la relación directa con el objeto de estudio. Los descubrimientos ejemplares de las culturas madres de América, que antes eran ignoradas debido a la carencia tecnológica y de información, son un ejemplo práctico de la inminente fuerza e impacto paradigmático que tuvo esta transición. El caso de Valdivia es uno de los ejemplos más trascendentales al datar un asentamiento cultural de aproximadamente 3000 a 2500 a.C., como fecha inicial. Muchos de los objetos que eran anteriormente coleccionados y clasificados sin un conocimiento sobre su valor cultural o ubicación temporal, después de ser analizados y medidos en los laboratorios, pudieron ser introducidos dentro de un sistema cronológico general que beneficiaba no solo al Ecuador, sino a la identidad general de los pueblos carentes de historia.

Uno de los efectos sociales de dicha revolución científica fue la revalorización del patrimonio arqueológico, aspecto social de las naciones que toma una fuerza esencial a mediados de siglo. De esta manera, nace la “arqueología de rescate” y entidades patrimoniales de alcance global como la UNESCO. A causa del importante progreso tecnológico, en Norteamérica se hizo necesario el desarrollo y perfeccionamiento de las secuencias cronológicas y formas de clasificación de datos. En consecuencia, nació el “método de seriación fordiana”, que fue implantado en el Ecuador también por la influencia de los arqueólogos del Smithsonian.

3.1.1 La introducción del método de James Ford

En la temporalidad de 1954-1962, se efectuó la producción y difusión de un recurso de clasificación y periodización cultural, poco conocido, denominado “análisis cuantitativo fordiano” o “seriación de frecuencias”. Se trata del método de clasificación desarrollado en los Estados Unidos por el arqueólogo James Ford, para obtener cronología relativa de las diversas regiones culturales (Meggers & Evans, 1975, pág. 11). Ford tuvo una cercana relación de amistad con los arqueólogos de Washington desde los años cuarenta y fue también un investigador asociado al Smithsonian. Ellos han seguido de cerca los métodos desarrollados por el trabajo de Ford desde finales de los cincuenta, los cuales fueron aplicados en sus estudios sobre Valdivia y la Costa ecuatoriana, especialmente fundamentados en las investigaciones de Ford efectuadas en la zona del Perú (Meggers, Evans , & Estrada, 1965, pág. 28). Durante su extensa trayectoria, Ford había desarrollado teorías difusionistas muy similares a los de los Evans, sobre contactos mesoamericanos y transpacíficos. Esta correspondencia teórica no fue producto de coincidencia alguna, pues el método de seriación mencionado facilitaba de gran manera las correlaciones difusionistas, en relación a la distribución y secuencia de las culturas en el continente. Echeverría explica el método Ford, en la cita siguiente:

Meggers y Evans han experimentado y refinado el método de análisis cuantitativo y la seriación desarrollado principalmente por James Ford (1962). El método “Ford” es un método cuantitativo para obtener cronología cultural, basado en la consideración de que la cultura se ve afectada por fuerzas evolutivas similares a las que operan en Biología: mutación, flujo génico (o recombinación) y, selección y deriva génica (Echeverría, 1996, pág. 71).

Este método propone un proceso evolutivo general de las culturas de manera similar al que se manifiesta dentro del “reino biológico”, pero guiado por etapas cronológicas,

geográficas y estratigráficas en base al análisis de las frecuencias de los tipos cerámicos (fragmentos de alfarería, implementos de piedra y otros residuos). La interpretación, contraste entre secuencias y tipología son realizados desde la teoría evolutiva: “La pauta del cambio en una especie o género biológico, o en un elemento o complejo cultural, es una variación de la curva de distribución normal. Hay un principio, un incremento hasta un clímax, una declinación y por fin una extinción” (Meggers & Evans, 1975, pág. 14). Existen factores como la interrelación entre especies o poblados que concluye en un intercambio de elementos, pues se minimiza y aumenta la capacidad de diferenciación según los contactos entre sociedades, es decir, así se define el comienzo y final de una fase arqueológica. De ahí parte también su propuesta ecológica de la relación hombre/naturaleza, presentando a la cultura como vehículo de evolución, la cultura entendida como el conjunto de elementos similares agrupados temporal y geográficamente. No sería posible entender el pensamiento ecológico y biológico de los Evans sin dar un vistazo al método Ford y al concepto de cultura manejado por ellos.

Se evidencian rasgos de la teoría evolucionista darwiniana, aplicada a un estudio de la prehistoria. Lo que el método Ford posibilita es considerar que la evolución de los elementos de una cultura es consecuencia de un intercambio con el medio o ecosistema que afecta el desarrollo de las sociedades. Generalmente, existen dos formas de desarrollo de factores culturales, ya sea por adaptación o por transmisión. Para los difusionistas como Ford, Evans y Meggers fue más preponderante la segunda forma de evolución cultural, por medio de la transmisión de elementos. Al método fordiano se lo puede denominar como ecológico/biológico⁴⁴, esta concepción concibe a la cultura como vehículo de adaptación humana a un medio circundante, y gran parte de su evolución depende de su grado de correlación con otras fases. Esta concepción se explica en la cita siguiente:

Como descubrirán los lectores de estos artículos, considero que el entendimiento de la evolución y función de la cultura está entre los principales retos de la ciencia moderna. Asumo que nuestra especie evolucionó según los principios

⁴⁴ El ecologismo arqueológico, en sus diversas manifestaciones, fue una herramienta que tuvo gran aceptación por parte de los Evans, y de otros arqueólogos de la red como Zevallos, Estrada, Lathrap, Marcos, entre otros, pero con ciertas variaciones de interpretación. Entre sus diferentes aplicaciones está la que parte de la perspectiva procesual, que identifica a la relación hombre/naturaleza desde factores de cambio internos, como económicos, sociales, urbanos, religiosos, etc. Esta última forma de ecologismo se opone radicalmente al de los difusionistas, quienes atribuían la evolución a factores culturales externos como migraciones, rutas de comercio, correlaciones, etc.

darwinianos y nuestro comportamiento sigue sujeto a su dinámica. El hecho de que el mecanismo principal para nuestra interacción con el medioambiente es la cultura, reemplaza el enfoque de la selección natural de nuestros cuerpos a nuestras creencias (Meggers, 1998, pág. 7).

A pesar de que Ford había publicado varios escritos que describían su método, este no era del todo claro o fácilmente comprensible. Haya sido de manera intencional o no, esta realidad posibilitaba que solamente aquellos estudiosos que habían sido guiados personalmente por él o por sus discípulos, lograban comprender su funcionamiento (Meggers & Evans, 1975, pág. 10). Dentro de esta categoría entrarían los arqueólogos del Smithsonian, quienes acoplaron perfectamente este método a sus hipótesis difusionistas mesoamericanas e incluso transpacíficas, mediante un estudio minucioso de los objetos arqueológicos. También fue aplicado como método de clasificación dedicado a las culturas estudiadas por Estrada, quien heredó y difundió dicho método de análisis cerámico, como explica la cita siguiente:

La estratigrafía fordiana fue desarrollada por James Ford a raíz de sus investigaciones arqueológicas en Perú. Este método fue luego ampliamente difundido por Collier, Murra y Bennett en la arqueología latinoamericana en general (Idrovo, 1990: 33). Según Estrada, Evans y Meggers le enseñaron a realizar estratigrafías culturales, aplicadas a “basurales o depósitos de tiestos” (Estrada, 1962 a: 59). Esta técnica fue uno de los principales fundamentos de las tesis emitidas por los tres investigadores: El marco contextual de la costa ecuatoriana ha sido definido a partir de evidencias de diferentes tipos. Las secuencias locales se basan en excavaciones estratigráficas y seriación cerámica, cuyos resultados han sido confrontados con investigaciones en varios centenares de sitios habitacionales (Meggers; Estrada, 1961: 914). Gracias a esta técnica, Estrada tuvo la oportunidad de estudiar 300.000 tiestos únicamente en la región de Manabí (Estrada, 1962 a: 11) y ¡dos millones durante su corta carrera arqueológica! (Lara, 2006, pág. 7).

Fue un procedimiento de poca fama y aceptación en contexto global, y que produjo amplia controversia con una Nueva Arqueología naciente, pues posiciona la evolución del ser humano a la par con la de los demás seres vivos, oponiéndose a la concepción marxista de la naturaleza productiva, también se enfoca en los elementos y productos materiales más que en cuestiones sociales y humanas. Ford falleció el 25 de febrero de 1968, a la edad de 57 años. Fue uno de los representantes más influyente del difusionismo científico norteamericano. Su cercana relación con los arqueólogos del Smithsonian, posibilitó que ellos desarrollen sus investigaciones sirviéndose de estas

herramientas de clasificación y seriación (Brown, 1978, pág. 31). Este tipo de arqueología sería también heredada, en parte, por arqueólogos locales como Estrada o el Padre Porras. En consecuencia, el nacimiento de la arqueología moderna en el país, el conjunto de hipótesis científicas relacionadas a la prehistoria ecuatoriana, así como la teoría sobre la relación de Valdivia, le deben gran parte de su elaboración al método Ford:

“Otro ejemplo de la utilidad del análisis cuantitativo de la alfarería en el reconocimiento de las diferencias entre comunidades lo da la Fase Valdivia. Se han publicado dos secuencias seriadas, una compuesta de sitios de la costa del Guayas (Meggers, Evans y Estrada, 1965) y la otra de varias excavaciones estratigráficas de un gran conchero anular de la isla La Puna (Porras Garcés, 1973). (Meggers & Evans, 1975, pág. 27).

La misión de los Evans tuvo como finalidad el implantar su tendencia arqueológica en el Ecuador, la cual se generalizó en los estudios locales desde mediados de siglo XX. Posteriormente, vendrían nuevas expediciones de extranjeros quienes trajeron otras ramas de la arqueología norteamericana, así como otros recursos innovadores. Para aclarar de mejor manera la significativa influencia del difusionismo norteamericano en la arqueología ecuatoriana, se presentará como resultado la cronología relativa y absoluta de la prehistoria local, desarrollada por los Evans y Estrada a inicios de los sesenta. Esta secuencia fue elaborada en base a la aplicación del método Ford y la técnica del C14, de igual forma, vino a modificar y perfeccionar la tesis de clasificación practicada por la arqueología histórico-cultural.

3.1.2 El desarrollo de una cronología relativa y absoluta para la prehistoria local: La necesidad de un método unificador.

Antes de topar el tema de la cronología implantada en el Ecuador, se realizará un contraste con el tipo de clasificación que fue desarrollada por la arqueología histórico-cultural vigente antes de la innovación revolucionaria. No es posible hablar sobre la existencia de una colectividad científica unificada por un método homogéneo, durante las primeras etapas del siglo XX. Los objetos arqueológicos simplemente eran clasificados en colecciones y museos en base a los conceptos de historia aborígen, la geografía, e incluso partiendo de percepciones estéticas y materiales. El método arqueológico por excelencia para extraer datos y confirmar supuestos partía del historicismo, puesto que los objetos por sí solos no brindaban información alguna sobre

el pasado. La carencia de un sistema de clasificación general provocaba que las investigaciones de los precursores fuesen dispersas y, muchas veces, llenas de especulaciones y lagunas, especialmente al momento de fechar, interpretar, generar teorías, hipótesis o dar valor a los objetos encontrados.

Por eso, se habla de una arqueología “fetichista”, puesto que juzgaba el valor de los vestigios por su calidad material o estética. Según Johnson: “Los arqueólogos tradicionales de la historia cultural acumulaban más y más información, pero ello no se traducía automáticamente en mejores ideas sobre el pasado” (Johnson, 2000, pág. 38). Otro de los factores que caracteriza a una arqueología tradicional es la narrativa, la misma que carecía de una retórica técnica, estadística y regida por parámetros generales, sino que se desarrollaba una terminología individual y aislada, así como un discurso más cerca de lo literario y narrativo. Estas lagunas científicas eran compensadas por “descubrimientos” que impresionaban a las comunidades de arqueólogos e historiadores. Según Echeverría: “En los informes se utiliza un lenguaje narrativo tradicional y una expresión literaria, en vez de un lenguaje simbólico (matemático y estadístico)” (Echeverría, 1996, pág. 65). Antes del desarrollo de la cronología y los descubrimientos locales de la arqueología moderna, los mitos tradicionales que daban forma a la identidad nacional alejaban, en demasía, de representar y expandir una prehistoria milenaria y culturalmente compleja. En su lugar, el pasado precolombino ecuatoriano estaba representado por mitos de visión occidentalista, como el “Reino de Quito”, la civilización Inca y los aborígenes dispersos en la Sierra y Costa ecuatoriana.

Se pensaba que la principal cultura que había florecido en el Litoral era la Huancavilca, que tuvo contacto con los conquistadores del Viejo Mundo (Salazar, 1995, pág. 4). Estrada fue un apasionado de la historia Huancavilca de la Costa, como expresa Jorge Dueñas en una publicación del diario “El Telégrafo” de Guayaquil, del 21 de Julio 1957. Varios meses después del descubrimiento de Valdivia, este ecuatoriano habla sobre la nueva cronología cultural relativa implantada por Estrada en la misma época. También hace mención de Valdivia y Chorrera, así como menciona la utilidad del reciente esquema cronológico para definir influencias y similitudes entre culturas, como expresa la cita siguiente:

Sigue un cuadro cronológico en relación a la integración, el desarrollo regional y el proceso formativo: en la cuenca del río Guayas: Milagro-Quevedo, centro de cultura: Tejar y su fase formativa: Chorrera. En la costa del Guayas: Huancavilca o Manteño: centro de cultura: Guangala y fase formativa: Chorrera-Valdivia (...) Todo ello sirve para un estudio analítico para observar la similitud y notabilidad de los vestigios arqueológicos o la influencia de otras culturas (Dueñas, 1957).

Este esquema o secuencia relativa, implantada en 1957, no contaba con un análisis exhaustivo de fechas absolutas o de los vastos ejemplares cerámicos, por eso se tomaba como referencia primordial las culturas, hasta ese entonces definidas, como Valdivia (1956), Chorrera (1954), y Milagro-Quevedo (1954), que eran consideradas como puntos de referencia y centros principales de irradiación cultural, para determinar una datación aproximada de las demás fases. Las fechas relativas eran obtenidas en base al análisis comparativo entre los elementos de dichas culturas, las cuales eran contrastadas con los sistemas prehistóricos pertenecientes a otros contextos como Perú o Mesoamérica. Las similitudes observadas entre Valdivia y otras culturas, próximas o distantes, llevaron al grupo de Estrada a especular sobre la inmensa importancia y edad de esta fase formativa y sobre una posible ruta de difusión que unificaba a las regiones americanas. Antes del análisis en los laboratorios norteamericanos, la clasificación fue realizada por Estrada desde parámetros estilísticos y juicios empíricos, como explica la cita siguiente:

Sin embargo, hasta que se realicen investigaciones estratigráficas, metódicas, en los amontonamientos de desperdicios existentes, en los lugares ocupados por los antiguos pueblos indígenas, permitiéndonos, sobre esta base, determinar la secuencia temporal de estas culturas, y de los tipos de cerámica encontrados, la secuencia formulada por el Señor Estrada, que se fundamenta en razones estilísticas, es sólo de carácter teórico (Meggers & Evans, 1955, pág. 309).

Desde la llegada de los Evans al Ecuador en 1954, hasta 1957, tenían el objetivo inicial de establecer una cronología solamente relativa. Esta innovación debía servir como medio auxiliar y provisional para unificar los datos de las exploraciones efectuadas hasta aquel entonces. Dichos objetivos fueron planteados en base a la escasa disponibilidad de tiempo de los científicos durante su primera visita al país, y también porque el desarrollo de una cronología absoluta y cuantitativa requeriría de un estricto y extenso análisis de laboratorio, que podía requerir mucho más tiempo del que contaban. Gracias a dicha urgencia, solo en tres años (1954-57) y con el apoyo político y

financiero del guayaquileño, les fue posible reunir los datos de la prehistoria costera que yacían antes dispersos, como explican los Evans en la cita siguiente:

Creemos que el establecimiento de una secuencia cultural, digna de confianza, y el análisis interpretativo del desarrollo cultural de una parte del país, sería de mayor utilidad que la información dispersa que puede derivarse de excavaciones aisladas en las diferentes provincias del Litoral ecuatoriano. La cuenca del Guayas es una unidad geográfica y cultural, lo cual tiene gran importancia para la interpretación de las culturas prehistóricas (Meggers & Evans, 1955).

La secuencia total “relativa” fue compartida al público por Estrada en 1957, y comprendía los periodos prehistóricos generales, desde los cazadores recolectores hasta la conquista española, así como reunía a las culturas de la Costa descubiertas con los respectivos indicios⁴⁵ sobre su ubicación temporal. Este sistema relativo estuvo fundamentado en datos comparativos, tipológicos y materiales, los cuales fueron extraídos de las excavaciones estratigráficas (Estrada, 1957, pág. 232). De esta forma, se generaban fechas probables o hipotéticas, partiendo de comparaciones o correlaciones difusionistas, que luego eran confirmadas y comprobadas en los laboratorios norteamericanos. Cabe resaltar que, en muchos de los casos, las sospechas iniciales resultaban ser bastante cercanas a la datación absoluta verificada con instrumentos técnicos, por lo tanto, la utilidad y precisión del método estratigráfico y del análisis comparativo-tipológico, del cual, tanto se beneficiaron los arqueólogos difusionistas, no deberían subestimarse⁴⁶.

Una publicación de prensa de “El Telégrafo” de Guayaquil, de 1957, como autor el diputado esmeraldeño Simón Plata Torres, habla de varios descubrimientos arqueológicos efectuados por los especialistas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En ese entonces, se habían realizado exploraciones y descubrimientos en la provincia de Esmeraldas por parte del arqueólogo Ernesto Franco, quien había retomado los trabajos

⁴⁵ El término “indicios” hace referencia a fechas propuestas según la comparación empírica entre culturas similares, datos que posibilitaban referir dataciones aproximadas. Es un estadio relativo puesto que no se han realizado todavía los procedimientos técnicos para obtener un fechaje exacto y absoluto, por ende dichos indicios no consisten en datos científicamente válidos, pero fueron suficientes para el desarrollo de una secuencia cultural.

⁴⁶ Solamente es necesario investigar sobre los indicios de la antigüedad y periodización de las culturas de la Costa, generados antes del año 1958, para dar cuenta de la alta precisión de las conjeturas difusionistas para obtener datación relativa. Datos que luego eran confirmados con medición de C14. Las conclusiones o indicios temporales eran obtenidos en base al análisis de relaciones, similitudes y diferencias entre elementos culturales.

de Carlos Manuel Larrea efectuados, en dicha localidad, años atrás (Plata T., 1957, pág. 1). En este texto se habla de la asistencia a conferencias realizadas en Washington, así como también se tratan temas sobre protección patrimonial para los objetos arqueológicos hallados. Sin embargo, no se habla todavía de la realización de pruebas de C14. Este ejemplo confirma el hecho de que el grupo de Estrada se mantenía en una circunstancia privilegiada al contar con el apoyo del Smithsonian y saber aprovechar los laboratorios norteamericanos.

El perfeccionamiento de dicho sistema de periodización que contaba con fechas de C14, fue denominado por los Evans “Cronología relativa y absoluta en la Costa del Ecuador”⁴⁷, y fue definido en su totalidad desde el 1957 hasta 1961, año del fallecimiento de Estrada (Meggers & Evans, 1961, pág. 147). La construcción de una “cronología absoluta” contó con datos exactos, medidos con las técnicas de fechaje y un exhaustivo trabajo de restauración, clasificación y seriación basado en el método Ford para la totalidad de objetos hallados. Cerca de cuarenta pruebas habían sido realizadas hasta esa fecha, en los laboratorios asociados pertenecientes a los Estados Unidos. Las pruebas de C14 tenían un margen de error de unos 500 años antes o después, por lo cual, las fechas que marcaban las etapas de transición entre periodos prehistóricos no eran tomadas como datos definitivos (Meggers, 1961, pág. 149). La cronología relativa y absoluta obtenida por los arqueólogos difusionistas, hasta 1961, resultó en la siguiente:

Periodo Pre-cerámico, de los primeros asentamientos humanos de cazadores-recolectores. *Periodo Formativo* (Temprano: 3000-1500 a.C. – Tardío: 1500-500 a.C.), con las culturas Valdivia (la de mayor antigüedad), Chorrera y Machalilla. *Periodo de Desarrollo Regional* (500 a.C.-500 d.C.), con las culturas Bahía, Tolita, Jama-Coaque, Jambelí, Tejar, Daule, entre otras, posteriormente establecidas. *Periodo de Integración o de señoríos étnicos* (500 d.C.- 1.500 d.C.). *Periodo de ocupación Inca*, de una duración aproximada de 39 años, hasta su culminación con la conquista europea (Meggers & Evans, 1961, pág. 149).

La elaboración del “Periodo Formativo” para la prehistoria americana fue perfeccionada, en 1958, por los norteamericanos Gordon R. Willey y Philip Philips (Willey, 1966), aunque dicho periodo de la prehistoria había sido difundido y

⁴⁷ Véase Anexo 3.

establecido en épocas anteriores. Esta propuesta, adaptada luego a la prehistoria ecuatoriana, presenta el desarrollo cultural de los pueblos americanos según su desarrollo tecnológico y exhibe varios factores que lo diferencian del periodo Paleoindio o Arcaico de los cazadores recolectores. Se caracteriza, principalmente, por modo de subsistencia basado en la agricultura, el establecimiento de asentamientos urbanos permanentes, una organización social religiosa y jerarquizada, y la fabricación cerámica como manifestación tecnológica. Marca el inicio de un proceso urbanizador, el cual presenta a las culturas del Formativo americano como “centros de irradiación cultural”, que fueron expandiéndose por todo el territorio del Nuevo Mundo (Jiménez, 1995, pág. 162).

Esta secuencia o esquema cultural fue otra de las herencias de la arqueología norteamericana en el Ecuador, aunque también mantuvo elementos de las secuencias desarrolladas por los precursores histórico-culturales. Echeverría afirma que: “Precisamente entre 1957 y 1966, Emilio Estrada, Clifford Evans y Betty Meggers difundieron como herramienta heurística el esquema cronológico que se halla aún en vigencia” (Echeverría, 1996, pág. 8). Entonces, se observa que debido a la aplicación de las técnicas y métodos para establecer la antigüedad cronológica del pasado prehistórico, los Evans consiguieron transformar de manera radical la arqueología local. Se deduce que uno de los resultados -en un sentido práctico- más importantes e impresionantes de la misión de los arqueólogos del Smithsonian fue la definición de la cultura Valdivia. Este descubrimiento también forjaría las bases para la búsqueda y reconstrucción de los desconocidos orígenes de la cultura ecuatoriana.

3.2 Revelación de la cerámica más antigua de suelo americano: El descubrimiento de la cultura Valdivia y su efecto en la cultura nacional.

El primer sitio Valdivia, descubierto por Estrada en 1956, estuvo situado en Punta Arenas de Posorja, y fue denominado “G-25”. En él, no se encontraron vestigios o elementos de material cultural de mayor utilidad científica, recuperables o aptos para medición temporal. Luego fue revelado el sitio G-31, ubicado en la orilla costera del pueblo Valdivia, Península de Sta. Elena, el cual permitió definir por vez primera la relación de esta fase con Chorrera, y su ubicación temporal dentro del Periodo Formativo Temprano (Barroso, 2014, pág. 12). El descubrimiento de la cultura Valdivia (1956), fue logrado partiendo del análisis de las similitudes con otras culturas de

temporalidades próximas como Chorrera (1954), las culturas formativas del Perú y Mesoamérica, correlaciones que fueron logradas por la basta información recolectada por los arqueólogos extranjeros durante investigaciones previas, como expresa la cita siguiente:

Seguimos en el orden cronológico descendente, y llegamos a aquella cultura denominada por nosotros Valdivia, y sobre la cual presentamos hace poco un trabajo preliminar. Indicios comprueban que estuvo bajo el periodo Chorrera, o sea que es la más antigua de nuestra prehistoria. Por su sorprendente similitud con otras culturas viejas de Méjico y del Perú, comprendemos mejor ahora la venida desde el norte de los primeros pobladores que conocían la cerámica. Llegamos así tal vez, mil años antes de Jesucristo con esta la primera cultura en antigüedad de nuestro Ecuador (Estrada, 1957, pág. 234).

Según el análisis de esta cita, que presenta ciertos elementos nacionalistas en su discurso, solo hasta 1958-59 se supo la primera datación exacta del sitio epónimo de Valdivia (3000 a 2500 a.C.). El descubrimiento de esta fase milenaria significó un hecho revolucionario para el país, tanto desde una perspectiva científico-arqueológica como desde un aspecto sociopolítico y cultural. Desde lo científico, la cultura Valdivia se situaba en la cumbre o inicio del periodo Formativo, concepto que vendría a remplazar la idea de la “Revolución Neolítica”, que se caracterizaba por presentar a las primeras culturas cerámicas que lograron un alto desarrollo económico-social en el continente americano. Valdivia fue establecida en el periodo prehistórico que es precedido por los asentamientos humanos de cazadores y recolectores del Paleolítico. Era considerada, en ese entonces, como la cultura compuesta más antigua de suelo americano debido a la ausencia de un precedente concreto (Lumbreras, 1981, pág. 150).

Desde un aspecto sociopolítico y cultural, se evidencia que este descubrimiento fue un hecho de enorme trascendencia para la construcción de una identidad nacional. Hizo crecer un sentimiento de nacionalismo que puede evidenciarse en el discurso de los científicos de la época -como es observado en la última cita de Estrada-. Esto significó una fuerte motivación para las investigaciones arqueológicas desarrolladas desde mediados de siglo. Antes de este hecho revolucionario, se creía que las principales y más significativas influencias culturales americanas provenían de Centroamérica y los Andes centrales del Perú, en las cuales se determinaron estructuras urbanas y arquitectónicas complejas, medios de aclimatación de plantas, prácticas religiosas y artístico-cerámicas desarrolladas. Estas últimas, se imponían como las culturas madres

de América puesto que habían transmitido estos conocimientos y técnicas a las culturas posteriores, y fue tal su duración temporal que incluso existen huellas de su existencia en las fuentes escritas. Valdivia competía en antigüedad y desarrollo con estas culturas prehistóricas, símbolo de la identidad y pasado del Nuevo Mundo, como expresa la cita siguiente:

Pero el diagnóstico de la cerámica encontrada por Estrada no se encuadraba en estos conceptos tradicionales. Los datos del radiocarbono asignaron a esta cerámica una edad de más o menos cinco mil años. Era la cerámica más antigua no solamente del Ecuador sino de todo el continente americano. Y así, poco a poco, conforme avanzaban las excavaciones en la Costa y en otras partes del Ecuador, los arqueólogos iban descubriendo raíces totalmente insospechadas de las culturas del Nuevo Mundo. ¿Quién se hubiera imaginado, hace no mucho tiempo, que el estudio detenido de las culturas formativas del Ecuador podría revolucionar nuestro concepto de la prehistoria americana? Nadie sospechaba que precisamente aquí en el Ecuador se descubrirían las huella de pueblos cuya influencia sobre el desarrollo cultural del Nuevo Mundo fue determinante durante miles de años. Sin embargo, hoy sabemos que la ausencia de monumentales ruinas no significa de ninguna manera que la prehistoria del Ecuador sea inferior en calidad a la de otros países latinoamericanos (Gartelmann, 1985, pág. 22).

Siguiendo la línea de esta cita, es cierto que las culturas del Formativo local tradicionalmente han carecido de lo que se puede denominar como “hallazgos monumentales”, en comparación a las inmensas construcciones de Perú y Mesoamérica que no existieron sino hasta los 1500 años a.C. Puede que por esta y demás razones, no se ha llegado a dar la importancia suficiente a las culturas ecuatorianas, y tal degradación se ha mantenido hasta el día de hoy. Los elementos o vestigios que han permitido datar a una cultura milenaria han sido aquellos hallados en los depósitos o “basureros” precolombinos, que consisten en los restos arqueológicos dejados por asentamientos humanos de considerable antigüedad (Marín & del Pino, 2005, pág. 75).

En noviembre de 1956, fue publicado el primer informe de Estrada sobre el descubrimiento de la cultura Valdivia, en un pequeño folleto de su museo llamado “Valdivia: un sitio arqueológico formativo en la Costa de la Provincia del Guayas, Ecuador” (Estrada, 1956). Esta publicación preliminar no atrajo demasiada atención de la comunidad de arqueólogos, puesto que solamente presentaba una muestra comparativa de las formas cerámicas y ciertos indicios sobre la temporalidad y cronología (Falconí, 1990, pág. 86). La deducción de similitudes en las técnicas de los

elementos culturales valdivianos con las fases Ancón, Supe y Guañape, pertenecientes al formativo de la Costa peruana, posibilitó determinar una antigüedad mayor a la de Chorrera.

Los científicos cercanos a Estrada, como los miembros del Núcleo del Guayas, ya estaban al tanto de la presunta importancia del descubrimiento. Olaf Holm, en 1957, afirma que la antigüedad exacta de Valdivia todavía no había sido fechada pero, aun así, se muestra convencido de la temporalidad que resultará del análisis de C14 y de la importancia que tendrá este hecho cuando sea demostrado y comprobado por las técnicas científicas de la época, como expresa en la cita siguiente:

Estrada tiene en sus manos un hallazgo que reformará no solo la arqueología del Litoral Ecuatoriano sino también las relaciones entre esta zona y las del interior del país. De acuerdo con las teorías expuestas hace muchos decenios, el Horizonte formativo, ahora localizado por Emilio Estrada, por primera vez en Ecuador, debería lógicamente ser más antiguo que el correspondiente en el Perú. Entendemos que las excavaciones han tenido material orgánico que se presenta para los exámenes de C14, y el resultado será sin duda entre 1.500 a 2.000 años antes de Cristo (Holm, 1957, pág. 249).

Por medio del análisis de la cerámica y de restos de carácter orgánico, se logra definir la inmensa importancia y extensísima antigüedad valdiviana. El primer informe científico de los Evans, llamado “Cultura Valdivia”, fue publicado en 1959 con el aval de Museo Víctor Emilio Estrada. Este escrito, por primera vez, presenta las fechas exactas y cuantificables, obtenidas por medición de C14 sobre dicha fase, como se evidencia en la cita siguiente:

El descubrimiento de la cultura Valdivia en la Costa del Ecuador, constituye un importante paso adelante en el progreso de nuestro conocimiento del periodo formativo en el nuevo mundo. Su posición estratigráfica confirmada por Carbón 14. Le señala una edad de 4.050-4.450 + 200 años. Indicándola como la cultura cerámica más antigua en el Ecuador, y dándole no sólo importancia local sino significación general (Meggers & Evans, 1959, pág. 7).

La cerámica valdiviana no solamente había llamado la atención de los arqueólogos de mediados de siglo por su increíble antigüedad, sino también por el significativo desarrollo de la técnica artística que era, inclusive, más avanzada que muchas manifestaciones posteriores (Turolla, 1970, pág. 21). El sitio inicial o epónimo (G-31), había sido descubierto en una ubicación geográfica cercana a la ribera costanera

ecuatoriana, a orillas del mar, y cerca de un pueblo del mismo nombre. Debido a la ubicación geográfica del complejo y partiendo de un análisis ecológico, los Evans habían puntualizado que la subsistencia valdiviana estaba, mayoritariamente, basada en la pesca y los recursos marítimos, puesto que no se evidenciaron pruebas contundentes que demuestren un desarrollo agrícola concreto.

Los Evans manifestaban que Valdivia gozaba de una economía autónoma gracias a los abundantes recursos naturales que la rodeaban. Se alimentaban de la fauna marina y de plantas comestibles. Y aunque los alimentos eran abundantes, su obtención requería de tiempo (Meggers & Evans, 1959, pág. 10). Según los arqueólogos, su modo de subsistencia y estilo de vida no permitían que se dé un complejo desarrollo de las artes, ni tampoco de la producción artesanal. Sin embargo, aseveran que los objetos cerámicos valdivianos no cumplían una tarea solamente práctica y utilitaria, sino también una función ritual, como se explica a continuación:

Las comunidades tenían una economía autónoma, obteniendo sus alimentos principalmente del mar con mayor énfasis en mariscos, pero probablemente utilizando también plantas comestibles. Aunque las pruebas no son concluyentes, puede inferirse que probablemente se practicaba una agricultura incipiente, aunque no fuese primariamente para productos alimenticios. La caza parece haber tenido poca importancia. Con recursos alimenticios abundantes pero cuya obtención requería tiempo, hubo poco desarrollo de las artes y de la producción artesanal, aunque la decoración de algunas de las vasijas va más allá de los simples requisitos de conveniencia para su uso como recipientes u ollas (Meggers & Evans, 1959, pág. 11)

En el Ecuador de la época estudiada, se recuperó una vieja discusión teórica que había quedado sepultada desde inicios de siglo XX, y es la que habla sobre el origen del hombre ecuatoriano y americano. Este tema, tradicionalmente controversial, dio cabida a fuertes especulaciones difusionistas y transpacíficas, así como desató un discurso de intenso carácter nacionalista que veía al Ecuador como una posible cuna de la civilización americana, todo esto motivado por el descubrimiento de la fase Valdivia.

3.2.1 Especulaciones sobre influencias asiáticas en la prehistoria americana.

En el Ecuador de mediados de siglo XX, a causa de la extensa antigüedad de los descubrimientos efectuados, se evidencia el apareamiento de varias investigaciones e hipótesis sobre los orígenes del hombre americano y las influencias transpacíficas en la

prehistoria ecuatoriana. Esta tendencia fue implantada en épocas pasadas por precursores como Paul Rivet, la cual posiblemente influyó el desarrollo de la propuesta de Estrada, como explica Guevara en la cita siguiente:

Se trata del médico francés Paul Rivet que a comienzos del siglo XX acompañó a la Segunda Misión Geodésica francesa a tierras ecuatorianas, allá por el año de 1901. Su incansable afán investigativo lo llevó a plantear sus ideas sobre el origen del hombre Americano (...) postulando así un origen multirracial de las poblaciones amerindias, lo que a la postre resultó una gran equivocación, porque nuevas ciencias vinieron a apoyar las propuestas de Acosta y Hrdlicka: el origen de los nativos americanos se encuentra en las costas nor-asiáticas de China y Siberia. En las décadas siguientes el interés por esclarecer el origen de los americanos decayó o fue aceptado sin mucha crítica, excepto eventuales propuestas que no han prosperado. Por ejemplo, las relaciones entre la cultura japonesa fabricante de cerámica conocida como Jomón y las innegables similitudes con la cerámica de Valdivia, el aserto de Betty Meggers y Cliff Evans, obligan a pensar, según estos autores, en una corriente migratoria desde las costas japonesas. Por lo menos hay evidencia que muchas regiones del noreste asiático fueron colonizadas a través del Mar del Japón, pero que sean considerados los ancestros directos de los nativos americanos es una teoría actualmente con poco fundamento (Guevara, 2015, pág. 64).

Al investigar las fuentes históricas de la época, en este caso, en el “Boletín de Informaciones Científicas Nacionales de la Casa de la Cultura Ecuatoriana”⁴⁸, número de 1958, se descubren algunas investigaciones que hablan de una posible influencia asiática sobre la prehistoria del Nuevo Mundo. Una de ellas fue elaborada por el ilustre académico y directivo de dicha institución, Carlos Manuel Larrea, también miembro activo y fundador de la Academia Nacional de Historia. En ese entonces, ocupaba el cargo de Vicepresidente de la Casa de la Cultura de Quito, cuya presidencia la ejecutaba el ilustre científico Dr. Julio Endara.

Este artículo se titula: “Posibles Influencias asiáticas en las culturas prehistóricas ecuatorianas”. Su autor afirmaba que habían sido, en aquel entonces, efectuadas una serie de disertaciones sobre el tema de orígenes culturales asiáticos. Dichas conferencias fueron representadas por varias instituciones importantes como el Ministerio de

⁴⁸ Publicación periódica, perteneciente a la matriz de dicha institución en la capital, y difundida desde 1951.

Educación Pública del Ecuador, la UNESCO⁴⁹ y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central del Ecuador, de la cual formó parte como docente (Larrea C. , 1958, pág. 251). Se evidencia una intención de abandonar los mitos de una influencia netamente europea sobre la prehistoria local y de empezar a considerar al continente asiático como uno de los posibles núcleos de la cultura ecuatoriana. Se desarrollaron varias incógnitas y especulaciones relacionadas a esta problemática difusionista, como muestra la cita siguiente:

Pero antes de la conquista española, en tiempos prehistóricos, ¿existió alguna influencia asiática en América? (...) Para que haya podido existir una influencia asiática en las culturas prehistóricas ecuatorianas, es indispensable que haya habido, directa o indirectamente, un contacto, una relación cualquiera entre los habitantes de los dos continentes separados por el Gran Océano (Larrea C. , 1958, pág. 253).

Larrea expresa que se había abandonado la idea de la existencia de un hombre autóctono originario de América, postura preponderante décadas atrás. En su lugar, se adoptó y posicionó la explicación de que la población del Nuevo Mundo se inició únicamente a causa de migraciones desde otros continentes, negando así un desarrollo independiente y autóctono de las poblaciones americanas. Afirma que esta temática fue complementada por el debate sobre el monogenismo y el poligenismo: El primero, habla de un origen único y unilineal de la raza humana, mientras que el segundo, argumenta que las razas tienen varios orígenes dispersos. A causa de la evidente influencia del evolucionismo de Charles Darwin se había descartado la segunda teoría, y se optó por un origen unilineal para explicar la procedencia del hombre americano.

Según el ecuatoriano, desde la conquista española se han creado numerosas teorías sobre las migraciones transpacíficas en la época precolombina. Existen básicamente dos tipos o categorías: Las propuestas de viajes a través del océano pacífico y también las movilizaciones perpetradas por tierra -como las que se efectuaron por el Estrecho de Bering-. Larrea menciona al científico Alexander Von Humboldt para ejemplificar los estudios comparativos entre América y Asia, los cuales se basaron en varios aspectos como la similitud entre lenguas, costumbres y prácticas que exhibían un posible

⁴⁹ Se puede observar que la UNESCO, a mediados de siglo XX, se mantuvo involucrada en las investigaciones prehistóricas de fuerte tendencia difusionista, como ejemplos, el tema de los contactos mesoamericanos con las culturas locales o los orígenes transpacíficos del hombre americano. Este tipo de teoría era legitimada por organizaciones de renombre internacional como la mencionada.

contacto humano o intercambio cultural (Larrea C. , 1958, pág. 259). Las especulaciones difusionistas de estos autores, fundamentaban sus argumentos en las impresionantes similitudes o correlaciones identificadas mediante el análisis comparativo de elementos y objetos culturales de la prehistoria; sus formas, técnicas, estilos y rasgos que se repiten en contextos separados por distancias considerables.

Dentro del ámbito de la ciencia arqueológica -especialmente la que desarrolló una postura positivista-, la búsqueda de orígenes mediante el estudio de los objetos del pasado ha generado fuertes controversias dentro de la comunidad científica. Ha sido criticada como una forma de politizar la ciencia y de generar una postura etnocentrista sobre la evolución cultural americana (Lumbreras, 1981), discusión que será profundizada en el siguiente capítulo. La propuesta transpacífica de Estrada, Meggers y Evans fue sobre el “origen” asiático de la cerámica valdiviana, tesis que trajo un fuerte debate y motivó el desarrollo de otras contrapropuestas difusionistas que planteaban núcleos alternos de esparcimiento cultural (Meggers, 1987). El escrito de Larrea presenta también la clara presencia de elementos nacionalistas en su discurso. Él plantea que las teorías transpacíficas, en su época, gozaban de una plena aceptación. Además, manifiesta que existían suficientes evidencias, extraídas de investigaciones pasadas, que demuestran la influencia asiática de las culturas prehistóricas ecuatorianas, pero deja en manos de las investigaciones de la arqueología moderna, aclarar dichas incógnitas, como expresa en la cita siguiente:

En todo lo cual, fuera de las coincidencias debidas a la unidad fundamental del género humano, al origen espontáneo de ciertas invenciones y al uniforme desarrollo de técnicas en determinadas etapas de la civilización, no podemos menos que ver reminiscencias remotas de relaciones étnicas y culturales entre los dos continentes y reconocer que en las culturas prehistóricas de nuestra Patria existe la influencia de culturas orientales muy antiguas (...) Más hondo conocimiento de la arqueología del Este asiático y de la prehistoria ecuatoriana, con la exploración científica de zonas hasta ahora no estudiadas suficientemente, permitirá hallar nuevos datos que corroboren lo que dejo expuesto (Larrea C. , 1958, pág. 262).

Emilio Estrada, posiblemente, se basó en este tipo de investigaciones vigentes, para incentivar la elaboración de una hipótesis específica y científicamente probable, alejada del carácter especulativo y relativo de otras indagaciones contemporáneas. Gracias al desarrollo de las técnicas de fechaje, el método ford y la implantación de una

cronología prehistórica absoluta, fue posible para el guayaquileño cuestionarse sobre los contactos y migraciones transpacíficas de las culturas más antiguas de América. Después de todo, no fue tan descabellado extender un poco más la secuencia cultural de la Costa, que fue ya puesta en vigencia, hasta el neolítico japonés.

Otro artículo del boletín de la Casa de la Cultura Ecuatoriana fue escrito dos años antes que el de Larrea, en septiembre de 1956, pero publicado en 1958, por el Dr. Rodrigo Villegas y se titula: “Breves acotaciones respecto al origen del hombre americano” (1958). Según Villegas, a mediados de siglo XX, existieron tres corrientes teóricas que trataban el origen del hombre americano. Primero, la teoría *autóctona* que defendía que se originó en su propio continente, independientemente de influencias externas. Esta postura fue rechazada por falta de evidencia científica. También estaban la teoría asiática y, por último, la oceánica. Los estudios sobre el origen de la raza humana en el Nuevo Mundo se remontan a inicios del siglo XIX, con las investigaciones de carácter naturalista que se fijaban en aspectos morfológicos, biológicos, etnológicos, etc. de los primeros pobladores. Desde la época de Humboldt se había propuesto el origen mongoloide de los grupos humano americanos (Villegas, 1958, pág. 348).

Hasta mediados de siglo, también habían evolucionado los estudios químicos en la búsqueda de orígenes. Estos estaban dedicados a la definición de los grupos sanguíneos en los asentamientos humanos prehistóricos. En 1954, se generaron varios descubrimientos de nuevos sistemas sanguíneos que mostraban una procedencia contraria a la teoría oceánica de Rivet. Sobresalieron las pruebas de una influencia asiática manifestada en un elemento denominado como el “Factor Diego”. Una publicación del 28 de junio de 1956, del diario “El Comercio” de Quito, presenta una noticia relacionada a estos descubrimientos y al hecho de que los remotos antepasados provinieron del continente oriental, puesto que el Factor Diego se había encontrado en indígenas (canadienses, brasileiros, norteamericanos, venezolanos, y ecuatorianos), así como en asiáticos (chinos, japoneses y mongoles). Claro que variaba en su proporción y según el grado de influencia genética que cada grupo humano poseía, y constaba como el elemento hereditario que unía al Nuevo Mundo con la “madre Asia” (Presencia del "Factor Diego", 1956).

El análisis de estos textos de la época es realizado para dar cuenta del amplio debate transpacífico que fue retomado por la ciencia ecuatoriana, posiblemente, motivado por

los recientes descubrimientos arqueológicos de las culturas complejas más antiguas del continente y por la necesidad de remitirse a un pasado distante como fundamento identitario del progreso y modernización social. Se concluye que la teoría transpácifica de Estrada, más que haber sido generada a partir de interpretaciones aisladas y caprichosas, o de un etnocentrismo europeo, respondía a una necesidad científica y social de encontrar respuesta a ciertas incógnitas emergidas varias décadas atrás.

3.2.2 Datos científicos relacionados a la antigüedad de la cultura local

Otro artículo de Larrea, elaborado un par de años después de los citados en el punto anterior, se titula “Datos sobre la antigüedad del hombre en el Ecuador” (1960). En el mismo se observa la adopción de un lenguaje arqueológico técnico, a diferencia del especulativo-descriptivo precedente. Esta evolución del discurso presenta una terminología especializada, fundamentada en los nuevos métodos y técnicas arqueológicos que, al parecer, ya se habían generalizado en los estudios locales. Larrea ahora habla de “datos” que han podido ser calculados, cuantificados y comprobados sobre la antigüedad del hombre ecuatoriano, como se expresa en la cita siguiente:

El desarrollo de los estudios arqueológicos ha permitido hallar las relaciones de varias culturas sudamericanas con otras desarrolladas en Centro y Norteamérica; y la cronología más o menos aproximada de estas, comprobada en algunos casos por el método de la radioactividad del carbono 14, ha hecho que podamos calcular la época en que florecieron pueblos relativamente de avanzada civilización en Sudamérica (...) Recientes exploraciones en la Costa ecuatoriana han revelado la existencia de culturas formativas que datan aproximadamente de 2.000 a 2.500 años antes de Cristo, o sea, manifestaciones culturales que se remontan a 4.000 y 4.500 años del presente. Esta antigüedad se ha calculado no sólo por comparación tipológica con otras culturas de edad ya más o menos conocida, sino también por experimentos practicados con el carbono radioactivo (Larrea C. , 1960, pág. 150).

Larrea llega a reconocer la dificultad de una definición y medición objetiva de la antigüedad u origen del hombre en el continente americano o de las primeras migraciones, puesto que ya era bastante complicado, en ese entonces, desarrollar solamente una cronología relativa y absoluta de las culturas precolombinas. En consecuencia, se deja de lado aquella complicada discusión para ser descartada y reemplazada por el desarrollo de hipótesis científicamente comprobables, como expresa la cita siguiente:

Si ha sido ardua cuestión establecer la cronología, siquiera relativa, de las culturas sudamericanas, más complejo y difícil de resolver es el problema de la antigüedad del hombre en América Meridional. Si en la Septentrional, donde los hallazgos de restos humanos han sido más numerosos, aun no se ha llegado a conclusiones definitivas, menos ha podido fijarse la antigüedad de las primeras migraciones en Sudamérica (...) La teoría del hombre autóctono de este Continente está científicamente descartada, pero cada vez aparecen pruebas de mayor antigüedad para la época en la que el hombre puso sus plantas en las tierras que forman el llamado Nuevo Mundo (Larrea C. , 1960, pág. 152).

Con este ejemplo ecuatoriano se ha logrado observar la evolución partiendo de un discurso historicista y tradicional hacia uno más técnico, moderno y científicista. Larrea, en un intento de adaptarse al nuevo modelo norteamericano, desarrolló otro tipo de retórica, como de igual manera sucedió con la mayoría de miembros que conformaban la red científica local. A pesar del desarrollo técnico, la teoría difusionista tradicional no podía ser derribada, al contrario, sus propuestas e hipótesis tomaron una mayor fuerza y sustento.

Durante estas fechas, también se desarrollaban las investigaciones de la expedición de la Universidad de Oklahoma, dirigida por el norteamericano William J. Meyer-Oakes, en asocio con la Casa de la Cultura de Quito. Esta misión se ocupó de verificar la antigüedad de los vestigios encontrados en el sitio el Inga, situado en las faldas del Ilaló, cerca de Tumbaco. La definición de las fechas absolutas fue efectuada gracias al apoyo de la Universidad de Oklahoma y del Departamento de Observaciones Geológicas de la Smithsonian Institution. Luego de los correspondientes exámenes y el análisis del material de obsidiana, se estimó una antigüedad aprox. de 8000 a 10.000 a.C., la que demostraba el paso de grupos humanos pre-cerámicos propios del paleolítico de la Sierra. Se ha revisado una correspondencia de 1960, dirigida a Carlos Manuel Larrea, que muestra la respuesta del Museo de la Universidad de Oklahoma acerca de los resultados de varios análisis efectuados, en la misma fecha, sobre un conjunto de objetos de obsidiana extraídos del sitio El Inga. Un extracto de la carta se presenta en la cita siguiente:

Universidad de Oklahoma, Mayo 3 de 1960

Sr. Carlos Manuel Larrea

Quito-Ecuador

Estimado Señor Larrea:

Las muestras de obsidiana tomadas en la superficie del lugar, así como de nuestras excavaciones, han sido probadas por el Departamento de Observaciones Geológicas de los Estados Unidos (Sistema de proporción de hidratación) de la Smithsonian Institution. Los resultados indican una considerable antigüedad (de unos 10.000 años), pero hay varios factores que influyen en este cálculo de fecha. Una fijación definitiva de la fecha o época, pudiera existir cuando se obtengan muestras de obsidiana de excavaciones mayores en el lugar. Esperamos también encontrar carbón para aplicar el sistema de cálculo de la edad por estudio del carbón radioactivo.

Cordialmente

William J. Meyer-Oakes. Director (Larrea C. , 1960, pág. 85).

Mediante el examen de esta correspondencia se concluye que, gracias a las siguientes expediciones norteamericanas que llegaron al país, se generalizó la aplicación de los métodos para medir la antigüedad de vestigios y para el estudio sistemático de la prehistoria, que eran desconocidos algunos años atrás. La vasta utilidad científica de las técnicas innovadoras hacía necesaria la vinculación con las instituciones extranjeras especializadas en su manejo. También se observa la implantación de una arqueología que contaba con recursos similares a los de las ciencias naturales, puesto que las investigaciones de campo y las excavaciones se veían complementadas por los análisis de laboratorio al momento de comprobar las hipótesis de la época.

En este sentido, es que se desarrolla la necesidad de una red arqueológica distinta a la de épocas pasadas, conformada por sujetos, instituciones, objetos, espacios y relaciones sociales que posibiliten una eficiente producción y expansión arqueológica. El vínculo directo se desarrolló con los Estados Unidos, puesto que el Ecuador vio la necesidad y la oportunidad de explotar las nuevas herramientas arqueológicas para la reconstrucción de una identidad nacional. Se dio una negociación o una traducción de intereses en general, puesto que la ciencia norteamericana estaba interesada en nuestras culturas prehistóricas para la aplicación de sus conocimientos revolucionarios, y nosotros estábamos interesados en su tecnología para redescubrir y revalorizar el pasado en la recuperación de un nacionalismo perdido.

3.2.3 El nacionalismo en el discurso arqueológico ecuatoriano

Al presenciar los debates difusionistas sobre la prehistoria americana (influencias asiáticas, mesoamericanas, andinas, etc.), desatados por el descubrimiento de la cultura más antigua del Ecuador, se puede ultimar que se presentaba el escenario ideal para que

Estrada logre elaborar y revelar su hipótesis transpacífica. Al haber logrado tener bajo su poder una colección de miles de tiestos y vestigios excavados hasta inicios de los sesenta, pertenecientes a varios periodos y complejos de la Costa, el guayaquileño tuvo la suerte de descubrir impresionantes similitudes entre los elementos culturales de Asia y Ecuador.

Tal supuesto, en parte, confirmaba las sospechas planteadas por Larrea y otros de sus contemporáneos sobre viajes y migraciones transpacíficas hacia la América precolombina, negando así el mito histórico del descubrimiento europeo del continente. El grupo de Estrada fue el primero en identificar la edad de la fase Valdivia, e introducirla al inicio del marco del Periodo Formativo local, como la cultura más temprana de suelo americano. En ausencia de un precedente cultural, se dio la apertura hacia el desarrollo de varias opiniones arqueológicas y estudios que trataban de descifrar la procedencia de esta cultura. Fue un total enigma para la ciencia de la época, abierto por el horizonte temporal de la extensa antigüedad arqueológica del país.

El mencionado debate tuvo efecto en varios aspectos y sectores de la sociedad local, como el político, social, científico, institucional, etc. Pero el efecto que tuvo mayor impacto ideológico fue el desarrollo y construcción de un nuevo discurso nacionalista que presentaba a la prehistoria ecuatoriana como uno de los núcleos de irradiación cultural más importantes del continente americano. Las fases Valdivia, Chorrera, Machalilla, Bahía, Milagro, etc. generaron nuevas formas de identidad y motivaron a la redefinición de los orígenes remotos de la nación. El nacionalismo norteamericano - presente dentro del discurso científico foráneo- a diferencia del ecuatoriano, partía de su carácter como nueva potencia científica más que por la búsqueda de sus propias raíces culturales. Fue su prioridad principal hallar casos de estudio adecuados para medir la eficiente aplicación, puesta en práctica y alcance de sus técnicas y métodos innovadores.

La arqueología moderna norteamericana y su representación antropológica del pasado aborigen del Nuevo Mundo se fundamentaron, básicamente, en una visión sobre el “otro”, más que en el “nosotros” (Johnson, 2000, pág. 48). Por ende, su arqueología fue ideológicamente distinta a la desarrollada en Sudamérica o en el Ecuador, las cuales se caracterizan por ser colonias europeas. La arqueología ecuatoriana, en cambio, se adaptó y benefició de esta ciencia avanzada para la redefinición de su propio pasado cultural y riqueza patrimonial, es decir, para lograr determinar su verdadera prehistoria

y raíces étnicas, por medio del estudio científico de las reliquias de culturas y manifestaciones precolombinas. Los recientes descubrimientos dieron vida a un pasado distante y milenario, el cual, tradicionalmente era subestimado e ignorado por la perspectiva occidental etnocentrista. Estos fueron los principales motores políticos e ideológicos de las investigaciones y proyectos vinculados al patrimonio arqueológico.

Se presume que el nacionalismo naciente en el Ecuador, principalmente desde la década del sesenta, pudo tener su origen en factores históricos como los descubrimientos arqueológicos y la revolución cultural, pero también pudo ser uno de los efectos sociales de una época de progreso motivado por los distintos auges de la economía agrícola nacional, los cuales ocasionaron el desarrollo de ideales modernizadores que requerían la definición de un pasado, cultura y los orígenes remotos de la nación. La idea de cultura era un sinónimo de civilización en el Ecuador de mediados de siglo. Por último, se suman también los efectos sociales e identitarios de los conflictos bélicos que afectaron de gran manera la idea y concepto de nación, la cual fue reconstruida gracias a la arqueología de la época. Un claro ejemplo de discurso nacionalista de carácter privado y, de cierta manera, independiente de estructuras institucionales, consecuencia de la evolución de la ciencia local, fue el de Estrada, quien decidió llevar sus recursos al extremo en la búsqueda de los verdaderos orígenes de la cultura ecuatoriana.

Su cercano amigo y colega, Julio Viteri Gamboa, publicó un artículo dedicado al fallecimiento del guayaquileño, el 23 de noviembre de 1961 en “El Universo” de Guayaquil. En este escrito, Viteri afirma, utilizando expresiones de tinte claramente nacionalista, que la herencia de Estrada posibilitó al país desmontar el pasado Inca-Huancavilca de la Costa ecuatoriana, y dejar prueba de las primeras llegadas de asiáticos al continente americano. Afirma que el guayaquileño había devuelto el “verdadero pasado étnico” y la “auténtica nacionalidad” a su pueblo natal (Viteri, 1961). El redefinir los orígenes de la civilización andina fue el principal objetivo de la ola nacionalista aparecida a mediados del siglo XX y su eje fundamental fue la arqueología.

Otra manifestación nacionalista en el país se presentó dentro del discurso institucional, estatal y patrimonial sobre el pasado ecuatoriano. Como ejemplo, está el discurso de los miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y del Banco Central del Ecuador, cuya preocupación sobre el pasado prehistórico local partió de una intención museística y administrativa, sumado a la eterna lucha en contra del tráfico ilegal y destrucción de los

objetos. Estas instituciones culturales abogaban por el objetivo unificador de proteger la “riqueza arqueológica del Ecuador” y “reforzar nuestra nacionalidad resquebrajada por errores políticos y por intereses personalistas” (Pérez., 1965, pág. 1), motivaciones que van a la par del interés científico, así como generan un claro apego sentimental y generalizado hacia los fundamentos y valores sociales de la preservación del pasado.

En un ámbito público, las instituciones culturales más presentes en el Ecuador fueron la Casa de la Cultura y el Banco Central. La primera sufriría una crisis que culminaría con “la toma de la casa” en 1966. Por otro lado, el Banco Central manifestaría una estabilidad económica que le permitió convertirse en el mayor adquisidor y coleccionista de arte y piezas arqueológicas (Cevallos, 2012, pág. 44). El Museo del Banco Central del Ecuador fue un espacio estatal surgido en Quito a finales de los sesenta, dedicado al control, valoración y regulación del patrimonio arqueológico y al resguardo las colecciones adquiridas.

Su creación e inauguración fue iniciativa del Gerente General Guillermo Pérez Chiriboga, quien organizó un Consejo de Gobierno del museo, en 1965, el cual fue conformado por el arqueólogo Olaf Holm, Carlos Manuel Larrea, entre otros especialistas, y fue dirigido por el museólogo, Hernán Crespo Toral, quien incursionó en la arqueología gracias a su vinculación con Carlos Zevallos Menéndez y Francisco Huerta Rendón. El museo del Banco Central del Ecuador fue un espacio enriquecido por la adquisición de colecciones privadas, como la fallida compra del sitio Tolita en 1945 (Chiriboga, 1966, pág. 1), o la compra de la colección del suizo Max Konanz, en 1959 (Di Capua, 1970, pág. 1). Desde la década del setenta, se va afianzando un coleccionismo, desde la institucionalidad ecuatoriana, de objetos y reliquias que atestigüen el pasado y presente en la construcción de un nacionalismo ecuatoriano, como explica Pamela Cevallos en la cita siguiente:

Desde principios de la década del sesenta se va afianzando desde la institucionalidad ecuatoriana un sentido de coleccionismo de todo tipo de objetos que atestigüen sobre el pasado y el presente de la nación. Así se constituyen archivos de carácter nacional, siendo el caso más destacado la Colección Arqueológica y de Arte del Banco Central del Ecuador, institución emisora de la moneda, que desde una lógica bancaria de acumulación se convirtió en el mayor coleccionista en el país. Con estas reservas se instaura la noción de Museo Nacional en el país y con ella una representación de la nación y de sus ciudadanos que funcionó posicionando una versión de historia que, para Anderson, al igual

que los censos y mapas, “modelaron profundamente el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje” (Anderson, 1993:229). Es decir, el museo asumió el papel de custodio de las evidencias de la existencia de la nación mediante la colección y exhibición de objetos del pasado que, coherentemente, podían mostrar sus orígenes, genealogías y vocación cívica (Cevallos, 2012, pág. 63).

Se debe hacer un hincapié sobre el destino que tomaban los vestigios arqueológicos encontrados en las excavaciones efectuadas en los setenta, época caracterizada por una naciente arqueología patrimonial y el auge de la institución del Banco Central, en relación a la custodia de la riqueza patrimonial y cultural del país. El caso del Museo del Banco Central es el más destacado ya que fue uno de los destinos de las colecciones del Museo Víctor Emilio Estrada, que fueron adquiridas por el museo antropológico en Guayaquil y en parte fueron trasladadas a la sede del museo en Quito (Holm, 1983, pág. 11). En los setenta, fueron llevadas al Museo de Arqueología del BC las piezas recolectadas en las excavaciones y trabajos de campo de la expedición de la U. de Illinois -la cual será profundizada en el siguiente capítulo-, como expresa esta cita de los líderes de dicha empresa científica:

La excavación no ha progresado solamente en una forma cuantitativa en lo que refiere a la obtención de datos, sino que piezas de incuestionable mérito artístico y museológico han sido recobradas de la excavación. Todas estas piezas fueron entregadas al Museo de Arqueología del Banco Central del Ecuador, según los contratos celebrados entre la Dirección del Patrimonio Nacional, el Banco Central del Ecuador, la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois y el señor Jorge G. Marcos Pino (Lathrap & Marcos, 1975, pág. 45).

Uno de los ejemplos que han sido tomados en cuenta para el discurso nacionalista institucional es el de Carlos Manuel Larrea, quién exhibe su postura y su acogida sobre la labor de Guillermo Pérez Chiriboga⁵⁰, Gerente General del BCE, en un informe del Consejo de Gobierno del Museo del Banco del año 1966. Dicho documento habla sobre

⁵⁰ Es un tema político y social de verdadero interés histórico dar cuenta que la protección del patrimonio arqueológico en el Ecuador ha estado comúnmente ligada a una administración vinculada a la banca. El caso del banquero Emilio Estrada y la arqueología del Litoral vendría a conjugarse con el servicio cultural del banquero Guillermo Pérez Chiriboga, en los sesenta. En un ámbito internacional se cita el ejemplo de la familia Rockefeller quienes eran mecenas del arte occidental, por lo cual sus adquisiciones sirvieron como fuente de reliquias para los museos y espacios que las custodiaban (Larrea C. M., 1966, pág. 4). La elite banquera ha sido uno de los sectores sociales que han generado, tradicionalmente, los fondos económicos privados capaces de adquirir colecciones, riquezas, reliquias y objetos de carácter invaluable, pero que dan forma a la historia y la memoria, es decir, lo que merece ser recordado.

la primera reunión⁵¹ del consejo, en la que fueron planteados los objetivos de la próxima fundación del museo arqueológico. Un extracto es presentado a continuación:

Usted (Pérez), con una visión extraordinaria, ha pensado que es indispensable el mantenimiento de la historia y de sus fundamentos para que se conserve el patriotismo, para que se conserve el alma nacional, y para el mantenimiento de la historia era indispensable comenzar por el estudio de nuestro origen, por el estudio de la prehistoria, por el estudio de la arqueología que es auxiliar de la historia. Con una visión magnífica, ha cumplido usted, poniendo los fundamentos para el progreso del país y su consolidación de espíritu, y esta consolidación espiritual, no puede hacerse sino con conocimiento profundo de la historia. Esto es lo que usted está haciendo, señor Pérez y está levantándose un monumento, el más grandioso, que la República tendrá que agradecerle siempre (Larrea C. M., 1966, pág. 4).

En el primer capítulo se ha analizado ya la importancia del aspecto político del nacionalismo en la arqueología, su vinculación con la búsqueda de orígenes culturales, las prácticas coleccionistas, el ideal de progreso social y la conformación de los ideales republicanos en la construcción del pasado e identidad de los pueblos. Siguiendo con la línea temporal del proceso estudiado, posiblemente, por esta importancia sociocultural de encontrar un posible origen para la cultura local, Estrada tuvo la urgencia de revelar su descubrimiento transpacífico lo más pronto posible, en 1960, puesto que, más que una necesidad científica, estaba respondiendo a una necesidad social de la época. Dicha exigencia fue la revelación de una pieza clave para romper el mito del “indio salvaje” preincaico de la América andina.

3.3 Creación de la propuesta transpacífica de Emilio Estrada y su lucha por reconocimiento científico

En la revista del Núcleo del Guayas de 1961, número dedicado al fallecimiento de Estrada, se narra por parte de Betty Meggers los hechos que llevaron a tal descubrimiento, también se exhibe el papel del guayaquileño como autor original de la propuesta sobre el contacto transpacífico de Valdivia, dato que se presenta en la cita siguiente:

En 1960, durante las excavaciones en Esteros y Bahía de la costa central de Manabí, sus reconocimientos de series de características extrañas resultaron en el

⁵¹ La primera reunión del consejo fue efectuada el 23 de septiembre de 1966, en Quito (Chiriboga, 1966, pág. 1).

primer caso realmente bueno para un contacto transpacífico anterior a la Era cristiana. Un trabajo adicional en 1961 en el sitio Valdivia reveló una serie de elementos de los periodos más tempranos que ciertamente se relacionan con la cerámica Jomón del Japón entre 3.000 a 2.000 años a.C. Posiblemente esto representa la introducción de la técnica cerámica en América del Sur. Como parece posible, en vista de su temprana antigüedad, la clara evidencia cerámica de un contacto transpacífico (...) Debe ser enfatizado que estos descubrimientos fueron realizados por Estrada y el mayor crédito le pertenece, a pesar de que aparecemos como coautores debido a su insistencia en hacer públicos varios de estos escritos (Meggers & Evans, 1961, pág. 13). -Traducción del autor-

Esta hipótesis fue desarrollada, inicialmente, mediante métodos comparativos y fechas especulativas, posteriormente, durante su etapa de comprobación, en 1963, fueron aplicados recursos científicos como las técnicas de fechaje, secuencia cronológica, comparación tipológica y estilística exhaustiva, análisis de laboratorio, excavaciones de corte estratigráfico, etc. Los resultados obtenidos llevaron a considerar dicha hipótesis como una posible verdad científica o como una teoría válida para explicar el problema sobre el origen del periodo formativo ecuatoriano. Emilio Estrada Ycaza falleció en 1961, un año después de la difusión de sus últimos descubrimientos y, en consecuencia, este no llegó a presenciar el momento de comprobación y validación científica. Ese privilegio fue cedido a sus colegas del Smithsonian, quienes defendieron la teoría transpacífica hasta sus últimos días, a pesar de haber sido constantemente embestida por sus opositores. Sin embargo, cabe reflexionar que su elaboración fue un proceso paulatino. En términos de Latour, comenzó como una simple opinión, con sus primeras conjeturas, indicios y supuestos, para luego transformarse en una verdad difícil de refutar.

En la edición de la revista *Vistazo* de julio de 1960, fue presentado por Emilio Estrada el primer informe oficial sobre un contacto transpacífico entre Asia y la Costa ecuatoriana, “Asiáticos desembarcaron hace 2000 años en Ecuador”⁵² (1960). Al no ser una publicación de carácter científico, sino cultural, empírico e informativo, sus argumentos iniciales solamente estuvieron basados en su aguda intuición deductiva y en la comparación reflexiva e interpretativa de los vestigios. El autor exhibe, con la ayuda de imágenes, varias similitudes encontradas entre las culturas Bahía y Valdivia con los asentamientos de la prehistoria asiática, sumado a una datación relativa de inicios de la Era Cristiana. La ausencia de un precedente cultural al norte y sur del Ecuador que logre

⁵² Véase: Anexo 12.

aclarar la procedencia local de estos elementos, dio a presumir un vínculo directo con China y Japón. Este pudo haberse efectuado por un viaje transoceánico, accidental o planeado de pescadores dirigiéndose hacia el territorio de la Costa ecuatoriana.

Estrada aclara el porqué de la urgencia en hacer públicos sus descubrimientos, al mencionar que algunos círculos científicos internacionales habían apoyado su propuesta inicial, lo cual motivó a su inmediata difusión. No obstante, para ser considerada como una verdad o teoría científica era absolutamente necesaria la ejecución de una investigación metodológica y técnica de primera mano, que logre corroborar sus afirmaciones. Debido a la falta de disponibilidad inmediata de dichos recursos para el adecuado procedimiento científico, el guayaquileño se vio obligado a recurrir a la revista “Vistazo”, para hacer público su descubrimiento ante la sociedad ecuatoriana y así poder atribuirse su título político de autor, como se expresa en la cita siguiente:

En nuestro último viaje al exterior visitamos museos y bibliotecas, discutiendo el problema, y la posibilidad de esta influencia directa, con los mejores especialistas de América y Europa. Grande fue nuestra alegría cuando se nos instó a publicar dichos hallazgos y se nos solicitó este trabajo para ser publicado en Estados Unidos. Como esto tomará aún varios meses, y la publicación constituirá un trabajo especializado, hemos querido divulgarlo en forma sintética en VISTAZO, presentando algunas de las pruebas arqueológicas en las que se basa nuestra teoría (Estrada, 1960, pág. 64).

Las pruebas iniciales, que menciona el guayaquileño, constaban en imágenes de elementos arquitectónicos, objetos utilitarios, vestigios de costumbres funerarias y figurines de características claramente orientales⁵³. Se presumía, en ese entonces, que la antigüedad del contacto transpacífico databa de hace aproximadamente 2000 años antes del presente. Esta primera estimación carecía aún del fechaje de C14 y de una clasificación exhaustiva de los elementos culturales de ambas localidades, por lo cual no se obtuvieron todavía fechas más tempranas.

Las características arquitectónicas que fueron analizadas en los modelos cerámicos de casas, se parecían a los estilos y formas comúnmente usados en el periodo Han de la China⁵⁴. En Asia, este tipo de elementos fue difundido en Indochina e Indonesia y luego llegaron hasta el Japón, poco antes del nacimiento de la Era Cristiana. La cerámica

⁵³ En aquella época, la expresión “oriental” se utilizaba más para referirse a elementos de origen asiático. Puede confundirse con la expresión similar referente a la región amazónica.

⁵⁴ Véase: Anexo 13.

ecuatoriana fue realizada a base de barro cocido, es decir, del mismo material de los vestigios asiáticos. Otros objetos que revelaron impresionantes similitudes fueron los descansanucas y las compoteras de pedestal⁵⁵. Según Estrada, no se habían encontrado estos elementos en ningún otro asentamiento de América, más que en Bahía y en la prehistoria China, por lo cual infirió una influencia directa. Algunos indicios sobre la similitud con la cultura Jomón del Japón⁵⁶ fueron mencionados en este primer informe, como es el caso de los adornos de orejeras, los que tienen sus duplicados en Bahía. Dichos elementos jomoneses eran pertenecientes a una temporalidad más temprana a la Era Cristiana (Estrada, 1960, pág. 68), la cual no fue reconocida con mayor precisión, sino hasta 1961, luego de nuevas excavaciones y hallazgos de material cultural.

También llamaron la atención varios figurines; como fue el caso de una figura que exhibe una postura de yoga⁵⁷, que no podía ser interpretada de otra cultura sino de la asiática. Estrada argumenta que los aborígenes recibían de forma pacífica a los navegantes precedentes a la conquista española y absorbían sus costumbres. Las imágenes presentadas en el informe fueron de los casos más impresionantes, que demostraban un parecido estilístico y tecnológico excepcional, a diferencia de otros ejemplos que se asemejaban en menor grado, por lo cual, fueron excluidos de este informe. El arqueólogo hablaba de la “introducción de elementos culturales”, que fueron absorbidos por los aborígenes locales durante un cierto periodo de tiempo, hasta que dicha influencia simplemente desapareció⁵⁸.

Según un artículo de “El Universo” del 21 de noviembre de 1961, dedicado al fallecimiento del guayaquileño, se resalta que este habría sido quien probó que los incas jamás se ubicaron en la Costa ecuatoriana y que la propuesta transpacífica “fue un hecho sensacional en el mundo científico histórico, sin la vaguedad casi hipotética de la raza proto-mongoloide por el Estrecho de Bering hace milenios” (De Triana, 1961). La medición del radiocarbono que atribuyó una mayor antigüedad al contacto transpacífico

⁵⁵ La similitud de estos elementos pertenecientes a la cultura Bahía de la Costa ecuatoriana fue determinada por Huerta Rendón en 1957, pero este presumía un vínculo transpacífico con el continente oceánico. Estrada reformularía estas afirmaciones cambiando de núcleo cultural por el Asia.

⁵⁶ La importancia de la cultura Jomón no fue determinada en este informe inicial, sino posteriormente con otras excavaciones estratigráficas que revelaron más elementos paralelos entre las culturas lejanas.

⁵⁷ Carlos Manuel Larrea también había hablado sobre estas figuras que hacen reminiscencia al budismo oriental, principalmente en el México prehispánico (Larrea C. , 1958, pág. 259)

⁵⁸ Esta conclusión pudo haber sido obtenida mediante el análisis de seriación del método ford que, en los sesenta, ya había sido introducido en el contexto local, en el cual se determina la presencia y ausencia de elementos y características cerámicas y materiales para determinar fases, tradiciones y periodos.

fue realizada por los Evans después de la muerte de Estrada. Antes de esa etapa de comprobación, los argumentos presentados por el guayaquileño solo eran meras suposiciones, sin validez científica real, pues hacía falta la realización de una expedición arqueológica hacia el Japón. Todavía no trae la discusión sobre un “origen” cultural, sino simplemente de un “contacto” cuyo efecto e influencia pudo haberse esfumado luego de un lapso temporal. La idea de un origen transpacífico de la cerámica Valdivia fue atribuida posteriormente durante las investigaciones de los Evans sobre la hipótesis planteada (Meggers, 1987).

3.3.1 El enigma del “origen” asiático de la cerámica Valdivia.

Debido a la trascendencia de la hipótesis, los Evans viajaron una tercera vez al Ecuador, desde julio hasta diciembre de 1960, para efectuar nuevas excavaciones con el objetivo de hallar las pruebas para perfeccionar sus argumentos sobre los elementos valdivianos. Sus demás correlaciones difusionistas con otros asentamientos americanos de Perú (Guañapé), Panamá (Monagrillo), Colombia (Barlovento) y México (Tlatilco), habían sido menos significativos y de menor complejidad en sus vínculos y correlaciones (Meggers, Evans , & Estrada, 1965, pág. 158). La propuesta transpacífica tiene fundamentos similares a aquellas hipótesis que planteaban vínculos peruanos o mesoamericanos con el Ecuador, desarrollados por medio de viajes marítimos o fluviales. A finales de los sesenta, gracias a las comparaciones efectuadas por James Ford⁵⁹, es que se desarrollan correlaciones difusionistas entre varias culturas del Formativo americano mediante el método fordiano de análisis material y cerámico. Ford logra vincular las manifestaciones formativas descubiertas en Colombia (Puerto Hormiga), Norteamérica (Georgia y florida), Mesoamérica, Perú y el Ecuador (Brown, 1978, pág. 31)

Es de gran importancia aclarar por qué los Evans habían centrado mayor importancia en el caso de Valdivia que en el de Bahía. Inicialmente, ambas propuestas transpacíficas ganaron similar atención, puesto que se desconocía su datación absoluta real. En 1961, Estrada plantea una primera aproximación temporal para el contacto Valdivia-Jomón, el cual vino a clarificarse con una antigüedad relativa de 2000 a 3000 a.C. En el caso de Bahía, fue determinada una fecha del contacto a inicios de la Era Cristiana. Por esta razón, la hipótesis Valdivia-Jomón se presentaba como el contacto más temprano y que

⁵⁹ Véase: Anexo 7.

podía representar un origen cultural potencial o un precedente directo que explique la introducción de un modo de sociedad cerámica en América, carente de antecedentes autóctonos. En ese sentido, la hipótesis valdiviana ameritaba mayor y pronta atención, y fue escogida por los Evans para su procedimiento de comprobación científica.

Ellos defendían que la complejidad de las técnicas cerámicas no pudo manifestarse de forma aislada, sino que necesitaba de influencias foráneas para su desarrollo. Consideraban como “improbable la duplicación independiente de tecnologías complicadas, como la cerámica y la metalurgia, y de las creaciones fantasiosas, como los estilos artísticos y los mitos, atribuyen las apariciones discontinuas a la difusión (Meggers, 1985, pág. 83). Como una opinión, los promotores de la teoría transpacífica no hablaban del origen de una cultura en su totalidad, sino que se hacía mención a la transferencia de un conjunto de técnicas cerámicas. Si, posteriormente, fue adoptada la idea de un origen transpacífico único y unilineal, lo cual posiblemente motivó a la gran controversia, fue por la carencia de información y datos, los cuales fueron completados con investigaciones posteriores.

Al hablar de un origen asiático, en el caso de la cerámica valdiviana, inevitablemente se hace referencia al inicio de una vertiente formativa en su totalidad, ya que la diferencia con el periodo precedente del Paleolítico o *Arcaico* es el desarrollo de la técnica cerámica, rasgos agrícolas y una sociedad esencialmente sedentaria. Hasta mediados de los sesenta, en el país no se habían descubierto asentamientos contemporáneos o más antiguos que el epónimo sitio G-31, trabajado por Estrada. Por ende, la teoría asiática logró responder, temporalmente, las incógnitas y exigencias de gran parte de la sociedad científica, especialmente la de una inclinación difusionista. En contraste, su aceptación tuvo un efecto opuesto en profesionales de otras tendencias, quienes fueron más bien provocados por los vacíos metodológicos, incertidumbre y especulaciones. La hipótesis transpacífica tambaleaba en la delgada línea existente entre el mito y la verdad científica. Esta toma forma de mito científico, no solamente como una teoría que terminó en falsedad, sino también como una inspiración o quimera de la ciencia arqueológica de ese entonces⁶⁰.

⁶⁰ Como una breve alegoría; en la época de la conquista española los exploradores eran motivados por mitos como *El Dorado* o *la comunidad de las Amazonas*, ficciones que llegaron a inspirar hasta a científicos como Charles Marie de La Condamine, Alexander Von Humboldt y sus empresas desarrolladas siglos atrás (Safier, 2009). De igual manera, a mediados de siglo XX, el mito del origen del

3.3.2 Algunos datos generales sobre el descubrimiento

El historiador Gonzalo Barroso (2014), define dos tipos de factores en el desarrollo del planteamiento de Estrada, Meggers y Evans. Estos argumentos fueron perfeccionándose durante la etapa de su comprobación, en la cual, los norteamericanos tomaron las riendas del proceso. El primero era el factor formal: Se habían encontrado importantes similitudes entre la cerámica de esta primitiva cultura ecuatoriana con la cultura Jomón de la Isla de Kyushu, situada en la zona meridional del Japón. Fueron observadas coincidencias en la decoración y en las técnicas cerámicas del periodo Jomón medio con el Valdivia Temprano. El asentamiento valdiviano más antiguo, encontrado hasta ese entonces, era el que estaba situado en plena costa ecuatoriana, denominado G-31.

El segundo aspecto, y el más determinante, era el factor temporal: Existían importantes coincidencias cronológicas entre las fechas del sitio epónimo de Valdivia con las pertenecientes a la isla de Kyushu, y los complejos de Honshu y Hokkaido. Los elementos del Formativo Temprano y Medio japonés dieron una antigüedad absoluta de 3000 a.C., según fechas de C14. Los elementos del Jomón Tardío fueron eliminados y puestos fuera de consideración al no presentar similitudes (Meggers, Evans , & Estrada, 1965, pág. 160). La tesis difusionista pudo ser aceptada como válida debido a que cumplía con estos dos factores en la comprobación de la hipótesis: el temporal y el formal (Barroso, 2014, pág. 9). Según Barroso, para la explicación del viaje a través del océano existieron dos tipos de teorías: La primera, que fue propuesta por los Evans y Estrada, es un viaje casual de pescadores jomoneses impulsados por las corrientes marinas hacia las costas americanas. Una corriente marítima, que se dirige primero al norte de las islas Hawái, curvando luego hacia el sur⁶¹. La segunda, que es apoyada por autores como James Alfred Ford⁶², habla de una colonización planificada y no de una travesía accidental, es decir, un viaje o expedición dirigida específicamente a migrar hacia suelo americano (Barroso, 2014, pág. 11).

asiático de la cultura Valdivia motivó el quehacer de estudiosos locales y extranjeros, a la realización de expediciones y misiones en convenio con instituciones públicas y privadas que perseguían la utopía del origen de la cultura americana.

⁶¹ Véase: Anexo 6.

⁶² Ford trabajó junto al arqueólogo Gordon R. Willey desde la década de los cuarenta, y basó su método de seriación cuantitativa en la secuencia cronológica propuesta por este último. Ambos estarían relacionados a la escuela difusionista y defendían firmemente la propuesta de la difusión, y no al desarrollo independiente, como factor principal y motor de cambio cultural.

Ford, fue uno de los arqueólogos más representativos de la escuela difusionista norteamericana, y estaba firmemente a favor de la difusión como causa de los cambios culturales de mayor importancia en la prehistoria. Él realizó investigaciones comparativas de las manifestaciones formativas de Norteamérica, Mesoamérica y Sudamérica, desplegando un amplio sistema de difusión cultural que atravesaba todas las regiones del continente, e incluía una serie de viajes desde el Asia. Desarrolló sus propuestas hasta el año de su fallecimiento en 1968, sin lograr difundir mayormente sus aportes (Ford, 1969). A pesar de su extensa labor teórico-metodológica sus fundamentos fueron fuertemente criticados por una reciente arqueología procesual. De todas formas, Ford se mantuvo firme en su apoyo hacia la teoría transpacífica desarrollada por sus colegas del Smithsonian, como expresa la cita siguiente:

Como resultado del contacto con Betty J. Meggers y Clifford Evans, la actitud de Ford comenzó a cambiar de cierta forma. Ellos estaban interesados en los contactos inter e intra-continetales (...) La respuesta hacia las simulaciones presentadas fue un estudio arqueológico de la costa de Veracruz en México, donde Ford esperaba hallar pistas de una difusión Mesoamericana con el Sureste. Su prematura enfermedad interrumpió el proyecto de Veracruz (Brown, 1978, pág. 31). -Traducción del autor-

En sus trabajos sobre difusión americana, Ford hace referencia a un sitio arqueológico situado en las islas Stallings, Georgia, que data del 2400 a. C. y que presenta una cerámica formativa muy similar a la de Valdivia (Meggers, 1966, pág. 113). Introdujo la propuesta de que la cerámica de Florida y Georgia tuvo su origen en Colombia. Aunque fue fallido este primer intento, luego desarrollaría otro trabajo llamado “A Comparison of Formative Cultures in the Americas: Diffusion or the psychic unity of man” (1969). En el mismo, proponía que la mayor parte de los cambios culturales en las Américas fueron producto de migraciones y/o difusiones desde las regiones más avanzadas del emisferio oriental y por contactos intercontinentales con el Asia. Este fue su ultimo aporte en relación a una perspectiva difusionista del marco cultural americano, postura que fue desarrollada pese a la intensa adversidad científica (Brown, 1978, pág. 32).

A pesar de que existían ciertos paralelismos e increíbles similitudes entre las culturas comparadas, no se podía ignorar la posibilidad de que las conclusiones obtenidas, incluso luego de las pruebas técnicas, partieran de una perspicaz interpretación, o bien, de una “increíble coincidencia”. Este vacío, secuela de las propias limitaciones del método y teoría difusionista, provocó una vasta insatisfacción e incertidumbre en

algunos grupos de arqueólogos contemporáneos, así como una fuerte competencia. Pero, antes de entrar en la etapa de controversia, es necesario culminar con los hechos y circunstancias sociales que llevaron a considerar al contacto transpacífico como una verdad o teoría científica, aunque su gloria no duraría demasiado tiempo. En el siguiente punto se analizará el viaje efectuado por los Evans al Japón en 1963, que tenía como objetivo la experimentación, comprobación y confirmación de los argumentos temporales y formales propuestos por Estrada.

3.4 El viaje de los Evans al Japón y la comprobación científica de la hipótesis

Emilio Estrada falleció de un repentino ataque al corazón el domingo 19 de noviembre de 1961, después de haber realizado un arduo trabajo junto a sus colaboradores para clasificar y examinar los elementos de la cultura Bahía de la Costa norte (De Triana, 1961). Este análisis tenía el objetivo de comparar las similitudes de esta cultura local con las pertenecientes a la prehistoria asiática pero, en este caso, con un periodo específico de la China (Meggers, 1966, pág. 93). Dicha hipótesis no pudo ser concluida ya que, luego de su jornada en el museo, camino a su casa, el arqueólogo sufre su infortunio (Falconí, 1990, pág. 44).

La primera publicación oficial del Instituto Smithsonian sobre las fases Valdivia y Machalilla (Meggers, Evans , & Estrada, 1965), narra que la pareja de los Evans se encontraba en el Japón, entre marzo y abril de 1963, para comprobar la antigüedad de la cultura Jomón y su relación como núcleo de difusión de la cultura Valdivia. Los norteamericanos, a pesar de la ausencia de su colega ecuatoriano, vieron necesaria la verificación de que efectivamente existió un contacto transpacífico sucedido hace 2000 a 3000 años a.C. (Meggers, Evans y Estrada, 1965, 10). El proceso de recolección y análisis de vestigios duró varios meses, como explica Betty Meggers en la cita siguiente:

Durante el periodo comprendido entre diciembre de 1960 y enero de 1961, Estrada excavó una larga trinchera en la parte más profunda del sitio Valdivia (G-31). El 7 de febrero nos escribía: “También estamos encontrando vasijas cuadrangulares, dos fragmentos decorados. Uno se parece ligeramente a la alfarería de Jomón” (...) Las comparaciones hasta ese momento se habían basado en ilustraciones públicas y en una pequeña colección de la alfarería Jomón Tardía del Museo de los Estados Unidos. Era claro para todos nosotros que se necesitaba

información más específica (...) La oportunidad para proseguir con esta investigación nos fue dada por una beca de La Fundación Nacional de la Ciencia, la que permitió a Meggers y Evans viajar al oeste del Japón durante Marzo y Abril de 1963 (Meggers, 1987, pág. 10).

Como se observa en esta cita, luego de la publicación en la revista *Vistazo*, de julio de 1960, Estrada continuó sus excavaciones en diciembre del mismo año para encontrar nuevos elementos asiáticos en el sitio Valdivia G-31. Sus hallazgos en esta nueva etapa fueron más vestigios correlativos a la alfarería perteneciente a Jomón. Los Evans tuvieron que visitar varios museos, colecciones privadas y universidades de la localidad de Kyushu y otras del mismo país. Las similitudes más importantes, encontradas por los arqueólogos norteamericanos en relación a Valdivia, estuvieron agrupadas dentro del periodo Temprano-Medio de Jomón, que databa 5000 años antes del presente (Meggers, 1987, pág. 9).

Gracias a las investigaciones de varios arqueólogos japoneses, quienes habían aplicado la técnica del C14 para medir la edad exacta, los Evans pudieron servirse de estas fechas de investigaciones anteriores para medir los complejos de Honshu y Hokkaido. Para el complejo de Kyushu no existían aún fechas de C14, pero debido a su temporalidad relativa (Jomón Temprano y Medio), el contraste con los demás complejos jomoneses que tenían similitudes graduales con Valdivia, y a causa de que Kyushu era la etapa con la mayor similitud con Valdivia, es que lograron determinar una datación absoluta del contacto (Meggers, Evans , & Estrada, 1965, pág. 160). Esta nueva evidencia, de enorme trascendencia, permitió a los científicos reformular y verificar la temporalidad propuesta por Estrada en 1960-61 y, en definitiva, los arqueólogos habían obtenido la información necesaria para validar la hipótesis en base a los parámetros de la arqueología moderna americana, la cual, en ese entonces, era preponderantemente antropológica: “Consideramos que la evidencia satisfacía todos los requisitos establecidos por los antropólogos como necesarios para inferir la difusión transpacífica” (Meggers, 1987, pág. 11).

Resumidamente, los argumentos que sirvieron para llegar a la conclusión final fueron los siguientes: 1) Jomon y Valdivia eran asentamientos formativos contemporáneos. 2) En Japón existió todo un proceso previo de evolución de la cerámica, mientras que en Ecuador aparece de manera súbita y sin precedentes (esta afirmación posiblemente generó controversia y motivó la idea de un origen). 3) Se evidenciaba un número

considerable de decoraciones, combinaciones y técnicas que son idénticas o producidas desde los mismos cánones. 4) La semejanza de las cerámicas es arbitraria y no se relaciona con la utilidad o funcionalidad de los objetos. 5) Existe la propuesta de las corrientes marinas que se direccionaron hacia el continente americano. Los puntos geográficos que estuvieron en la trayectoria del viaje son Japón, San Francisco en Norteamérica, Acapulco en Mesoamérica y luego Valdivia en Ecuador. Por eso, la ruta difusionista transpacífica se complementa y sustentaba con las trayectorias marítimas planteadas en las teorías de contactos mesoamericanos con el Ecuador.

Hasta inicios de los setenta, estos argumentos habían sido bien recibidos por la comunidad científica ecuatoriana. Durante su época de auge, la hipótesis fue apoyada por varias personalidades, nacionales y extranjeras. En ámbito internacional, el apoyo más sobresaliente fue proporcionado por el afamado James Ford pero, en el Ecuador, uno de los arqueólogos que estuvo públicamente a favor fue Francisco Huerta Rendón, quien descubrió la cultura Bahía y Chorrera y también había planteado, en 1957, una difusión transpacífica originada en el continente oceánico⁶³.

3.4.1 Huerta Rendón y su defensa de la teoría asiática

Francisco Huerta Rendón, en enero de 1966 -cuatro años antes de su fallecimiento ocurrido en 1970 (Estrada Y., 1975)-, presentó una ponencia en homenaje al aporte de Estrada en la que exhibe su postura favorable sobre la teoría del contacto transpacífico. La reseña de esta conferencia aparece en una publicación del diario “El Universo” de Guayaquil, del 21 de enero de 1966, titulada: “El País y América Deben Mucho al Historiador E. Estrada Ycaza” (Huerta R., 1966). En dicha ponencia, Huerta, quien era entonces miembro activo del Núcleo del Guayas, reconoce la similitud y correlación entre la Cultura Valdivia y Jomón. También expone que, aunque habían surgido propuestas que contradecían a la de Estrada, de igual forma, existían varios grupos científicos que la apoyan, como se indica en la cita siguiente:

El Profesor Huerta Rendón habló sobre el tema: “Contactos entre el Japón y la Costa ecuatoriana del Guayas”. Para el desarrollo del mismo, fundamentó sus apreciaciones en los descubrimientos del Señor Estrada y en las publicaciones que aquel hiciera encontradas las pruebas de lo que se ha llamado cultura Valdivia. Cultura cuyo descubrimiento no se sabe por qué motivos, se la ha

⁶³ Véase: Capítulo 2, pág. 98

querido atribuir a otras personas, cuando en realidad, y de acuerdo a documentos, la paternidad corresponde al Señor Estrada Ycaza. Sin embargo, dijo el Profesor, es lamentable que aquí en el Ecuador no se le haya dado la importancia que ese hecho entraña y no se haya rendido el homenaje que la memoria y sapiencia del compatriota fallecido reclaman. El descubrimiento que hiciera en 1956 en un lugar próximo a Posorja el señor Estrada y la teoría que sobre el mismo denunciara no es un simple hallazgo ni un enunciado intrascendente. Por el contrario es un hecho formidable que está llamando radicalmente a cambiar a cambiar la faz histórica de América. Porque al identificar la cultura Valdivia con la de Jomón del Japón. Entonces llegaríamos al convencimiento de que los antepasados peninsulares tienen su ascendencia en el Japón (Huerta R., 1966).

Mediante el análisis de este fragmento, se puede evidenciar claramente que transcurridos, más o menos, cinco años de la muerte de Estrada, se sigue llevando a cabo la legitimación de la teoría transpacífica por parte de los aliados. Es importante reflexionar que en las fuentes de prensa guayaquileña de la época se puede observar los conflictos sociales y políticos que estaban detrás de las propuestas arqueológicas, los cuales no son visibles en los libros científicos publicados. La vinculación entre ciencia y política es uno de los fundamentos principales de la perspectiva constructivista y, desde la misma noción, son observadas algunas de las discusiones que enfrentaron los arqueólogos difusionistas dentro de la controversia.

Parece ser que la atribución del descubrimiento de una fase en particular provocó una competencia por los derechos y paternidad de las culturas más antiguas de la Costa. El crédito atribuido a Estrada trajo como consecuencia el descontento de sus rivales. Este problema también se debió a una confusión surgida desde la implantación de una cronología relativa y absoluta, que permitía revalorizar los objetos arqueológicos y, con ello, la restitución de concepto de “descubrimiento arqueológico”. Este concepto, más que pertenecer a un discurso técnico, parte principalmente de una retórica política de la ciencia, pues es un título que atribuye la elaboración de un aporte científico a un solo individuo⁶⁴, ignorando que la construcción de la ciencia es un proceso mayormente colectivo. El surgimiento de los opositores es un hecho confirmado por este texto, a pesar de que ninguna contrapropuesta científica de peso se había formulado hasta esta fecha.

⁶⁴ Véase: pág. 23.

Siguiendo con la conferencia de Huerta, este mostró a su público el impresionante parecido y similitud entre la cerámica asiática y la ecuatoriana, sirviéndose de recursos visuales para explicar la factibilidad de un viaje marítimo intercontinental. Además, habló sobre las corrientes marítimas que pudieron haber arrastrado una embarcación rústica como un vehículo natural en dirección al Nuevo Mundo. En esta época, ya se había hecho público el fechaje exacto del contacto Jomón-Valdivia (Huerta confirma una antigüedad de 3000 a.C.). También defendió su postura apuntando que los científicos de la localidad de Guañape, en la Costa del Perú, también habían llegado a aceptar la teoría de Estrada. La prehistoria peruana tiene culturas cerámicas muy similares a la valdiviana, pertenecientes a periodos próximos. Dichas afirmaciones fueron respaldadas por profesores de la Universidad de Lima (Huerta R., 1966).

Huerta también sacó a luz sus propias conclusiones relacionadas a la similitud entre el tipo de fisionomía oriental y la ecuatoriana, sugiriendo una herencia genética transpacífica. De igual manera, realiza una aclaración sobre la idea de un “origen” asiático, al explicar que no se trata del nacimiento de una civilización sino de un simple contacto: “Personalmente no creo que precisamente esa posibilidad haya dado origen a dicha cultura, sino que le inyectó una serie de elementos tecnológicos venidos de una fuente que aparentemente no puede ser otra que Japón” (Huerta R., 1966). Finalmente, aclara que el viaje de los arqueólogos al Japón para comprobar la hipótesis, no fue con el afán de “apropiarse” de la teoría de Estrada, sino que ellos reconocieron a este último como su único autor, dando testimonio de ciertos rumores que al parecer fueron esparcidos en la comunidad.

Para concluir el presente capítulo, se ha observado que la formación de alianzas fue un factor esencial al momento de defender la teoría transpacífica y de lograr su validación científica. Estrada, reconociendo sus limitaciones, dio el primer paso al exponer y dejar constancia de su descubrimiento. Luego de su fallecimiento, y como una cuestión de suerte, los arqueólogos del Smithsonian, como grandes colegas y amigos, tomaron la batuta y decidieron llevar la hipótesis difusionista a otro nivel. Su viaje de comprobación fue exitoso y sus evidencias dieron forma a un sólido discurso, digno de ser considerado por la red científica como una teoría científica válida y como la mejor explicación existente para explicar la procedencia de la cultura ecuatoriana. Han existido varias propuestas transpacíficas anteriores a la Jomón-Valdivia, que se enfocaban en la búsqueda de los orígenes transcontinentales del hombre y cultura

americanos. Pero la única teoría que supo adaptarse, y que sobrevivió para enfrentarse a una arqueología moderna, positivista y científicista fue la elaborada por este grupo de científicos difusionistas.

Dicha hipótesis surge como la creación de un Estrada científicamente maduro que, en nueve años de interés y afición arqueológica, logró conseguir su notoriedad y reconocimiento local e internacional. Sus descubrimientos han sido la motivación e inspiración de un conjunto de expediciones, misiones e investigaciones posteriores, y su teoría provocó una controversia que generó un intenso debate entre expertos sobre los verdaderos orígenes de la cultura ecuatoriana. Nuevos descubrimientos relacionados a Valdivia fueron efectuados luego de la comprobación de la hipótesis, por parte de otros arqueólogos que competían con el progreso logrado por los Evans. Estas contrapropuestas, en conjunto, sirvieron para fundamentar la negación rotunda del origen transpacífico de Valdivia, lo cual llevaría a su inevitable rechazo como teoría socialmente reconocida. Esta competencia teórica se manifestó en la etapa de “controversia”, concepto que ha sido extraído de la teoría de Bruno Latour para adaptarlo al debate arqueológico que será desarrollado en el siguiente capítulo.

Capítulo IV

4 La etapa de controversia y la búsqueda del verdadero origen de la cultura Valdivia

En este capítulo se procederá a desarrollar el efecto social que tuvo la producción de la teoría transpacífica. Fue manifestado en resultados como la aceptación y legitimación de dicha propuesta como una explicación válida para el problema del origen del periodo formativo. Sin embargo, el efecto social más significativo y definitivo provino, principalmente, por parte de la acción de los *opositores*. El procedimiento de desarrollo y perfeccionamiento de una teoría específica se caracteriza por enfrentarse constantemente a la adversidad. La superación de numerosos obstáculos y argumentos en contra, determina la supervivencia y autoridad de una propuesta. Como fue explicado en el primer capítulo⁶⁵, una teoría es una explicación provisional hacia un problema o fenómeno. Su naturaleza es dinámica, relativa y cambiante, puesto que se ve constantemente amenazada por nuevos inventos, teorías y descubrimientos. Durante un periodo de tiempo es aceptada como un modelo ideal y luego, por la acumulación de pruebas y argumentos en su contra, es rechazada como un producto obsoleto e inútil para los fines científicos y los paradigmas vigentes.

La culminación de la controversia se da cuando se presentan las circunstancias adecuadas para el derribamiento de los fundamentos de una teoría, estos son preponderantemente de carácter científico, aunque son complementados por factores de carácter sociopolítico como el apoyo institucional, la cantidad de científicos que apoyen una postura, los acuerdos y consensos generales para aceptar o rechazar una práctica o forma de pensamiento. Afirma Latour, evidenciando una ciencia democrática y evidentemente política, que: “El adjetivo “científico” no se atribuye a textos aislados que se pueden oponer a la opinión de la mayoría” (Latour, 1992, pág. 21). Lo cual, quiere decir, que una propuesta carente del apoyo de la mayoría está destinada a desaparecer. Este fue el destino de la hipótesis generada por Estrada y sus colegas, aunque tuvo una época de auge en la cual fue la mejor explicación para el origen de Valdivia.

Esta consiste en la dinámica de la controversia, la cual traslada todos los elementos y pasos mencionados en el párrafo anterior, propios del procedimiento científico, a un

⁶⁵ Véase: pág. 29

ámbito social. Desde la perspectiva sociológica, el proceso de construcción de una teoría se manifiesta mediante una lucha verdaderamente política entre aliados y opositores, entre discursos, propuestas, instituciones, grupos, ideas, inventos, prácticas y métodos que contrastan y compiten por su legitimación mediante la acción de los científicos. Las secciones en las que se divide este capítulo consisten en la narración cronológica del progresivo surgimiento y elaboración de los argumentos y descubrimientos que se acumularon para demostrar las fallas e inconsistencias en la teoría difusionista transpacífica. La formación de posturas escépticas y opuestas dentro del debate es una noción denominada por Latour como “Contra-laboratorios” (Latour, 1992, pág. 72).

Estos fueron levantados por parte de expediciones extranjeras y profesionales locales, quienes reunieron varias y nuevas formas de teorías, métodos y prácticas para identificar nuevos elementos de la cultura Valdivia, así como también estuvieron motivados por la búsqueda de los orígenes de la cultura local. Finalmente, varias transformaciones se estaban dando en la arqueología universal, las cuales propiciaron una circunstancia de rechazo hacia el difusionismo en general. Se generó un nuevo paradigma que partía de la tendencia social y procesual, motivado por la corriente de la Nueva Arqueología radical opositora del difusionismo de inicios de siglo, llegando a concebir acuerdos generales. Esta situación institucional y académica propició la falta de apoyo de la comunidad científica hacia la propuesta de Estrada, Meggers y Evans. Estos hechos históricos y sociales demuestran que la ciencia se construye en base a fundamentos científicos, pero también por realidades sociopolíticas que posibilitan el dominio de un discurso o teoría.

Es probable que la controversia efectuada sobre el origen de Valdivia, haya tenido su raíz social en los conflictos políticos y científicos de aquel entonces, como es el caso de la fuerte competencia por reconocimiento científico. La carencia de una arqueología profesional y el auge de una carrera de aficionados que provocó la práctica descontrolada, desmedida y dispersa de la disciplina. Por esta ausencia de organización y acuerdos generales, se generaron discusiones y conflictos radicalmente opuestos, sobre un mismo problema. Todos estos aspectos, desde una perspectiva social, llevarían a un cierto *caos* científico y al enfrentamiento entre dos tendencias contrapuestas que convivieron en un mismo momento y escenario histórico. Estas fueron la tendencia difusionista y la procesual de la arqueología norteamericana. Según Johnson, la

tendencia difusionista fue predominante a mediados de siglo, pero luego, con el aporte de Colin Renfrew, fue madurando como procesualismo, como expresa la cita siguiente:

Al madurar la Nueva Arqueología y desarrollar un corpus teórico propio pasó a denominarse procesualismo. Tomó tal denominación por el énfasis puesto en los procesos culturales. Los procesualistas buscan, pues, las generalizaciones y tienden a usar modelos sistémicos o funcionales (...) Renfrew sugirió que en vez de intentar probar o rebatir los vínculos difusionistas se debían buscar los motivos que explicasen por qué se construyeron tales monumentos originalmente. En pocas palabras, *debemos atender menos a la cronología y la difusión y más al desarrollo de los procesos subyacentes* (Johnson, 2000, pág. 50).

A pesar de la ausencia de Emilio Estrada, la discusión que giró en torno a su hipótesis transpacífica se mantenía en pleno auge y se intensificó con las investigaciones extranjeras que se efectuaron posteriormente. Se debe clarificar que las expediciones científicas que fueron efectuadas por otros extranjeros al Ecuador partieron del modelo general de la Nueva Arqueología angloamericana:

El Grupo de arqueólogos de Guayaquil formado por los ecuatorianos: Carlos Zevallos Menéndez, Francisco Huerta Rendón, Julio Viteri Gamboa, Resffa Parducci, y los extranjeros Olaf Holm, Edward Lanning (Universidad de Columbia), Donald Lathrap (Universidades de Harvard y de Illinois), Richard Zeller, Geoffrey Bushnell (Universidad de Cambridge, Inglaterra) siguieron, en parte, los lineamientos generales de la New Archaeology, pero también desarrollaron temas diversos y propusieron explicaciones distintas a las de Estrada, Evans y Meggers, sobre el origen y desarrollo de los pueblos prehispánicos del Ecuador Antiguo. Con excepción de Julio Viteri Gamboa, quien fue ayudante de campo de Emilio Estrada, el resto de arqueólogos del Grupo de Guayaquil -si bien muchos de ellos mantuvieron amistad con Estrada, Evans y Meggers se opusieron a la teoría del contacto transpacífico (Echeverría, 1996, pág. 71).

Discrepando con esta cita en torno a Huerta Rendón, quien se ha evidenciado apoyaba la hipótesis transpacífica, esta es útil para categorizar el modelo de las siguientes expediciones ecuatorianistas. Desde inicios de los setenta, se efectuaron varios descubrimientos formativos en suelo ecuatoriano. Fueron creadas nuevas hipótesis e investigaciones que proponían la reformulación y reconstrucción de los orígenes y elementos de Valdivia. Estos nuevos complejos valdivianos, luego de su correcto análisis con los métodos y técnicas, revelaron una antigüedad igual o más temprana que el sitio epónimo, datos con los que se pretendía negar su origen asiático (Lumbreras,

1981, pág. 154). Entre las contrapropuestas más significativas están las efectuadas en los complejos de Loma Alta, San Pedro, San Pablo y Real Alto. También fueron hallados, unos pocos años antes, asentamientos culturales del Formativo Temprano de Colombia, en los sitios Puerto Hormiga y Monsú, que tienen una cerámica de edad equivalente o posiblemente anterior a la de Valdivia, y una cerámica similar técnica y estilísticamente (Bischof, 1973, pág. 158).

Estos nuevos aportes y misiones arqueológicas, en conjunto, propiciaron el establecimiento en el Ecuador de la corriente “procesual” que se enfocaba en los procesos culturales y el desarrollo independiente de cada cultura, en respuesta a los problemas y obstáculos que presentaba la perspectiva difusionista. El procesualismo está ligado a la teoría social, marxista y a una interpretación de la teoría ecologista distinta a la de los Evans. Rechaza a la difusión como factor de desarrollo cultural, se enfoca más en la evolución interna de cada cultura y pone mayor énfasis en el factor humano. Busca alejarse de interpretaciones difusionistas, colonialistas, historicistas, materialistas y occidentalistas para enfocarse en aspectos antropológicos, socioeconómicos y en los modos de subsistencia de cada fase. Desde una postura positivista, se puede considerar al difusionismo científico como un estado “inmaduro” de la posterior arqueología procesual.

Claro que, desde una perspectiva constructivista, dicha evolución no se efectuó de manera tan secuencial, pues ambas corrientes o escuelas teóricas se manifestaron en una constante disputa y coexistencia, dependiendo también de su contexto de desarrollo y temporalidad, es decir, el mismo proceso pudo haberse desarrollado de diferente manera en otros países, presentando una discontinuidad de contexto. Por ejemplo, en Norteamérica, James Ford y su método difusionista fueron muy criticados, especialmente a finales de los sesenta, a pesar de que anteriormente fue un arqueólogo de gran reconocimiento. En el Ecuador, lo mismo sucedió con la ciencia de los Evans y Estrada, la cual, fue bien recibida en los cincuenta pero, a inicios de los setenta, fue embestida por las empresas procesuales y las expediciones que llegaron al país.

En 1971, el arqueólogo Presley Norton hizo público el hallazgo del sitio denominado “Loma Alta”, ubicado al norte del sitio G-31, en el valle de Valdivia, el cual manifestaba una antigüedad que superaba a la del sitio epónimo. En ese mismo año, se difunden los estudios efectuados por Zevallos Menéndez en la localidad de San Pablo,

al sur de Santa Elena, sobre los rasgos agrícolas de la cultura valdiviana. Poco después, Julio Viteri Gamboa y el alemán Henning Bischof, en 1972, definen un asentamiento pre-valdiviano en la localidad de San Pedro, en la Provincia del Guayas, el cual, era de mayor antigüedad que el sitio descubierto por Estrada y un supuesto precedente cultural paleoindio. Estos nuevos trabajos fomentaron la duda y escepticismo sobre la validez de una hipótesis transpacífica que gozaba de una positiva aceptación en la comunidad científica (Meggers, 1987, pág. 11), y abrió las puertas hacia la recuperación del autoctonismo de inicios de siglo XX.

En los años siguientes a la llegada de los Evans, se generarían las misiones extranjeras que fortalecieron los nuevos parámetros arqueológicos y expandieron el horizonte cultural. La misión de la Universidad de Oklahoma⁶⁶, con Robert Bell y William Meyer-Oakes, en 1961, quienes investigaron los asentamientos del Paleoindio en la Sierra, trabajos que serían retomados unos veinte años después por Ernesto Salazar. Esta misión norteamericana estuvo vinculada a la Casa de la Cultura Ecuatoriana y fue seguida de cerca por Carlos Manuel Larrea, en relación a la aplicación de las técnicas de C14 y su asociación con los laboratorios extranjeros. Pocos años después, en 1964, se desarrolló la misión dirigida por Edward Lanning, de la Universidad de California, para los estudios en la península de Santa Elena que definieron asentamientos y complejos líticos como Exacto, Manantial, Carolina y las Vegas (Marcos P., 1986, pág. 28).

Sin embargo, la empresa extranjera que marcó un hito revolucionario en la arqueología ecuatoriana fue la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois, en 1974, dirigida por Donald Lathrap e integrada por Jorge Marcos, James Zeidler, Jonathan Damp, Débora Pearshal, entre otros especialistas, quienes partían de la vertiente procesual y social de la arqueología norteamericana y de otras disciplinas. Lathrap y sus asociados emprendieron excavaciones en el sitio “Real Alto”, en la costa sur del Guayas, un asentamiento valdiviano de enorme complejidad y permanencia (Meggers, 1987, pág. 12). Ninguna de estas misiones citadas, al igual que la de los Evans, fueron oficiales, puesto que partieron de iniciativas particulares o privadas, motivadas por estudiantes y profesores universitarios. Estas eran financiadas, en la mayoría de casos, por fundaciones científicas, convenios, becas académicas u organizaciones de diversa índole. La misión de la U. de Illinois fue el primer proyecto oficial multidisciplinario

⁶⁶ En el capítulo anterior se reflexiona sobre una correspondencia referente al análisis de C14 de los vestigios encontrados en el sitio El Inga de la Sierra en 1961 (Larrea C., 1971).

que levantó las bases para la profesionalización de la disciplina en el Ecuador. Dicha profesionalización fue un hecho significativo para determinar la tendencia, escuelas teóricas y prácticas heredadas a las generaciones futuras.

La creación de asociaciones entre arqueólogos nacionales y extranjeros fue fortaleciendo el desarrollo de las distintas propuestas que forman parte de la controversia. Tanto la tendencia difusionista como la procesual supieron dar respuestas sobre la naturaleza o procedencia de la sociedad valdiviana. Si bien, teóricamente, ambas escuelas fueron contrastantes, en la práctica, se mantenían fuertes vínculos y dependencias con tradiciones científicas pasadas. A pesar de su intento de desarrollar una ciencia más objetiva, científicista y menos especulativa, y de enfocarse primordialmente en el desarrollo autónomo de las culturas, no se abandonaba su inclinación hacia el difusionismo, como explica Ernesto Salazar en la cita siguiente:

Es curioso que, en su afán por desvirtuar el difusionismo transpacífico, Lathrap haya caído en contradicción, al postular un difusionismo amazónico. Lamentablemente, todavía no se encuentra en la Sierra evidencia del paso de los proto-valdivianos, ni en la cuenca amazónica un complejo cerámico que pueda ser considerado el antecedente de Valdivia. De manera que hoy, como hace 30 años, el origen de la cerámica valdiviana sigue en el misterio (Salazar, 1994, pág. 13).

Aunque uno de los principales objetivos de la tendencia procesual y de la Nueva Arqueología fue liberarse de prácticas obsoletas y visiones “colonialistas”, aún se mantenían estancados dentro de la misma búsqueda de orígenes culturales. Como explica Salazar, Lathrap se enfocó en contradecir el origen asiático de los Evans para proponer, en su lugar, una procedencia autóctona, más bien, tierra adentro. Volviendo a la secuencia cronológica del proceso histórico, al analizar la fase de controversia y debate se espera mostrar cómo se dio el paulatino derribamiento del difusionismo científico en el Ecuador como modelo que vendría luego a ser reemplazado, política e institucionalmente, por la escuela procesual y social. Sin embargo, antes de encontrar tan radical oposición, la teoría transpacífica gozaba de un alto prestigio científico y académico, también fue considerada, por muchos, como una verdad incuestionable. Otros la aceptaban, no tanto por estar satisfechos por sus argumentos, sino por la falta de información y datos existentes para rebatirla.

4.1. La cúspide de la teoría transpácifica en contexto ecuatoriano

Es preciso aclarar que en ninguna de las fuentes documentales revisadas durante esta investigación, y que hacen mención sobre Valdivia, ya sean estas recientes o de la época estudiada, desde una postura negativa o favorable, ha dejado de mencionarse la discusión sobre su origen asiático. Es claro que se trata de una hipótesis, históricamente, difícil de pasar por alto y que ha marcado un hito en la historia de la ciencia arqueológica, como explica Betty Meggers en la cita siguiente:

En enero de 1966, la hipótesis según la cual la fabricación de cerámica había sido introducida en las Costas del Ecuador aproximadamente el año 3.000 a.C. por un grupo originario de la isla occidental del Japón, encabezó los titulares de los periódicos alrededor del mundo (...) Desde entonces la validez de la hipótesis había sido foco de controversia. La evidencia había impresionado favorablemente a muchos arqueólogos, pero otros la rechazaron vehementemente. Quienes consideraron esta hipótesis desacreditada basaron sus evaluaciones en los juicios de otros, en lugar de una sólida investigación de primera mano. Las explicaciones alternativas no han sido críticamente analizadas desde el punto de su consistencia o relevancia en relación al origen del complejo Valdivia (Meggers, 1987, pág. 9).

Se puede evidenciar que en 1966, tres años después del viaje al Japón, los Evans se hallaban totalmente convencidos sobre la validez de su hipótesis y habían conseguido difundir su teoría internacionalmente. Llegaron a tener apoyo de la comunidad local, como es el caso de Huerta Rendón, Viteri Gamboa, así como de Olaf Holm y Henning Bischof a finales de siglo. De igual forma, recibieron el respaldo de arqueólogos extranjeros de renombre, principalmente los practicantes del método de seriación fordiana. Meggers, para referirse a los arqueólogos “aliados” nombra algunos como James Ford (1969) o Gordon Willey (1971), entre otros, principalmente, difusionistas norteamericanos. Es curioso mencionar que el apoyo que obtuvo la teoría transpácifica no se extendió más allá de inicios de los setenta, posiblemente, por la innegable fuerza que obtuvo la corriente procesual en la arqueología americana durante esta década y también por el fallecimiento de Ford.

No había pruebas contundentes que logren refutar los hallazgos y datos recogidos por parte de los Evans, o demostrar la existencia de un complejo de mayor antigüedad. Por ende, los arqueólogos del Smithsonian habían generado un *discurso de autoridad* científica sobre la prehistoria de la Costa ecuatoriana, y se convirtieron en los mayores especialistas en el tema. Los círculos arqueológicos locales estaban satisfechos con los

resultados obtenidos y esta realidad fue una clara manifestación de la cúspide de la rama difusionista en el Ecuador. Habiendo entrado a una época que superó los conflictos de las guerras mundiales pasadas entre las potencias y los países asiáticos, y que marcó el inicio de una “Guerra Fría” con los países de la Unión Soviética. Durante aquel momento de transición, fue factible la recepción de la tesis final de Emilio Estrada por parte de los círculos científicos.

Una de las reservas documentales que han servido para corroborar la preponderancia de la tesis asiática de Estrada y sus etapas finales, ha sido referente al Museo del Banco Central del Ecuador, en el Archivo del MCP (Ministerio de Cultura y Patrimonio). Allí se albergan los documentos producidos antes de la fundación del Museo Nacional del Ecuador, en 1969. Entre los documentos pertenecientes a esta importante institución arqueológica y de arte colonial, están algunos informes de los directivos del museo sobre la conformación temática, museológica y museográfica del nuevo establecimiento. Un informe presentado el 22 de abril de 1970, por parte de la Dra. Constanza Di Capua -miembro en actividad de la Sociedad de Amigos de la Arqueología- habla sobre los objetos de material cultural albergados, pertenecientes a las fases arqueológicas más antiguas del Ecuador y su importancia. A continuación, un fragmento sobre las teorías vigentes a inicios de los setenta:

Los estudios prolijos de Emilio Estrada y de dos colaboradores suyos, norteamericanos, han llevado a esta conclusión: que probablemente pequeños grupos de pescadores japoneses, que habían conocido los adelantos de la fabricación cerámica en su tierra durante el periodo Jomón, llegaron a las costas ecuatorianas hace 5.000 años, desviados a lo largo de una corriente marina. Fueron ellos los que ayudaron al hombre de Valdivia a perfeccionar la hechura de sus Vasijas (Di Capua, 1970, pág. 2).

Este fragmento es importante, más que por su contenido, por su contexto social e histórico. En él, un discurso museológico e institucional utiliza una teoría científica legitimada para aclarar el pasado prehistórico que es albergado en las salas del museo y exhibir estos conocimientos al público. En la distribución del museo del BCE existe un orden cronológico, fundamentado también en la cronología implantada por Estrada que separa a los periodos y culturas como Valdivia, Chorrera, Bahía, etc. Di Capua, hace referencia a los contactos transpacíficos efectuados por medio del elemento balsa y también sobre la impresionante similitud existente entre los objetos cerámicos de Bahía

con el Asia. Entre algunas de las características que ella enumera se presentan las siguientes:

Uno que otro está sentado con las piernas cruzadas como Budas (...) Muchos de ellos tienen figurada una brava de dos chivas que recuerdan mucho la forma de la barba de los antiguos chinos. Estos últimos detalles podrían ser una prueba de que en el tiempo que estas estatuas fueron labradas, otro contacto entre las costas ecuatorianas y Asia hubiera acontecido. En la vitrina de la derecha han sido figuradas las balsas actuales de América y de Asia, el vehículo hipotético para este contacto. Hay una cabeza de aspecto muy oriental y sobre todo un objeto que aunque parezca un banco para sentar un cuerpo minúsculo, es únicamente un descansa-nuca. Este objeto, cuyos ejemplares se han encontrado únicamente en Ecuador, es un artefacto que está todavía en uso entre los japoneses (Di Capua, 1970, pág. 4).

Estas últimas afirmaciones son las mismas que fueron difundidas por Estrada desde su primer informe en la revista *Vistazo* de 1960. Se evidencia que en, más o menos, una década se había logrado oficializar de manera general e institucional la explicación difusionista asiática de las culturas ecuatorianas. Los argumentos formales y temporales establecidos metódicamente por los Evans, fueron datos aceptados como un discurso cultural oficial, incluso museológico, con todas las repercusiones sociales y culturales que este hecho amerita. La adopción del discurso de Estrada desde un ámbito institucional y cultural da a entender el auge que tuvo su teoría, hasta inicios de los setenta.

Para dar inicio al debate y controversia teórica sobre Valdivia, es necesario diferenciar dos tipos de contra-laboratorios implicados: El primero, es el que reúne las investigaciones que trajeron nuevos recursos teóricos y metodológicos derivados de la rama de la Nueva Arqueología. Estas propuestas no se van en contra -al menos no directamente- de la teoría del contacto transpacífico, sino que cuestionan el método difusionista e historicista al plantear otros parámetros diferentes y alternativos. Estos aportes son los más amenazantes puesto que rechazan la funcionalidad de las prácticas precedentes. Dentro de esta categoría, están las investigaciones de Zevallos Menéndez y de Betsy Hill. Ellos innovaron con las primeras aplicaciones del método procesual que reemplazaba al sistema de seriación fordiana. La segunda categoría de escépticos engloba las contrapropuestas que refutaron directamente los planteamientos de Estrada, Meggers y Evans, sin salir de la tendencia difusionista, aunque también aplicaron

elementos de la escuela procesual y social. Como ejemplo, están los trabajos de Norton, Bischof y Viteri, Marcos y Lathrap sobre nuevos elementos de Valdivia. El primer aporte local de inmensa importancia para rechazar la metodología y el difusionismo de los Evans, fue el descubrimiento del guayaquileño Carlos Zevallos Menéndez sobre la naturaleza agrícola de la subsistencia valdiviana.

4.2 La contrapropuesta de Carlos Zevallos Menéndez.

Para dar paso al inicio del debate teórico efectuado en el contexto ecuatoriano, se presenta uno de los primeros intentos de oponerse al quehacer arqueológico difusionista y de reformular los planteamientos sobre la sociedad de la cultura Valdivia. Este apareció en 1966 con las investigaciones de Zevallos, como explica la cita siguiente:

Meggers, Evans y Estrada (1965:107) sugieren en su monografía que los antiguos valdivianos subsistían básicamente de moluscos y peces marinos. No descartaron la posibilidad de que hayan estado incursionando en algún tipo de cultivo, aunque no encontraron evidencias de ello. Sin embargo, el hallazgo de muestras calcinadas de maíz en un tiesto Valdivia (Zevallos Menéndez 1971:19) y otras evidencias adicionales provenientes de análisis de fitolitos, han llevado a la conclusión de que la sociedad valdiviana tenía como subsistencia básica la agricultura (Salazar, 1994, pág. 13).

Antes de analizar cómo fue que Zevallos logró su descubrimiento, es preciso hacer una breve explicación sobre la adaptación de este guayaquileño a una nascente arqueología moderna y la evolución de su discurso científico, como actor esencial perteneciente a la red y fase de controversia. Como se ha explicado en el segundo capítulo, la formación profesional de este arqueólogo contrastaba con la de otros especialistas ecuatorianos y ecuatorianistas. Él se había involucrado con el estudio de la prehistoria desde una edad bastante joven junto a Huerta Rendón. A diferencia de este último, el Director del Núcleo del Guayas tuvo la oportunidad de realizar sus estudios de especialización en Norteamérica, en la U. de Albuquerque, lo cual, le posibilitaría acceder a puestos importantes dentro de las organizaciones culturales estatales, con las cuales estuvo fuertemente comprometido (Swett, 2008). La tendencia arqueológica que fue cultivada por este guayaquileño provino de la tradicional escuela histórico-cultural ecuatoriana y desde una formación artística enfocada hacia las culturas aborígenes.

Escasos arqueólogos nacionales tuvieron una trayectoria equiparable a la de Zevallos. Su formación inicial museística y en la reproducción de arte aborigen, fue

complementada por su tendencia científica evidentemente procesual. A finales de los sesenta, se observa el abandono de un discurso histórico-cultural hacia criterios que parten de una ciencia moderna, la aplicación de recursos como el desarrollo de hipótesis comprobables, la recolección de datos absolutos y cuantificables, la adopción de una perspectiva ecológica, la utilización de técnicas modernas de datación y la implementación de un enfoque sobre los modos de subsistencia en el desarrollo interno de la fase Valdivia.

En relación al debate, es realmente sorprendente la rápida evolución de la ciencia ecuatoriana y la forma en la cual una teoría aceptada como una verdad factible, en menos de una década, termina siendo ferozmente rechazada como ficción. Su momento de auge es significativo, pues el mismo Zevallos afirmaba que su hipótesis agrícola sobre Valdivia, la cual reúne sus investigaciones desde 1966 hasta 1971, estuvo en contra de afirmaciones que fueron sustentadas y apoyadas durante varios años por casi toda la comunidad local de arqueólogos. Esta conclusión brinda una clara idea del alcance de la teoría del difusionismo transpacífico en el país, como expresa su cita siguiente:

Es tarea de mucha responsabilidad presentar a la consideración de tan docta concurrencia un trabajo científico sobre una tesis que está en contra de la que sustentan casi la totalidad de investigadores, entre los cuales figuran eminentes personalidades científicas, en el campo de la arqueología (...) Es indiscutible, además, que los métodos de investigación evolucionan y, con ellos, a medida que progresan los estudios, lo que ahora tenemos como una segura verdad deberá modificarse en el futuro (Zevallos M., 1971, pág. 8).

Es curiosa la confianza con la que Zevallos expresa su postura ante una fuerte adversidad. Esta evolución científica en su discurso y trayectoria lo llevó a ser el primer descubridor de los rasgos agrícolas de esta sociedad prehistórica y de la complejidad de la cerámica del Formativo, hallazgos trascendentales que habían sido ignorados anteriormente. A continuación, se presenta el resultado de las investigaciones de este guayaquileño que revolucionaron la naturaleza de la cultura Valdivia.

4.2.1 El descubrimiento de elementos agrícolas pertenecientes a Valdivia

Antes de la revelación de esta nueva hipótesis sobre la sociedad valdiviana se había generalizado la teoría de una subsistencia basada, principalmente, en productos provenientes del mar. Esta tesis ecologista fue difundida por Estrada, Meggers y Evans

(1957; 1959; 1965), en base a los complejos descubiertos, hasta entonces, que se caracterizaban por estar cerca de las orillas del mar, pues se desconocía la existencia de asentamientos tierra adentro. Aunque ellos no habían encontrado pruebas o indicios de una subsistencia agrícola, no se negaba esta posibilidad, pues existían poblaciones similares a las valdivianas en el Formativo peruano que sugerían la introducción de una práctica de cultivo de plantas (Zevallos M., 1971, pág. 10).

Se carecía de pruebas objetivas para lograr conclusiones definitivas, pues el clima del Litoral ecuatoriano era distinto al peruano, lo que hacía más difícil la conservación de los alimentos de origen vegetal, es decir, vestigios orgánicos que puedan ser analizados con las técnicas de datación norteamericanas. Por estas razones e inconvenientes, la hipótesis de un desarrollo agrícola no pudo ser comprobada por los Evans años atrás. El proceso agrícola en la prehistoria ecuatoriana tiene raíces locales más profundas y tempranas: en la sociedad arcaica “las Vegas”, de la península de Santa Elena, desarrollada en el 6500-500 a.C., se practicaba la horticultura del maíz, en lo que se ha denominado como un “pre-cerámico con agricultura” o agricultura sin cerámica (Salazar, 1995, pág. 43). En 1960, durante las exploraciones de Zevallos en asocio con Olaf Holm del sitio “San Pablo”, situado al sur de la Bahía de Santa Elena, ya se había supuesto dicha incógnita sobre la subsistencia real de Valdivia, pues se evidenciaba el uso de metales asociado a un posible cultivo de granos e incongruencias en los modos de subsistencia marítimos con fuertes periodos de escasez.

Desde 1956, las primeras excavaciones efectuadas en el sitio San Pablo se habían organizado por iniciativa de Zevallos en las que participaron Francisco Huerta Rendón, Jorge Swett (alumno), Olaf Holm y el Ing. Raúl Maruri. Años después, fueron encontrados varios basureros de material cultural que permitieron dar forma a la hipótesis. Hallaron miles de tiestos, fragmentos de figurines, anzuelos de concha, etc. En un intento claramente ecologista, Zevallos trató de entender las influencias climáticas sobre la alimentación y subsistencia de los asentamientos y sociedad costaneros. Para esto tuvo que valerse de fuentes históricas que brindaron información sobre las corrientes, precipitaciones de lluvias, ciclos y cambios climáticos que afectaban los regímenes alimenticios de los antiguos pobladores de la Costa. Con un margen de oscilación, propone una antigüedad del desarrollo agrícola de aproximadamente 3.000 años a.C. (Zevallos M., 1971, pág. 14).

Lo que Zevallos trató de demostrar con su hipótesis fue que la subsistencia valdiviana estuvo sometida a variaciones importantes en los tipos de alimentación y se enfrentó a tiempos de fuerte escasez, que podían sugerir el desarrollo de tácticas de sustento alternativas de una mayor complejidad y adaptación al medioambiente circundante. Como se mencionó anteriormente, presenta una clara influencia del ecologismo norteamericano. Se deduce que es más arduo recuperar material vegetal orgánico que de otros tipos de alimentos como peces o moluscos, ya que la alta humedad del suelo ecuatoriano provoca el eminente deterioro de los elementos agrícolas. Debido a que no se había tomado en cuenta estos factores ecológicos, es que los arqueólogos del grupo de Estrada llegaron a la conclusión de que Valdivia tenía una subsistencia netamente marítima. (Marcos, 1988, pág. 19). La obtención de datos climáticos y ecológicos fue efectuada por medio de la aplicación de la técnica del C14 sobre los elementos excavados, para así lograr definir épocas de escasez y de abundancia: “(...) había en la Península de Santa Elena, lluvias continuadas durante la estación de invierno, las que a través de los años fueron decreciendo, con algunas alternativas, hasta el punto de registrar con C14, una prolongada sequía, alrededor de 500 a.C.” (Zevallos M., 1971, pág. 16).

La presencia y ausencia de restos de productos del mar o de fauna marina, también permitió definir importantes transformaciones climáticas y permitieron el análisis de las formas de sustento alimenticio de los poblados. Se encontraron objetos de material metálico que pudieron haber estado relacionados al desarrollo de técnicas de cultivo, y otros factores que serán mencionados en los próximos párrafos. En las investigaciones de Zevallos y sus colaboradores se evidencia la aplicación de las técnicas modernas de datación, el establecimiento de una perspectiva claramente ecologista, se mantiene el uso de fuentes históricas para recolectar datos sobre las culturas pasadas, y aplica la formulación de hipótesis y comprobación. También se evidencia la aplicación de un estudio enfocado en la organización socio-económica y en los modos de producción internos de un tipo de población formativa desarrollada a orillas del mar. Estas fueron evidencias de la aplicación práctica de un discurso e interpretación de carácter procesual. Pero, si bien contaba con todos estos indicios, Zevallos necesitaba hallar las pruebas definitivas de sus afirmaciones y especulaciones, por lo cual, se encaminó hacia un minucioso análisis de los restos y fragmentos cerámicos encontrados en Santa Elena.

Este meticuloso examen fue efectuado en busca de señales que permitan descubrir las plantas que fueron cultivadas por los valdivianos, ya sea con propósitos de alimentación o de otros usos prácticos. La búsqueda dio como resultado el acierto de la pieza faltante del rompecabezas; al tener en cuenta la imposibilidad de encontrar material biológico agrícola que haya perdurado tanto tiempo se logró el hallazgo de improntas de yerba, semillas y granos de maíz en los vestigios cerámicos de la época, a modo de impresiones o huellas dejadas por una práctica agrícola compleja (Salazar, 1995, pág. 41). Estas formas fueron impregnadas en tiosos que databan del 2500 a.C. que fueron ubicados en el Periodo B de Valdivia, este último establecido por Meggers y Evans⁶⁷.

Antes de que la hipótesis de Zevallos saliera a la luz, se creía que la agricultura ecuatoriana se inició solamente desde el periodo Chorrera, hace unos 1500 años a.C. La noticia y los primeros indicios del descubrimiento fueron divulgados en la comunidad de arqueólogos, en 1962, durante el Congreso Arqueológico de Americanistas llevado a cabo en la ciudad de México el mismo año. En esta oportunidad, el guayaquileño aprovecharía para consultar y recibir el visto bueno de arqueólogos de renombre internacional como el peruano Luis Guillermo Lumbreras, entre otros, quienes confirmarían que, efectivamente, se trataba de una huella o impronta de maíz, como expresa la siguiente cita:

En agosto de 1962, aprovechando la reunión del XXXV Congreso Internacional de Americanistas, y que se encontraban en México los paleobotánicos autores del proyecto Tehuacán, dirigido por Marc Neisch, llevé el fragmento, con la impronta, y fue así como en presencia del arqueólogo peruano Guillermo Lumbreras y de otros investigadores norteamericanos, tanto Mac Neisch como C. E. Smitih y demás científicos de este proyecto, ratificaron que la impronta encontrada, era indiscutiblemente la de un grano de maíz que había germinado en la arcilla fresca (Zevallos M., 1971, pág. 20).

En un ámbito nacional, la noticia fue difundida, meses antes, en una publicación del diario “El Telégrafo” de Guayaquil, del 21 de Marzo de 1962, en la cual Zevallos presentó sus conjeturas iniciales (Zevallos M., 1962). El hallazgo de vestigios de metal, factores ecológicos, cronológicos, climáticos y de una impronta de maíz, serían las pruebas definitivas de la tesis de un desarrollo agrícola en los pobladores de Valdivia. Pero aún quedaba el último aspecto de la teoría y este era el análisis estilístico de la

⁶⁷ Los Evans separaban el desarrollo de la fase Valdivia en cuatro periodos o niveles secuenciales: A, B, C y D, desde el más temprano al más tardío (Meggers & Evans, 1961, pág. 150)

cerámica, como un aporte de la experiencia artística de Zevallos. Al enfocarse en la decoración de la producción cerámica, concluyó que estas técnicas gozaban de una amplia complejidad que, al parecer, estuvo a cargo de gente “especializada”, quienes debieron contar con el tiempo y paciencia suficientes para permitirse desarrollar una gama tan vasta de conocimientos decorativos y formas.

El autor utiliza una terminología bastante peculiar y es la de “artista primitivo”, que engloba tanto la cotidianidad del uso de los vestigios, así como su significado o “mundo mágico” a partir del cual se desarrollarían las temáticas y contenidos artísticos (Zevallos M., 1971, pág. 21). El arqueólogo asegura que, a pesar de que la técnica cerámica valdiviana era similar a la producida en otras culturas, la temática variaba de forma considerable y esto solo podía significar el desarrollo de una sociedad compleja, mejor adaptada al interior de la Costa y a un estilo de vida sedentario. Estos elementos, afirmaba, pasarían desapercibidos para aquellos profesionales que no están habituados a estudiar el arte de los pueblos primitivos y sus particularidades, como explica la cita siguiente:

Es posible que para los poco familiarizados con el arte de los pueblos primitivos, esta interpretación pueda parecerles demasiado concreta; esto podría ser si únicamente se considerara las expresiones plásticas de otros pueblos que también utilizaron técnicas artísticas parecidas, pero una cosa es el medio de la expresión en este caso, cerámica con decoración, modelada e incisa, y otra, distinta, la temática. Cada pueblo, aunque con los mismos medios elementales, ha tenido la suya propia; si en uno o en otro, a pesar de la distancia en espacio y tiempo encontramos cierta igualdad, ello será debido a que fueron afectados por impresiones similares o inspirados en idénticas fuentes las que motivaron reacciones íntimamente relacionadas con los factores circundantes (Zevallos M., 1971, pág. 22).

Tanto el grupo científico de Zevallos, así como el de Estrada, habían llegado a estar de acuerdo en dos factores esenciales: Primero, que la temática o estilo artístico estaban separados de la técnica de producción y decoración, como modelada e incisa. Betty Meggers⁶⁸ defendía que las similitudes y correlaciones con el Asia partían principalmente de las complejas temáticas artísticas, más no solamente de la técnica, función o medio de elaboración de los vestigios (Meggers, 1985, pág. 83). El segundo factor es el relacionado con las famosas figurinas o figurillas de Valdivia. Ambas

⁶⁸ Véase: pág. 134

tendencias afirmaban que su elaboración estaba fundamentada en un culto hacia la fertilidad. Dentro de esta categoría, se encuentran las conocidas “venus” de Valdivia o las numerosas representaciones de desnudos masculinos y femeninos. A partir de esta definición surge la hipótesis de un culto hacia la fertilidad de la tierra, que fue expresado en las temáticas del arte aborigen. Aquel culto también ha sido interpretado como la manifestación visual de una sociedad basada en una organización matriarcal. Este factor estético del arte aborigen fue el argumento final de Zevallos para la hipótesis de una subsistencia agrícola en la cultura Valdivia.

Para culminar con la contrapropuesta inicial, cabe mencionar ciertos puntos importantes del análisis de su teoría. Primeramente, se debe destacar que utiliza varios recursos metodológicos del modelo de la Nueva Arqueología angloamericana, como la perspectiva ecologista, antropológica y procesual para la comprobación de su hipótesis. Segundo, aplica las técnicas de datación combinadas al estudio histórico de las influencias climáticas sobre la región costanera, lo que le permitió definir épocas de variación en los modos de subsistencia. Y otro factor metodológico importante es que no trató de definir influencias culturales externas ni sistemas de difusión cultural, como era característico de los estudios de la época, sino que aplica el innovador método procesual para definir el progreso interno de la sociedad precolombina, independientemente de influencias foráneas, y identificar patrones de desarrollo y cambio cultural.

Zevallos no entra en discusiones difusionistas particulares en relación a los orígenes de la cerámica valdiviana. En su lugar, atribuye las similitudes a la influencia de circunstancias ambientales o “impresiones similares”, lo que provoca que se evidencie una cierta igualdad o duplicaciones, a pesar de la distancia entre culturas. Él solo utiliza el recurso teórico difusionista al final de su tesis, cuando debe aclarar la introducción de elemento *maíz* en contexto ecuatoriano, que posiblemente fue domesticado al sur de México para pasar al Formativo local por medio de contactos mesoamericanos⁶⁹. Defiende su postura argumentando que han existido asentamientos paleolíticos o pre-cerámicos, definidos por Donald Collier y Edward Lanning, que demuestran la presencia del “maíz sin cerámica” en América. Por ende, se puede ver que no pudo desligarse de la especulación difusionista para aclarar la procedencia u origen de ciertos

⁶⁹ Se debe retomar que Zevallos estuvo a favor de los contactos mesoamericanos en sus anteriores investigaciones. Véase: pág. 97

elementos. Las herramientas teóricas y metodológicas aplicadas por el guayaquileño dieron forma a su tendencia, la cual, es el perfecto ejemplo de la combinación entre parámetros generales dominantes y una tradición arqueológica local.

4.2.2 Difusionismo vs procesualismo

Con el subtema anterior, se evidencia que la evolución del discurso científico y teórico de Zevallos tuvo que haber sido fortalecido por la influencia de varias tendencias arqueológicas que se desarrollaban en un ámbito global, como la Nueva Arqueología que apareció con una fuerza revolucionaria desde los años sesenta. Él se familiarizó con dicha rama científica gracias a sus viajes internacionales, sus estudios en el exterior, su participación en conferencias y congresos sobre arqueología efectuados en los países más representativos del continente americano, y también debido a su necesaria vinculación con las expediciones norteamericanas al Ecuador como administrativo y gestor del patrimonio cultural local. Como fue observado en el punto anterior, se determina la influencia de la escuela procesual y social, corriente que tiene representantes de trascendencia internacional como Lewis Binford y, en un caso sudamericano, el arqueólogo peruano Luis G. Lumbreras (Delgado, 2008, pág. 141).

El procesualismo había tomado significativa fuerza en la comunidad de arqueólogos americanos -como centro principal los Estados Unidos-, sin embargo, todavía se mantenía sin gran presencia en el Ecuador. Se evidencia estos elementos en el discurso de Zevallos, ya que su tesis se enfocaba en resaltar los procesos internos de subsistencia en la sociedad valdiviana, más que en sobresalir los contactos o migraciones entre culturas (Lumbreras, 1981, pág. 33). Por esta razón, se concluye que su hipótesis fue una de las primeras aproximaciones ecuatorianas hacia el modelo de la Nueva Arqueología, aunque sin poder aún desligarse del historicismo tradicional. Manifestó ciertamente una tendencia distinta a la de los Evans, no en relación al problema planteado (teoría), sino que aplicaba una perspectiva metodológica alterna que permitía descubrir y hacer visibles otros elementos de la fase Valdivia.

El guayaquileño logró con éxito introducir estos nuevos parámetros en el país, debido al carácter revolucionario de sus resultados. Posteriormente, participó como aliado en las expediciones norteamericanas que pretendían fortalecer la corriente procesual en el Ecuador. Estas nuevas posturas empezaban a considerar al difusionismo como una

forma bastante riesgosa de politizar al dato arqueológico o como una visión “colonialista”, así lo explica Lumbreras en la cita siguiente:

Mucho más grave es el uso político que se hace del dato arqueológico para fines de dominación, como ocurría con tesis que justificaban la colonización extranjera, a partir de la supuesta “inferioridad” cultural de nuestros pueblos prehispánicos. Como sucede también con las “teorías aloctonistas” o “difusionistas” que utilizan la invasión-difusión como método explicativo de los grandes y pequeños cambios de la historia y justifican, teóricamente, la intervención extranjera en los procesos de desarrollo social (Lumbreras, 1981, pág. 36).

Es importante mencionar que esta cita de Lumbreras pertenece a la época de inicios de los ochenta, cuando la UNESCO se propuso a redefinir y generalizar los parámetros generales de la ciencia arqueológica andina, para el inicio de un nuevo paradigma. El peruano fue designado consultor por parte de dicha organización en el “Proyecto Regional de Patrimonio Cultural”, para la reformulación de los conceptos y teoría aplicados en los estudios andinos. El procesualismo, impulsado por representantes como Lumbreras, se generalizó dentro de la comunidad científica ecuatoriana desde finales de los setenta. Esta circunstancia solo intensificaría el rechazo de la teoría de Estrada como un mito perteneciente a un tipo de arqueología obsoleta.

Siguiendo con las investigaciones de Zevallos, a pesar de que él no discute la hipótesis transpácífica de Valdivia, sí consigue refutar y redefinir varios de los aspectos teórico-metodológicos de la arqueología de Estrada, Meggers y Evans, y lo efectúa de la manera siguiente:

- 1) Contradice el método ecologista de los Evans, al demostrar que ellos ignoraron varios factores determinantes y variantes como los fenómenos climáticos, los modos de subsistencia en épocas de escasez y abundancia, los aspectos tecnológicos, la complejidad artística en los vestigios, la ausencia de material vegetal y orgánico debido a su deterioro, las huellas de una sociedad sedentaria, la similitud entre vestigios y su duplicación como consecuencia de la adaptación independiente a circunstancias ambientales similares.
- 2) Estas conclusiones abren una nueva discusión y generan varias dudas sobre las declaraciones de investigaciones pasadas sobre Valdivia. Por ejemplo, al afirmar que pudo existir un desarrollo agrícola en el Formativo de la Costa se abre la posibilidad de

la existencia de otros asentamientos valdivianos autóctonos, tierra adentro y más alejados de la Costa, los cuales todavía no habían sido revelados. Estos nuevos sitios podían ser contemporáneos al G-31, de mayor antigüedad o posteriores, pero que su posible existencia minimizaba, de gran manera, la probabilidad de una influencia asiática significativa y unilineal o un origen japonés. El acceso a la agricultura y la alfarería se vio acompañado por el establecimiento de rutas de comercio entre la Costa, Sierra y Oriente, lo cual demostraba la transferencia de factores técnico-culturales, así como el intercambio de productos y manufacturas en varios movimientos migratorios. (Marín & del Pino, 2005, pág. 36). Se puede evidenciar que Zevallos, mediante su propuesta agrícola, abre la posibilidad a otra teoría difusionista, pero ahora planteada desde un movimiento Este a Oeste, al contrario de los Evans quienes veían como núcleo a la Costa y los Andes septentrionales. Sin embargo, la hipótesis central del director de Núcleo del Guayas buscaba topar el desarrollo interno de la sociedad Valdiviana, desconociendo la importancia pasada enfocada en influencias externas.

Estas incógnitas surgidas desde el descubrimiento agrícola, indirectamente, ponen en cuestión la teoría de Estrada, puesto que salieron a la luz problemas significativos de interpretación. Como ejemplo, en el Japón contemporáneo no fueron hallados los figurines de fertilidad valdivianos, ni muestras de un desarrollo agrícola, por ende, esos elementos tuvieron que originarse en otra fuente, seguramente, americana. Esta posibilidad abrió las puertas a un nuevo tipo de difusionismo nacionalista, postura que aseguraba que el origen de la cerámica del Formativo tuvo que haberse efectuado en otro asentamiento ecuatoriano, como explica la cita siguiente:

La investigación arqueológica ha recorrido un importante trecho, y hoy sabemos que el proceso de innovación cultural del Formativo es autóctono de Sudamérica. Valga anotar al respecto que algunos arqueólogos ecuatorianos, con criterio nacionalista algo exagerado, han comenzado a sugerir que se trata de un proceso exclusivamente ecuatoriano (Salazar, 1995, pág. 46).

Esta cita de Salazar es un claro ejemplo de una arqueología de los ochenta, que ha dado totalmente por superada la teoría asiática, para lograr concluir que el origen del proceso cultural del periodo Formativo tuvo que haber sido generado en un ámbito americano y ecuatoriano (Marín & del Pino, 2005, pág. 37). En otras palabras, renace el viejo autoctonismo de épocas pasadas. En los escritos del arqueólogo estadounidense Jonathan Damp (1988), se confirma que, directa e indirectamente, el aporte de Zevallos

se dispuso a derribar los fundamentos teóricos y metodológicos que fueron aplicados por el grupo de Estrada y que habían posicionado sus teorías difusionistas como verdades de la época (Damp, 1988, pág. 17). A más de estos hechos, y como por sinergia, serían efectuados los descubrimientos de nuevos yacimientos arqueológicos pertenecientes o relacionados a Valdivia, hallazgos que confirmarían las incógnitas aparecidas gracias la contrapropuesta de Zevallos, pero que todavía no eran verificadas ni llevadas a la realidad.

4.3 De vuelta al debate de la controversia: El descubrimiento de ocupaciones valdivianas de mayor antigüedad.

Para continuar la discusión sobre el origen de la cultura Valdivia, es de gran utilidad la opinión de Lumbreras quien, a inicios de los ochenta, opinó sobre la teoría de Estrada, cuando la misma había sido rechazada como falsa. Esta argumentación es la misma que ha sido utilizada por los arqueólogos hasta el día presente para refutar a la propuesta difusionista transpacífica. Ostenta el conjunto de hechos científicos y contrapropuestas que lograron su rotundo rechazo. Este discurso de inmensa autoridad científica, se presenta en la cita siguiente:

Hay diversas objeciones sobre la factibilidad de esta migración transpacífica así como sobre la procedencia y precisión de las analogías pero ninguna de estas objeciones es tan importante como el hecho de que se ha encontrado, en el mismo Ecuador, una cerámica anterior a Valdivia; si a eso se agrega que en Colombia hay una cerámica igualmente anterior, entonces la hipótesis, aun cuando fueran correctas las comparaciones, ya deja de ser válida en tanto propone que el origen de la idea y la técnica de hacer cerámica procede de Jomón (Lumbreras, 1981, pág. 154).

Se confirma la noción de que el planteamiento sobre un “origen” de la cerámica, les valió a los Evans fuertes críticas por parte de importantes figuras de la arqueología latinoamericana. Lumbreras afirma que, si la hipótesis de una migración transpacífica fuese correcta, en ese caso, solo significaría una inserción poco significativa, dentro de un contexto tecnológico que ya poseía conocimientos cerámicos de los cuales los jomoneses carecían. El problema y el gran riesgo de los Evans fue al plantear un núcleo único, unilineal y foráneo de difusión cultural, consecuencia de los grandes vacíos de información sobre asentamientos más antiguos, lo cual dio cabida a la duda y escepticismo de sus oponentes. También, ante los ojos del nuevo “autoctonismo”

naciente, la propuesta asiática apareció como un vil intento de colonialismo y etnocentrismo, discusión de carácter más ideológico que científico.

A inicios de los setenta, se dieron los excepcionales descubrimientos, por parte de arqueólogos locales en asocio con extranjeros, de nuevos complejos valdivianos de igual o mayor antigüedad que los revelados por el grupo de Estrada. Si los complejos estudiados por los arqueólogos del Smithsonian llegaron a manifestar una antigüedad entre los 2500 a 3000 a.C., los sitios descubiertos por Bischof, Viteri y Stothert en San Pedro y Achallan, Presley Norton en Loma Alta, y Lathrap, Marcos y Zeidler en Real Alto, superaron esta antigüedad inicial, llegando a datar aproximadamente unos 3500 a 4000 a.C. Pocos años atrás, también fue descubierto otro asentamiento al norte, en Colombia, de una población Formativa de características bastante similares a la de Valdivia y de una antigüedad similar o más temprana, en los sitios de Puerto Hormiga, Barlovento y Canapote. Investigaciones que fueron desarrolladas, desde 1955 hasta 1971, por Alicia y Gerardo Reichel-Dolmatoff (Reichel-Dolmatoff, 1971), como explica la cita siguiente:

En 1955, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff comenzaron a publicar los resultados de sus importantes excavaciones en la costa norte de Colombia. En una rápida secuencia durante los siguientes diez años, ellos desarrollaron una previamente inesperada cronología que va desde el Formativo Temprano, de aproximadamente 3000 a.C. hasta los últimos siglos de la Era Cristiana (Ford, 1969, pág. 3). -Traducción del autor-

De igual forma, se efectuarían las investigaciones sobre la cultura Valdivia realizadas por Betsy Hill (1972), en las cuales, se aplicaba una metodología clasificatoria derivada de la arqueología procesual. El aporte a la ciencia arqueológica local propuesto por Hill fue al desarrollar una forma alterna de definir una secuencia de evolución estilística y formal, en base al estudio de material cultural Valdivia, que se distinguía y entraba en contradicción con el método de análisis fordiano, utilizado por gran parte de la red científica local. El análisis de Hill fue útil para lograr definir la relación entre los asentamientos Valdivia epónimos o iniciales con los más tardíos, obteniendo una división de ocho niveles, incluyendo los complejos recientemente descubiertos de mayor antigüedad (Damp, 1988, pág. 18). Los asentamientos más tempranos determinados, no presentaban casi ninguna similitud cerámica con la cultura Jomón del Japón (Delgado, 2008, pág. 137).

4.3.1 Las primeras excavaciones en los sitios Loma Alta y San Pedro

El sitio Valdivia Temprano de Loma Alta se sitúa a unos diez kilómetros al norte en la Costa, partiendo del complejo denominado G-31⁷⁰. Loma Alta fue descubierta y excavada en 1971, por el guayaquileño Presley Norton. Las fechas de C14 muestran una temporalidad similar a la de G-31, alrededor de los 3000 a 2500 a.C. (Marcos, 1988, pág. 19). La ausencia de restos de especies alimenticias costaneras refleja una estrategia de subsistencia y adaptación “definitiva” al medioambiente, más que una subsistencia marítima o una sociedad nómada. Norton excavó tres trincheras en el basural del área y descubrió grupos de túmulos que contenían en su interior vasijas íntegras de cerámica valdiviana. Su hipótesis partía de que Loma Alta era el sitio más representativo de Valdivia -según la complejidad de desarrollo social y su antigüedad- en el que se evidenciaba un poblado que se había adaptado de forma total a una vida desarrollada al interior del territorio de la Costa (Damp, 1988, pág. 18).

Entre los años 1972-75, el antiguo colega de Emilio Estrada, Julio Viteri Gamboa, en asociación con el alemán Henning Bischof y la peruana Rosa Fung, de la Universidad San Marcos de Lima, realizaron excavaciones estratigráficas en el sitio excavado por Estrada en 1961. Estos trabajos fueron ejecutados con motivo del “Primer Simposio Internacional de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericanas”, que tomó lugar en la ciudad de Salinas, en julio de 1971. A este congreso asistió Viteri antes de ser el impulsador de dichas excavaciones y, entonces, fue quien contactó con los demás arqueólogos extranjeros (Bischof, 1973, pág. 159). Bischof había estado desarrollando su tesis para la Universidad de Berlín desde mediados de los años sesenta, por lo cual, se benefició de las distintas colecciones almacenadas por el Banco Central del Ecuador, en Quito. De esta misma reserva se beneficiaron Robert Bell de la Universidad de Oklahoma, descubridor de la cultura El Inga y los miembros de la Misión de la Universidad de Bonn, que trabajaron en Cochasquí. El Banco Central estuvo vinculado con la Unesco, la Smithsonian Institution, la Universidad de los Andes en Colombia, la Sociedad de Amigos de la Arqueología, entre otras. Así es como va retomando importancia la estructura institucional de la sierra en relación a la riqueza patrimonial del país (Torales, 1965, pág. 5).

⁷⁰ Véase: Anexo 4, “Mapa de los complejos Valdivia”.

Con el trabajo de campo, Bischof y Viteri descubrieron que debajo de la ocupación más temprana de aquella zona existieron dos asentamientos pre-cerámicos o “acerámicos”, que no fueron evidenciados en investigaciones pasadas. Recolectaron algunos tiestos en los niveles inferiores que no eran de naturaleza valdiviana, por lo cual, se les dio el nombre de “San Pedro”⁷¹ en referencia a una aldea local cercana (Bischof & Viteri, 2006, pág. 366).

Fue planteado por los arqueólogos que la etapa “acerámica”, la cual presentaba tiestos pre-valdivianos que no tenían la complejidad estilística de sus sucesores, se manifestó al final del periodo Paleoindio, precedente al Formativo. Por ende, posiblemente, tuvo relación con la etapa tardía de la cultura Las Vegas⁷² de la Península de Santa Elena. A pesar de los escasos ejemplares de material cerámico encontrados en San Pedro, en investigaciones posteriores fue asignada una fecha estimada mediante radiocarbono de aproximadamente 2500 a.C. (Damp, 1988, pág. 26) -luego serían asignadas fechas más tempranas- (Bischof & Viteri, 2006). Sin embargo, al confundirse el contexto estratigráfico entre los niveles de Vegas, San Pedro y Valdivia temprano (A/1y2), Bischof y Viteri vieron conveniente mantenerse en una medición cronológica relativa referente a un estadio intermedio, es decir, sin poder determinar una datación absoluta. Por ende, San Pedro no es la cerámica más antigua del Ecuador, pero sí manifiesta un estadio pre-cerámico tardío debido a sus escasos ejemplares, funcionalidad (abundantes restos de fauna marina), lazos tipológicos y estilísticos, también la diferenciación con las características del inicio de la fase Valdivia, como explica el arqueólogo a continuación:

La ausencia de artefactos cerámicos en los depósitos inferiores de la sección investigada no es fortuita a juzgar por las observaciones plenamente coincidentes de Julio Viteri en el año de 1961, durante la excavación del corte J. Según la opinión del autor más bien indicará una ocupación precerámica en el sitio de Valdivia que debería vincularse con alguna de las fases distinguidas por Karen Stockmann en la Península de Santa Elena (...) La cerámica de la fase San Pedro aparece, ya desarrollada, en cantidades muy pequeñas como añadidura al inventario cultural precerámico existente localmente (Bischof, 1973, pág. 161).

El nivel Valdivia A fue el más temprano determinado por los Evans, el mismo en el cual se desarrolló el contacto con Jomón, por lo cual a esta última hipótesis se la infirió

⁷¹ Véase: Anexo 5, “Corte Viteri”.

⁷² Dicha fase pre-cerámica fue estudiada y nombrada así por el arqueólogo Edward Lanning, en 1967.

como origen o precedente cerámico. San Pedro se presentaba como un antecesor cerámico directo, lo cual, fue básico para negar un origen japonés⁷³: “La ausencia de elementos relacionados con el Jomón japonés aconseja buscar sus antecedentes dentro del territorio ecuatoriano, sea en la región costanera o en el interior” (Bischof & Viteri, 2006, pág. 161), Las fechas de C14 y estratigráficas arrojadas revelaron la necesidad de ampliar, relativizar y extender la secuencia cronológica vigente y el periodo temprano de Valdivia, más allá de la clasificación dada por los Evans y el método Ford. Por ende, fue necesaria la aplicación de un nuevo esquema o secuencia para la prehistoria de la Costa (Damp, 1988, pág. 26), como se explica en la cita siguiente:

Actualmente se nota un resurgimiento de estudios dedicados a la fase Valdivia: Las excavaciones de Presley Norton cerca de Loma Alta (Valle de Valdivia) probablemente llevarán a una mejor definición de los períodos más antiguos de esta fase, y las del P . Porras en el inmenso conchal de Aguas Piedras (Isla de Puná) ampliarán el conocimiento de su extensión geográfica, y posiblemente, de sus variantes regionales. Partiendo de consideraciones tipológicas, Betsy Hill (Ms.) está tratando de elaborar una nueva secuencia cronológica, más precisa, de la fase Valdivia (Bischof, 1973, pág. 158).

Estos asentamientos contemporáneos o anteriores a Valdivia G-31 fueron también estudiados por Betsy Hill, quien fue alumna de Edward Lanning en la Universidad de Columbia. Heredó de su maestro un método de prospección arqueológica sistemática y cateos en sitios de corta ocupación (Marcos, 1988, pág. 21). Hill desarrolló una propuesta cronológica procesual y una seriación descompuesta en ocho fases (Valdivia I-VIII), la cual, fue aplicada durante las investigaciones citadas. Según Bischof, la nueva categoría cerámica hallada en el sitio San Pedro, en G-31, haría reformular la reciente propuesta cronológica en la cual se ubicaba a Puerto Hormiga de Colombia, como un antecedente valdiviano directo de menor complejidad, como se expresa en la cita siguiente:

Comparado con Puerto Hormiga o Canapote en el norte de Colombia, la cerámica de San Pedro es tecnológicamente superior y no parece representar una fase inicial de la manufactura cerámica. Sus formas, con cuello y hombro marcado, son dentro de la prehistoria americana los más antiguos ejemplos del tipo de la "olla" que perdurará hasta la actualidad, mientras que en el norte de Colombia las formas

⁷³ Aunque San Pedro fue un hallazgo precerámico o acerámico importante para negar el origen asiático de Valdivia, Bischof y Viteri, nunca negaron la posibilidad de que la cerámica San Pedro pueda tener un antecedente en Jomón.

se limitan durante muchos siglos a vasijas semiglobulares o "tecomates" (vasijas globulares con borde directo), menos evolucionadas. Por otra parte, falta una diferenciación tecnológica de la cerámica como la que se nota en Puerto Hormiga y en el Barlovento Temprano (Bischof, 1973, pág. 161).

Con la definición de un antecedente cerámico pre-formativo, se posicionó de nuevo al Ecuador como la posible cuna de la invención cerámica del Nuevo Mundo. Se puede observar que estos descubrimientos reforzaron la idea de un origen cerámico, pero netamente americano. Aunque la cerámica San Pedro no era la más antigua del Ecuador, fue un descubrimiento de inmensa importancia científica, puesto que manifiesta un ejemplo de secuencia estratigráfica directa entre periodos y propone reformular las prácticas e interpretaciones de los científicos del Smithsonian (Lumbreras, 1981, pág. 154). No se observa la aplicación de una hipótesis difusionista sino, más bien, fundamentada en un estudio de campo y el análisis estratigráfico de distintos niveles. Se evidencia también el desarrollo de un estudio de los procesos internos de una cultura específica, más que una evolución fundamentada en contactos entre culturas separadas, a no ser por su vinculación geográfica y estratigráfica (Vegas y Valdivia).

Según Damp, el proceso de cambio de un periodo denominado Arcaico, al que pertenece la fase Vegas, hacia el Formativo de Valdivia, es un fenómeno expansivo que también se evidencia posteriormente con los estudios en Real Alto. Este proceso puede ser entendido solamente mediante el análisis de la totalidad de asentamientos localizados en la costa y tierra adentro. Existen varias diferencias entre el periodo Arcaico y el Formativo, factores como la cerámica, los modos de subsistencia, las tecnologías y sus funcionalidades, el nomadismo en contraste con el sedentarismo, todo lo que implica una transición en la orientación económica. Pero estas distinciones no son definitivas sino conjeturales, pues, del periodo Arcaico había sido explorada solo una pequeña parte de los sitios en territorio andino (Damp, 1988, pág. 34).

Estos factores dinámicos hacen más difícil la estricta distinción y separación entre los periodos prehistóricos, por lo cual, fue planteada la cronología de Hill que relativizaba el comienzo y final de una cultura o periodo, según los procesos de desarrollo interno de las sociedades y extendiendo las posibilidades de una clasificación cronológica. La separación estrictamente cronológica de periodos evolutivos secuenciales, tomando en cuenta las fechas absolutas como datos definitivos, se mantiene como herencia del método historicista y de la seriación fordiana. Damp afirma que no había asentamientos

anteriores a las Vegas en la Costa, por lo cual el origen de la evolución cerámica y agrícola debe encontrarse tierra adentro (Damp, 1988, pág. 42). Como puede verse, estos argumentos sobre fechas más antiguas que el sitio G-31, en Real Alto y Loma Alta, sumado a las evidencias de un asentamiento pre-valdiviano/arcaico en San Pedro, fueron las pruebas que desmintieron el origen asiático propuesto por Meggers, Evans y Estrada, como opina Jorge G. Marcos en la cita siguiente:

Esta teoría capturó la imaginación de muchos arqueólogos, quienes vieron en ella una manera fácil de explicar el desarrollo cerámico en el Nuevo Mundo. Sin embargo, unos pocos como Donald Collier, muchos de los arqueólogos japoneses y más tarde, Donald Lathrap (1973), criticaron la teoría jomón desde distintos puntos de vista. No fue hasta 1970, cuando el ecuatoriano Presley Norton (1972) escavó en Loma Alta, y las verdaderas raíces de Valdivia fueron descubiertas (Marcos P., 1986, pág. 29).

Es importante insistir en que Viteri y Bischof, especialmente el segundo, no estuvieron totalmente en desacuerdo con la teoría de un contacto Valdivia-Jomón, pues reconocieron que, hasta la actualidad, no se ha desarrollado un estudio científico que niegue la posibilidad de que exista un antecedente japonés del complejo más cercano al Océano Pacífico (Bischof & Viteri, 2006, pág. 373). De todas maneras, se había logrado desmontar la teoría sobre un “origen” asiático. Era evidentemente claro, para este grupo de arqueólogos de tendencia procesual, que el invento de la cerámica formativa se manifestó y evolucionó en el Nuevo Mundo. No obstante, a pesar de las contundentes contrapropuestas desarrolladas en los puntos anteriores, todavía quedaba por refutar cómo pudieron haberse encontrado similitudes tan impresionantes y duplicados de gran parecido entre Valdivia y Jomón⁷⁴. La respuesta definitiva a esta incógnita difusionista fue ideada, en 1974, desde la teoría ecológica del arqueólogo Donald Lathrap y su misión norteamericana.

4.3.2 La Misión Antropológica de la Universidad de Illinois

Esta última misión, que forma parte de la etapa final de la controversia, es de suma importancia sociopolítica pues, a partir de su desarrollo se inició un proceso de profesionalización de esta ciencia en el país, culminando en la creación del “Centro de

⁷⁴ Salazar habla sobre las similitudes encontradas entre Jomón y Valdivia, argumentando que las técnicas cerámicas y estilísticas no eran demasiado desarrolladas, por lo cual no era difícil que se fabriquen en dos lugares sin la necesidad de un contacto (Salazar, 1995), aunque años atrás Zevallos planteó y defendió la complejidad artística de la sociedad Valdiviana.

Estudios Arqueológicos” en la Escuela Politécnica del Litoral, en 1980, que Jorge G. Marcos fundó con el primer programa de formación académica en arqueología ecuatoriana (Valdez, 2010, pág. 11). Esta empresa extranjera se enfocó en el estudio del complejo Valdivia ubicado en el sitio Real Alto, a unos seis kilómetros del Valle de Chanduy (Marín & del Pino, 2005, pág. 37). Fue la primera expedición arqueológica nacional de carácter interdisciplinario, que enfocó sus diversas especialidades en un estudio sobre la complejidad social de una fase en particular. Dicha sociedad de arqueólogos se decidía finalmente a dar el gran paso de una arqueología difusionista hacia una arqueología de tipo procesual y social. La influencia de un tratamiento interdisciplinario⁷⁵ fue, sin duda, un cambio revolucionario en los estudios locales, recurso que vino a reemplazar el individualismo científico del pasado, como explica la cita siguiente:

Ya no es posible entender el proceso histórico de Andinoamérica sin considerar el desarrollo agrícola, tecnológico y social alcanzado en Valdivia. La metodología de investigación que se introdujo en Real Alto fue revolucionaria, explicativa e interdisciplinaria, y marca un hito en el camino de la arqueología sudamericana (Marcos, 1988, pág. 1).

El conjunto de innovaciones, tanto institucionales como técnico-metodológicas, de esta empresa científica, pueden enumerarse como las siguientes: Primeramente, esta expedición norteamericana implantó las bases para la profesionalización de la disciplina arqueológica y para el posterior apareamiento de la primera carrera especializada en 1980. Esto posibilitó el nacimiento de la primera generación de arqueólogos profesionales ecuatorianos académicamente reconocida, así como dio forma a la iniciativa estatal de una “arqueología de contrato” con el desarrollo de proyectos oficiales e institucionalmente definidos. Claramente, se forja una nueva etapa revolucionaria de la arqueología ecuatoriana. Desde una perspectiva científica, se manifestaba otro tipo de práctica arqueológica en el Ecuador, muy alejada de intereses

⁷⁵ Uno de los ejemplos más sobresalientes de esta época, en relación a una nascente arqueología que vinculaba varias especialidades en un mismo estudio, fue la misión angloamericana formada para la exploración científica a la “Cueva de Los Tayos”, en el Oriente ecuatoriano, en la Provincia de Morona Santiago. Durante esta expedición existió la participación de geólogos, botánicos, espeleólogos, antropólogos, arqueólogos nacionales y extranjeros, entre ellos, el P. Pedro Porras, quien descubrió vestigios de un asentamiento prehistórico y un sistema de comercio entre regiones que databa del 1500 a.C. (Porras G., 1978). Incluso existió la colaboración de las Fuerzas Armadas del Ecuador y de las comunidades indígenas Shuar que habitaban la zona.

particulares y dispersos, también dejando de lado la arqueología de los “descubridores” hacia proyectos organizados con planes y directrices bien delimitados (De Saulieu & Rampón, 2006, pág. 21).

El guayaquileño Jorge G. Marcos Pino, quien descubrió el sitio Valdivia de Real Alto, se convirtió en el primer arqueólogo profesional ecuatoriano en 1979, cuando culminó su doctorado en los Estados Unidos. Aunque su investigación en Real Alto no significó la fundación inmediata de escuelas locales, sirvió para implantar sólidas bases institucionales, académicas y científicas hacia una necesaria profesionalización arqueológica. La realización de la misión de la Universidad de Illinois posibilitó a los científicos locales ver la inmensa urgencia de especialización académica local, como se muestra en la cita siguiente:

A partir de la creación de programas académicos en dos centros de enseñanza, por primera vez se forman en Ecuador arqueólogos bajo la influencia de la arqueología social latinoamericana y la arqueología procesual. Recientemente, el desarrollo de la actividad petrolera ha permitido un auge de la arqueología de contrato, que se genera en medio de limitaciones teórico metodológicas importantes (Delgado, 2008, pág. 129).

Es necesario mencionar que la teoría difusionista no estuvo presente, desde una perspectiva didáctica y académica, dentro de las universidades que impartieron, por primera vez en la historia, la carrera o especialización en arqueología. Esta realidad institucional direccionaría los estudios locales, desde los setenta, abarcando parámetros más procesuales, antropológicos, marxistas y sociales, rechazando vehementemente la legitimidad de prácticas como la de Estrada, Meggers y Evans. Existieron excepciones, como la labor de docencia del P. Pedro Porras en la Universidad Católica del Ecuador, cumplida desde 1974. Este ecuatoriano fue, de cierto modo, quien continuó el legado difusionista en el Ecuador, entre otros profesionales que recuperaron el método de seriación fordiana para la cronología y la periodización historicista⁷⁶ (Meggers & Evans, 1975, pág. 15).

De todas formas, se ha observado, en la historiografía arqueológica ecuatoriana de las últimas décadas, que existe el consenso de que Donald Lathrap -científico extranjero,

⁷⁶ Se denomina en la presente investigación como “periodización historicista” a aquella secuencia temporal de las culturas que parte de patrones y factores estrictamente cronológicos (Formativo, Desarrollo Regional, Integración o los siglos I, II, III antes de Cristo), para diferenciarlos de la periodización procesual que relativiza la división de periodos.

especialista en estudios amazónicos, asociado a Marcos-, a pesar de tener una directriz ciertamente procesual, no logró dejar de lado la perspectiva teórica difusionista. Por lo tanto, Lathrap desarrolló una contrapropuesta directa hacia la teoría de Estrada, al proponer un origen amazónico del Formativo, inevitablemente optando por una competencia por hallar el “verdadero origen”, como expresa la cita siguiente:

Una de las contribuciones más significativas a la arqueología de la Costa de Ecuador es la de Donald Lathrap, activo oponente de las ideas de Meggers y Evans, sobre todo en lo concerniente a las explicaciones del proceso cultural en la Amazonia. Estos debates se transportaron hacia la explicación del desarrollo de las sociedades tropicales del oeste de los Andes. Lathrap propone el modelo de las culturas de foresta tropical, sociedades de las tierras bajas, portadoras de grandes estilos que, según el autor, se expanden hacia la zona andina (Lathrap 1970, 1974). En su afán de desestimar la teoría difusionista del viaje transpacífico sobre el origen de la sociedad Valdivia, Lathrap propone también una explicación difusionista al explicar que los orígenes de Valdivia deben estar en los valles de la cuenca amazónica (Delgado, 2008, pág. 137).

Se observa que, a pesar de los intentos de desarrollar nuevas normas y herramientas metodológicas, se vuelve a caer en una búsqueda de orígenes que difícilmente puede ser ignorada, ya que forma parte de una extensa tradición arqueológica. La idea de un difusionismo amazónico para la cultura local, fue iluminada desde las investigaciones de Zevallos y se fundamenta, principalmente, en la procedencia de la técnica agrícola. Sin embargo, el objetivo principal de la misión interdisciplinaria nunca fue enfocarse en un problema difusionista, al salir de los parámetros de su hipótesis procesual.

4.3.2.1 El desarrollo de la empresa

La dirección de la misión fue asumida por Donald Lathrap y Jorge G. Marcos fue designado como Investigador Asociado y Director de Campo. Se contó con la participación de Débora Pearsall, especialista Etno-botánica, Jonathan Damp, Arqueólogo Asociado y James A. Zeidler como Palinólogo. El sitio Real Alto lo descubrió Jorge Marcos en 1971, guayaquileño, quien fue formado como investigador en arqueología gracias a la guía de Carlos Zevallos Menéndez. Desde 1970, fue designado miembro del Núcleo del Guayas y comenzó a publicar textos en los “Cuadernos de Historia y Arqueología”, donde habló sobre sus investigaciones y el hallazgo de un cementerio Guangala Tardío del 750 a 800 d.C. (Estrada Y., 1975, pág. 2).

Entre 1972 y 1973, se realizó la recolección del material cultural valdiviano de Real Alto, y su análisis se efectuó en el Laboratorio de Arqueología Sudamericana de la Universidad de Illinois. Mediante pruebas de radiocarbono corregidas se definió una edad inicial cercana a los 2000 a.C. Luego se evidenció que el sitio fue ocupado durante un extenso periodo, desde hace 6000 años antes del presente. Se realizó un plan para la excavación y prospección a gran escala del sitio. Fue diseñada una metodología de investigación apropiada para lograr comprobar la hipótesis sobre la producción y reproducción de una sociedad prehispánica, partiendo del estudio de su organización social, económica, urbana y ritual (Marcos, 1988, pág. 24). Hasta 1973, todavía no se llegaba a un consenso para la realización de una expedición extranjera oficial, solamente se habían realizado las primeras prospecciones y excavaciones por parte de especialistas locales.

Según Pérez Pimentel, Marcos tuvo una estrecha relación científica con Lathrap y Zevallos. Gracias al primero, en 1972, el guayaquileño fue beneficiado con una beca para iniciar sus estudios arqueológicos en la Universidad de Illinois, pues, antes de su viaje él era solamente un aficionado a la disciplina. En el mismo año, contrajo matrimonio con Ana Zevallos Ampuero, hija de su maestro, Zevallos Menéndez. Después de realizar una minuciosa investigación sobre el sitio Valdivia, en 1974 Lathrap aprueba la continuación definitiva de los trabajos con la formación de un grupo interdisciplinario oficial que visitaría las localidades del Valle de Chanduy. El financiamiento para el desarrollo de las dos investigaciones (1972 y 1974), había provenido de diversas fuentes. Para la primera, Presley Norton y Zevallos ayudaron a obtener fondos para las prospecciones iniciales, hasta el año 1973. Pero en la época de formalización de expedición extranjera, el financiamiento provino principalmente de entidades como La U. de Illinois, la Wemner Gren Foundation, la National Science Foundation, y en menor proporción, del Banco Central del Ecuador (Pérez , 1987, pág. 228). Las investigaciones que contaron con la participación norteamericana, duraron desde 1974 hasta 1976, y se enfocaron en un estudio científico de lo que sería considerado como la primera organización urbana con plaza y centro ceremonial de América, perteneciente a la cultura Valdivia.

Otras investigaciones arqueológicas fueron realizadas en el Ecuador, en la misma época, pero ninguna de ellas fue tan significativa como la de Real Alto. Más que por su importancia científica, eran menores en base al financiamiento y apoyo institucional que

recibieron. Esta realidad se manifestaba, puesto que organizaciones arqueológicas y patrimoniales como el Museo de Guayaquil, bajo la Dirección de Olaf Holm, y la Casa de la Cultura, en la dirección de Hernán Crespo Toral, gastaban recursos estatales en la compra de tiestos y vestigios para almacenarlos en sus colecciones, lo cual, causaba el deterioro y destrucción de los sitios arqueológicos explotados, así como fomentaba a un derroche innecesario de fondos públicos (Pérez , 1987, pág. 230). Los trabajos en el sitio del valle de Chanduy fueron retomados nuevamente, en 1977, por el arqueólogo Jonathan Damp. A finales de esta década, se logra definir la mayor antigüedad de la cerámica Valdiviana con las pruebas de C14, en una datación aproximada del inicio y final de la fase en su totalidad de 3500 a.C. hasta los 1500 a.C. Estas fechas posicionaron de nuevo a Valdivia como la cultura cerámica más antigua de América, recuperando su antiguo título antes rebatido por Puerto Hormiga de Colombia (Marcos P., 1986, pág. 93).

Según Damp, este posicionamiento fue tanto positivo como negativo para los estudios de la prehistoria andina. Fue una buena noticia, ya que dicha fase retoma importancia como el asentamiento formativo de mayor antigüedad en el Nuevo Mundo. Por otro lado, es perjudicial desde una perspectiva científica, puesto que se revive una discusión política sobre los orígenes que, para Damp, era verdaderamente innecesaria y perjudicial para la ciencia. Considerar los descubrimientos valdivianos de forma literal como “la primera vasija cerámica que se haya hecho”, es un reconocimiento equivocado sobre las probabilidades, variaciones y desviaciones del método de radiocarbono, datos que tienen un margen de error significativo y podrían ser modificados en futuras investigaciones (Damp, 1988, pág. 29). Por esta razón, la arqueología procesual y post-procesual abandonan las hipótesis fundamentadas en la búsqueda de orígenes, en base a la escasa información sobre el cuadro cultural americano, acuerdo que reduce a la teoría de Estrada Meggers y Evans a una simple especulación interpretativa.

Habían sido definidas varias fechas, todavía más tempranas, para el sitio Real Alto que llegaban a aproximarse y superar los 4000 a.C., pero que salían de la secuencia temporal y el contexto que eran manejados por los arqueólogos, por lo cual, no se las consideraba como un dato correcto o definitivo. Las fechas de Real Alto y Loma Alta consisten en los asentamientos valdivianos más antiguos encontrados hasta la actualidad y marcan el inicio del Periodo Formativo.

4.3.2.2 Los resultados de la investigación y las innovaciones teórico-metodológicas de la empresa interdisciplinaria

Según explica el arqueólogo ecuatoriano Florencio Delgado (2008), esta empresa significó el inicio de la “arqueología moderna” ecuatoriana, aunque otros arqueólogos consideraron que aquel cambio se efectuó a mediados de siglo XX. Existieron varias innovaciones científicas que surgieron del carácter interdisciplinario del proyecto, el cual buscaba establecer procesos de cambio sociocultural, como explica Marcos en la cita siguiente:

Las excavaciones de Real Alto y la prospección del drenaje de los ríos Verde y Zapota, en el valle de Chanduy, llevados a cabo por los arqueólogos de la Universidad de Illinois, desde 1974 a 1976, marcan el inicio de una nueva tendencia (Marcos, 1988, pág. 17).

Fue aplicado el método de análisis de suelos para establecer la presencia de una variedad de elementos botánicos y de fauna prehistórica. Se practicaron técnicas modernas de campo como la excavación por drenaje. Fueron realizados análisis zooarqueológicos que definieron la fauna formativa existente en la península de Santa Elena. Lathrap se enfocaba en la aplicación de la perspectiva ecológica, similar a la empleada por Zevallos años atrás. Marcos también manifestaba los métodos aprendidos de su maestro guayaquileño para el desarrollo de una secuencia cronológica que difiera de la formulada a partir del método Ford. James Zeidler realizó estudios del espacio y sobre el proceso de organización social del complejo de Real Alto, metodología influenciada por una inclinación marxista. La Dra. Débora Pearshal, especialista en paleobotánica, introdujo la innovadora técnica del análisis de fitolitos en plantas domesticadas para la definición de los cambios a través del tiempo en la organización social valdiviana (Delgado, 2008, pág. 139).

Marcos consigue confirmar el carácter agrícola de la subsistencia valdiviana que fue propuesto por Zevallos años atrás. Esto fue conseguido al tropezar con evidencias de una producción textil que no pertenecían a la llama o alpaca, lo cual, descartaba que se tratase de fibras animales. Entonces, se encontraban ante el descubrimiento de las primeras huellas de textiles de algodón producidos en telar de toda la América formativa y que databan del 3000 a.C. (temporalidad definida mediante pruebas de

radiocarbono)⁷⁷. Tomando a Valdivia como centro de difusión, se presumía que las técnicas textiles habían sido introducidas y difundidas en otros pueblos prehistóricos como en el Perú (Lathrap & Marcos, 1975, pág. 43).

Los datos de elementos agrícolas, al igual que en las investigaciones de Zevallos, eran extraídos mediante el análisis de “improntas” o impresiones que quedaron grabadas en el material cerámico. Estas podían ser de tejidos, restos vegetales y elementos alimenticios calcinados o en proceso de germinación que dejaron sus huellas sobre el material fresco de tiestos hace miles de años. Durante la expedición norteamericana fueron encontradas grandes cantidades de improntas de maíz en la cerámica que, junto al elemento algodón, confirman de forma definitiva la hipótesis de una agricultura intensiva, perteneciente al periodo Formativo local. Ciertamente, la resolución de las hipótesis mediante el proyecto multidisciplinario llevado a cabo definió la inmensa utilidad del método procesual al momento de extraer conclusiones decisivas, sin llegar a generar tantas dudas, discrepancias y especulaciones como lo hacía la tendencia difusionista, como expresa la cita siguiente:

Los resultados de las investigaciones son tan importantes, que desde ya podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que hemos contribuido a variar radicalmente la perspectiva bajo la que se miraba a la organización social y económica de los pobladores del período Valdivia de la costa ecuatoriana, y la primerísima importancia que tuvieron estos ecuatorianos en el proceso de la civilización americana (Lathrap & Marcos, 1975, pág. 45).

El método aplicado centraba su atención en procesos internos y en un desarrollo cultural autónomo, estudios que eran enriquecidos por las diversas especialidades participantes. Sin embargo, no se puede negar que las incógnitas sobre los orígenes se leían entre líneas y se observa que, en ocasiones, el discurso de los arqueólogos se complementaba con propuestas o argumentos difusionistas. Por ejemplo, la transferencia de las técnicas agrícolas o textiles a culturas posteriores, la transmisión mesoamericana del elemento

⁷⁷ Marcos (1988), resalta la reconsideración general sobre el carácter “absoluto” que tenía el método de C14 años atrás. Desde las investigaciones de la arqueología procesual el radiocarbono es considerado como un recurso que puede presentar importantes variaciones y fechas que podrían no concordar con las secuencias cronológicas establecidas, descartándose en algunos casos como “aberrantes” o “dudosas”. Esto ha permitido complementar al C14 con otras formas de medición temporal de material orgánico, partiendo de la paleobotánica o la medición estratigráfica. El método de datación que en los sesenta era considerado como absoluto y exacto, en los setenta comienza a ser apreciado como un análisis de datos de alto rango de error. Dar cuenta de este problema ha permitido a los arqueólogos reformular y complementar la medición de las fechas, y dar un manejo correcto de las mismas (Marcos, 1988, pág. 80)

maíz hacia el sur, la procedencia inexplicable de ciertos atributos cerámicos complejos de valdiviana que no concordaban con los de otras épocas o asentamientos. Aunque estos temas eran mencionados, al parecer, salían de los límites del método procesual, por lo cual, no se manifestaban dentro del planteamiento hipotético y solo se aplicaba mediante la formulación de reflexiones periféricas que no podían ser probadas científicamente. La radical diferencia con la arqueología y teoría precedentes es que la difusión no consiste en un eje fundamental del problema pues no es el factor definitivo de cambio y evolución cultural.

Una de los ataques directos de la empresa procesual ante la difusionista fue irse en contra de la secuencia cronológica desarrollada a partir del método Ford. Cabe señalar que el método de seriación fordiana es considerado como “historicista” al seguir parámetros puramente cronológicos, tipológicos y hasta geográficos, para definir el inicio y final de un periodo o cultura. En cambio, el procesualismo no toma como eje primordial la secuencia temporal, sino a la evolución independiente de las manifestaciones culturales y los procesos internos que son los elementos que modifican y relativizan dicha estructura secuencial, en otras palabras, se efectúa una secularización y relativización de la cronología estrictamente historicista. Una de las mayores críticas hacia el método Ford es que está más enfocado en los objetos que en el factor humano⁷⁸. La periodización desarrollada por James Ford era tipológica, cuantitativa, historicista, difusionista y presentaba a una cultura como un conjunto de elementos materiales transferidos, negando así los procesos autónomos desde su método de clasificación. Ford tenía la firme creencia de que los objetos podían compartir más datos objetivos sobre el pasado que las interpretaciones mediante teorías sociales, postura rechazada sustancialmente por la concepción antropológica dominante.

La ocupación de Real Alto fue clasificada en fases temporales, extraídas principalmente del mencionado método cronológico propuesto por Hill, en 1972. Dichas fases fueron definidas por medio de las excavaciones estratigráficas en base al tipo de vestigios encontrados, los cuales, eran asociados a los niveles Valdivia que variaban en su organización y estructura social. Los cambios en la producción cerámica manifestaban una dinámica de intercambio comercial interregional, así como la relación con otros asentamientos y procedencias. La distribución y organización urbana (viviendas, plazas,

⁷⁸ Ford presentaba el factor humano aun mismo nivel del material, por lo cual fue rechazado por una arqueología procesual que se fundamentaba en una visión antropológica y social.

arquitectura, etc.), fueron algunos de los factores más importantes para el desarrollo de la hipótesis de Real Alto. Estos elementos muestran una evolución y crecimiento del poblado valdiviano que exhibe una distribución elíptica en la formación de las viviendas y construcciones (Marcos, 1988, pág. 27).

Las viviendas rodeaban a las plazas centrales, organización evidenciada desde la primera etapa del sitio. Progresivamente, se observa el desarrollo de centros administrativos y jerarquías políticas. En la fase final de su crecimiento y evolución social se presenta la conformación de sitios ceremoniales y de prácticas funerarias. Dichos aspectos posibilitaron la elaboración del planteamiento sobre la introducción de figuras sacerdotales, ceremonias, sacrificios, rituales y hasta la posible implementación de una jerarquía matriarcal (Damp, 1988, pág. 22). Se exhibe la conformación y evolución progresiva de uno de los poblados cuyo asentamiento fue el de mayor permanencia, lo que permitió observar una dinámica expansiva y secuencial que culminaría en una forma avanzada de distribución social.

Una de las tesis que fueron desarrolladas con el estudio de las últimas fases de Real Alto, fue sobre el desarrollo de obras arquitectónicas notables de carácter público, consecuencia del progresivo crecimiento poblacional y urbano. Este hallazgo fue descrito como una alusión al “montículo oriental” o como una “protopirámide”, que sería la primera construcción de carácter monumental determinada en los estudios de la prehistoria americana. Se terminó que pudo tratarse de un antecedente, de unos mil años de anterioridad, de aquellas estructuras monumentales y piramidales de Mesoamérica y el Perú. Pero, la propuesta más interesante en relación al análisis de la organización urbana de Real Alto, fue que se encontraron estructuras similares a la de este poblado amazónico en el Pacífico sur y en el sudeste de Asia. Correspondencia que, según Lathrap, se debe a que en ambos contextos formativos se presenta un clima “tropical húmedo”, el cual, influyó en la organización urbana y social de los asentamientos poblacionales en una suerte de adaptación al ecosistema (Lathrap & Marcos, 1975, pág. 51).

Esta hipótesis ecológica pretende demostrar que las increíbles similitudes observadas en los factores sociales de culturas separadas por extensísimas distancias (transpacíficas, mesoamericanas), son producto de la adaptación a un medio ambiente similar y no necesariamente de un contacto físico, intercambio o influencia directa entre las culturas.

Esta afirmación, extraída de un estudio procesual de la organización interna de Valdivia, se opone radicalmente a la hipótesis difusionista de Estrada, quien basaba sus comparaciones principalmente en elementos arquitectónicos duplicados⁷⁹ de similitudes extraordinarias entre culturas separadas por el Océano Pacífico. La arquitectura, estructura, crecimiento y organización urbana, según la tesis de Real Alto, es uno de los aspectos en los que más influye el tipo de medioambiente en el que se desarrolla una fase prehistórica. En otras palabras, la adaptación al medio circundante se va a manifestar primeramente en la distribución urbana, arquitectónica y social, y luego en elementos como la cerámica, el sedentarismo, la agricultura, la tecnología, la subsistencia, etc. En este caso, la organización de la sociedad y los procesos internos son los vehículos que hacen que una fase evolucione y se expanda en todos sus niveles y etapas. Al contrario del concepto de evolución ecologista manejado por los Evans, en el cual, la cultura, las migraciones y la difusión eran los vehículos de cambio y adaptación humana al medioambiente.

La propuesta ecologista del grupo de Illinois, trata de postular argumentos para demostrar la imposibilidad de un contacto asiático con Valdivia, y que las similitudes difusionistas entre los vestigios son producto de una malinterpretación de la teoría de adaptación y evolución cultural, que es tergiversada por sus seguidores y su método de seriación historicista; una herencia de la arqueología tradicional para justificar hipótesis “colonialistas”. Por otro lado, Lathrap emplea la misma herramienta ecologista y obtiene resultados realmente opuestos a los de los Evans. También aplica su metodología en el caso de Puerto Hormiga, en Colombia, que había generado tanto debate como un posible antecedente valdiviano al norte. La cerámica del formativo colombiano muestra una temporalidad similar o anterior a la fase de la Costa ecuatoriana, por eso se había asumido una posible difusión o contacto directo. Esta afirmación fue refutada por Lathrap al demostrar que poblaciones de clima, medioambiente y contextos naturales similares pueden desarrollar elementos culturales parecidos o duplicados sin la necesidad de un contacto o relación, similitudes que son el efecto independiente de su grado de adaptación, como expresa la siguiente cita:

Valdivia representa una de las tantas tradiciones cerámicas que se ven en los trópicos húmedos de América, y que datan de antes del segundo milenio antes de Jesucristo, siendo Valdivia para la que fechados más tempranos se han obtenido,

⁷⁹ Véase: Anexo 13.

aunque la fluctuación de error inherente en el método radiocarbónico no puede darle una primacía absoluta de antigüedad sobre la cerámica de Puerto Hormiga, en Colombia, hallada y descrita por los esposos Reichel-Dolmatoff cerca de la desembocadura del Magdalena en el mar Caribe. Por lo tanto, podemos decir que Valdivia como Puerto Hormiga representan dos tradiciones cerámicas coetáneas en el noroccidente Sudamericano. Aún más, hay que tomar en consideración que estilísticamente son bastante diferenciadas, en ningún caso la una puede ser antecesora de la otra, en sí las dos deben tener un antecedente tan distante en el pasado como la distancia geográfica que las separa (Lathrap & Marcos, 1975, pág. 53).

El conjunto de contrapropuestas anteriores a la de Lathrap se convirtieron en argumentos de peso para desmitificar la propuesta del origen asiático, y fueron utilizadas por el arqueólogo estadounidense para reforzar su discurso científico. No solamente logra demostrar que la teoría transpacífica es una malinterpretación de un fenómeno de adaptación ecológica, sino que también argumenta que este tipo de arqueología es consecuencia de la aplicación de métodos cronológicos obsoletos. Es necesario reflexionar que no podría hablarse de una tendencia difusionista moderna sin su esqueleto y estructura que era el sistema de seriación fordiana. Por otro lado, el procesualismo encontró su herramienta metodológica ideal en la cronología propuesta por Hill.

Los argumentos difusionistas se seguían manteniendo en los estudios de Real Alto, por ejemplo, en relación a la transferencia del elemento *maíz* se propone una tesis sobre la difusión mesoamericana y su introducción hacia América del sur, realizada por la paleobotánica Débora Pearshall, quien formó parte esencial durante la misión norteamericana (Pearshall, 1986, pág. 248). No obstante, este grupo de arqueólogos realizó una crítica directa al método propuesto por Ford, cuya aplicación podría generar serias confusiones y problemas, como explica la siguiente cita:

Los estilos cerámicos conocidos, más antiguos de nuestra América todos decorados, y ninguno podríamos decir que represente un estadio experimental en la evolución de la técnica de su manufactura. Lo cual tiende a corroborar que debiésemos buscar más hacia los trópicos interiores para encontrar los verdaderos centros de difusión, no sólo del inicio de la cerámica en América, sino de cada uno de los estilos más tempranos hasta ahora hallados (...) No me parece oportuno entrar en una discusión detallada sobre los méritos y desventajas de una seriación tipológica cuantitativa (Ford) o de una división estilístico-cronológica (J. Rowe). Sin embargo, hay que anotar que ambos métodos han sido usados para

determinar el desarrollo cultural de la fase Valdivia (...) Mientras no le quitemos mérito a la seriación cuantitativa empleada por Ford para resolver el problema que lo confrontaba, estimamos que cuando aplicado a una cerámica altamente decorada y de variadas formas y motivos, tiende a enmascarar rasgos diagnósticos muy importantes en el afán de simplificación inherente a ese método (Lathrap & Marcos, 1975, pág. 54).

Esta cita es de gran importancia para entender la competencia y contraste entre dos modelos científicos enfrentados. Aunque no fue uno de los objetivos y problemas de la misión de la Universidad de Illinois definir el “verdadero origen” de la cerámica Valdivia, estuvo presente como incógnita y, posiblemente, como motivación de estas expediciones (Damp, 1988, pág. 17). El modelo procesual, que luego sería adoptado por casi toda la comunidad local de arqueólogos fue demasiado eficaz para desmentir las hipótesis mesoamericanas o transpacíficas, así como para extraer una mayor cantidad de datos objetivos sobre las fases precolombinas.

Desde mediados de los setenta, la teoría del difusionismo se convirtió en un riesgoso y, muchas veces, evitado recurso de la arqueología científica para deducir correlaciones, transferencias, cambios y contactos culturales. Esto provocó que su propuesta metodológica y, en particular, la teoría de Estrada, fuesen rechazadas por la comunidad de arqueólogos como herramientas obsoletas y problemas superados. Y esta realidad se desarrolló a pesar de que, como afirma Betty Meggers⁸⁰; jamás se ha efectuado una investigación seria, objetiva y de primera mano para refutar la teoría transpacífica (Meggers, 1987, pág. 29).

4.4 La crisis del difusionismo y la etapa de profesionalización de la arqueología en el Ecuador.

La profesionalización de esta ciencia en el Ecuador fue uno de los hechos sociales que significaron la generalización y posesión del modelo procesual, así como de una arqueología institucional, interdisciplinaria, patrimonial y de rescate. No se podría hablar de una arqueología profesional sin estos factores de cambio social. Según Damp, esta etapa fue una consecuencia directa del consenso arqueológico realizado por la UNESCO en 1979, como presenta la cita siguiente:

⁸⁰ Meggers defendió la veracidad de la hipótesis formulada por Estrada hasta el final de sus días, y también luchó por la legitimación del difusionismo como método para explicar la evolución de las culturas (Meggers, 1985).

La primera carrera de arqueología nació en la Escuela Politécnica del Litoral, con la creación de la Escuela Técnica de Arqueología, con una duración de tres años (...). Sin embargo, los antecedentes que inspiraron su creación deben remontarse a las discusiones que se generaron en 1979 en el Coloquio Internacional organizado por la UNESCO “Críticas y Perspectivas en la arqueología andina”(…) La participación del Dr. Jorge G. Marcos en ese coloquio resultó decisiva para la presentación posterior de una propuesta de programa de Licenciatura para preparar arqueólogos en el Ecuador en una nueva reunión llevada a cabo en México en 1980 (Damp, 1988, pág. 138).

Para dar cuenta de la real importancia de esta nueva etapa de cambio en la ciencia ecuatoriana, se debe mencionar que la arqueología profesional ecuatoriana surge con el involucramiento de otras instituciones y organizaciones con intereses compartidos. La acción de la UNESCO fue determinante para la legitimación consensuada del nuevo modelo arqueológico; la participación de dicha organización internacional estuvo claramente relacionada al surgimiento de una arqueología de salvamento patrimonial, motivada por la naciente explotación de yacimientos petroleros⁸¹ que amenazaba la riqueza arqueológica ecuatoriana.

El tema del patrimonio arqueológico amenazado por la explotación petrolera ciertamente vincula intereses políticos con científicos. Los planes de explotación masiva de yacimientos petroleros, aparecidos a finales de los setenta, motivaron a la inmediata gestión de la UNESCO para desarrollar operaciones en la América andina, como fue el plan internacional denominado “Proyecto Regional de Patrimonio Cultural Andino” (Lumbreras, 1981, pág. 6), sumado a la creación de la Primera Ley de Patrimonio Cultural, en 1979, y la fundación del INPC (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural). El apoyo institucional y estatal se manifestó mediante recursos económicos, técnicos, administrativos, etc. para que fuese fomentado un progreso científico sin precedentes, y que responda a la urgente necesidad de especialización y profesionalización de una arqueología procesual de altos requerimientos administrativos y económicos. La protección estatal sobre el patrimonio y la negociación con las empresas petroleras como CEPE (Corporación Estatal de Petróleo ecuatoriano)⁸², fue consecuencia directa

⁸¹ En 1980, se da la creación de un convenio entre la Escuela de Arqueología de la ESPOL, y la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE)⁸¹, para la protección y valoración de los complejos prehistóricos que se encontraban en las localidades destinadas a la extracción de hidrocarburos.

⁸² En 1980, CEPE comienza a elaborar los planes para la construcción de un complejo petroquímico en Santa Elena (Marcos P., 1986, pág. 14). Las localidades que iban a ser afectadas por el impacto del proyecto extractivo de refinería petrolera, eran las mismas en las que estaban ubicados los complejos

del desarrollo de la Ley de Patrimonio Cultural del Estado, en 1979, que en su artículo 30 señalaba que se debía garantizar la salvaguardia de evidencias históricas, arqueológicas y culturales durante la ejecución de obras de construcción, exploración minera, movimientos de tierra, etc. como se presenta en la cita siguiente:

La nueva ley del Patrimonio Cultural N. 3501 contempla la defensa y protección de los yacimientos y de los especímenes arqueológicos. El espíritu de la ley es inobjetable, pero en sus artículos se mezclan elementos patrimoniales pertenecientes a categorías muy diferentes y heterogéneas. Por ejemplo se mencionan para su protección el patrimonio histórico, arquitectónico, artes plásticas, flora, fauna, paleontología, etnografía, folklore, etc. (Rex G., 1980, pág. 24)

En 1978, en el Ecuador se recibió la visita del séptimo Director General de la UNESCO, Dr. A. Mahtar M'Bow, figura política prominente que recorrió los sitios Valdivia para la aprobación de planes y proyectos arqueológicos, unos nuevos y otros que se hallaban todavía en vigencia. Meses después, hasta abril del siguiente año, se sumaron otras figuras como Dr. Fernando Chamorro, Presidente de la Comisión Nacional de la UNESCO y el Ldo. Gonzalo Abad Grijalva, Miembro del Consejo Ejecutivo de la misma organización. Para su ejecución fue necesaria la participación de miembros representativos de organizaciones ecuatorianas como el Museo del Banco Central, la Universidad Central del Ecuador, el INPC, entre otras entidades que facilitaron los recursos y permisos para las investigaciones.

Los problemas fundamentales del país a ser atendidos por la acción de la UNESCO de 1979, fueron los siguientes: 1) Conservación de la cultura viva, etnografía y folclor. 2) Saneamiento ambiental. 3) Protección y conservación de sitios arqueológicos. 4) Desarrollo socioeconómico de la comuna de Valdivia. 5) Concientización de la población. 6) Establecimiento de colegios locales y de investigación arqueológica comparativa, así como la implementación de la carrera universitaria de Antropología (Rex G., 1980, pág. 3). Uno de los objetivos principales del denominado “Proyecto Valdivia” de la UNESCO, y que fue declarado como una “prioridad urgente”, debido al riesgo patrimonial al que dichos sitios estaban expuestos, fue el de la inmediata

arqueológicos formativos (Santa Elena y Chanduy) (Zeidler en Marcos P., 1988, pág. 92). Como explica Marcos en una de sus publicaciones: “Los diez primeros volúmenes de la Biblioteca que CEPE auspicia, están dirigidos a corregir la incoherente información existente sobre los orígenes del proceso histórico en el Ecuador prehispánico” (Marcos P., 1986, pág. 15).

implantación de un programa universitario y de formación profesional. Como resultado de este propósito nació la carrera en la ESPOL, como expresa un informe del proyecto efectuado en 1979 por el arqueólogo Alberto Rex Gonzales, documento que es presentado en la cita siguiente:

Dr. Jorge Marcos presentó un examen sobre el estado de las investigaciones y de la formación teórica y práctica de la arqueología en Ecuador al "Coloquio Internacional sobre Críticas y Perspectivas de la Arqueología Andina" reunido en Paracas (Perú) en octubre de 1979. La mayoría de las investigaciones arqueológicas efectuadas en los últimos años en Ecuador se deben a investigadores ecuatorianos graduados en Universidades extranjeras o bien a investigadores locales autodidactas (...) Lógicamente esto ha llevado a la existencia de un nivel muy desigual en lo que se refiere a formación teórica integral como también al uso de técnicas específicas (...) Existen instituciones universitarias donde se imparten algunos cursos de Arqueología, Prehistoria y Antropología Cultural, al igual que instituciones estatales o privadas que de alguna manera u otra han fomentado los estudios arqueológicos. De cualquier manera no se ha llegado aún a estructurar una carrera que otorgue un título académico de primer nivel aceptable (licenciatura) (Rex G., 1980, pág. 14).

Como se menciona en el párrafo citado, la profesionalización de la ciencia arqueológica es el primer paso hacia la unificación y formalización de las prácticas, parámetros, teoría y método de la disciplina, los cuales, eran dispersos y desiguales en el Ecuador. Dicho avance institucional fue la consecuencia directa del desarrollo del Coloquio Internacional de Arqueología Andina de la UNESCO, efectuado en 1979. Este hecho significó el rechazo consensuado y general del modelo difusionista para ser reemplazado por una arqueología procesual y social, aunque, bien se la podría denominar post-procesual, para diferenciarla del procesualismo de los años sesenta.

4.4.1 Las discusiones desarrolladas durante el Coloquio Internacional de la UNESCO

Este evento, de alcance integral y universal, fue desarrollado para redefinir el concepto general de “arqueología andina”, manejado por esta ciencia. Tenía como objetivo el replanteamiento de los parámetros y conceptos generales de la práctica arqueológica que comprendía todo el territorio de los Andes, desde Venezuela hasta Argentina. El coloquio llamado “Críticas y Perspectivas de la Arqueología Andina” fue organizado en Perú, en abril de 1979, por parte del “Proyecto Regional de Patrimonio Cultural” de la UNESCO, el “Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo” (PNUD) y el

Instituto Nacional de Cultura de Paracas. Las discusiones del evento fueron plasmadas en varias publicaciones, representadas por el nombre de la organización internacional, y elaboradas por científicos de alto reconocimiento internacional. Estas publicaciones y discusiones planteadas tuvieron un alcance global y llegaron a los especialistas en arqueología andina pertenecientes a instituciones, universidades y centros de investigación de Estados Unidos, Europa, Japón, América Latina y el Caribe (Lumbreras, 1981, pág. 7).

Para lograr entender, desde una perspectiva social, qué tipo de ciencia arqueológica fue legitimada gracias a este proyecto unificador, simplemente se debe mencionar a algunos de los arqueólogos que participaron como consultores oficiales y fueron invitados para reformular la metodología, teoría y problemáticas de la disciplina arqueológica. Uno de los más importantes representantes del proyecto de la UNESCO fue el peruano Luis Guillermo Lumbreras, quien fue designado para difundir el progreso de la metodología social y procesual, con su obra: “Arqueología de la América Andina” (1981). En este escrito, representado por la UNESCO y elaborado meses después del coloquio, se restablecen concepciones, métodos, terminología y temáticas que antes entraban en conflicto debido a las excesivas tendencias y aproximaciones arqueológicas dispersas de toda América. Entre los varios arqueólogos internacionales, que fueron llamados a desarrollar propuestas y ponencias durante el proyecto, estuvieron Henning Bischof, John V. Murra, Alberto Rex González, Jorge G. Marcos, entre otros, quienes fueron requeridos para participar como consultores y han tenido una relevante trayectoria en los estudios andinos.

Entre los varios problemas que fueron identificados, estuvo la cuestión de no caer en una “politización” de la arqueología, sino, que se logre desarrollar una visión científica más objetiva y libre de discusiones controversiales, competencias y disputas innecesarias. Esto se lograría mediante la profesionalización, institucionalización y regulación de las prácticas. Otra finalidad principal fue la que se observa en el propio nombre del evento; una intención de liberar a la ciencia arqueológica de las fronteras limítrofes, determinismos geográficos y ciertas formas de nacionalismo. Para esto se implantó la expresión de “arqueología andina”, la cual da a entender que los estudios sobre prehistoria americana merecen reconocer la inexistencia de jurisdicciones o límites territoriales, los cuales, no constaron jamás en los tiempos prehistóricos de los Andes (Lumbreras, 1981, pág. 9).

De manera general, los problemas que fueron definidos como los más importantes a ser modificados, fueron los siguientes: Primero, la redefinición de varios aspectos metodológicos y conceptuales como el concepto de “área cultural” o de cultura, la periodificación o cronología, la vasta terminología, la politización de la arqueología, el debate entre aloctonismo (difusionismo) y autoctonismo⁸³, entre otros temas, generadores de conflicto y caos. Se desarrolla el replanteamiento del concepto de “área cultural” arqueológica que, tradicionalmente, exhibe a la *cultura* como el territorio en el cual se encuentra un conjunto de elementos materiales y culturales agrupados, y que se separa de otras etapas por sus diferencias o similitudes. Este método de ubicación geográfica y temporal del dato arqueológico, ha sido aplicado desde la época de la arqueología tradicional a inicios de siglo.

En la periodización arqueológica tradicional o historicista -como ejemplo, el caso de la implantación de los periodos: Pre-cerámico, Formativo, Desarrollo Regional, etc.- se evidencia un esquema “témpro-espacial” fundamentado en concepciones geo-políticas, similares a las de las naciones contemporáneas y una sobreestimación de la datación temporal. El comienzo y final de los periodos es estrictamente establecido por el origen y dispersión de indicadores culturales, datos que son interpretados a manera de hechos históricos gracias a fechas relativas y absolutas. Por eso, se ha referido a este método como la aplicación de la “secuencia maestra” estrictamente cronológica, para la interpretación evolutiva del pasado precolombino. La distinción, afirma Lumbreras, radica en los parámetros desde los cuales se realiza el juicio de definición de tiempo y espacio. Cuando se habla de periodos con una secuencia estrictamente cronológica, inevitablemente se asemeja a una periodización histórica (por *ejemplo: los siglos I, II, III a. C.*), la cual, no se ve afectada o modificada por los datos descubiertos en el estudio de procesos internos de las sociedades aborígenes (Lumbreras, 1981, pág. 23).

Esta es una crítica directa y generalizada hacia una secuencia cronológica fordiana, que finalmente vendría a manifestarse como un estado perfeccionado o adelantado de la cronología historicista tradicional. La cronología de James Ford adquiere su carácter de cuantitativa y tipológica para adaptarse a los datos proporcionados por las técnicas para

⁸³ El difusionismo aloctonista (colonialista), tradicionalmente ha sabido encontrar su antítesis o su adversario en la teoría autoctonista, que tiene sus orígenes desde más o menos inicios de siglo XX. El autoctonismo cae en el otro extremo, al negar en cambio todo tipo de influencia externa en la evolución de una población humana en la prehistoria (Lumbreras, 1981, pág. 34).

medir la edad exacta de los vestigios, pero en la práctica sigue siendo un método historicista, horizontal y materialista que beneficiaba a la interpretación difusionista de la evolución cultural, y que se centraba más en los objetos que en el factor humano. El difusionismo de los Evans, que era fundamentado en el método Ford, reconoce sus fenómenos (traspasos, contactos, migraciones, viajes, etc.), como hechos históricos reales y como factores únicos de cambio cultural (Brown, 1978, pág. 32).

En palabras de Lumbreras, la nueva postura propuesta durante el coloquio, sobre el concepto y definición de área cultural, estaba fundamentada en los complejos y culturas “tecno-económicos”. Su definición requiere un análisis del medioambiente, la organización social, los modos de producción, formas de subsistencia y adaptación. Son prioridad, en este caso, factores de cambio social y desarrollo cultural extraídos de procesos internos como económicos, políticos, urbanos, rituales, subsistencia, movilidad, comercio, etc. pertenecientes a un caso o fase arqueológica específica (Lumbreras, 1981, pág. 15). Esta metodología posibilita el derribamiento del “determinismo geográfico”, que limitaba la dimensión espacio-temporal propia del desarrollo autónomo de las sociedades, la cual, puede llegar a traspasar las barreras geopolíticas contemporáneas, lo cual es un golpe directo al fundamento nacionalista de esta ciencia. Para los procesualistas y post-procesualistas⁸⁴, el factor temporal y la datación (periodización) son *relativos* y se transforman según las directrices del proceso cultural. Por otro lado, para una periodización historicista/difusionista el dato temporal y la secuencia cronológica son determinantes y esenciales, es decir, son y funcionan como hechos históricos fundamentales y absolutos.

La arqueología de finales de siglo XX, reconoce la difusión como un elemento complementario y que sirve al proceso. No se la entiende como un fenómeno predominante o ajeno al desarrollo interno de las culturas, sino que forma parte de su progreso. El difusionismo que era practicado por los Evans, y en parte por la mayoría de arqueólogos ecuatorianos desde inicios del siglo XX, después del consenso de 1979, fue denominado con el nombre de “aloctonismo”. Este término fue implantado para diferenciar el difusionismo “colonialista”, vinculado al método fordiano, del difusionismo como recurso teórico del procesualismo. John V. Murra afirmó durante el coloquio que la civilización andina en la prehistoria, a diferencia de las culturas del

⁸⁴ Se ha denominado post-procesualismo a las manifestaciones arqueológicas y parámetros manifestados desde el Coloquio de la Unesco en 1979.

Viejo Mundo, ha tenido el beneficio de gozar de un desarrollo independiente de la influencia de otras civilizaciones. Esta realidad abre la posibilidad del desarrollo de una ciencia social, puesto que solamente cada descubrimiento arqueológico, puede lograr expandir la comprensión de esa totalidad (Murra en Lumbreras, 1988, pág. 33). Esta premisa brinda una apertura hacia una maduración de la arqueología andina antropológica y procesual, que se unifica con la teoría social para enfocarse en una evolución cultural netamente americana. Esta concepción aparta metodológicamente la posibilidad de una influencia significativa no americana o intercontinental en la prehistoria local, anterior a la conquista europea. Se construye un muro ideológico que bloquea el pensamiento transpacífico del pasado precolombino justificando la trascendencia del cataclismo cultural de la conquista europea.

Como desenlace de la controversia científica, estas fueron las modificaciones y replanteamientos más significativos efectuados por el proyecto patrimonial de la UNESCO, en relación a la arqueología andina y que significaron el posicionamiento del modelo procesual en el Ecuador y, en la medida de su alcance global, en todos los países vinculados al evento. Se ha observado que la intrusión de la UNESCO ha sido siempre una pieza esencial al momento de legitimar un modelo arqueológico. Esta entidad se manifiesta como un aparato regulador, organizador y modelador de las prácticas científicas relacionadas a la calidad patrimonial y cultural de sus naciones adscritas. En la década de los cincuenta, estuvo presente en el Ecuador para legitimar una ciencia arqueológica joven, en proceso de maduración técnico-metodológica y con una fuerte inclinación difusionista. A finales de siglo, dicha organización reaparece para normalizar, armonizar y unificar a la comunidad científica mediante el modelo procesual y social.

Sin esta representación institucional y ciertamente política, la ciencia arqueológica y el paradigma dominante no habrían tenido el apoyo científico suficiente para que el procesualismo se torne en un verdadero discurso de autoridad. La exhibición más clara de su poder y dominio científico recayó violentamente sobre una resignada teoría difusionista transpacífica, la cual, terminó siendo descartada por la sociedad como un producto obsoleto, impugnado y superado que, hasta el día presente, ha sobrevivido solamente como un mito del pasado.

5. Conclusiones y recomendaciones

La presente investigación parte de una visión sociológica y constructivista del proceso de elaboración y controversia de la hipótesis sobre el origen asiático de la cultura Valdivia. La perspectiva teórica aplicada parte de la noción del sociólogo de la ciencia, Bruno Latour, la cual habla sobre la relación Actor/red y acerca de la elaboración de hechos científicos y algunos conceptos del historiador Thomas Kuhn. La temporalidad de dicho proceso comienza desde 1954, con la primera expedición del Smithsonian al Ecuador, la cual trajo consigo las innovaciones técnico-metodológicas de la arqueología moderna norteamericana. Y esta termina en 1979, con el desarrollo de la expedición interdisciplinaria de la Universidad de Illinois, la profesionalización de la arqueología en el Ecuador y el desarrollo del Coloquio Internacional de Arqueología Andina. Durante estos últimos eventos, fueron reunidos los argumentos y circunstancias sociales necesarias que posibilitaron al rechazo de dicha teoría difusionista transpacífica de Estrada y sus colegas.

Existieron dos tendencias generales de la arqueología norteamericana que fueron introducidas en el Ecuador desde mediados de siglo XX y que formaron parte del debate: La corriente difusionista científica desde 1954 y, posteriormente, la corriente procesual, desde inicios de los setenta. Mediante el análisis histórico y sociológico de esta ciencia se trata de explicar cómo se manifestó la competencia entre estas escuelas del pensamiento arqueológico en contexto ecuatoriano, en la búsqueda de los verdaderos orígenes de la cultura Valdivia. Dicho proceso se llevó a cabo mediante el desarrollo de diversas expediciones, teorías, debates, descubrimientos e investigaciones, también mediante la conformación de asociaciones, alianzas, convenios, grupos y consensos entre los actores involucrados. En términos más generales, se efectuó la construcción de una compleja red o entretejido social que provocó la expansión y posesión de la teoría y modelo difusionista en el país. El primer tema expresado en el segundo capítulo de la tesis, habla sobre la conformación de dicha red arqueológica ecuatoriana, la cual reúne un conjunto de elementos humanos y no humanos que se entrelazan para la transformación y evolución de la ciencia arqueológica. Este escenario social propició la creación y perfeccionamiento de la hipótesis transpacífica sobre Valdivia.

En 1953, Estrada viajó a Washington para conocer a los científicos del Smithsonian e invitarlos a visitar el Ecuador. El interés nacido en los extranjeros surgió a causa de la precaria y amenazante realidad del patrimonio arqueológico ecuatoriano, así como por la carencia de técnicas y de métodos científicos modernos para el estudio de la prehistoria local. En aquel entonces, el guayaquileño también se había relacionado con algunos arqueólogos ecuatorianos como los miembros del Núcleo del Guayas de la CCE; Carlos Zevallos Menéndez, Olaf Holm, Francisco Huerta Rendón, que eran conocidos como el “grupo de Guayaquil”.

Los arqueólogos del Smithsonian llegaron al país en 1954, visita que no duraría más de seis semanas, pero que generó un avance revolucionario en la disciplina local. Inicialmente, estuvieron enfocados en el estudio y excavaciones de los complejos Chorrera y Milagro, y brindaron un ejemplo práctico de la aplicación de métodos innovadores como la introducción de la primera secuencia cronológica de la prehistoria de la Costa, la cual reunía los datos de las investigaciones locales en un esquema uniforme, homogéneo y general, así como también introdujeron nuevas formas de excavación y conservación de vestigios. De igual manera, definieron a Chorrera como la cultura más antigua del Ecuador, en base a la comparación temporal y formal con las culturas del Perú y Mesoamérica, determinando una fecha relativa de cerca de 1500 a.C.

Las transformaciones científicas, desarrolladas principalmente en Norteamérica, fueron el resultado del invento de técnicas revolucionarias como la datación por radiocarbono (C14), la Hidratación de Obsidiana y la termoluminiscencia, que fueron perfeccionadas para la medición absoluta y exacta de antigüedad cultural. Este desarrollo tecnológico modificó las bases generales de la ciencia arqueológica, haciendo posible el abandono de su tradicional dependencia hacia la historia y las fuentes escritas. La impresionante antigüedad de las fechas obtenidas significó una renovación del pasado e identidad cultural de la nación, la cual, hasta ese momento se fundamentaba en una prehistoria tardía inca-huancavilca. Esto fomentaría el desarrollo y fortalecimiento de un nacionalismo que reactivó las investigaciones arqueológicas ecuatorianas y ecuatorianistas, suspendidas desde el fallecimiento de Jacinto Jijón y Caamaño.

A finales de 1956, fue efectuado el sensacional descubrimiento, por parte de Estrada, de la cultura Valdivia de la Costa, que atrajo de nuevo la atención de los arqueólogos del Smithsonian, quienes proyectaron un segundo viaje hacia el Ecuador. En esta ocasión,

los científicos norteamericanos tuvieron una estancia, desde octubre del mismo año hasta los primeros meses de 1957, tiempo que fue dedicado a sus investigaciones y excavaciones en la Costa y en la Amazonía. En 1957, los Evans introdujeron públicamente los resultados de su labor, los recursos metodológicos revolucionarios, así como el desarrollo, en colaboración con Estrada, de la primera secuencia cronológica relativa de la Costa (Pre-cerámico, Formativo, Desarrollo Regional, Integración, etc.). Dichas herramientas modernas, sin precedentes, fueron divulgadas durante un evento de importancia científica denominado “Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana”, coloquio realizado con la representación del Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura, y que contó con la participación activa de la UNESCO.

Tres grupos de arqueólogos se habían conformado desde mediados de siglo XX, junto a sus entidades representativas: El primero era el grupo del Museo Víctor Emilio Estrada, en asocio con el Instituto Smithsonian. El segundo grupo consistía en el del Núcleo del Guayas que, desde el Estado, fue fomentando el estudio arqueológico y patrimonial del Ecuador con representantes como Carlos Zevallos Menéndez, Olaf Holm, Francisco Huerta Rendón, entre otros, quienes tuvieron activa participación en el proceso teórico de Valdivia. Y un último grupo fue el vinculado a la tradicional Academia Nacional de Historia y la sede de la Casa de la Cultura en Quito, con representantes como Carlos Manuel Larrea, el P. Pedro Porras Garcés, entre otros, quienes también fomentaron el progreso y expansión de la arqueología moderna. Este último grupo no presentó demasiada actividad científica, puesto que la arqueología preponderante a mediados de siglo, se efectuó en la región Costa. En los sesenta, la sociedad de arqueólogos de la Sierra gana mayor importancia con la conformación de la Sociedad de Amigos de la Arqueología en Quito y con el Museo del Banco Central, organizaciones que estarían involucradas indirectamente en el proceso estudiado.

El descubrimiento de Valdivia, Chorrera y, en 1958, Machalilla, dio forma al periodo Formativo local, pues figuraban como las sociedades complejas más antiguas del Ecuador y, posiblemente, de toda América. En 1959, fue finalmente determinada por los Evans, por medio del C14, una edad exacta valdiviana de 3000 a 2500 a.C., con una antigüedad superior a la de Chorrera. Resurgieron, de épocas pasadas, varios enigmas e incógnitas sobre los orígenes de la cultura americana y ecuatoriana con teorías sobre una influencia precolombina oceánica o asiática. Fue un tema difusionista retomado de

inicios de siglo XX, a causa de los recientes descubrimientos arqueológicos y debido a la crisis de identidad ecuatoriana postguerra.

Por esta razón, surge la hipótesis sobre un origen asiático de Valdivia, como una manera de romper, desde la ciencia, el mito de las poblaciones dispersas, aisladas y “salvajes” del Ecuador precolombino que se había forjado por una visión occidentalista, historicista y etnocentrista del pasado, así como debido a la carencia de fechas exactas. Los primeros indicios sobre la teoría transpacífica fueron publicados por Estrada en la revista *Vistazo*, en julio de 1960. Esta publicación no fue de un carácter científico sino cultural, puesto que no se había realizado la comprobación técnica y metódica de sus afirmaciones. Inicialmente, habló sobre posibles contactos con las culturas asiáticas de la China y del Japón, inferidos debido a la impresionante similitud y parecido con los objetos cerámicos de las culturas Bahía y Valdivia de la Costa, presentando una temporalidad relativa de inicios de la Era Cristiana. Antes de poder demostrar su hipótesis como una verdad científica, Estrada falleció un 21 de noviembre de 1961.

La tarea de comprobación, difusión y validación científica fue retomada por sus colegas del Smithsonian, quienes creían firmemente en su veracidad. También elaboraron una “secuencia cronológica absoluta” para la prehistoria Ecuatoriana, que partía de la aplicación del método cuantitativo de seriación creado por el estadounidense James Ford. En 1963, efectuaron un viaje al Japón para comprobar el factor temporal y formal de la hipótesis. En 1965, fue difundida una edad legítima del contacto Valdivia-Jomón de 3000 años a.C. En consecuencia, el Japón fue considerado como la cuna de la cultura ecuatoriana y americana, principalmente a causa de una ausencia de sitios Valdivia contemporáneos o más tempranos que el epónimo denominado G-31. Después de su comprobación, esta teoría fue aceptada como verdad por muchos arqueólogos nacionales e internacionales, entre ellos; Huerta Rendón, James Ford y Gordon Willey. Debido a la ausencia de pruebas contundentes, no pudo ser refutada hasta inicios de los años setenta, momento en el cual inició su etapa de controversia y debate, debido a nuevos descubrimientos valdivianos en el Ecuador.

Su época de gloria no duraría demasiado tiempo, pues nacieron varias hipótesis significativas que se oponían de manera radical a la teoría y tendencia de los Evans. Se dio comienzo a un intenso debate sobre el verdadero origen y conformación de la sociedad Valdivia. La década de los setenta, significó el auge de otra tendencia

arqueológica que contrastaba con la difusionista; la arqueología “procesual”, derivada del paradigma de la Nueva Arqueología norteamericana, que se enfocaba en los procesos socioeconómicos internos del desarrollo de las culturas precolombinas. Los procesualistas criticaron al difusionismo por negar el desarrollo autónomo e independiente de las culturas del Nuevo Mundo, tildándolo como un método occidentalista, colonialista, etnocentrista y netamente cronológico (historicista). Varias investigaciones de carácter procesual fueron acumuladas y complementadas para formar los argumentos necesarios hacia el derribamiento de la teoría de Estrada, estos patrones sociales son denominados por Latour como “contra-laboratorios”.

La primera contrapropuesta surgió a partir del descubrimiento de Carlos Zevallos Menéndez de los rasgos agrícolas pertenecientes a Valdivia. Esta hipótesis objetó la supuesta subsistencia netamente marítima, demostrada anteriormente por los Evans. El hallazgo de Zevallos abrió una nueva ventana hacia el posible descubrimiento de un precedente valdiviano de procedencia autóctona. Este avance, que es considerado el primer aporte de tendencia procesual ecuatoriana, abrió camino a los descubrimientos efectuados por Presley Norton (Loma Alta), Henning Bischof y Viteri (San Pedro), y posteriormente por Jorge Marcos (Real Alto). Estos proyectos simultáneos revelaron complejos de mayor antigüedad, que llegaron a datar hasta los 3500 a.C. También existieron descubrimientos de características valdivianas en otras partes del continente, como en Puerto Hormiga en Colombia, un supuesto antecesor de Valdivia. Todos estos nuevos datos fueron obtenidos gracias a los recursos de una arqueología procesual, por lo cual el método difusionista iba paulatinamente perdiendo credibilidad social y seguidores.

El contra-laboratorio de mayor peso fue el desarrollado por la expedición de la Universidad de Illinois en 1974, liderado por Jorge Marcos y el estadounidense Donald Lathrap. Esta fue la primera expedición interdisciplinaria y antropológica, que trajo las bases para una arqueología profesional al Ecuador. Aparte de la confirmación de los rasgos agrícolas y de un origen local de Valdivia, Lathrap dedujo que las impresionantes similitudes entre Jomón y Valdivia, así como otras correlaciones mesoamericanas, norte-sur y sur-norte distantes, eran consecuencia de la adaptación de las culturas hacia entornos de clima y configuración parecida, más no son similitudes producidas por contactos o migraciones directas entre las culturas milenarias. Esta tesis ecologista consistió en la contrapropuesta final y definitiva para el rotundo rechazo de la

hipótesis transpacífica en la comunidad científica, así como también fue un ataque directo a la teoría difusionista anteriormente predominante. El establecimiento de una arqueología profesional, patrimonial, institucional y de rescate, sumado a la acción de la UNESCO mediante el Coloquio de Arqueología Andina de 1979, para legitimar los nuevos parámetros de la ciencia en relación a la América andina, fueron los hechos sociales y científicos determinantes que marcaron el final de la controversia teórica, así como significó el auge y posesión de la tendencia procesual y el olvido del tradicional difusionismo ecuatoriano.

Se puede evidenciar que el proceso planteado en la presente investigación ha sido correctamente reconstruido gracias a la aplicación de la metodología, teoría e hipótesis planteada. Ha sido posible realizar la conformación y estructuración de la red científica que viabilizó la creación de la hipótesis de Emilio Estrada. Luego de este paso, que consiste en haber planteado el escenario social junto con sus relaciones, vínculos y elementos entrelazados, se pudo hacer visible el accionar de los actores para la construcción de un producto científico, el cual, es la teoría del origen transpacífico de Valdivia. Se hizo factible poder evidenciar la intensa lucha del grupo de difusionistas por legitimar su hipótesis en relación a un paradigma dominante, mediante la cual lograron un resultado satisfactorio y que respondía a las necesidades de la sociedad. La etapa de su rechazo fue inevitable puesto que ninguna teoría es totalmente invencible o una verdad absoluta provocando que, aquello que un día fue la mejor explicación para un problema, al otro sea considerada un mito obsoleto de la ciencia.

Los logros arqueológicos tuvieron un efecto de importancia cultural en la sociedad ecuatoriana, puesto que lograron recuperar una identidad y los ideales nacionalistas que habían sido devastados por los conflictos bélicos y por una violenta etapa de modernización social, consecuencia del intenso progreso económico de los auges comerciales y agrícolas manifestados desde finales de siglo XIX. Con el análisis del factor del nacionalismo y su relación con la ciencia arqueológica, se logra hacer visible uno de los fundamentos sociopolíticos más fuertes que motivaron al desarrollo y establecimiento de una práctica arqueológica socialmente necesaria. La arqueología de mediados de siglo XX, logró rehacer el pasado e identidad de la nación; una gesta trascendental que debe ser atribuida no a un personaje, sino a una acción colectiva y comunitaria.

El resultado de la presente investigación, y que responde a la hipótesis planteada, es que fue posible la satisfactoria reconstrucción del proceso de elaboración de la hipótesis de Valdivia, gracias a una compleja y minuciosa estructuración de la red científica local desarrollada a mediados de siglo XX. Y así es como la “Caja Negra” ha sido abierta de nuevo, después de casi medio siglo, para llenar los vacíos existentes en la memoria ecuatoriana sobre el recorrido y lucha de una olvidada teoría sobre el origen asiático de Valdivia.

5.1 Recomendaciones

Se puede decir que la configuración histórica y sociológica de la arqueología ecuatoriana ha permitido el estudio de un proceso que, desde otras perspectivas, sería muy difícil de concretar y delimitar. Como recomendación metodológica, puede optarse en futuras investigaciones por el perfeccionamiento y enriquecimiento teórico-práctico de esta opción poco explorada en el país, la cual posibilita visualizar una relación ciencia-sociedad, o entre ciencia y política. Se debe reconocer que la historia, la arqueología, las ciencias de la sociedad y, posiblemente, las ciencias en general, jamás han estado libres de factores y móviles políticos provenientes de la sociedad, y que percibir las fuera de su contexto puede provocar juicios anacrónicos sobre prácticas pasadas. Uno de los ejemplos más interesantes y sustentables que ha sido evidenciado en la relación entre arqueología y política, es la presencia del factor nacionalista dentro de los discursos científicos. Esta es la muestra más fehaciente de que elementos científicos, institucionales, culturales, ideológicos y hasta personales, direccionan la lucha diaria y cotidiana de cada arqueólogo en la creación de la ciencia.

Para finalizar esta disertación, una de las temáticas de inmensa importancia, la cual debería ser investigada a profundidad y tomada con pinzas, por así decirlo, es la que habla sobre el concepto de “Paradigma”, extraído de la visión de Thomas Kuhn (1962). Esta teoría es útil para complementar una visión sociológica con una constructivista y así lograr definir momentos de transformación general o de ruptura en la ciencia arqueológica. A pesar de que se ha logrado determinar tendencias, grupos y prácticas particulares, se presenta como necesario complementar la presente investigación con la aclaración de los modelos científicos generales o dominantes que rigen a una ciencia. Por ejemplo Matthew Johnson (2000), ha logrado determinar tres paradigmas arqueológicos presentados como etapas secuenciales: Tradicional historicista (Finales

de S.XIX), Nueva Arqueología (Mediados de S. XX), y Post-procesualismo (Finales de S. XX).

Aunque la historia de la arqueología ecuatoriana tiene sus particularidades, procesos y tradiciones, el estudio histórico de esta ciencia merece reconocer la influencia de paradigmas dominantes universales, que son posesionados en contextos específicos, reconociendo, de esta forma, el inminente poder y alcance global de la ciencia, el cual, históricamente, solamente es equiparable a la eficacia expansiva de la religión. Es más complejo tratar, no solamente de determinar una tendencia, teoría, práctica específica y sus seguidores, sino de determinar la relación entre las tendencias, teorías y manifestaciones particulares con su respectivo paradigma dominante, el cual va usualmente motivado por un dominio social y geopolítico expansivo de la ciencia (Ej. Potencias científicas de Europa y Norteamérica). Este ha sido uno de los mayores obstáculos de la presente disertación, ya que existe una fuerte resistencia en la historiografía local a caer en determinismos, por más necesarios que estos parezcan.

El concepto histórico de paradigma, inevitablemente, conlleva una postura determinista al hablar de modelos, revoluciones, rupturas, periodos, etapas, crisis, etc. fenómenos que, hasta el día de hoy, no han sido del todo definidos en la historia arqueológica ecuatoriana y, posiblemente, de ninguna otra ciencia local. Negar el poder y dominio global de la ciencia es negar su naturaleza política como un discurso de plena y universal autoridad. Es dogmatizar e idealizar a la ciencia, sobreponiéndola a la apreciación y voluntad humana.

6. Bibliografía

6.1 Fuentes primarias publicadas y no publicadas:

Boletines y revistas institucionales:

Cuadernos de Historia y Arqueología del Núcleo del Guayas de la CCE (Dos o tres publicaciones anuales, Guayaquil):

- Diciembre de 1951, Vol. I
- Agosto de 1953, Vol. III
- Agosto de 1954, Vol. IV
- Diciembre de 1954, Vol. IV
- Agosto de 1955, Vol. V
- Diciembre de 1956, Vol. VI
- Diciembre de 1957, Vol. VII
- Diciembre de 1961, Vol. X
- Diciembre de 1973, Vol. XXIII
- Diciembre de 1975, Vol. XXV

Boletín de la Academia Nacional de Historia, Quito:

- Marzo de 1971

Boletín de Informaciones científicas Nacionales de la Casa de la Cultura, Sede Quito:

- Año 1958
- Año 1960

Revista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito:

- Noviembre de 1975, Año III
- Septiembre de 1977, Año V

Libros del Instituto Smithsonian (Smithsonian Contributions to Anthropology):

- Año 1965, Vol. 1 (Meggers, Evans y Estrada-Costa)
- Año 1968, Vol. 6 (Meggers y Evans, Amazonía)
- Año 1969, Vol. 11 (James Ford, Difusión americana)

- Abril de 1970 (The Smithsonian Torch Magazine)

Periódicos y revistas:

Editorial de “El Comercio” de Quito:

- Junio de 1956
- Noviembre de 1961

Editorial de “El Telégrafo” de Guayaquil:

- Julio de 1957
- Noviembre de 1961
- Octubre de 1963

Editorial de “El Universo” de Guayaquil:

- Diciembre 1954
- Noviembre de 1955
- Marzo de 1957
- Noviembre de 1961
- Enero de 1966

Editorial de la revista “Vistazo”:

- Julio de 1960, No. 38, Año IV

Documentos de archivo:

- Archivo Histórico (Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito):

1) Correspondencia entre Jacinto Jijón y Caamaño y Francisco Huerta Rendón en relación a los objetos de la prehistoria de Babahoyo y la Relación entre Chorrera y Chavín. (Sin fecha) 1936-1940 (Echeverría) Código: JJC.02056 Título: Nota sobre Prehistoria de Babahoyo Ecuador.

2) Documentos (1965-1970) del Museo Arqueológico del Banco Central del Ecuador, fundado en 1969. Código: GPCH.6/5 Contiene: Documentos y estatutos del Consejo de Gobierno del Museo Arqueológico y Galerías de Arte del Museo del

BCE, oficios, correspondencia, escritos, comunicados de prensa e informes respecto de las actividades y proyectos.

- Informe de Constanza Di Capua sobre la conformación museográfica del Museo (16 de junio de 1970)
- Oficio de Hernán Crespo Toral dirigido a Guillermo Pérez Chiriboga, Gerente General del BCE (25 de noviembre de 1965)
- Oficio de Guillermo Pérez Chiriboga dirigido a Olaf Holm (22 de noviembre de 1965).
- Informe de la primera reunión del Consejo de Gobierno del Museo, efectuada el 23 de septiembre de 1966, que incluyó a sus miembros (Sr. Guillermo P. Chiriboga, Sr. Carlos Manuel Larrea, Sra. Leticia Guerrero Valenzuela, Sr. Galo Plaza Lasso, Sr. Jaime Andrade y Sr. Nicolás Delgado)
- Informe de Guillermo P. Chiriboga sobre la conformación del Consejo de Gobierno del Museo Nacional de Arqueología (1965).
- Comunicación de Guillermo P. C. dirigida al Director del diario El Comercio, Quito (Septiembre de 1966).

6.2 Fuentes bibliográficas secundarias:

- Acosta, J. (30 de Noviembre de 2015). *Procultur-Ecuador*. Obtenido de Corporación Procultur.:<http://procultur-ecuador.blogspot.com/2015/11/la-sociedad-de-amigos-de-la-arqueologia.html>
- Álvarez, L., Bedoya, M. E., & Hidalgo, E. (2004). *Umbrales del arte en el Ecuador: Una mirada a los procesos de nuestra modernidad estética*. Quito-Guayaquil: MAAC-BCE.
- Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre los orígenes y difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Baquerizo, F. (1966). Comunicación del Secretario General al Diario El Comercio de Quito. *Documentos del Museo del Banco Central del Ecuador (Archivo MCP)*
- Barroso, G. (2014). La cultura Valdivia o el surgimiento de la ceramica en América. *Revista historia digital*, 6-22.
- Bedoya, M. E. (2008). *Exlibris Jacinto Jijón y Caamaño: universos del lector y prácticas del coleccionismo*. Quito-Ecuador: Banco Central del Ecuador.
- Bellelli, C. (2001). Las teorías en Arqueología. *La trama cultural: Textos de antropología y arqueología*, 137-145.
- Bischof, H. (1973). Una investigación estratigráfica en Valdivia Ecuador: Primeros resultados. *Revista Indiana*, 157-167.
- Bischof, H., & Viteri, J. (2006). Entre Vegas y Valdivia: la fase San Pedro en el suroeste del Ecuador. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 361-376.
- Brown, I. W. (1978). *James Alfred Ford: The man and his works*. Memphis: Memphis State University. Department of Anthropology.
- Bruce, R. (1999). Las relaciones Ecuador y Peru: Una perspectiva histórica. En A. Bonilla, *Ecuador - Perú: Horizontes de la negociación y el conflicto* (págs. 90-112). Quito-Ecuador: FLACSO.

- Caamaño, J. J. (1936-1940). Nota sobre prehistoria de Babahoyo, Ecuador. *Correspondencia entre Jijón y Francisco Huerta Rendón (Archivo MCP)*, 14.
- Cevallos S., P. (Mayo 2012). *La Galería Siglo XX y la Fundación Hallo: prácticas de coleccionismo y configuración del sistema de arte en Ecuador (1964-1979)*. Quito-Ecuador: Tesis FLACSO.
- Costa, G. L. (Julio 2012). *Ing. Otto Von Buchwald, Precursor de la Etnoarqueología del Ecuador*. Guayaquil-Ecuador: Tesis ESPOL.
- Deler, J. (1994). Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930. En J. Maiguashca, *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930* (págs. 295-353). Quito-Ecuador: Corporación Editorial Nacional.
- Di Capua, C. (1970). Museo Arqueológico y Galerías de Arte del Banco Central. *Documentos del Museo del Banco Central deL Ecuador (Archivo MCP)*, 11.
- Childe, G. (1973). *Los Origenes de la Civilización*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Chiriboga, G. P. (1965). Oficio dirigido a Olaf Holm. *Documentos del Museo del Banco Central del Ecuador (Archivo MCP)*, 3.
- Chiriboga, G. P. (1966). Comunicado al diario El Comercio. *Documentos del Museo del Banco Central del Ecuador (Archivo MCP)*, 3.
- Cordero, J. (2007). *Olaf Holm, El Vikingo: Biografía de Un Personaje Danés Ecuatoriano*. Quito-Ecuador: Banco Central del Ecuador.
- Damp, J. E. (1988). *La primera ocupación Valdivia de Real Alto: patrones económicos, arquitectónicos e ideológicos*. Quito-Ecuador: Corporación Editorial Nacional.
- De Saulieu, G., & Rampón, L. (2006). *Colección Arqueológica de Morona Santiago del Museo Amzónico de la Universidad Politécnica Salesiana*. Quito-Ecuador: Abya-Yala.
- De Triana, R. (21 de noviembre de 1961). La ciencia ecuatoriana está de duelo. *El Universo*.

- Delgado, F. (2008). Método y teoría en la arqueología ecuatoriana. *Memorias del Primer Seminario Internacional de Arqueología. Uniandes* , Bogotá-Colombia.
- Díaz-Andreu , M., & Champion, T. (1996). *Nationalism and archaeology in Europe: an introduction*. London: UCL Press.
- Díaz-Andreu, M. (1998). *La Arqueología en España en los siglos XIX y XX. Una visión de síntesis*. Reino Unido: University of Durham.
- Dueñas, J. (21 de Julio de 1957). Los Huancavilcas. *El Telégrafo*.
- Eco, U. (2001). *Cómo se hace una tesis: Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Barcelona-España: GEDISA.
- Echeverría, J. (1996). *Betty J. Meggers: Personalidades Y Dilemas En La Arqueología Ecuatoriana*. Quito-Ecuador: Abya-Yala.
- Estrada Y., J. (1975). El XXV Aniversario de Cuadernos de Historia y Arqueología. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 1-3.
- Estrada, E. (1956). *Valdivia un sitio arqueológico formativo en la Costa de la Provincia del Guayas, Ecuador*. Guayaquil-Ecuador: Archivo Histórico del Guayas.
- Estrada, E. (1957). Cronología de la Cuenca del Guayas. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 232-239.
- Estrada, E. (1957). *Los Huancavilcas: ultimas civilizaciones prehistoricas de la costa del Guayas*. Guayaquil-Ecuador: Museo Víctor Emilio Estrada.
- Estrada, E. (1960). Asiáticos desembarcaron hace 2000 años en Ecuador. *Revista Vistazo*, 64-96.
- Estrada, E. (1962). *Arqueología de Manabí Central*. Guayaquil-Ecuador: Museo Víctor Emilio Estrada.
- Fagan, B. (1994). *Achaeology a Brief Introduction* . Sta. Barbara: Hopper Collins.
- Falconí, F. (1990). *El aporte de Emilio Estrada a la arqueología ecuatoriana*. Quito-Ecuador: Tesis de Licenciatura Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

- Ford, J. A. (1969). *A Comparison of Formative Cultures in the Americas: Diffusion or the psychic unity of man*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Gartelmann, K. D. (1985). *Las Huellas del Jahuar: La arqueología en el Ecuador (Introducción de Presley Norton)*. Quito- Ecuador: Imp'renta Mariscal.
- González, R. (1998). *Myth and Archive: A theory of Latin American narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Guayas, E. d. (1951). De vuelta en el camino. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 2-3.
- Guayas, N. d. (1953). Necrología: Don Jacinto Jijón y Caamaño. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 75.
- Guevara, J. (2015). El ADN mitocondrial y el origen de los nativos americanos. En G. P. Ramírez, *Historia de las Ciencia en el Ecuador*. Quito-Ecuador: Academia Nacional de Historia.
- Harney, T. (Abril 1970). New Theory Links Aztecs, Incas To Asia . *The Smithsonian Torch* , 1-4.
- Hernández, J. M. (13 de Abril de 2008). *Wordpress.com*. Obtenido de Hechos, teorías e hipótesis: <https://jmhernandez.wordpress.com/2008/04/13/hechos-teorias-e-hipotesis/>
- Hidalgo, Á. E. (2011). *Espacios y prácticas de sociabilidad letrada en Guayaquil (1895-1920)*. Quito-Ecuador: UASB.
- Hill, B. (1972). A new chronology of the Valdivia ceramic complex from the coastal zone of Guayas province, Ecuador. *Ñawpa Pacha. Journal of Andean Archaeology*.
- Holm, O. (1983). *Cultura Milagro-Quevedo*. Guayaquil-Ecuador: CROMOS S.A.
- Holm, O. (1957). La sociedad de estudios arqueológicos. *Cuadernos de Historia y Arqueología del Núcleo del Guayas*, 236-242.
- Holm, O. (1957). Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana. *Cuadernos de Histpria y Arqueología*, 229-231.

- Horkheimer, M. (1974). *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona-España: Paidós.
- Huerta R., F. (21 de Enero de 1966). El País y América Deben Mucho al Historiador E. Estrada Ycaza. *El Universo*.
- Huerta, F. (1940). *Una civilización precolombina en Bahía de Caráquez*. Guayaquil-Ecuador.
- Jiménez, F. (1995). La Teoría de las Revoluciones de Vere Gordon Childe. *Anales del Museo de América*, 161-164.
- Johnson, M. (2000). *Teoría arqueológica: Una introducción*. Barcelona-España: Editorial Ariel S.A.
- Kuhn, T. (1962). *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lara, C. (2006). La contribución arqueológica de Emilio Estrada. *Apuntes Ecuador, arqueología y diplomacia*, 1-19.
- Larrea, C. (1954). *Boletín de la Academia Nacional de Historia*.
- Larrea, C. (29 de Julio de 1957). Manuel Larrea elogia el valor del Museo Prehistórico de Orfebrería. *El Universo*, pág. 6.
- Larrea, C. (1958). Posibles influencias asiáticas en las culturas prehistóricas ecuatorianas. *Boletín de informaciones científicas nacionales*, 251-262.
- Larrea, C. (1960). Datos sobre la antigüedad del hombre en el Ecuador. *Boletín de informaciones científicas nacionales*, 150-163.
- Larrea, C. (1971). *Notas de Prehistoria e Historia Ecuatoriana*. Quito-Ecuador: Corporación de Estudios y Publicaciones.
- Larrea, C. M. (1966). Informe de reunión del Consejo de Gobierno del Museo del BCE. *Documentos del Museo del Banco Central del Ecuador (Archivo MCP)*, 13.
- Larrea M., C. (1987). Auge y crisis de la producción bananera (1948-1976). *El banano en el Ecuador: Transnacionales, modernización y subdesarrollo.*, 38-63.

- Lathrap , D., & Marcos, J. (1975). Informe preliminar sobre las excavaciones del sitio Real Alto por la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois. *Número de arqueología de la Revista de la Universidad Católica de Quito*, 41-65.
- Latour, B. (1992). *Ciencia En Acción: Cómo Seguir a Los Científicos e Ingenieros a Través de La Sociedad*. Barcelona-España: Labor S.A.
- Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora: Ensayos sobre la realdiad de los estudios de la ciencia*. Barcelona-España: Gedisa S.A.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor/red*. Buenos-Aires: Manantial.
- Lauderbaugh, G. (2009). Estados Unidos y Ecuador durante la Segunda Guerra Mundial: conflicto y convergencia. En B. Zepeda, *Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario* (págs. 265-297). Quito-Ecuador: FLACSO.
- Ledergerber, P. (1999). Betty J. Meggers, una perspectiva ecuatoriana. *Fomrativo Sudamericano: Una revaluación*, 33-54.
- Ledergerber, P. (2007). Hitos de La Expansión Científica Y Cultural Del Ecuador Por Medio de La Smithsonian Institution. *Smithsonian Institution Magazine*, 13-29.
- Libby, W. (1970). *Datación radiocarbónica*. Barcelona-España: Editorial Labor.
- Lumbreras, L. (1981). *Arqueología de la América Andina*. Lima-Perú: Editorial Milla Batres.
- Marcos P., J. (1986). *Arqueología de la Costa ecuatoriana: nuevos enfoques*. Guayaquil-Ecuador: Corporación Editorial Nacional.
- Marcos P., J. (1998). Max Uhle y la arqueología del Ecuador: Precursor, investigador y profesor. *Indiana* 15, 197-215.
- Marcos, J. G. (1988). *Real Alto: la historia de un centro ceremonial Valdivia*. Guayaquil-Ecuador: Corporación Editora Nacional.
- Marín, L., & del Pino, I. (2005). *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito*. Quito-Ecuador: Centro de Estudios PUCE.

- Meggers , B., & Evans, C. (1955). Preliminary Report on Archeological Investigations in the Guayas Basin, Ecuador. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 308-329.
- Meggers , B., & Evans, C. (1961). Cronología Relativa y Absoluta en la Costa del Ecuador. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 147-152.
- Meggers , B., & Evans, C. (1968). *Archeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador*. Washington D.C: Smithsonian Institution Press.
- Meggers, B. (1957). Las culturas Marajoaras y del Río Napo. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 240-243.
- Meggers, B. (1961). Emilio Estrada 1916-1961. *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 11-16.
- Meggers, B. (1966). *Ecuador*. Londres-Gran Bretaña: Thames and Judson.
- Meggers, B. (1985). El significado de la difusión como factor de evolución. *Chungar-Chile*, 81-90.
- Meggers, B. (1987). El Origen Transpacífico de La Cerámica Valdivia: Una Revaluación. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 9-31.
- Meggers, B. (1998). *Evolución y Difusión Cultural*. Quito-Ecuador: Abya-Yala.
- Meggers, B., & Evans, C. (1959). *Cultura Valdivia*. Guayaquil-Ecuador: Museo Víctor Emilio Estrada.
- Meggers, B., & Evans, C. (1975). La "Seriación Fordiana" como Método para construir una Cronología Relativa. *Revista de la Universidad Católica*, 10-41.
- Meggers, B., Evans , C., & Estrada, E. (1965). *Early Formative Period of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla phases*. Washington D.C.: Smithsonian Institution.
- Núcleo, d. (10 de Noviembre de 1961). Grupo de estudiantes se posesionó del edificio de la Casa de la Cultura. *El Universo*, pág. 7.

- Pearshall, D. (1986). La circulación primitiva del maíz . En J. Marcos, *Arqueología de la Costa Ecuatoriana: Nuevos enfoques*. Quito-Ecuador: Corporación Editora Nacional.
- Pérez , R. (1987). *Diccionario biográfico del Ecuador*. Guayaquil-Ecuador: Universidad de Guayaquil.
- Perinetti, F. (1975). *Introducción a la arqueología*. Barcelona España: Editorial Labor.
- Pineo, R. (1994). Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero (1870-1925). En J. Manguashca, *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930* (págs. 251-294). Quito-Ecuador: Corporación Editorial Nacional.
- Plata T., S. (6 de Julio de 1957). Tesoros arqueológicos encontrados en Esmeraldas maravillaron a científicos. *El Telégrafo*, pág. 1.
- Porras G., P. (1978). *Arqueología de la Cueva de los Tayos*. Quito-Ecuador: Universidad Católica.
- Porras, P. (1971). Reseña Histórica de las Investigaciones Arqueológicas en el Oriente Ecuatoriano. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 133-151.
- Presencia del "Factor Diego". (28 de Junio de 1956). *El Comercio de Quito*.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1971). Early potteri from Colombia. *Archaeology*.
- Rendón, F. H. (1940). *Una civilización precolombina en Bahía de Caráquez*. Guayaquil-Ecuador: Revista del Colegio Vicente Rocafuerte.
- Renfrew, C. (1985). La Nueva Arqueología. *Revist El Correo de la UNESCO*, 4-9.
- Rex G., A. (1980). *La "Cultura Valdivia"*. Impreso en Francia: Informe técnico de la UNESCO.
- Rivadeneira B., M. (2013). *Arqueología de Rescate, Patrimonio Arqueológico y consumo del pasado en la construcción del nuevo Aeropuerto Internacional De Quito*. Quito-Ecuador: Teis de licenciatura Universidad Católica.
- Safier , N. (2009). Cómo fue el astuto francés: Charles- Marie de la Condamine y el Amazonas de las Luces. *Revista brasileña de Historia*.

- Salazar , E. (1988). *Mitos de Nuestro Pasado*. Quito-Ecuador: Museo del Banco Central.
- Salazar, E. (1994). La Arqueología Contemporánea del Ecuador. *Revista Procesos (Corporación Editorial Nacional Quito-Ecuador)*, 5-27.
- Salazar, E. (1995). *Entre Mitos y Fábulas: El Ecuador Aborigen*. Quito-Ecuador: Corporación Editorial Nacional.
- San Andrés, J. (1951). *Mi aporte a la arqueología del Ecuador: Expediciones y estudios en la Región Litoral*. Guayaquil: Imprenta de la Universidad de Guayaquil.
- South, S. (1977). *Method and Theory in Historical Archaeology*. New York: Academic Press.
- Swett, J. (2008). Recordando a un soñador. *Carlos Zevallos Menéndez: 100 años de un visionario*, 12-19.
- Telégrafo, E. (1 de Julio de 1957). *El Telégrafo*.
- Telégrafo, E. (Julio de 1957). La asistencia técnica: Función de la Unesco.
- Terán, L. M. (2005). *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito*. Quito-Ecuador: Centro de Estudios.
- Toral, H. C. (1965). Memorandum dirigido al Gerente del Banco Central del Ecuador. *Documentos del Museo del Banco Central del Ecuador (Archivo MCP)*, 8.
- Trigger, B. (1994). *La historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona-España: Editorial Crítica.
- Turolla, P. (1970). *Beyond the Andes*. New York- Unitet States: Harper an Row Publishers.
- Universo. (7 de Noviembre de 1955). Emilio Estrada habría sido reelecto Alcalde. *El Universo*, pág. 1.
- Universo. (18 de Marzo de 1957). Culturas prehistóricas en Ecuador. *El Universo*, pág. 3.

- Universo, E. (20 de Diciembre de 1954). Don Emilio Estrada, Nuevo Alcalde. *El Universo*, pág. 8.
- Valdez, F. (2010). *La investigación arqueológica en el Ecuador: Reflexiones para un debate*. Quito-Ecuador.
- Vargas, J. (1953). *Ecuador: monumentos históricos y arqueológicos*. México: México, IGPH.
- Villegas, R. (1958). Breves acotaciones respecto al origen del hombre americano. *Boletín de informaciones científicas nac*, 247-354.
- Visita del delegado de UNESCO. (1957). *Cuadernos de Historia y Arqueología*, 233-235.
- Viteri, J. (23 de Noviembre de 1961). Ante la tumba de Emilio Estrada. *El Universo*.
- Willey, G. R. (1966). *An introduction to American Archaeology*. Englewood Cliffs, USA: Prentice-Hall.
- Yépez , A. (2000). *Arqueología particular y arqueología de rescate: Análisis bibliográfico de las investigaciones arqueológicas en la Región amazónica ecuatoriana*. Quito: Tesis de Licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Zevallos M., C. (21 de Marzo de 1962). *El Telégrafo*.
- Zevallos M., C. (1971). *La Agricultura en el Formativo Temprano del Ecuador (Cultura Valdivia)*. Guayaquil-Ecuador: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

7. Anexos

7.1 Tabla de anexos

Número	Nombre o título del anexo	Tipo	Fuente
1	Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana	Fotografía de grupo	(Holm, 1957)
2	Secuencia cronológica relativa de la Cuenca del Guayas	Cuadro	(Estrada, 1957)
3	Cronología relativa y absoluta de la Costa	Cuadro/esquema	(Meggers & Evans, 1961)
4	Mapa de los sitios Valdivia del Litoral	Mapa	(Marcos, 1988)
5	Corte estratigráfico realizado por Viteri en la localidad de San Pedro	Dibujo/estratigrafía	(Bischof, 1973)
6	Ruta de navegación transpacífica propuesta por Meggers, Evans y Estrada	Mapa/ruta	(Meggers, Evans , & Estrada, 1965)
7	Artículo en Revista del Smithsonian sobre las investigaciones de James Ford	Artículo de revista	(Harney, Abril 1970)
8	Emilio Estrada reelecto Alcalde de Guayaquil	Artículo de Prensa	(El Universo, 1955)
9	Participación de la UNESCO en el Ecuador	Artículo de Prensa	(El Telégrafo, 1957)
10	Fundación del Museo de Orfebrería Prehistórica en la ciudad de Guayaquil.	Artículo de Prensa	(El Universo, 1957)
11	Investigaciones de los Evans en la Amazonía y en la Costa ecuatoriana	Artículo de Prensa	(El Universo, 1957)
12	Artículo de Emilio Estrada en revista Vistazo	Artículo de revista	(Vistazo, 1960)
13	Similitudes entre elementos culturales del Asia y de la Costa ecuatoriana.	Gráficos en revista	(Vistazo, 1960)
14	Meggers, Evans, Estrada y Zevallos 1954-1960	Fotografía de grupo	(Viteri, 1961)

Anexo 1: (Holm, Primera Mesa Redonda Internacional de Arqueología Ecuatoriana, 1957, pág. 231).



De izquierda a derecha los señores: Emilio Estrada, Betty Meggers, Clifford Evans Jr. Sr. Cónsul General de los EE. UU., Carlos Zevallos M., Dr. Mathew Sterling, Olaf Holm, Marion Sterling, Francisco Huerta R., Dr. Pedro Armillas, Miguel Wagner.

Anexo 2: Secuencia cronológica relativa de la Cuenca del Guayas (Estrada, 1957, pág. 236).

G U A Y A S		CORRELACION DE PERIODOS CULTURALES						PERU	
Rio Daule	Costa	LOS RIOS	MANABI	ESMERALDAS	EL ORO	PUNA	SIERRA JON		
MILAGRO		MILAGRO	MANTENO	MILAGRO	MILAGRO	MANTENO	PURURA INCA	INCA	
QUEVEDO	MANTENO	QUEVEDO					HUAYALAC ELEN PATA Sa. SEBASTIAN	CHIMU	
DAULE		TEJAR	GUANGALA	TUNCAHUAN		GUANGALA	TUNCAHUAN	RECUAY	
	CHORRERA	CHORRERA						SALINAR	
	VALDIVIA							CUPENQUE (Chavro)	
								HUACA PRIETA	

PRE CERAMICO

FORMATIVO

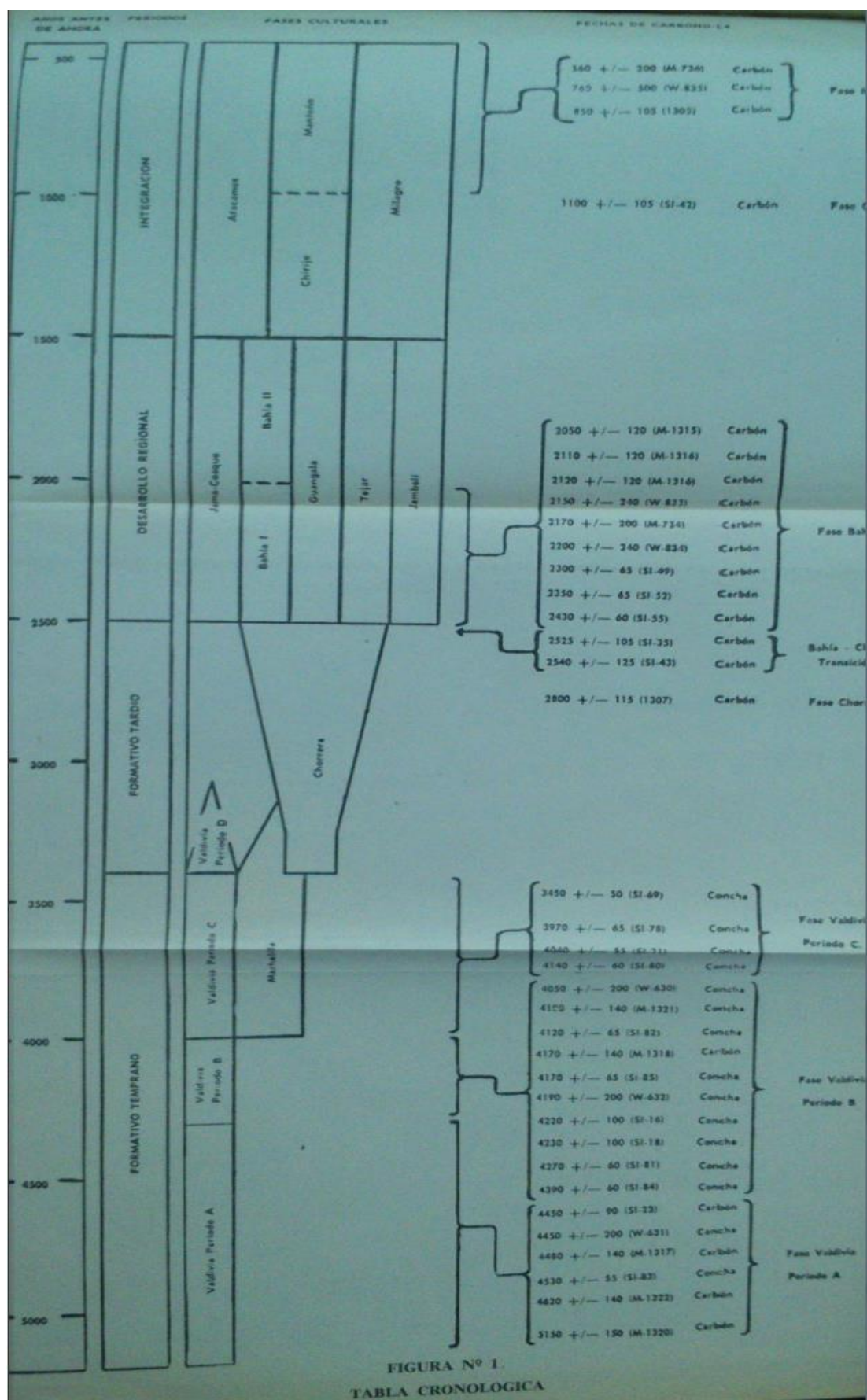
DESARROLLO REGIONAL

INTEGRACION

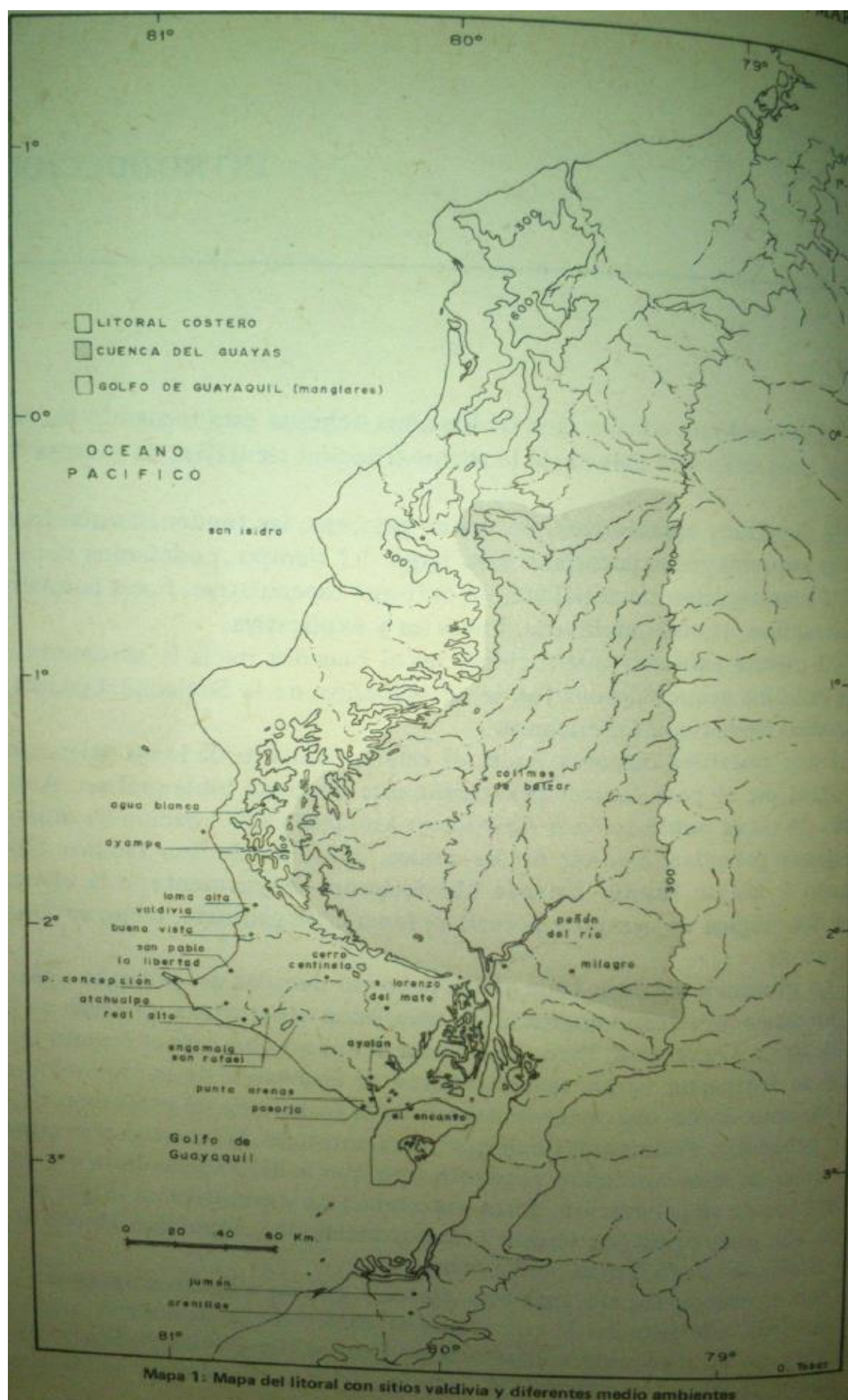
(1) La Península de Santa Elena culturalmente debe ser comprendida como territorio Manabita.

(2) Sólo se han incluido culturas de la sierra y de la costa norte peruana que demuestran cierta relación con nuestras culturas.

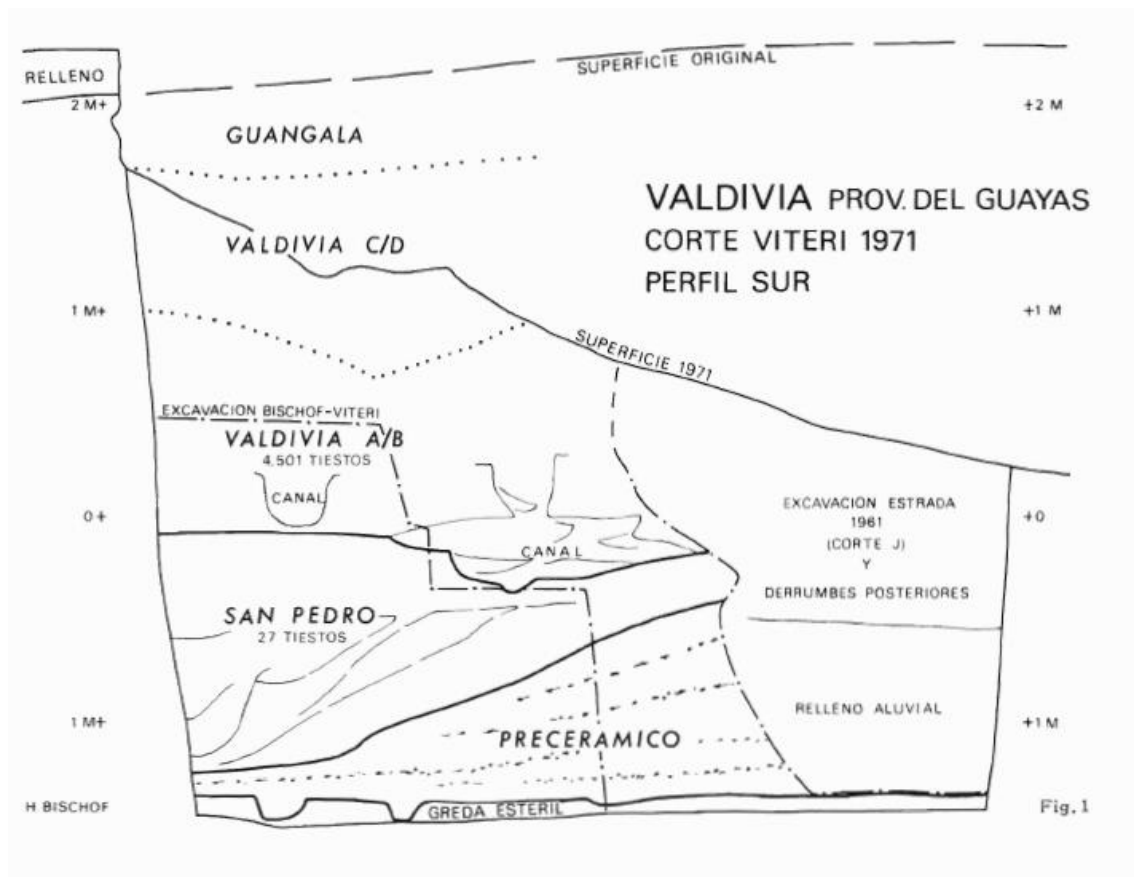
Anexo 3: Cronología relativa y absoluta de la Costa (C14) (Meggers & Evans, 1961, pág. 152)



Anexo 4: Mapa de los sitios Valdivia del Litoral (Marcos, 1988, pág. 16)



Anexo 5: Estratigrafía del corte realizado por Viteri en San Pedro (Bischof, 1973, pág. 165)



Anexo 6: Ruta de navegación transpacífica propuesta por Meggers, Evans y Estrada (Meggers, Evans, & Estrada, 1965, pág. 168)

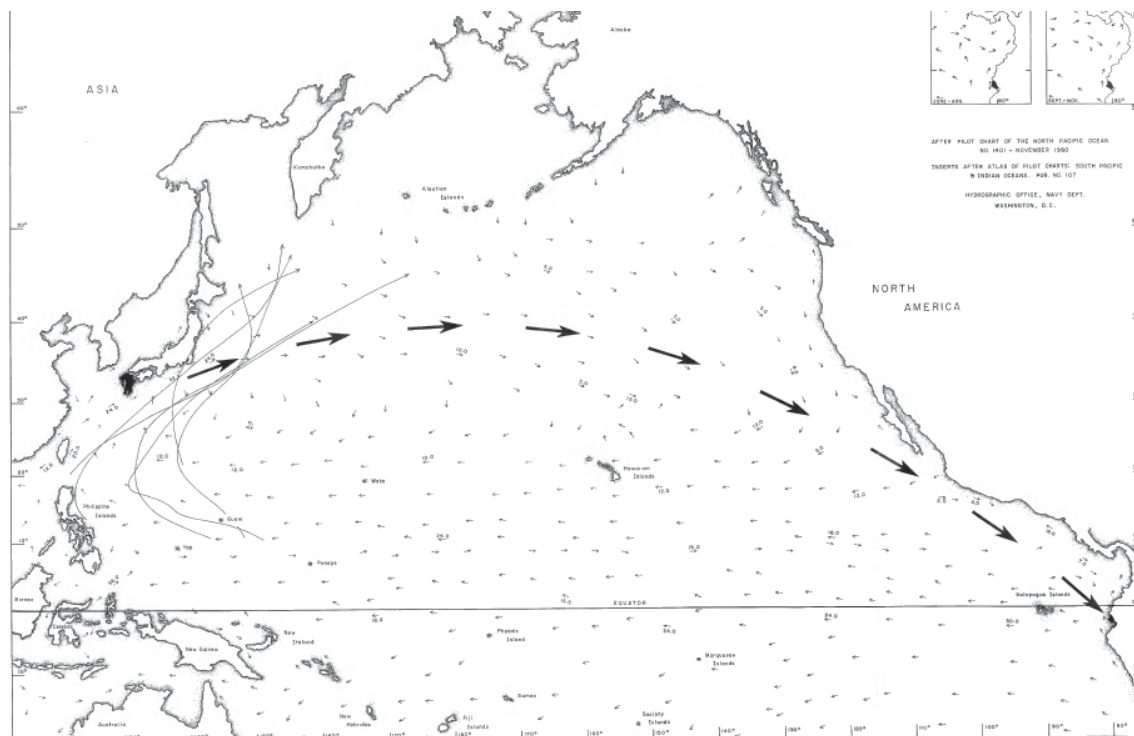


FIGURE 103.—The northern Pacific Ocean, showing direction and speed of principal currents, paths of cyclonic storms and the great circle route between Kyushu, Japan and the Guayas coast of Ecuador.

7.2 Artículos de prensa, revistas y fuentes de archivo

Anexo 7: Artículo en Revista del Smithsonian sobre las investigaciones de James Ford (Harney, Abril 1970)

New Theory Links Aztecs, Incas to Asia

By Tom Harney

All of the advanced Indian civilizations in the Americas can be traced back to members of a round-headed race who first crossed the Pacific from Asia about 3000 B.C. and established a settlement in what is now Ecuador, according to a recently published Smithsonian Institution anthropological study.

A comparison of Formative Cultures in the Americas— which Smithsonian Institution anthropologists Clifford Evans and Betty Meggers believe to be one of the milestones of modern archeology—is the work of the late Florida State Museum anthropologist James A. Ford. Ford was stricken with cancer while working on his book. He died on Feb. 25, 1968, while the typing was being finished on the final draft of the manuscript.

Ford's theory has had a widespread impact among anthropological scholars but to date has received little or no attention in newspapers and popular magazines.

By comparing similar traits in ceramic art uncovered in archeological sites between coastal Ecuador and the southeastern United States, and tying these comparisons to radiocarbon datings, Ford amassed a body of evidence that ties to a common ancestry the Olmec, Aztec, Inca and Mayan civilizations in South and Middle America and even the Hopewell burial mounds in Ohio.

The chronologies of each of these cultures point back to the arrival of Asians who Ford theorized may have had a seafaring, exploring and colonizing tradition similar to that of the later Vikings and Polynesians.

Ford writes that if he is correct in his thesis, it means that the traditional concept that Aztec and Inca civilizations arose independently of Old World developments is wrong. It is likely instead that they were based on the trans-Pacific importation of new knowledge and new techniques that diffused and evolved among the existing population.

Prior to 3000 B.C., the date Ford sets for the beginning of trans-Pacific contacts, the New World is believed to have been thinly populated by nomadic hunters and fishermen who had crossed the Bering Strait land bridge sometime before 12,000 B.C. and spread downward to the tip of South America.

These peoples by 3000 B.C. had formed small villages along the coasts and had begun in some measure to cultivate plants. But there is no evidence of ceramic knowledge, organized community effort, mounds, pyramids, or temple structures like those that became so popular in these regions after 3000 B.C.

The suggestion that knowledge of ceramics may have been introduced to these people about 3000 B.C. by trans-Pacific contact came in 1965 when Smithsonian anthropologists Evans and Meggers, in collaboration with a South American colleague, discovered Japanese influences in pottery from excavations in Valdivia, Ecuador. They theorized that the explanation for this may have been Japanese fishermen landing by accident on the coast of South America after storms had swept them off course.


Ford, however, carries this a step further by advancing the theory that the remarkable variety of Valdivia ceramics was evidence of a pottery industry of such considerable scope as to suggest that far more than one skilled craftsman had suddenly arrived in South America.

At the same time he takes note that the skeletal remains found in the strata with the pottery are of a round-headed people, contrasting with the differently shaped skulls that are found in the strata predating 3000 B.C.


The picture that he pieces together is of an exploring and colonizing expedition involving a number of individuals "of both sexes and varied skills."

Nor was there only one such expedition, in Ford's opinion. He cites evidence that there may have been repeated trans-Pacific contacts after 3000 B.C. Another group of round-headed persons, he believes, settled about 2000 B.C. at Machalilla, Ecuador.

Continued on Page 4



This is a detail from one of the elaborate charts illustrating James Ford's book on how "round-head" culture developed and diffused in prehistoric America.



THE SMITHSONIAN
TORCH
Smithsonian Institution, Washington, D.C. No. 1, April 1970

Anexo 8: Editorial, el Universo (Guayaquil). Diciembre de 1955. Emilio Estrada reelecto Alcalde de Guayaquil.

EL UNIVERSO: el Único Diario con Circulación Certificada; el Año 1.954: 37.500 en Días Ordinarios; 41.000, Domingos.—Circulación Actual: 41.345 y 45.000. Suscripción mensual: \$ 1.000.

El Mayor Diario Nacional Por su Seriedad, Prestigio y Amplitud. Noticias: Por la Calidad de sus Escritos y Modernas Organizaciones; Su Circulación y Maquinarias Son las Mayores del País.

El Sr. Estrada Agradeció al Pueblo y a los Organismos que Asistieron su Candidatura.

DE ACUERDO CON RESULTADOS CONOCIDOS, LISTAS C Y D HAN ADJUDICADO 2 CONCEJALÍAS; LA QUINTA, POR MAYORÍA.

SEGUROS INTEGRANTES DEL NUEVO CONCEJO DE GUAYAQUIL.



EL PROGRAMA DE UNESCO PARA 1957-58

Un documento de referencia imprescindible

PARIS.— La Unesco distribuye actualmente el texto final de las "Resoluciones" o acuerdos adoptados por la Conferencia de Nueva Delhi, con el propósito de que las Comisiones Nacionales y organismos de cooperación estén al tanto de la significación que debe tener el programa en el curso de los 1957 y 58. Figuran en el documento los capítulos correspondientes a cada uno de los departamentos de la Secretaría, educación, actividades culturales, ciencias exactas y naturales, ciencias sociales e información en un conjunto integrado y dirigido a favorecer la comprensión entre todos los pueblos.

Las cifras presupuestarias y las referencias que se dan sobre las principales intervenciones efectuadas en las respectivas comisiones, hacen de este documento la base de toda consulta y dan idea de la evolución que sigue la Unesco en su intento de armonizar la labor cultural, educativa y científica de todos sus Estados Miembros. Por otra parte los informes preparados en torno a la educación fundamental, a la

Asistencia Técnica, a la redacción de la Historia Científica y Cultural de la Humanidad, al mejoramiento de la documentación y normalización de las estadísticas, contribuyen a dar una idea muy completa del terreno tan amplio en que la Unesco se desenvuelve.

Su acción en los años 1957 y 58 estará centrada en torno a los tres Proyectos Principales: el primero está destinado a favorecer la generalización de la enseñanza primaria en los países latinoamericanos; el segundo, a intensificar la investigación científica de las zonas áridas y el tercero a extender mediante encuentros y reuniones la apreciación recíproca de los valores culturales del Oriente y del Occidente. Todo ello sin perjuicio de las iniciativas crecientes que en todo el mundo se despliegan y que para los países de habla española y portuguesa afectarán a las ramas de la enseñanza, las ciencias sociales, la documentación internacional y la educación para la comprensión internacional.

MANUEL LARREA ELOGIA EL VALOR DEL MUSEO PREHISTORICO DE ORFEBRERIA

Dice Que Con Esa Obra se ha Puesto de Relieve Nuestra Importancia Arqueológica

-Don Carlos Manuel Larrea, más destacados arqueólogos del eminente historiador nacional, dio las siguientes opiniones sobre el Museo de Orfebrería Prehistórica de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas: "No encuentro palabras, dijo, para expresar mi entusiasmo por esta obra de verdadero patriotismo y de impulso a la ciencia arqueológica del Ecuador. Creo que el esfuerzo realizado por el señor don Carlos Zevallos Menéndez merece todo encomio y aplauso, no solamente de la ciudad de Guayaquil, a la que ha enriquecido con un Museo maravilloso, sino de la nación toda, que con esta obra científica ha puesto de relieve la importancia arqueológica del Ecuador como el país al que convergieron importantísimas corrientes de cultura americana prehistórica, y en el que se desarrollaron las artes propias de una civilización avanzadísima".

El Museo de la Casa de la Cultura, añadió, "es un elemento precioso para el desarrollo de los estudios arqueológicos. Es una revelación de las importantes culturas desarrolladas en la costa del Ecuador e influirá grandemente para la solución de los problemas prehistóricos de todo el país, arrojando mucha luz sobre la Prehistoria de América".

OTRAS NOTICIAS

El Museo de Orfebrería Prehistórica de la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, está siendo muy visitado por el público que ha admirado como una de las grandes maravillas de nuestro país. Científicos extranjeros expresan que se trata del mejor Museo de Orfebrería americano, del cual debe enorgullecerse esta ciudad y el Ecuador. Prácticamente se ha restaurado una civilización que hasta hoy no advirtieron los

mundo.
El Museo permanece abierto todos los días, de 11 1/2 a. m. a 12 1/2 p. m. y de 5 1/2 p. m. a 6 1/2 p.m. La entrada es libre.

ARQUEOLOGO CARLOS ZEVALLOS MENENDEZ DARA CHARLAS A ESTUDIANTES DE COLEGIOS

Hemos sido informados que el señor Carlos Zevallos Menéndez, Presidente del Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura, creador y organizador del Museo de Orfebrería Prehistórica, dará charlas a los alumnos de los colegios después de la Semana del Estudiante, en el Salón de Conferencias de esta entidad. Los temas versarán sobre las civilizaciones primitivas de la costa ecuatoriana, y, particularmente, hablará de Orfebrería Prehistórica, para que se rectifiquen conceptos erróneos que en dicha ciencia se enseña en los establecimientos educacionales.

PROYECCION A COLORES

Las charlas serán ilustradas con una proyección a colores de las piezas arqueológicas del Museo de Orfebrería, para que las explicaciones del expositor sean mejor comprendidas. Después, el señor Carlos Zevallos Menéndez llevará a los estudiantes al Museo de Orfebrería Prehistórica, a fin de completar tales conocimientos. Con nuevas indicaciones.

TAMBIEN A LOS PROFESORES PRIMARIOS

-Asimismo, una vez que los colegios secundarios de esta ciudad hayan sido atendidos, el señor Zevallos Menéndez dará conferencias a los profesores primarios de la localidad, completando de este modo uno de los propósitos más encomiables y patrióticos.

Culturas Prehistóricas en Ecuador Tuvieron Influencia en Desarrollo Cultural de Perú y Valle de Amazonas Antes de Llegar Españoles

Lo Revelaron Descubrimientos Arqueológicos Hechos Recientemente en la Región Oriental Ecuatoriana

: WASHINGTON, 17.— (UP). — El Smithsonian Institution anunció hoy que descubrimientos arqueológicos hechos recientemente en Ecuador revelan que las culturas prehistóricas de ese país tuvieron importante influencia en el desenvolvimiento cultural del Perú y el valle del Amazonas, antes de la llegada de los conquistadores españoles.

Los descubrimientos fueron hechos durante una expedición que duró cuatro meses en la zona del río Napo, en la región oriental del Ecuador y en la provincia del Guayas. Los trabajos estuvieron a cargo de Clifford Evans, síndico asociado de la división de Arqueología del Museo Nacional de EE. UU.; Betty J. Meggers, investigadora del Smithsonian y Emilio Estrada, Director del Museo Arqueológico Víctor Emilio Estrada de Guayaquil. El grupo actuó con el patrocinio del Smithsonian y la Casa de Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

: Las excavaciones emprendidas en el río Napo revelaron la existencia allí en el pasado de grandes aldeas y una adelantada industria de la cerámica, que se parece a la de la isla de Marajo, en la desembocadura del

Amazonas. La cultura de Marajo, dice el informe del instituto, es "exótica y parece fuera de lugar en la desembocadura del Amazonas, y su origen hasta ahora había sido desconocido". La investigación muestra que esa cultura vino de las fuentes de los tributarios del Amazonas en Ecuador y Colombia. Añade el informe. "Esta es la primera vez que ha sido probada en Sudamérica, con evidencia arqueológica, una migración fluvial amplia en tiempos prehistóricos...."

Dice también que las investigaciones dejaron de manifiesto dos culturas cuyas características tienen estrechas similitudes con las primeras culturas de México y Perú. "Esta ha sido llamada cultura Valdivia", dice el informe. Otra cultura anterior, "con características diferentes pero que también se parece mucho a las culturas de mesoamérica y Perú.... ha sido llamada cultura chorrera..

: "Como en la cultura Valdivia, la cerámica ecuatoriana se parece más a la expresión mexicana que la peruana... indicando en este caso que el movimiento fue de norte a sur. Esta cultura data de mil quinientos años antes de Cristo".

ASIATICOS DESEMBARCARON HACE 2000 AÑOS EN EL ECUADOR

- LAS GRANDES REVELACIONES DE LA MODERNA ARQUEOLOGIA.
- LAS FECHAS PUEDEN FIJARSE HOY CON INCREIBLE PRECISION.
- LA PREHISTORIA ESTA TRANSFORMANDOSE.

Por

Emilio Estrada Ycaza

EN los últimos años la Prehistoria ecuatoriana se ha aclarado considerablemente gracias al interés demostrado por los especialistas, tanto del país como del exterior. Existen, hoy en día, cuadros cronológicos y mapas de distribución geográfica de nuestras culturas costaneras, que hemos elaborado a través de más de 300 sitios excavados. Fechas obtenidas con el método del carbono 14, nos han dado puntos de partida y de referencia para muchas de nuestras culturas.

La prehistoria de la costa ecuatoriana comienza 2.500 años antes de Cristo, fecha de la primera etapa de la cultura de los pescadores de Valdivia (un recinto de la provincia del Guayas), que tiene así el honor de ser la más antigua cultura con cerámica de toda la América; afirmación aceptada y reconocida hoy por los más grandes especialistas americanos. Nos tocó en suerte descubrir y definir esa cultura a principios del año 1950, posteriormente definimos la fecha y extensión de muchas otras, tales como Machalilla, Milagro, Bahía, Jama, Coaque, etc.

Relaciones insospechadas con otros centros de América fueron comprobadas por Evans y Meggers, y por nosotros, en diferentes oportunidades. Es justo reconocer asimismo la profícua labor del Profesor Francisco Huerta Rendón, quien descubrió los primeros indicios de la Cultura Chorrera, (hacienda cercana a Babahoyo, en la provincia de Los Ríos), base de la nacionalidad ecuatoriana, la cual fue más tarde definida por Evans y Meggers, y su extensión geográfica establecida por nosotros. Huerta Rendón también dio su aporte hacia el descubrimiento de la Cultura Bahía, (Mantabí) ciudad en la cual hace 20 años estableció un complejo cultural diferente al de Mantabí exponiendo sus sospechas de influencias asiáticas, que es el punto del que tratamos hoy con más detalles.

Al precisar últimamente la época de aparición de diversos elementos culturales de la zona norte de Manabí, y sur de Esmeraldas, encontramos no solamente una similitud estilística sino una gran similitud de fechas con aquellas de iguales elementos regados en Indonesia, China, Corea, Japón, Formosa, etc. Notamos, entonces, en el Ecuador, la limitada distribución de varios de dichos elementos, tanto en función de tiempo como geográfica, y se acentuó en nosotros la sospecha de una conexión directa, y por mar, desde el Continente Asiático, o sus islas cercanas, y la zona norte de nuestra costa. La total ausencia de estos elementos tanto al Sur como al Norte del Ecuador y en otros países de América, garantizó la postulación de un posible viaje directo y del desembarco de un pequeño grupo asiático al Ecuador exclusivamente.

En nuestro último viaje al exterior visitamos museos y bibliotecas, discutiendo el problema, y la posibilidad de esta influencia directa, con los mejores especialistas de América y de Europa. Grande fue nuestra alegría cuando se nos instó a publicar dichos hallazgos y se nos solicitó este trabajo para ser publicado en Estados Unidos. Como esto tomará aún

Es el primero de los arqueólogos ecuatorianos, el líder indiscutible del grupo dedicado a esta disciplina. Su obra, representada en seis libros y centenares de artículos en las principales revistas del mundo, le ha conferido una gran estimación en los círculos de la antropología continental; se lo considera como una autoridad en la materia.



EMILIO ESTRADA YCAZA

Hombre modesto, sin poses ni envanecimientos de relumbrón, trabaja con honestidad e integridad ejemplares, con absoluto respeto a la obra de los demás, con probidad que debería servir de ejemplo.

El trabajo que ofrecemos, como una primicia de VISTAZO, podría honrar las

páginas de cualquier revista del Continente, y constituye una verdadera revelación en el campo de la prehistoria ecuatoriana.

Dichas pruebas están representadas por elementos arquitectónicos; modelos en barro cocido de casas; útiles de uso diario, como descansanucas; compternas, pesos de redes, orejeras; costumbres funerarias y figurines de características netamente orientales.

Todos estos elementos arqueológicos se encuentran, repetidos, en una área limitada del Ecuador, están ausentes en otros países de América, y las fechas coinciden tanto en nuestro país como en Asia.

El período puede datarse alrededor de los comienzos de la Era Cristiana.

CARACTERISTICAS ARQUITECTONICAS

Doce modelos de casitas hemos registrado en la zona norte de Manabí y Esmeraldas. A través de la técnica de su cerámica, o del estilo de un figurín que es parte de un modelo, podemos precisar la fecha de su uso, o sea alrededor del año 1 AD. Todos tienen características del techado usado antiguamente, antes de Cristo, en zonas chinas, tipo que se regó posteriormente hacia Indochina e Indonesia, y está aún hoy en uso en esta última región. En el período HAN, en China, el uso como ofrenda funeraria de estos modelos de casas fue común. Es así como, pocos siglos después de Cristo, esta costumbre pasó al Japón por influencias venidas a través de Corea. "Haniwa" es la denominación de estos modelos en el Japón. La apariencia o estilo de los modelos asiáticos es muy similar a los nuestros.

En ciertas regiones de Indonesia, como Minangkabao, Nias, etc., y en Oceanía, aún se usan los techados de nuestros modelos. La posición de las columnas o postes de otros de nuestros modelos, es igual a la de ciertos templos Shinto de Japón, las columnas centrales soportando los extremos del caballete del techado a dos aguas. Algunos de nuestros modelos tienen paredes sólidas, otros, sólo los postes que soportan el techado. Todos están contruidos sobre una pequeña plataforma con dos o tres escalones de subida. La forma de las construcciones es cuadrangular, y el techo es siempre a dos aguas. Se notan los armazones de madera sobrepuestos que se usaban para mantener en su lugar el techo de paja, usanza común del período HAN de China, a comienzos



